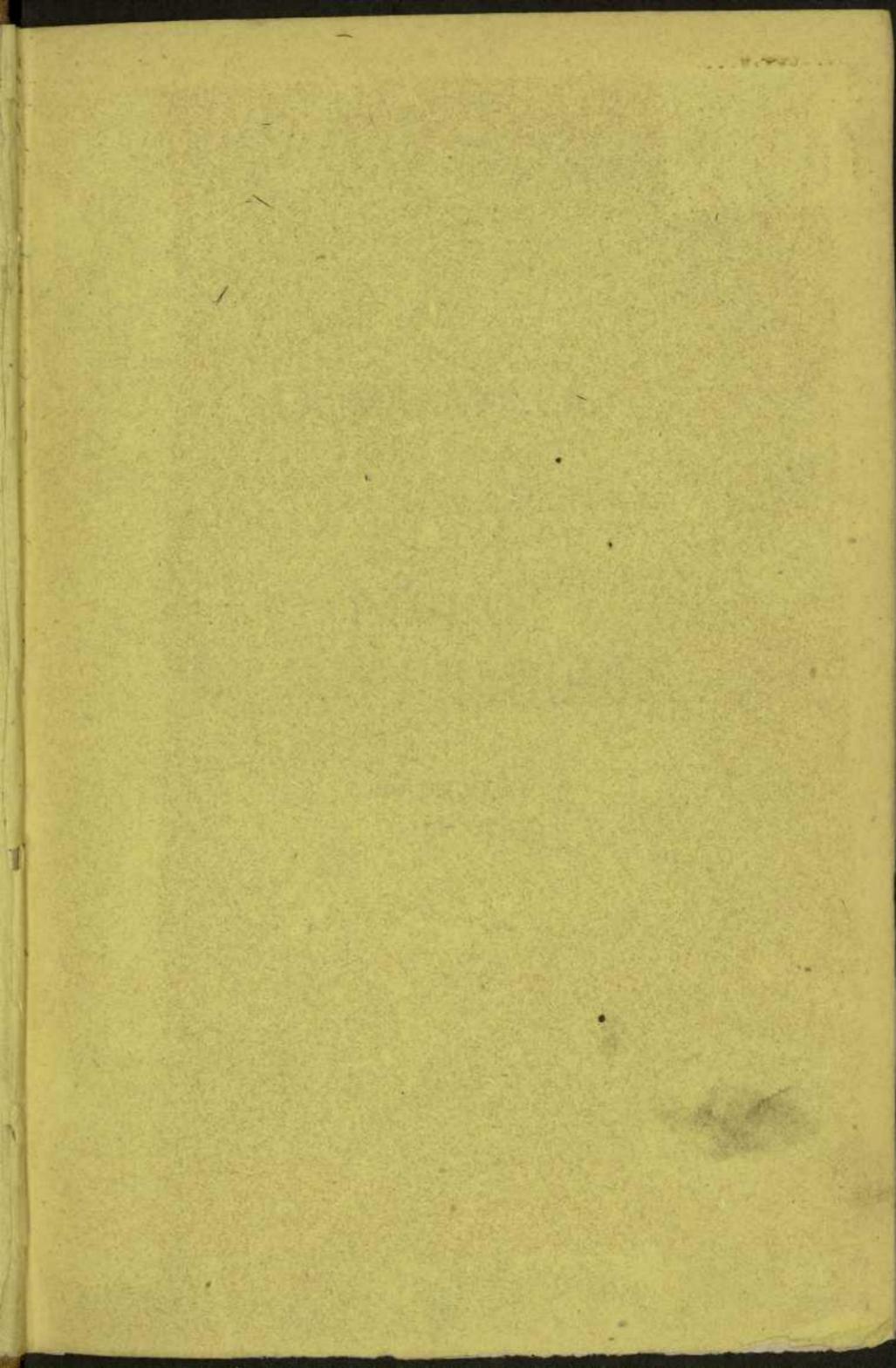


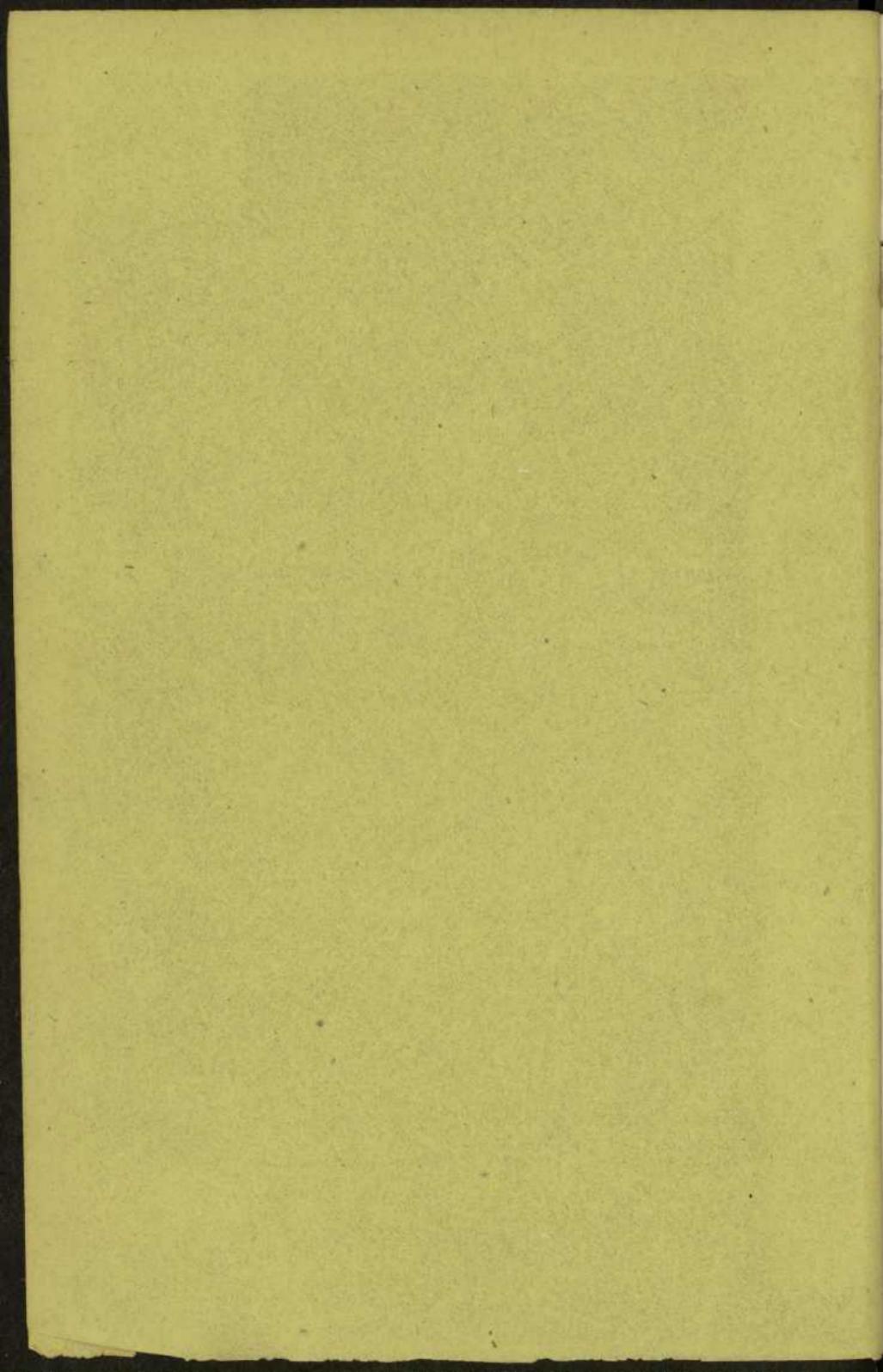


82

15189

~~15189~~





LA MARAVILLA.

SEGUNDA SÉRIE.

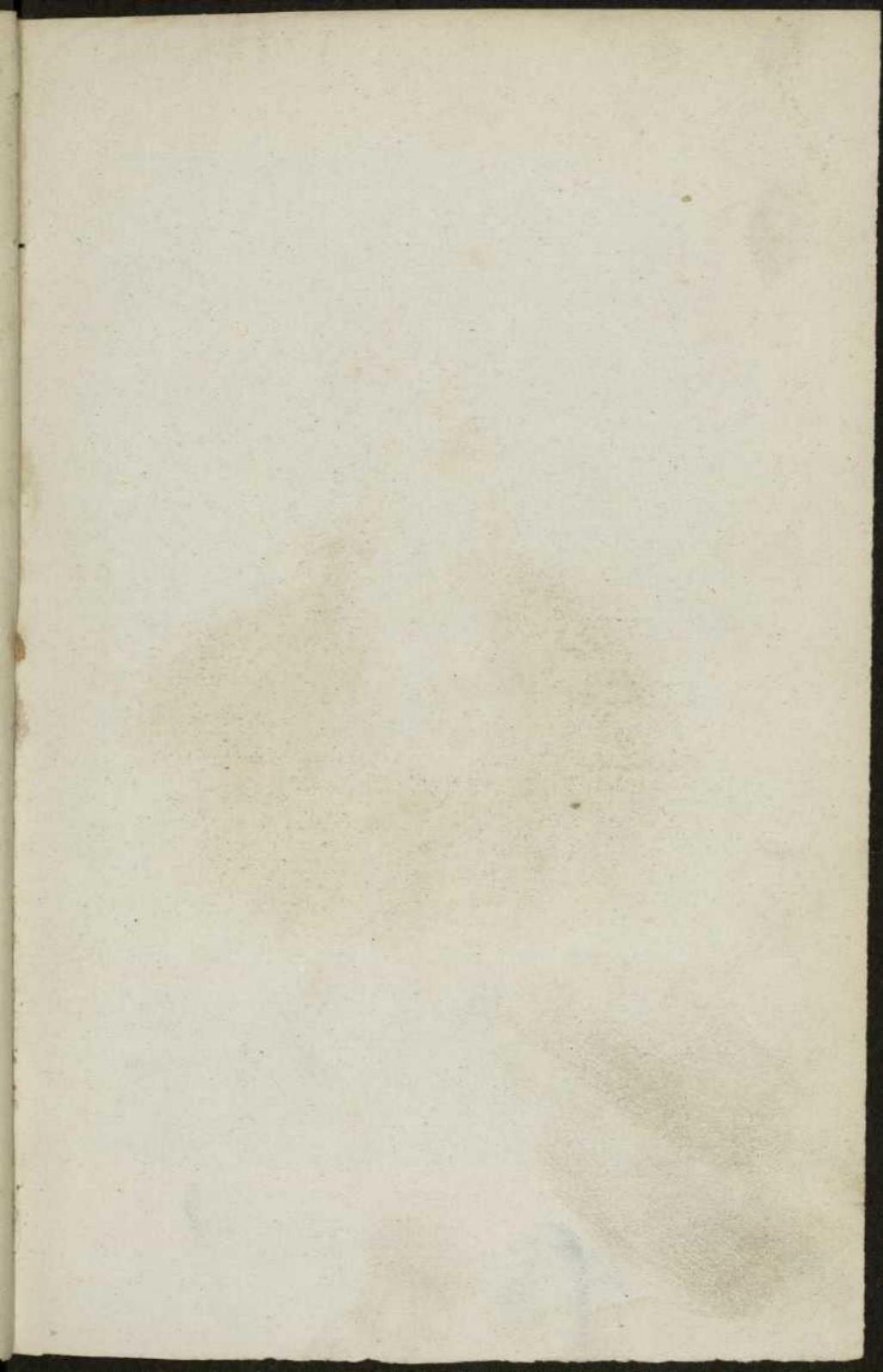
SECCION INSTRUCTIVA.

LIBRO DE LOS ORADORES.

TOMO PRIMERO.

LIBRARY OF THE
BUREAU OF THE
SIXTH REGIMENT
OF THE
INFANTRY
OF THE
ARMY
OF THE
UNITED STATES

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY





MIRABEAU.

LIBRO

DE LOS

ORADORES,

POR TIMON,

TRADUCIDO

POR D. S. SAENZ ROMERO.

—
TOMO PRIMERO.
—



MADRID:

D. ANTONIO DE SAN MARTIN, C. VICTORIA, 9. | D. EMILIO FONT, C. RELATORES, 42 Y 44.

BARCELONA:

LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1861.

LIBRO

ORADORES.

POH TION

FORO G. S. BENE. ROMERO



MADRID:

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

BARCELONA:

Barcelona: Imp. de LUIS TASSO, calle de Guardia, núm. 45.—1861.

ADVERTENCIA Á LA ÚLTIMA EDICION.

Al público, solo al público debo el grande éxito de mi obra: gracias á él, en su portada llego á leer estas palabras, que regalan el oido de un autor: *Décimaséptima edición.*

De seguro no habria yo abierto diez y siete veces al público la puerta de mi taller, si no se hubiera complacido algun tanto en venir á mirar y remirar mis retratos, y si no los hubiese hallado parecidos.

No he hecho estos retratos á mi capricho y segun mi imaginacion, como con tanta frecuencia los hace la posteridad; los he pintado al natural.

Mi libro tiene dos partes: los preceptos y los ejemplos.

Algunos hubieran querido que en mis preceptos procediese por divisiones y silogismos, á lo pedante. He preferido ser festivo en lo grave y grave en lo festivo, segun la índole de mi nacion. Si he sido verídico, es porque he copiado lo que he visto tal como lo he visto; si no he sido fastidioso, es porque los lectores franceses no quieren, ante todo, que se les fastidie; y si he sido algo irónico, algo satírico en los preceptos mismos de la elocuencia parlamentaria, es sencillamente porque me llamo Timon.

Si pasamos ahora de los preceptos á los ejemplos, y se me pregunta: ¿No ha pintado V. á unos sobrado feos y á otros sobrado hermosos? En otros términos: ¿Es V. tan independiente de sus amigos como de sus adversarios? Contestaré que sí, y añadiré que lo he sido hasta el punto de quedarme aislado en mi opinion y en mi banco (1).

Pero si se me pregunta: ¿Es V. imparcial con los oradores políticos de su tiempo? ¡Oh! entonces responderé que no, y pre-

(1) En la famosa sesion del 7 de agosto de 1830.

guntaré á mi vez: ¿Hay uno siquiera de esos mismos oradores que sea imparcial? ¿Hay uno siquiera de sus amigos ó panegiristas que sea imparcial? Aunque hubiese querido serlo, érame tan difícil como á ellos; y además, aunque hubiese podido, no habria querido serlo, pues con ello hubiera reconocido que el bien y el mal me son indiferentes; que los gobiernos pueden indistintamente guiarse por todo género de reglas; que los sistemas opuestos son igualmente buenos, con tal que den resultados ventajosos; que no hay verdad ni falsía en materias de Estado, vicio ni virtud en los hombres del parlamento y del ministerio, grandeza ni debilidad en la constitucion de los imperios; y en fin, que no hay lecciones en la historia, experiencia en los hechos, fidelidad en los sentimientos, moralidad en las acciones, ni consecuencia en los principios.

No, no soy imparcial, ó mejor, eclético por ese estilo, y creo en Dios en política, como en lo demás.

Permítaseme aquí, pues lo necesito, que me prevenga contra los zaherimientos del amor propio, las recriminaciones sordas y las interesadas sugerencias de los señores oradores que pretendan que les he mirado con ojos ofuscados por la pasión, el despecho, la ira ú otra cualquiera turbacion de esta clase, y que no les he presentado tales como son, solo por no haberles alabado con ridículo exceso. Además, aunque casi nunca tenga maldita la gracia hablar de sí mismo, debo decir al público que visita mi galería las condiciones de fortuna y de ánimo en que me hallaba cuando retraté á nuestros oradores.

Quería entonces y querré siempre lo que quiera mi país, cuando mi país me haya dicho lo que quiere. Combatí entonces y combatiré siempre y por do quiera todas las tiranías, así la republicana como la oligárquica. ¿Qué me importan los nombres de orden y libertad, si no tenemos libertad ni orden? No hago mas caso del despotismo que de la anarquía, ni mas de la anarquía que del despotismo. Tampoco soy de aquellas personas que solo quieren derrocar á los que están en el poder para encaramarse á su puesto; que impelen al mal con la mira del bien, segun dicen; que votan leyes detestables para que el gobierno se haga aun mas odioso; que vuelven repugnantes á sus adversarios y les tiznan el rostro, para que se grite con ellos: *Fuera!*

Cogí el pincel sin favor ni odio. ¿Acaso he tenido que agradecer algun beneficio? No. ¿He tenido que vengar alguna ofensa? No.

Trece años há, á la edad de la ambicion, rechacé por deber y por principio los honores de la magistratura, del consejo de Estado y del ministerio. Pasó aquella edad, y solo deseo permanecer en la posición oscura y solitaria á que me retiré volunta-

riamente. Contentárame con ser menos aun de lo que soy. ¿Hay en nuestros dias un puesto, por mas encumbrado que sea, que valga la pena de envidiarse? ¡Vivimos tan poco! Además, el que gobierna los negocios expone hoy su conciencia, el único bien que para mí tiene algun precio.

¿Es culpa mia si ya no me formo ilusiones sobre los hombres de ahora, y si en el polvo de los partidos busco en vano á alguién que represente algo? Lo confesaré, aunque haya de ofender la vanidad de mis mas ilustres contemporáneos: nunca conocí á un hombre, á uno solo, que me pareciese enteramente digno de dirigir el gobierno de mi país, ya por falta de talento, ya sobre todo por falta de virtud.

Entre los personajes que se me pusieron delante habia dos clases de hombres: el orador y el político. He pintado al orador con mi gusto de artista, que tal vez no sea, lo concedo, el gusto de todos y particularmente el de los oradores, raza vanidosa como la que mas; y al político le he juzgado con sus opiniones, cuando las tenia.

Diez años há que comencé á extender mi tela en el caballete y á cargar mi paleta, y todavía pinto sin descanso.

La política interior y exterior de los pueblos libres ya no está hoy dia en las intrigas cortesanas, sino en los debates parlamentarios: pintar á los oradores es escribir la historia.

He querido hacer una obra seria y duradera, que se enlace con el estudio de nuestras revoluciones y con el exacto y verdadero conocimiento de las cosas de mi tiempo. ¿Lo he conseguido? Si así lo creyera, podria equivocarme, y en todo caso, no me tocara decirlo.

Lo que sí puedo decir, es que para observar mis modelos me he hallado en las mejores condiciones en que jamás puede encontrarse un pintor.

He visto y he oido al general Foy, á Benjamin Constant, Manuel, Royer-Collard, Martignac, Casimiro Périer, Villèle, Serre; y además, he hecho lo que nadie en Francia ha hecho antes que yo y lo que probablemente no se repetirá: he hecho venir en un carreton, y he leído y releído uno por uno, toda la carga de sus discursos.

En medio de tantos espectadores extraños, he sido el único que ha visto á los actores de nuestros dramas políticos al vestirse y desnudarse entre bastidores. He sido el único pintor que ha asistido á la muda representacion de su pantomima; á sus semi-confidencias, á sus recíprocos gestos, miradas y sonrisas; á los movimientos imperceptibles de despecho, embarazo, corrimiento é ira; á las idas y venidas de ayudantes de campo ministeriales; á los envíos de billetes bajo mano y bajo mesa; al runrun

de consignas y santos y señas, á los cambios de frente, á las mudanzas súbitas, á las dobles estocadas, á los ardidés de guerra ó de comedia, que explican mejor una situacion que todos los discursos pomposos y altilocuentes, y no siempre llegan á los oídos ni á los ojos de las tribunas y los taquígrafos.

Sí, conózcoles muy bien á esos oradores, toda vez que he vivido, como el que mas en Francia, en la intimidad de su vida pública; pero por otra parte, heme detenido ante el dintel de su vida privada, y ni siquiera he querido mirarla por el ojo de la llave.

Por lo demás, paréceme que los que son de mi devocion distan de hallarse tan satisfechos de sus retratos como los que no lo son. En efecto, lo que mas nos halaga no es la alabanza de nuestros amigos, sino la de nuestros adversarios, y hacemos de ella tanto mas caso, cuanto que la recibimos envuelta en vituperio y crítica, mostrando así mejor su sinceridad. Ahora bien: la sinceridad es la cualidad que mas nos agrada en los demás, aunque nosotros no la poseamos.

Bien saben nuestros oradores, y hasta lo conocen instintivamente, que sus improvisaciones se desvanecen como el eco de la palabra; que si brillan con el esplendor del sol al mediodía, han de ir á hundirse, al terminar el día, detrás del horizonte, en una noche sin aurora y sin mañana; y se detienen, se asen como pueden á la vida de recuerdo y de fama que por do quiera se les escapa.

¿Qué importa que por una condescendencia póstuma se hayan impreso con lujo los discursos del general Foy, de Casimiro Perier, Benjamin Constant y tantos otros, si nadie los mira? Ya no se lee á esos oradores en sus obras muertas. Ya no se les lee sino en mis retratos.

De seguro, vivir por girones, por fragmentos, vivir con su nombre casi solo, vivir sin sus obras, sin su palabra, apenas es vivir para unos oradores que tanto vivieron, hablaron y llenaron la tribuna y la prensa con el ruido atronador de su persona y sus discursos; pero al cabo, no es morir del todo, y han de estar agradecidos á la mano caritativa que entreabre su sepulcro y deja que un rayo de luz bañe su frente.

Interróguense á sí mismos los que aun existen y he pintado, mífrese cada cual en su espejo y luego en mi retrato, y diga en conciencia si no se encuentra parecido. He fijado particularmente mi atencion en la semejanza, y creo que á ser yo orador, hubiera querido á todo trance ser retratado por Timon.

PRÓLOGO.

(CARTA AL PÚBLICO.)

Desea saber naturalmente el público la historia de los libros que lee con benevolencia, y la acogida cada vez mas brillante que á la presente produccion han dispensado mis conciudadanos, me obliga á participarles las mañanas á que sucesivamente he recurrido para complacerles.

Muy ajeno estaba yo, como fácilmente pueden figurarse mis lectores, de pensar en hacer los retratos de los Oradores de la cámara, cuando vino á verme el amable é ingenioso Sarrans, deseoso de dar pábulo á la *Nouvelle Minerve* que á la sazón redactaba, proponiéndome la redaccion del folletin de París ú otro trabajo análogo. Entonces fué cuando le manifesté que seria mas oportuno bosquejar algunas figuras de nuestros oradores que tanto y tan minuciosamente habia observado, archivados todos en mi memoria con los mas vivos colores y rebosando de vida. Y como vacilase en pintarlos cara á cara, y fuese de temer que no pudiesen campear la justicia é imparcialidad con la evidencia de mi nombre y persona, aconsejóme Sarrans que buscasse un pseudónimo, y él mismo por su plena ciencia y autoridad me impuso el apodo de TIMON, de Timon que descendió el público indulgente á presentar, hace doce años, á la pila bautismal, y á ser su glorioso padrino.

Concretéme desde luego á retratar á los oradores vivos, como Thiers y Guizot, ministros en aquel entonces, á los cuales sucedieron otros varios en retratos ó perfiles, siendo mis rasgos mas vivos contra los vencedores, mas suaves para con los vencidos; y la razon es clara.

En pos de los ejemplos, reseñé nuestra elocuencia deliberativa en los géneros diferentes, segun los críticos de la antigüedad, y en las ediciones subsiguientes establecí la didáctica antes de los retratos, conforme con el orden natural y lógico.

Como quiera que la continúa afluencia de los aficionados reducía cada vez mas mi galería, aumenté el número de mis cuadros, y pinté la fisonomía oratoria de la Constituyente en la persona de Mirabeau, la fisonomía oratoria del imperio en la persona de Napoleon, la fisonomía oratoria de la Restauracion en las personas de Villèle, Serre, Manuel, Foy, B. Constant, R. Collard, Martignac.

Mi libro puede dar en el dia una idea casi lo mas completa posible de lo que ha sido y es en nuestro país la elocuencia parlamentaria tanto teórica como práctica.

He manejado mis pinceles en circunstancias y posiciones en que ningun hombre de la generacion actual podria seguir mis huellas; pues quien no participó de los negocios y vivió fuera de la escena parlamentaria; ó en otros términos, quien solo ha sido y es literato, no podrá hacer mas que cuadros vagos y de imaginacion, al paso que si hubiese ocupado una posicion elevada y desempeñado cargos honoríficos, sus pasiones, preocupaciones y vanidad no podrian permitirle un punto de vista claro y despejado ni dejarle formar imágenes reales y sinceras. Tampoco pretendo que no quepa en las presentes un poco de antojo y humorada, pero en este caso la culpa es mia, pues me hallaba en mejores condiciones que otro cualquiera para evitar este exceso.

Agréguese que no es posible formarse una idea adecuada del orador, tal como es en sí, á menos de haber formado parte de la misma compañía en que remonta su vuelo, y haber desempeñado un papel cualquiera junto con él en la misma escena parlamentaria; á menos de haberle observado repetidas veces,

ya cuando arrastra la purpúrea vestidura, ya en paños menores entre bastidores y, por decirlo así, de trapillo; á menos de haberle contemplado, no desde las tribunas públicas, sino desde los bancos y agitaciones interiores del Foro; de otro modo cambia el punto de vista óptico y difiere completamente el choque eléctrico. Ahora bien, yo puedo sin vanidad, y del modo mas legítimo, preciar-me de haber asistido, y en el mejor puesto, á los mas vistosos torneos oratorios, sin faltar á uno solo; y con la única intencion de mirar, observar, recoger datos é impresiones para formar mi galería, y no como la generalidad de los espectadores, para aplaudir ó silbar á los combatientes.

Resuelto á encerrarme en los límites de la mas exacta imparcialidad, no solo estaba seguro de copiar lo mas fielmente los originales, sino que al mismo tiempo recopilaba materiales para la historia que se efectua en la cámara y por la cámara, desde que salen los ministros de la mayoría, y desde que así gobierna esta siempre de un modo tácito ó explícito, bien ó mal de su grado; de lo cual deduje que dar á comprender los oradores y sus palabras, es dar á conocer el gobierno y sus actos.

Tampoco ha de olvidar el lector que hay dos hombres muy distintos en cada orador: el de fondo y el de forma, el del principio y el del discurso. Los oradores de la Constituyente, de la Convencion, del Imperio y de la Restauracion, he debido pintarles con la sosegada severidad del historiador, no hallándome bajo la influencia de las circunstancias y pasiones que les comunicaban movimiento y vida. No sucedia ni podia suceder lo mismo con los oradores vivos, que cuotidianamente veia, oia, apreciaba, estimando el talento oratorio segun mi gusto literario, y la parte política, no segun la opinion de cada orador, sino conforme con el principio que profeso, y el único que reconozco sano, legítimo y posible: el de la soberanía del pueblo; pues no hay dos principios en un gobierno libre. Animado de este principio, he indultado ó condenado, como espero que hará un dia la historia, á todas las celebridades políticas de mi época.

Tremolando con mano firme el pendon de mi principio, tri-

butaba respeto á la verdad, al mismo tiempo que se difundia en mi libro el soplo de una poderosa unidad. De este modo, y sin asomo de perplejidad, he juzgado á Foy, Manuel, C. Périer, B. Constant, R. Collard, Thiers, Guizot y demás.

Paréceme justo y recto que la posteridad, dado que se digne ocuparse de nosotros, lo que considero dudoso, nos escuche y juzgue por las razones que alegamos.

No obstante, por mas que me encastille en mis opiniones, nunca me he propasado á zaherir personalmente, y en la vida privada jamás he aventurado mirada indiscreta. Cierto es en verdad, lo confieso, que tal proceder es en mí poco meritorio, no habiendo en mi vida odiado á nadie, ni podido comprender que emane necesariamente la ojeriza de la diversidad de las opiniones políticas ó religiosas. Del mismo modo, al criticar los defectos de nuestros oradores, nunca he dejado de encomiar debidamente sus bellas cualidades, procurando de este modo mantenerme en el terreno de la verdad, y no descender como las columnas de nuestros periódicos á sarcásticas invectivas ó apologías hinchadas y estrafalarias.

Por otra parte, equitativa y concienzuda habrá sido mi distribucion de alabanza y vituperio, pues de ninguna de las personas citadas he recibido quejas, y, lo que es mas significativo, mis adversarios políticos son cabalmente los que con mayor favor han acogido mi publicacion, y los que con mayor prodigalidad la han elogiado.

Verdad es que, bajo otro punto de vista, la desgracia que me ha cabido, como á vil é indigno folletista, de atacar con feliz éxito la codicia de la córte, me ha acarreado rencores supremos y bajos que no han hallado excusa en mis actos, en mis intenciones, principios, persona, ni en mis obras, habiendo quedado convicto de lesa-majestad y excomulgado en las reuniones electorales, prensa oficial y academia, por exigirlo así la seguridad general.

Por no haber querido prescindir de mi individualidad y sacrificar mi indómita independendencia á partido alguno, ni siquiera al mio, me he visto solo conmigo mismo, aislado, sin mas defensa que mis servicios, mis principios y mi silencio.

Pero no, no me he visto aislado, pues conmigo siempre habeis sido indulgentes, favorables y fieles en todos mis contratiempos, ó vosotros, lectores de todas clases y opiniones, que con avidez leisteis, comprasteis y agotasteis las repetidas ediciones de mi obra.

Tú, querido público, de todos los jueces el mas independiente, como que nadie puede forzarte á estimar ú odiar á un hombre, ni á comprar ó leer por complacencia un libro cualquiera; tú, á cuya reiterada aprobacion debo que se me haya traducido al italiano, al inglés, al alemán y al español, y que viva de este modo en los idiomas cultos de la Europa juntamente con mis oradores; tú, que, si no eres enteramente la posteridad, la comienzas, por la diversidad, imparcialidad, abundancia y constancia de tus votos; tú, esclarecido entre todos los críticos, si no en cada uno de tus individuos en particular, seguramente en el conjunto de estos, porque á la de todos supera la perspicacia de tu vista, la elevacion de tu mirada y lo dilatado del horizonte que divisa; tú, que benigno perdonaste la flaqueza que tuve en mi libro de hablar de mí mismo en demasía y con excesivo favor, convencido de que, menos que la sed de ensalzarme, me acosaba el anhelo de justificar mis juicios y principios; tú, que nunca me censuraste, como los críticos, de modificar las líneas de mis figurantes, por deslizarse mi pincel cuando veia cambiar su fisonomía, ni por borrar algunos toques mas chocantes que chistosos y poco conformes con la noble severidad de la pintura histórica; tú, que me vengaste de la mezquina ojeriza de la córte con tu diligente celo en devorar diez y siete ediciones; tú, que con una generosidad que ambos te agradecemos, labraste la fortuna de mi editor y la de mi nombre.

TIMON.

DIVISION DE LA MATERIA.

La Elocuencia es el arte de conmover y convencer.

Esta definicion se aplica á todos los géneros de Elocuencia.

Ante todo he procurado investigar las causas que en cada país constituyen la elocuencia parlamentaria, segun el carácter de la nacion, la índole de la lengua, las exigencias sociales y políticas de la época y la fisonomía del auditorio.

En seguida he expuesto los modos de improvisacion, lectura y recitacion que emplean los oradores;

Las profesiones que predisponen á la elocuencia parlamentaria;

Las clasificaciones diversas de los oradores segun las cualidades especiales de su inteligencia, su temperamento, gusto y precedentes;

El poder de la improvisacion;

Los auxiliares del orador, como el taquígrafo y la reseña de la sesion;

La tactica general, ó lo concerniente á los usos y polémica de la oposicion, mayoría y ministros;

La táctica particular de los ministros de cada departamento;

La diction y el porte;

Los preceptos generales del arte.

Tambien he querido comparar con la elocuencia parlamentaria que forma el fondo de este libro, los demás géneros diferentes de elocuencia, tales como: la elocuencia de la prensa; la elocuencia del púlpito, la elocuencia forense, la elocuencia

deliberativa de los consejos de estado, la elocuencia oficial, la elocuencia al aire libre y la elocuencia militar.

Las diferentes formas que afecta la elocuencia son como otros tantos rayos que convergen, para iluminarla, hácia la elocuencia parlamentaria, la cual he pintado y observado durante cincuenta años: bajo la Constituyente, en la persona de Mirabeau; bajo la Convencion, en la de Danton; bajo el Directorio, el Consulado y el Imperio, en que fué reemplazada por la elocuencia militar, en la persona de Napoleon; bajo la Restauracion, época en que recobró su esplendor con los Manuel, B. Constant, Villèle, Royer-Collard, Serre, Foy y Martignac; y bajo la Revolucion de Julio, en la que no brilla menos espléndida en la poderosa y animada palabra de los Berryer, Thiers, Guizot, Dupin, Odilon Barrot, Lamartine.

Preceptos y ejemplos, tal es lo que me ha parecido conveniente reunir para dar á comprender bien la elocuencia, en cualquier tiempo ó lugar, cualesquiera que sean las personas á quienes se dirija y el asunto á que se aplique.

Este es el órden lógico que he adoptado en la composicion del LIBRO DE LOS ORADORES.

PRIMERA PARTE.

PRECEPTOS.

LIBRO PRIMERO.

DE LA ELOCUCION DE LA TRIBUNA.

CAPITULO PRIMERO.

De las causas que constituyen en cada país el género particular de la elocuencia parlamentaria.

Cuatro cosas hay que considerar en la elocuencia parlamentaria: el carácter de la nación, la índole de la lengua, los menesteres políticos y sociales de la época, y la fisonomía del auditorio.

I. Si el carácter de la nación es taciturno y frío como el de los anglo-americanos, difícil será conmovellos. Providos de infatigable paciencia, ni les cansa el excesivo hablar ni el excesivo escuchar; y si es preciso permanecerán continuas horas sentados al rededor de una mesa para oír á un orador, ni mas ni menos que si se tratase de fumar ó beber.

Si, por el contrario, el carácter de la nación es irritable y movedido como el de los franceses, bastará tocarlos para que se crean heridos, ó darles la menor palmada en el hombro para que se vuelvan al momento. Los largos discursos fastidian y

son insoportables á la viveza francesa, y cuando el francés se fastidia desocupa el puesto y se va; si así no puede efectuarlo, habla con el vecino; y si no puede hablar, bosteza y duerme.

II. En segundo lugar conviene no perder de vista la índole de la lengua.

Si esta es acerba, silbante y algo desdeñosa como la inglesa, se prescindirá del estilo para atenerse al fondo de las cosas, sin que choquen las inversiones ni la cópula de las palabras. Si el genio peculiar de la lengua autoriza el suspender el sentido del discurso y trasportar al fin el verbo que rige toda la frase, quedará mas sostenida la atencion del concurso. No habrá inconveniente en hacer uso de figuras comunes, máximas proverbiales, términos bajos y vulgares, con tal que sean expresivos; y lo que perderá el discurso en sobriedad y decoro, lo ganará en sinceridad y energía.

Si la lengua es pomposa y dulce como la española é italiana, será la mira principal la sonoridad de los periodos y la cadencia armoniosa de las terminaciones. En los pueblos cuya organizacion es musical se necesita halagar el oido no menos que iluminar el alma.

Pero si la lengua es noble, elegante, delicada, correcta, bruñida, filosófica como la francesa, serán indispensables para hablar en público repetidos ensayos y hábito continuo. Si el modo de perorar fuese lento ó flojo, la consecuencia natural será la monotonía, si la dición fuese precipitada en exceso, la pronunciacion será forzosamente embrollada y confusa. Deben evitarse las palabras campanudas, los epitetos parásitos que se oponen á la efusion del pensamiento y estorban la fluidez del discurso; no hay que olvidar que la inteligencia de una asamblea francesa es tan viva, que coge al vuelo el sentido de una frase cuando no está concluida, y que adivina la intencion antes que esté concebida; tan delicada que la repugnan las repeticiones, por mas gala que ostenten los sinónimos; tan pura que la lastima el menor neologismo, si no cuadra de un modo brillante ó no resulta irresistiblemente de la situacion de las cosas.

III. La época en que se habla es lo tercero que hay que considerar.

Al tratarse de la demolicion de un órden de cosas caduco y que por do quier se desploma, cuando la opinion ruge y amenaza al rededor de la asamblea nacional, cuando peligran la patria, la libertad, la constitucion, entonces remonta su vuelo el discurso, se ensancha la expresion al paso que se anima y enfurece, y el desórden apasionado de los sentimientos é ideas constituye la elocuencia mas persuasiva y poderosa. El auditorio al orador se une, con él se indigna ó se apiada, se subleva ó apacigua, para volver de nuevo á la indignacion ó la calma. La violencia de los términos, lo hinchado de las prosopopeyas, la ira y el arrebató de los movimientos oratorios, se disimulan y desaparecen en la grandeza fatal é imponente de la situacion. Entonces los partidos prestos á acometerse, obran mas que escuchan, pugnan mas que discuten. Entonces la saña dirige los golpes y no el arte, y cuando una cabeza depende del éxito de una arenga, no hay humor de pulimentar las frases, ni se estudia la manera de caer con gracia, como el gladiador en la arena, bajo la cuchilla enemiga.

Tal fué la elocuencia revolucionaria, que no debemos juzgar en el dia por las reglas del gusto ni examinar con fria razon, sino atender á lo agitado de la época, á las trasformaciones extraordinarias de la opinion, á los mortales enconos de los partidos, á las reacciones del exterior, la exaltacion de los ánimos, lo nuevo é imponente de los acontecimientos, los inminentes peligros de la patria.

Pero cuando tranquila es la época, cuando no se halla agolpado en las fronteras el enemigo, cuando reina en la ciudad la abundancia y la alegría, cuando no se diezman entre sí los partidos para arrancarse el mando y la victoria, cuando se solicita ser diputado, no como puesto de peligro, sino como rica explotacion de honra y lucro, cuando la lucha tan solo estriba en los principios y el derecho, entonces el recurso á estos medios violentos y figuras declamatorias seria cuando menos ridiculo, pues no seria necesario ni natural, y encontraria helados á los que eran de fuego, y haria reir á los que

antes hacia llorar. En cada época cuadra su elocuencia propia.

IV. Otra condicion y la cuarta que requiere el discurso es considerar ante quien se emite.

En efecto, no hay que pensar en decir en una cámara lo que se diria al pueblo. Este apetece los ademanes expresivos que se aperciben de léjos y por cima de las cabezas de la multitud, no menos que las voces acaloradas y vibrantes. Así con él hay que ser natural y no andar con muecas ni ardidés. Si el orador popular siente humedecerse sus ojos, no debe contener las lágrimas que se asoman; si su pecho hierve de indignacion, déjela estallar. El orador popular debe ser verdadero, bullicioso, patético, preguntar y responder, y volver á preguntar; no cuidarse del enlace de las palabras, sino de las ideas, ó por mejor decir, ni de uno ni de otro, pues la pasion posee una lógica mas condensada é irresistible que el raciocinio. Figuras sorprendentes, agitaciones rápidas, mezcladas de cierta pausa, tal es la elocuencia que conviene á la multitud de todas las naciones. En Francia, país fisgon, no está de mas agregar una dósis ligera de ironía fina ó amarga.

El pueblo no comprende una argumentacion descarnada ó metafisicamente sutil, y excusado es abrumar su inteligencia procurando descubrir los vínculos abstractos que ligan entre sí dos silogismos. Así debe evitar sobre todo el orador popular que su pensamiento quede, por decirlo así, despellejado, en términos que puedan contarse los músculos, tendones y huesos; sino al contrario cubrirlo de carne, comunicarle movimiento, vida, color, gracejo, y hacer que en él lata y se sienta la vida.

No hay nada que halague tanto la imaginacion del pueblo como las figuras, nada que tanto cuadre con su genio como los movimientos de la pasion. Conviene hablarle de patria, de justicia, de libertad, si se quiere ser comprendido, que se inunde su rostro, que el corazon simpatice con el orador. ¡La patria! es casi siempre el único bien que posee. ¡La justicia! la desea para los demás, pues la quiere para sí. ¡La libertad! es su necesidad, su derecho, su fuerza, el medio para entrar algun día en posesion del imperio de la tierra. Sí, el pueblo va-

le mas que los que lo calumnian. Si se extravía y corre al abismo, se corre tras de él, se le pone un freno en la boca y sigue dócil á su conductor; si se le dice: no murmures, se calla; haces mal, responde, es cierto; no debes escuchar mas que la razon, y la escucha; no debes vengarte, y envaina la espada; debes combatir y morir por la patria, y combate y muere.

Mas no sucede lo mismo con una asamblea de hombres gastados, no solo en lo tocante á las agitaciones del alma, sino igualmente en lo relativo á los goces del ánimo y de los sentidos, cuya mayor parte ha servido gobiernos diversos, prestado mas de un juramento y corrido muchas fortunas; entes en verdad desventurados que perdieron las ilusiones de la juventud, de la virtud y la libertad, entes de corazon marchito y de vida exhausta. Los que poseen muchas riquezas se ven atormentados, menos por el deseo de acrecentarlas, que por el de perderlas; los que tienen empleos quieren conservarlos; los que no los tienen corren en busca de ellos. En tal disposicion de ánimo los que dirigen la asamblea tienen tan solo tres resortes que tocar: el egoismo, la codicia y el miedo; y con estos tres resortes mueven á su antojo tantos míseros muñecos. En su comedia parlamentaria todos los papeles están ya convenidos y distribuidos de antemano, y el apuntador se halla en su debido lugar. Consta anticipadamente quien saldrá á la escena, lo que se dirá, lo que será omitido, eludido, y hasta decidido. Conviénese de una y otra parte las palabras que hay que decir, anotados son los votos, y hecho el escrutinio por los empresarios, mucho antes que resuenen en la urna las bolas y caiga el telon.

Hay que decirlo sin rodeos: los ademanes y actitudes de los sofistas, y la sonora y amplificada belleza de sus frases, no tienen mas resultado que lisonjear nuestra vanidad literaria, y halagar nuestra vista y oido. No admite duda que una bella arenga que en poco ó nada puede influir en opiniones ya formadas, podrá tal vez atraer las opiniones flotantes de un partido; pero es dudoso que el mismo efecto produzca una argumentacion sutil, una palabra chistosa, un número inesperado. Los dialécticos y los mañosos amontonadores de guarismos

no tienen mas efecto en nuestras asambleas que los oradores, de los cuales cada uno se desconfía y se precave como si fuesen hechiceros.

La elocuencia no ejerce toda su accion, su accion fuerte, simpática y persuasiva sino sobre el pueblo. Véase O'Connell, el mayor, el único orador de los tiempos modernos. ¡Qué coloso! ¡cómo se eleva á toda su altura! ¡Cómo domina su voz de trueno las olas de la multitud! Yo no soy irlandés, ni jamás he visto á O'Connell, ni conozco su lengua, y sin embargo, si lo oyese, me parece que lo comprenderia. ¿A qué debe atribuirse que, mas que todo lo que he oido en mi país, me conmuevan sus arengas mal traducidas en nuestro idioma, descoloridas, truncadas, despojadas del prestigio del estilo, de la voz y el gesto? A que en nada se asemejan á nuestra retórica atormentada por la perífrasis; á que el orador irlandés inspira la pasion, la verdadera pasion, la pasion que puede decirlo todo, y todo lo dice en efecto; á que me arranca de la orilla, rueda conmigo y me arrastra en su torrente; á que cuando se estremece yo me estremezco, cuando se acalora yo me siento arder, cuando llora se asoma el llanto á mis ojos, cuando exhala ayes su alma se enajena la mia; á que en fin me arrebatada en su vuelo y me sostiene en los santos trasportes de libertad. Bajo la impresion de su admirable elocuencia, abomino y detesto con implacable saña los tiranos de esa infeliz comarca; y, como si fuese conciudadano de O'Connell, llego á amar á la verde Irlanda casi tanto como á mi patria.

¿Pero, qué podria hacer ese mismo O'Connell en nuestras asambleas de empleados asalariados? En el momento de enter necerse, sentirian estos que les tiran del faldon del frac, y verian acudir sus esposas afligidas con la cuenta de la modista, el casero con la del alquiler, el fondista con la de la comida, y los maestros con el trimestre de la pension de sus hijos. ¿Qué efecto puede tener la elocuencia en gentes que firman recibos al estado? ¿Qué orador puede hacer impresion en esos diputados estipendiados que lanzarán con toda la fuerza de sus pulmones este grito heróico: «No se nos arrancará nuestro sueldo sino con la vida?»

CAPÍTULO II.

De los diversos modos de discurrir.

Hay tres clases de oradores: los que improvisan sin saber lo que van á decir, los que recitan lo que aprendieron, y los que leen lo que han escrito.

I. Los improvisadores descuellan en el exordio, y saben bien por donde deben comenzar, si bien se ven apurados para concluir. Conducidos por el hilo de su discurso, recorren prados, bosques, ciudades, montañas, sin acertar á echar el ánora ni abordar en puerto alguno. Esta clase de oradores acumulan peroraciones, rara vez hay menos de cuatro; pero, bajo el punto de vista oratorio, ¿cuál es el fin de estos fines? Temerosos de caer, se agarran á la barandilla de la tribuna, y se delien en cada escalon; pero á menudo sucede que resbalan ó pierden el equilibrio en el último.

Cuando están hinchados del viento de la improvisacion, se parecen á esos globos lisos, ruidosos y elásticos que sucesivamente suben y bajan reflejando los rayos del sol; pero desde que pierden el viento que los llena, se vuelven un pellejo aplastado y arrugado que se arroja á un rincon.

II. El recitador no mira á la asamblea, sino que se retira y concentra en sí mismo, alojándose en las estancias de su cerebro, en el cual todas las frases se hallan convenientemente distribuidas, frases que convoca mentalmente, y que da á luz una despues de otra.

A veces el recitador procede por arranques y habla de prisa, pues teme que se deshilen y caigan las cuentas de su rosario; otras veces, al contrario, se para como por descuido, para hacer creer que busca las palabras y que no las encuentra con tanta celeridad como quisiera, aunque existan ya en su memoria bien limadas y encadenadas tal vez una semana antes; pero lo pulido de los períodos, lo selecto de los giros, la trama entera del discurso, muestran que afectados son los esfuerzos aparentes de su memoria.

No hay que decir al recitador: Mire V. que se le cae el pañuelo del bolsillo; pues, al volverse, rompería el hilo de su oración, y, en este caso, ¿cómo podría cogerlo de nuevo? Si llega á conseguirlo, lo anuda bien ó mal, y la casualidad obra. Las personas nerviosas de la asamblea se hallan en ascuas, recelando que á lo mejor del camino tropiece el orador, peligro que simpáticamente las desazona. El taquígrafo, situado en la parte inferior de la tribuna, con la pluma en la mano, no sabe si debe aguardar el depósito del manuscrito, ó correr tras el rápido orador.

El recitador tiene el ojo apagado, el cuello tieso, el gesto falso. No se atreve á interrumpir, no sea que le repliquen; ni á replicar, no sea que se interrumpa. Ese dios interior, ese dios de la Pitonisa que oprime y que agita, no lo siente en sí. Su elocuencia es hija de la memoria, y no de la invención; es hombre del pasado, mientras el orador debe ser hombre del momento; producto del arte, no de la naturaleza, cómico que no quiere pasar por tal y que es su propio apuntador; ente falaz que finge la verdad, simula el enajenamiento, y consigue á menudo engañar al público, á la cámara, al taquígrafo y á sí mismo.

III. Los lectores son gentes que proceden con pausa, que tosen, escupen, estornudan, ponen sus anteojos en el mármol de la tribuna, y limpian los vidrios con el pico del pañuelo. También tienen sus mañas: su manuscrito es muy compacto, y engaña al público, que no sospecha la inmensa materia que contienen las pocas páginas que divisa, y se sorprende al ver que no vuelve el lector la hoja de su manuscrito, semejante á un reloj cuyo minuterero permanece inmóvil.

Los lectores se ponen el papel delante de la boca, de modo que el sonido de su voz repercutido llega mal al auditorio. Un lector, cuya voz no es clara y vibrante es enteramente ininteligible. Si es alsaciano, habla con el fondo de la garganta; si gascon, con el borde de los labios; si es de París, esfuerza y pronuncia de un modo graso la *v*; si es normando ganguea.

Cuando el lector es difuso en demasía, fastidia; si peca por el exceso contrario, con dificultad se le sigue. Cierta desaliño

no va mal á la tribuna, la negligencia gusta á veces, y no es necesario que un orador esté siempre bien acepillado, vestido con ropa dominguera, y puesto de los veinte y cinco alfileres. ¡Qué patética elocuencia la que procede de los puntos de exclamacion anolados de antemano en el papel! ¡Qué vehemente, qué arrastrador es el lenguaje de un hombre que se apasiona, ó se indigna y fulmina, ó se enternece y llora en la quinta palabra de la tercera línea del sexto párrafo de la décima página! ¡Qué elocuencia tan difícil! Y sobre todo ¡qué natural!

Por último, cuando el lector recita su manuscrito, cada uno de los oyentes se dice: «Todo esto es muy hermoso, seguramente muy hermoso, pero no vale la pena de que lo escuche, pues mañana podré leerlo descansadamente en el Monitor.

Cuando veo á los lectores de la oposicion y á los del ministerio que salen de derecha á izquierda con direccion á la tribuna, cada uno con su manuscrito en la mano, me parece ver dos ejércitos que arrastran paralelamente su artillería, por las márgenes ó puestas de un rio, sin poder llegar á encontrarse. Ambos se cansan refutando los argumentos que nadie tal vez les hará, al paso que no preven los que se les objetará. Ignoran que, desde la víspera, ha cambiado de teatro la guerra, y se pierden en caminos desconocidos y cubiertos de malezas, en que basta el menor galopin del ejército enemigo para constituirlos prisioneros. Para hacerles perder los estribos basta la menor arma arrojadiza de un improvisador algo diestro en el tiro, pues se asemejan á esos antiguos paladines inmóviles y con fiereza plantados sobre su palafren; pero que daban en tierra si mientras que cabalgaban majestuosamente, algun paje maligno tiraba de la cola del cuadrúpedo noble y espantadizo, que se empinaba y se encabritaba arrojando á su magnífico caballero.

CAPÍTULO III.

Del poder de la improvisacion.

Continuacion del mismo asunto.

El poder de la improvisacion procede de que está siempre presto el improvisador para toda clase de situacion. Un discurso escrito puede ser recitado indiferentemente en el parlamento, en un estrado, en una academia, en un banquete; mientras que la improvisacion cuadra solo en un momento dado, y en presencia de cierto auditorio. Cierta desaliño en el orador lo vuelve mas natural, y los oyentes acogen con indulgencia un hombre que no se prepara para hablarles, ni procura sorprenderlos. Si gesticula con violencia, si sus ojos chispean, si su palabra se halla preñada de llamas y torbellinos, es porque la misma asamblea lo inspira. Si en un punto es prolijo y difuso en demasía, y seco y quebrado en otro, es porque aparentemente quiere la asamblea que sea lacónico en tal materia é insista en otras. Así no hay que juzgarlo segun las reglas y método de un discurso escrito y premeditado; en otros términos, hay que oirlo y no leerlo.

En efecto, para emitir un fallo adecuado sobre el improvisador, no hay que leerlo, ó bien, al leerlo figurarse colocado en los bancos de los oyentes, cuyos pensamientos expresa, cuyas pasiones respira, cuyas voluntades declara. Hay vida en su palabra, porque hay realidad; hay fuerza, porque la saca de cuanto le rodea; hay oportunidad, porque habla á hombres del momento. Seguramente no será de hielo si fogoso es el auditorio, ni vehemente si lleno de calma; ni remontará audaz su vuelo, si la asamblea camina tranquila en el llano; pero sabrá identificarse con ella, graduar su paso segun el suyo, siguiéndola hasta que consiga domeñarla, subyugarla, encadenarla, y hasta que, poniéndose á su frente, la conduzca y precipite en sus propias vias.

El alma del improvisador responde al alma del auditorio; ambas se tocan, se mezclan, se confunden. El improvisador sube y baja, tiende la mano al auditorio, el cual le tiende igualmente la suya, lo secunda, lo ayuda maquinalmente en cierto modo, busca con él las palabras que no le acuden, lo pica con su aguijon, lo hostiga y anima con su soplo, como un jinete anima con su resuello al fogoso bridon. Ambos hacen el mismo camino, ambos llegan al mismo fin, y á cada alto, á cada paso, descubren un nuevo horizonte, un efecto inesperado, nueva agitacion, nueva palpitacion, nueva gracia.

Nunca sabe el improvisador lo que va á decir, y aun menos cómo lo dirá; ébrio de confianza deja la playa y se precipita en las aguas, desplegando su vela de púrpura, y sostenido en los brazos del auditorio, todos los corazones palpitan por él desde la ribera.

No se puede decir otro tanto de esos falsos oradores de tribuna, de esos habladores por escrito, que carecen á la vez de espontaneidad, memoria, pulmon y entrañas; que no pudiendo conmover al auditorio se esfuerzan cuando menos en agradarle, y que para encarecer sus discursos hablados, y mantenerlos á una distancia respetuosa, necesitan estar adornados, y mas que adornados, acicalados y engalanados como un parainfo, perfumados, cargados de afeites, de arreos y perifollos, con el anillo en el dedo y encajes en la manga. Estos tales quieren hacer brillar á los ojos de los espectadores el centelleo del antitesis, se hinchan y espuman, acumulan pinturas, desdeñan la sencillez de la idea y el donaire natural de la locucion, y se esfuerzan en que cada terminacion sea una pincelada y cada reflexion un axioma. Todos estos ramilletes vistosos, esos penachos luminosos me dejan frio y mudo, causándome poca sorpresa y ninguna admiracion esos cohetes voladores y gavillas centellantes que eclipsan las estrellas del cielo, y se desvanecen en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO IV.

De las profesiones que predisponen á la elocuencia parlamentaria.

Hay en el auditorio parlamentario, tan vasto y tan variado, profesiones que predisponen particularmente al arte oratorio.

No creo que se me vitupere de azuzar á las diversas clases de la sociedad unas contra otras, al afirmar que los diputados cuyas lenguas vibran con mas continuidad y fluidez son las de los abogados, profesores y militares.

I. Los abogados hablan por quien lo quiere, tanto como se quiere, y sobre la materia que se quiere; su oido es fino, y si se les interrumpe, léjos de apurarse, encuentran ocasion y facultad en la réplica. La costumbre de sostener alternativamente el pro y el contra, la verdad y lo que no lo es, tuerce su juicio. Despues de haber luchado con un ministro, consiguen derribarlo, maltratarlo y pisotearlo; y cuando pasan al lado de su víctima, magullada aun de su caída y de los golpes recibidos, se les ve erguidos y risueños, darle la mano y hablarse como los mejores amigos. Semejantes procederes dejan atónitos á los forasteros de los departamentos, encaramados en los altos asientos de las tribunas públicas, que se preguntan entre sí cómo es posible reconciliarse tan fácilmente con un hombre que se ha llenado de improperios, y si lo que ven no es una pura comedia.

Los abogados son muy calurosos de lengua y frios de corazón, tercos, quisquillosos é infatigables hilvanadores de palabras, enemigos de la lógica, porque esta corre recta á un término, y tienen grande interés en alejarse de este; fogosos al partir, hacen en un instante media jornada, hasta que se sofocan y caen sin aliento.

Los grandes oradores, semejantes á las águilas que remontan su vuelo y se ciernen en la region de las nubes, se mantienen en la alta esfera de los principios; pero el vulgo de los abogados rasa la tierra, como las golondrinas, hacen mil vuel-

tas y revueltas, pasan y se escurren continuamente, y atolondran con el ruido de sus alas.

II. Los profesores, mas bien que la piden, se apoderan con autoridad de la palabra, y tratan la cámara como si fuese una clase de estudiantes, comenzando por colocar en la barandilla de la tribuna su birrete, y los secretarios de la asamblea han sorprendido algunos al tiempo que sacaban de su sotana la palmeta y las disciplinas. En general son vanos, sutiles, altaneros, secos, imperiosos, extravagantes, sofistas, dogmáticos, dotados del don de la palabra, y pagados de sí mismos. Poco se preocupan de lo que se les objeta ó responde, sino de lo que ellos mismos dicen; y parece que se afanan en forzar, no convencer, é imponer la verdad, no en persuadirla, pues poseen la rigidez de los métodos y el despotismo de los axiomas. Pero como en general la nombradía de que gozan les vale ser diputados, están por lo comun provistos de una inteligencia superior, docta, profunda, ingeniosa, y en ciertas ocasiones divertida ó muy fastidiosa.

La dominacion de los abogados y profesores ha esparcido en la elocuencia parlamentaria la languidez de una solemne monotonía; y si bien ha podido ganar en número, dignidad, factura y método, lo ha perdido en precision, gracia, calor, naturalidad, verdad, colorido y originalidad. Sujetos á las formas de su estado y estorbados por estas, los profesores y abogados carecen de fisonomía propia, todos sus discursos parecen vaciados en el mismo molde; y sea cual fuere el asunto, y exija el laconismo ó la prolijidad, no dejarán de hablar durante una hora á lo menos; pues los profesores se figuran disertar delante de sus discípulos, cuya clase dura una hora, y los abogados creen que peroran y se agitan en presencia de sus clientes que no quieren que su defensa dure menos de este espacio de tiempo, aunque la cosa preste apenas materia á dos minutos, enfadándose muy sériamente y considerándose frustrados si la cosa pasase de otra manera; y en consecuencia vuelcan el reloj de arena, y mientras que se escurre esta, vibran continuamente sus lenguas, que detienen de repente con el último grano que mide la hora exacta.

Ambas profesiones de catedrático y abogado, invaden, con su flujo sin cesar creciente, la tribuna de las arengas: tal es el inconveniente de las asambleas preparatorias que á la eleccion preceden. Los honrados vecinos de aldea ó lugar, embobados por el flujo de palabras y cierta elegancia en el decir, darán siempre la preferencia á un vocinglero de audiencia ó á un ensartador de figuras de retórica, y lo antepondrán á los Chateaubriand y Lamennais, que poco duchos en la agitacion de los debates, se cubren de rubor y hablan con voz balbuciente; y en consecuencia enviarán nuevos habladores á la cámara que tantos ya cuenta. No obstante encuéntranse abogados, y de los mas famosos, que tiemblan al subir á la tribuna, debiendo nosotros á este miedo que los domina el gusto de no escucharlos. Salvo algunas raras excepciones, no saben ni pueden, tan dominante es el efecto del hábito, hablar como todo el mundo, con voz natural, ni olvidar al cliente por el principio, dar la razon política en lugar de la civil, abandonar la senda de los pormenores y elevarse á la altura del asunto, dominar una situacion, gritar con el alma y no con los pulmones, moderar su gesto, en una palabra, despojarse de sus añejas preocupaciones. Bajo el orador, fácilmente se nota al profesor y al abogado, y semejantes á los cantores del mediodía de la Francia, mientras cantan desaparece el acento gascon en la armonía y cadencia, pero vuelve á notarse apenas hablan.

III. Los militares escalan la tribuna con denuedo, impaciencia y fuego, como si se tratase de una batería. Con la cabeza erguida, y el gesto del mando, miran las gentes cara á cara, y la asamblea no desconfia de ellos, pues supone que, si bien expuestos á engañarse, no procuran engañar. Se disimula á los oradores militares sus frecuentes faltas gramaticales, la grosera acrimonia de sus invectivas, el abuso de las figuras de retórica y lo mal entretejido de la arenga, pudiendo á sus anchas salirse de la cuestion, sin ser reclamados á ella, como igualmente decir todo lo que les pasa por la cabeza, sea trivial ó correcto, de un modo uniforme ó con mil sobresaltos, sin que nadie piense en llamarlos al órden. Hemos visto al general Foy golpear de piés y manos, dar fuertes porra-

zos en la tribuna, agarrarse á ella, agitándose como un energúmeno y espumando de rabia. Y sin embargo se le dejaba hablar en esta situacion en que se hubiera censurado y quitado la palabra á un doctor en leyes. Lo que es yo, lo confieso, por mas que haya quien desaprobe mi gusto, prefiero esos militares brutales que desenvainan el sable y acometen francamente al enemigo, á esos retóricos almibarados que asesinan con punzadas de alfiler.

CAPÍTULO V.

Clasificaciones de los oradores segun sus especialidades é índoles.

Hay que tener especial cuidado en las calidades principales que, segun el temperamento, genio ó costumbre, predominan en el orador. La imaginacion, la lógica, la elocuencia y la malicia acarrear excesos que es necesario evitar.

Hay oradores que brillan en la exposicion de los hechos, que los presentan de un modo claro, lúcido, preciso, sin accidentes ni pormenores excesivos, de una manera bien ordenada y deducida, pero que se apocan y confunden cuando se trata de raciocinar. Otros con dificultad entran en la materia, pero se hacen pronto dueños del asunto y de la atencion del auditorio cuando empiezan á enardecerse, y cuando sus ideas se extienden y se encadenan. Algunos pierden el hilo, sin poder recobrarlo, van errantes, desatinados, fuera de sí, y como un alazan desbocado abandonan la arena.

I. Los imaginativos deslumbran por la gala de sus metáforas, si bien la acumulacion de figuras acaba por rellenar el oido de tropos que entre sí chocan y de cadencias quebradas. El lenguaje parlamentario no debe inclinarse á la obesidad ni á la redondez de las formas, sino, al contrario, debe dejar ver los músculos y nervios, como un hombre robusto y vigoroso; y el estilo sonrosado y fresco no es bueno mas que para iluminar. Los imaginativos se abandonan á menudo á la amplificacion excesiva.

II. Los lógicos de la tribuna, que conviene no confundir con los de la prensa, deben ser mas abundantes que concisos, mas apremiantes y eficaces que tópidos en la trama de sus discursos, sin olvidar que la atencion de una asamblea es corta y ligera. En efecto, si el orador resume en demasía su argumentacion, no es comprendido por el auditorio; si es prolijo, cansa; si aguza demasiado la punta de la argumentacion, incurre en la sutileza; si procede segun el método silogístico, se hace pesado é indigesto; si tan solo deja ver las fibras y tendones de una proposicion, sin carne ni colorido, será repugnante y cadavérico; si en los desnudos razonamientos no filtra un rayo de luz, serán estos mismos razonamientos lóbregos y nebulosos. Y efectivamente la oscuridad es el escollo de los lógicos.

III. Los patéticos deben alternativamente elevar y bajar su vuelo, olvidarse á sí mismos, ó á lo menos parecer olvidarse; dar á entender que, como á pesar suyo, se ven arrastrados por la fuerza de la situacion, ó por una agitacion interior que los domeña y arrebatá; suspender de cuando en cuando el discurso para tomar aliento, dar solo impulso á las cuerdas mas dulces del alma, y mantener la asamblea en un estado de suave conmocion y, por decirlo así, de éxtasis húmedo; pero si se prolonga este estado no tarda el enfriamiento en suceder á la dulce agitacion, y la risa á las lágrimas. En general los patéticos degeneran con facilidad en el sentimentalismo hueco y declamatorio.

IV. Los malignos, continuamente ocupados en aguzar la punta de sus flechas, y ponerles á cada lado plumas rápidas y ligeras para que alcancen con mayor facilidad al objeto á que se disparan, desbaratan de un papirotazo un discurso complejo trabajosamente andamiado, y la saeta lanzada por estos enanos al pasaje sensible de un coloso lo derriba en tierra. Cuando las alusiones son finas y delicadas, causan una sorpresa agradable, y el placer de adivinarlas vuelve cómplice á mas de un miembro del auditorio. Cuando son penetrantes y profundas, dejan á veces el aguijon en la llaga y causan la muerte. Pero lo mas general es que irriten tanto á los vulnerados

como á los vulnerantes que temen por sí, y entonces yerran el golpe. Los malignos son muy propensos á la personalidad.

Independientemente de los citados, hay los economistas, juristas, especialistas, socialistas, reglamentarios, generalizadores, fraseólogos, y además los interruptores de quienes me olvidaba.

V. Hay economistas que hacen las cosas en grande y que de mil millones rebatirán ochocientos, aunque se lleve la trampa la justicia, el ejército, marina, caminos, canales, administracion y servicios públicos. Los hay tambien que, procediendo de un modo mas parsimonioso, quieren cercenar siete francos cincuenta céntimos de un sueldo de veinte mil francos. Hay economistas mariscales de campo que opinan que los primeros presidentes reciben un sueldo excesivo, y economistas primeros presidentes que encuentran muy subidos los de los mariscales de campo. Algunos agrupan las cifras de un modo tan ingenioso, que dan á entender que hay sobrante cuando en realidad hay déficit, hacen creer á la nacion que paga sus deudas cuando contrae empréstitos, y que se enriquece cuando se arruina. Hay economistas vinícolas que propalan que es intolerable el impuesto en los vinos, mientras que el de la sal es tan ligero y tan fácil de percibir; y economistas salinos que abogan por la anulacion del impuesto de la sal, atendido á que rigurosamente puede prescindir la humanidad de vino, mas no de sal. Ciertos economistas acceden gustosos á que se aumente la contribucion territorial, pues no tienen tierras, con tal que no se reduzcan las rentas, porque de ellas gozan. Los hay que se dejarán hacer pedazos antes que consentir en votar los fondos para la reparacion de un camino real por el cual nunca transitan, pero que solicitarán con un celo mas que patriótico el ensanche del empedrado de un camino vecinal, que atraviesa sus dominios. Por último, hay economistas, y estos son los buenos, los cuales opinan que los impuestos deben pesar sobre el rico, y no sobre el pobre; que han de preferirse los gastos productivos á los improductivos, los intereses generales á los particulares, los distritos á los vecindarios, los departamentos á los distritos, y la Francia á los departamentos.

VI. Los juristas deciden por el derecho civil lo que es de

derecho político, y consideran nulas las medidas mas urgentes y saludables, si no se hallan extendidas y formuladas segun las reglas del procedimiento. Por mas absurda, bárbara é incomprendible que sea una pena, opinan que debe aplicarse con todo rigor desde el momento que la pena existe, aunque sea esta el palo ó el tormento. Esclavos mas bien que súbditos de la ley, inclinan su cuello ante el poder de los textos. Para ellos lo que está escrito, está escrito, y lo escrito está vigente, sin querer pasar de ahí. Por una sutil interpretacion de palabras derivan la competencia de la misma incompetencia, y descubrirán un sentido oculto cuando solo existe uno patente, incompatibilidades donde no hay mas que concordancias, y paridades donde solo existen antinomías. Así dirán que la Carta de 1830, que quiere la libertad de imprenta, está en armonía con las leyes de la Restauracion que admitia la censura, y demostrarán su asercion con magníficos argumentos sacados de las leyes del decemviro Apio; y no hay que apurarlos con cuestiones, pues son capaces de demostrar de un modo perentorio que el código griego de Teodosio justifica la revolucion de julio. Espíritus secos, áridos y falsos, se doblan bajo el peso de la letra muerta, temiendo elevarse á su inteligencia; sordos á la voz de la conciencia, inmolan el fondo á la forma, el derecho al procedimiento, y la humanidad á un axioma.

VII. Los especialistas son utilísimos á la cámara, y los únicos que en el mayor número de circunstancias saben bien lo que dicen, y se enuncian bien; pero importa que el afán de brillar no los impela á hablar mas de lo necesario y mas de lo que realmente saben; ni tampoco que por orgullo se figuren que nada saben los demás en la materia de su competencia, como igualmente que no recurran por afectacion al lenguaje técnico en lugar del natural, y por sistema sustituyan á la enseñanza admitida y experimental de la ciencia, los partos calenturientos de sus sesos.

VIII. Los socialistas, gente sensual, regalona y voluptuosa, habitan mentalmente mas allá de la region de las nubes, y desde allí, al través de una óptica halagüeña, divisan una sociedad fresca, rozagante, sonrosada, buena, inocente,

colmada de bienes, risueña, voluptuosa, con vestidos de fiesta y palabras llenas de ternura y poesía; sociedad encantadora y tanto mas fácil de fundarse cuanto que no hay necesidad de saber bajo qué grado de latitud vivirá, siéndola al parecer indiferente el frio y el calor; como tampoco la forma de gobierno, pues tan conforme se halla el gran Mogol como el presidente de los Estados-Unidos con admitir las visiones humanitarias de los socialistas.

Nosotros estamos prontos á admitir las ideas de estos, cuando nos hayan presentado su plan, sus medios de ejecucion, y si cuentan con criaturas humanas; y como á todo esto no pueden responder cómodamente desde allá arriba, les suplicamos que bajen de las nubes, y vengan á pisar la tierra por algun tiempo.

IX. Los reglamentarios invocan como leyes, y aun como superiores á las leyes y al sentido comun, los precedentes caprichosos de las secciones y salas de conferencias, y porque la cámara ha incurrido en una, dos, tres, ó cuatro sandeces, sostienen que debe cometer una quinta; y en consecuencia recuerdan con toda la satisfaccion de una feliz memoria, que en tal dia de tal año, tal presidente de tal sesion se caló el sombrero de tal ó cual modo, ó bien que empezó el llamamiento nominal por la letra *a* y no por la letra *y*, lo que por cierto es sorprendente. Poco les importa que se viole la carta ó que el ministerio invada el santuario de la legalidad, si no ha sido confiado á su custodia. Pero si, sin notarlo, da el presidente la palabra á un miembro despues de haberla prometido á otro, los reglamentarios se agitan en sus bancos, se enfurecen, se hallan fuera de sí, é interpelarán con el puño y toda la fuerza de sus pulmones, clamando que es un escándalo, sin observar que ellos mismos y no otros lo causan. Disputarán con teson y á porfía durante horas enteras, y con increíble terquedad, sobre lo que hubiera debido contener el reglamento, acerca de la importancia mayor de una sílaba, un punto, un acento, una coma; y se sentarán por último cansados, cubiertos de sudor y sin aliento, sin que haya dado un paso la discusion y sin haberse comprendido á sí mismos.

X. Los fraseólogos solo apetece la melodía del discurso, esmaltan todos los temas con las flores de su prosa, y dan á sus palabras toda la modulacion posible, acomodándolas á su intento. Así ahuecan la voz y recargan las palabras para que imite el redoble del tambor; la lanzan á todo vuelo para que repique como la campana mayor de una catedral; la recortan y disponen con simetría para que todas sus notas se entrechiquen y suenen como campanillas; las labran y abrillantan como el lapidario sus diamantes; saltan peregrinamente de una antítesis á otra, se miran ufanos en una figura de retórica, y se confunden en la inmensa pompa de un periodo.

El fraseólogo poca atencion presta al raciocinio. Desprovisto de ideas, pero relleno de palabras, conoce el origen de las voces, sus sinónimos y derivados en las veinte y cuatro letras del alfabeto, y sabe perfectamente el supino y gerundio de cada verbo. Su estilo esmerado en su compostura, ostenta el oro y las perlas; acicalado y melindroso parece un figurin de la última moda. En una palabra, es el petimetre presumido de la gramática.

A la hora de anochecer, saluda misteriosamente el fraseólogo á sus amigos, despide á su mujer é hijos, se encierra en su aposento y pasa el cerrojo. Allí, á la luz de dos bujías cuyo escaso resplandor parece aumentar el silencio, hace el ensayo general de su discurso; dispone simétricamente sus frases como un general forma sus tropas, de manera que guarden nivel, y vayan todas al paso juntas y uniformes; y á medida que delante de él desfilan, se quita el sombrero y las saluda. Cada una tiene su nombre, su rango, su efecto propio, su sonido particular, su brillo característico; el fraseólogo las reúne ó las separa, las detiene ó las precipita, las somete á mil evoluciones, las señala con tinta encarnada para que no se pierdan, las tiene continuamente en el oido, y paseándose á lo largo de la mullida alfombra de su gabinete, las evoca y las convoca para el día siguiente. Hasta en su lecho, durante el sueño, zumban las voces en sus oidos, y fermentan las frases en su imaginacion calenturienta; su esposa que yace á su lado, al escuchar sus palabras interrumpidas, lo cree demente ó se figura

que le es infiel y que articula el nombre de su querida.

Sin asomo de conocimiento en materia de leyes y negocios, sin siquiera haber hojeado el libro de los presupuestos, el fraseólogo afecta el mayor desprecio por las cifras, la lógica, los hechos comunes y el curso general de las cosas, figurándose que se rebaja y degrada al estudiar la administración, la hacienda y economía política; pero si flaquea en este punto, descuellan en lo tocante á la melopea, el pleonasma, la eufonía, la metonimia, la hipérbole, la prosopopeya, la prótasis, la catacrexis y otras figuras de retórica usadas por los griegos; y bruñe, barniza y redondea su frase tanto en lo grande como en lo pequeño, prodigando flores, ornamentos, calados y arabescos. En vez de acomodar su lenguaje al asunto, torcerá este y lo forzará á entrar en su estilo, y disertará sobre el impuesto de la maquila con el mismo tono que proclamará la invasión del territorio por el extranjero y los peligros de la patria. No se crea que hable con el objeto de convencer, ó conmover, ó ayudar á los suyos, ó ganar su causa; no, nada de eso: habla únicamente por el placer de hablar y escucharse, y por este motivo cierra los ojos para recogerse, se inclina y presta ávidamente el oído á los sonidos que emite; su boca parece acariciarlos de paso, y se le ve absorto en la extática admiración de su palabra; lleva el compás con el pié, arrulla los sonidos en su garganta, se mece en la muelle armonía de sus cadencias, se embriaga de sí mismo y el mundo exterior desaparece ante su vista. Ni la agria voz de los porteros, ni las conversaciones de la asamblea, ni la impaciencia del orador que debe seguirlo en la tribuna, ni las exhortaciones paternales del presidente pueden sacarlo de su letargo, y es necesario que uno de los secretarios venga á advertirle, tirándole por los faldones, que los mozos de sala apagan las luces y que ha terminado la sesión.

XII. Los generalizadores nunca fijan la atención en las fracciones de un millón, aunque sean de cien mil escudos, y siempre calculan por cantidades redondas. Al establecer una regla, no examinan si las excepciones que esta acarrea superan á los casos comprendidos en la misma regla, ni si, al exponer un princi-

pio absoluto, son aplicables las consecuencias de este principio. No toman en cuenta los lugares, los tiempos, los hombres, los medios, necesidades y circunstancias, ni aciertan á comprender que los negocios humanos se conducen mas bien por pormenores, hábitos, experiencia é infinita variedad de incidentes, que por el inflexible rigor de las teorías. Zurcidores mas ó menos diestros de frases, fluctuan como los titiriteros entre lo verdadero y lo falso, resbalando en el declive de las tesis constitucionales, y señalan perfectamente el pié de que cojea un sistema, mas nada dicen sobre el remedio, sin comprender que lo difícil no es dogmatizar sino practicar, no disertar sino concluir.

XII. Hay dos clases de interruptores: los que no hablan y los que hablan.

Los primeros meten mucho mas ruido que los segundos, pues imitan con increíble acierto y una perfeccion de ejecucion indecible, los gritos de todos los animales domésticos y agrestes que plugo al Criador esparcir en la superficie de la tierra: así gañen, cloquean, ladran, maullan, graznan, mugen, balan, aullan; y cuando todos esos piés patean, cuando crujen todos esos dedos, se agitan tantas cabezas y silban tantas lenguas, resulta un murmullo tan discorde y estrepitoso, que se pierde en él la voz del orador como el canto del ave en la tormenta.

Los interruptores que hablan emplean de un modo abusivo esta ú otras interjecciones y monosílabos análogos: *He!*—*hola,*—*qué,*—*cómo,*—*ah!*—*cielos,* excusándose con que no pueden contener el grito de la pasion, al paso que pretenden que la elocuencia no necesita tan largos discursos, y que basta una palabra, una sola, para convencer ó conmovier. Hacen señas al taquígrafo del *Monitor* para que les envíe las pruebas de la sesion, y apenas ven que el periódico oficial inserta su *He!* ú *Oh!* cuando escriben á sus comitentes: «Señores, podrán ver VV. en el *Monitor* de hoy, que he desempeñado mi mandato legislativo, y que no he querido dejar pasar la sesion sin dar motivo para que se hable de mí.»

CAPÍTULO VI.

Del taquígrafo.

Cuatro personas poseen el secreto de las flaquezas del orador parlamentario: su médico, su confesor, su querida y su taquígrafo.

El taquígrafo, ni mas ni menos que el escudero de don Quijote, el famoso Sancho, viste y desnuda al don Quijote oratorio, lo compone, le apresta su manto de púrpura, sus dientes postizos, su peluca, y lo aguarda en los bastidores cuando deja el orador la escena, chorreando de sudor despues de haber representado á Demóstenes; le calienta los paños, lo frota de piés á cabeza, lava sus arengas con pasta de almendra, las limpia, perfuma y engalana. Así como no hay ninguno que sea héroe para su ayuda de cámara, ninguno es orador para el taquígrafo.

A este fiel Acates, el gran batallador de tribuna entrega todas las piezas de su armadura, el yelmo, la cota de malla, los brazaletes y la espada. El taquígrafo le sirve de segundo, le lleva sus billetes de desafío y cartas amorosas, constándole mejor que á nadie lo que encierran sus ademanes de valentía y lances de amor.

Historiógrafo de las campañas parlamentarias, escribe el taquígrafo, en su calidad de jefe del estado mayor, los boletines de cada cuerpo del ejército que le dicta el general. Así cuenta en sus historias como Aristodemo postró por tierra el mónstruo de la anarquía, y como Rodomonte partió de parte á parte, con el filo de su espada, los gigantes y encantadores.

Bien me consta el flaco de los oradores de mi tiempo: la irritabilidad del temperamento, la cólera de la contradicción, la pasión política, el combate cuerpo á cuerpo les causan mil estremecimientos nerviosos y fiebres de vanidad. Todos aspiran al elogio, principalmente por las calidades de que carecen. El envidioso no encuentra felicitación suficiente si no son vitupe-

rados sus hermanos; el patético quiere que se encuentre que raciocina con mucha lógica; el dialéctico que descuella por su chiste y donaire; el poeta que brilla menos por la imaginación que por la solidez de su cálculo; el inconstante que nunca cambia; el hacendista que conmueve todos los corazones; el escritor de madrigales que nadie mejor que él sabe analizar un presupuesto.

El taquígrafo es el confidente oficial y discreto de sus jocosas comunicaciones y de las mañas de su orgullo.

Al entrar en la sala pasa el orador rozando al taquígrafo sin dignar saludarlo; pero, al salir va derecho á su banco, le pregunta por su salud, lo halaga, lo requiebra, acaricia, engatusa, y el taquígrafo acoge con el mayor natural y con faz risueña esta mojiganga, y endosa las letras de cambio que giran los oradores de provincia á cargo de sus comitentes.

¡Cuántos oradores se asemejan á esas luciérnagas ó gusanos de luz que centellean en la yerba como la estrella en los cielos! Pero acérquese á ellos una luz, y veráse cuán fácilmente pierden su fosforescencia y fulgor.

Apenas ha vertido el orador las brillantes perlas de la improvisación, cuando el taquígrafo las engasta en similor y las presenta al público en su azafate.

El taquígrafo es el sepulturero del parlamento. Esos pujantes Alcides que hinchán sus músculos y abaten con su clava la hidra ponzoñosa de la anarquía; esos Júpiteres tonantes, esos Adonis de tribuna con tan rizada y perfumada cabellera, pasan á manos del inexorable taquígrafo que los espera en la antesala, los recibe como cadáveres, y los entierra á su gusto en sarcófagos de mármol en el cual se lee: «Aquí yace el muy noble y poderoso señor;» ó bien los mete en un ataúd ordinario y lo arroja al hoyo común, sin dignar decirles el menor *De profundis*.

El taquígrafo enseña al público por la ventanilla de su óptica la cáfila de todos los oradores de cada sesión, y á medida que acerca ó aleja los vidrios hace parecer un gigante como un enano, y vuelve elefante un gusanillo.

Cosa es digna de ver cómo forja y maneja el taquígrafo á

nuestros Procustos parlamentarios, cuyos miembros alargan ó achican, dejándolos mayores ó menores de lo que en sí son.

El taquígrafo mezcla y baraja las hojas de un discurso como si fuesen naipes, todo lo revuelve, pone lo de arriba abajo, y viceversa; coloca una cabeza descomunal y erizada de cabellos sobre un cuerpo enjuto, avanza un paso, retrocede dos, comienza por el epílogo, acaba por el exordio. El lector conoce la respuesta, pero ignora la cuestión; el taquígrafo expone circunstanciadamente la consecuencia que emana, si bien pasa en silencio el principio de que se ha deducido; hace resaltar las oraciones insignificantes que nadie ha escuchado y suprime las más brillantes.

Y no hay queja que alegar, ni rectificación que pedir; y en vano se reconvendrá al taquígrafo en estos ú otros términos análogos:—Caballero, mi discurso se halla completamente trastornado.—Hombre, míreme V. bien, V. no me ha hecho ver más que de un ojo, y yo tengo dos.—V. ha desfigurado mi más bello movimiento.—Mucho agradezco que me haya prestado V. gran parte de su talento, pero hubiera estimado que me hubiese dejado intacto el mío propio.—Permítame que le diga una palabra: V. pretende que mi voz ha desentonado como un bajo, siendo así que he gritado como un tiple.—Señor taquígrafo, V. ha puesto un *oh*, cuando yo había bien articulado un *ah*, y un punto de exclamación en vez de un punto de interrogación.—Todo esto será siempre ridículo á no poder más.

¡Ay del diputado que tiene por enemigo al taquígrafo! nunca volverá á ser reelegido, y en vano despachará las palomas-correos que no llevarán sus alocuciones campestres al palomar de su país.

Por el contrario, si el taquígrafo es amigo, le tira el diputado por el faldón, y le dice al oído remitiéndole el discurso que acaba de pronunciar bien ó mal: «No olvide V. el insertar el *muy bien* en el pasaje que V. sabe.»

Si es adversario político del orador, escribirá lo que se le antoje, y ¿quién puede impedirselo? Dirá por ejemplo que ha

habido murmullos cuando habrá habido aplausos, y cambiará el efecto de las frases del orador.

Hay cierta clase de lectores, hombres de bien y sin opinion formada, que, comprendiendo poco ó nada de esas sesiones quebradas continuamente é interrumpidas, impresas con carácter diminutivo en un periódico voluminoso, pasan por el discurso del orador, dejan á un lado sus frases, corren al término del período para cerciorarse únicamente si han dicho *muy bien* ó *muy mal*, y despues, fiados en el taquígrafo, repiten sin haber leído el discurso: ¡Qué orador tan elocuente! ¡Qué pobre orador!

Otra clase de lectores se encuentra en mayores apuros, y es la que consulta periódicos varios y de opiniones diversas; pues si el taquígrafo del ministerio dice *muy bien*, y el de la oposicion *muy mal*, ¿cuál de ambos merece crédito? Es verdad que por poca fé política que se tenga, queda el recurso de creerlos alternativamente uno y otro.

Si el taquígrafo es un necio, depositará el discurso de un modo integral y completo, no omitiendo las menores circunstancias, como que el orador estornudó tres veces antes de empezar, y que al acabar derramó el vaso de agua sobre el portero que se lo servia; por supuesto que de todo el discurso no se acordará el lector mas que de aquel desgraciado fin y aquel desgraciado principio.

Por el contrario, si el taquígrafo es hombre de gusto y talento, dará á la arenga del orador una hechura vistosa, fresca y primorosa, y hará que formen del orador un alto concepto sus mandatarios, lo que no dejará de sorprenderlos.

Despues de dos años de ejercicio, todo taquígrafo puede ser un diputado excelente; pero no apostaria mi cabeza, ni el dedo meñique de mi mano izquierda, que todos los diputados se hallen en estado de ser buenos taquígrafos.

CAPÍTULO VII.

De la reseña de la sesion.

Hay esta diferencia entre el taquígrafo y la reseña de la sesion, que el primero solo pretende reproducir los discursos de los oradores, mientras que la segunda aspira á juzgarlos.

Poco nos conocemos la reseña de la sesion y yo; hace unos quince años que la planté, pero la abandoné desde que la ví suficientemente amugronada. En el dia ha medrado, se ha instalado, se halla con todas sus anchuras en el orbe político, y recorre la metrópoli y provincia á manera de oráculo.

Si el orador es el hombre del dia, el redactor de la reseña lo es del siguiente; si el primero se cuadra y domina en el reducido ámbito del parlamento, fuera de él, y para toda la nacion, no es mas que lo que place á la reseña.

El juicio final de los muertos no tarda en llegar al orador. Apenas queda enterrado en su ataud de papel, cuando dos redactores de periódico se acercan al cadáver, y permanecen á ambos lados de este, como el demonio y su ángel, recitándoles *Pater noster* con murmullos de abejarron; y ambos lo hisopean, uno con un panegírico y otro con una sátira.

En tanto como me lo permiten mis lejanos recuerdos, tengo presente que escribia mis reseñas con mas ó menos pasion, pero no por eso prescindia de la justicia, ni siempre decia mal de mis adversarios. Segun parece, desde aquel entonces ha ido perfeccionándose la reseña, y algo en demasia, si se juzga por las muestras siguientes:

ORADORES ABOGADOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Misma sesion, mismo asunto,
mismo orador, mismo discurso.

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Misma sesion, mismo asunto,
mismo orador, mismo discurso.

Gorgias, nuestro célebre orador, ha estado desde el principio hasta el fin, de un extremo á otro la obra mas pá-

vivo, nervioso, apremiante, remontando su vuelo sublime hasta los cielos, luchando contra los ministros con una agilidad, gracia y fuerzas nunca vistas, agotando todos los recursos de la elocuencia, toda la armonía de la palabra humana, el vigor del raciocinio, lo profundo y elevado de la elocuencia. Los centros agitábanse y bullían de cólera, mientras que los ministros, clavados en sus bancos, se anonadaban de vergüenza y se ocultaban el rostro con las manos. ¡Lastimoso espectáculo! Después de un golpe tan terrible, no puede sobrevivir el ministerio, y lo que podemos asegurar á nuestros lectores, es que ha quedado tan contuso y magullado, que hay que desesperrar de sus días. ¡Pobre ministerio!

lida, floja y descolorida que puede darse en su género. Esa águila de la oposicion rasaba la tierra en su torpe y pesado vuelo, y era lamentable el verla agobiada bajo el peso de frases fofas y palabras huecas. La asamblea reía á carcajada tendida, mientras que llena de rubor la oposicion cuchicheaba y se mordía los labios de despecho. Este dia ha sido un dia de triunfo para el ministerio, y la consecuencia del discurso del orador de la oposicion, será, no lo dudamos, una imponente mayoría, pudiendo el ministerio mostrarse en su auge y brillo á sus amigos y enemigos. ¡Pobre Gorgias!

ORADORES HOMBRES DE NEGOCIOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¿Puede darse una cosa mas curiosa que ver abrir la boca al ministerio y desgafitarse diciéndonos al presentarnos á Demades: Este es un hombre de negocios!

¡Un hombre de negocios! Mas valdria decir un trapacero de profesion, un enredador de baja esfera, un embrollon presto á sostener el pro y el contra de todas las cuestiones posibles, un ergotista de aulas que sabe en qué se contradicen dos sentidos, pero no en lo que concuerdan; un escudriñador de ardidés y sutilezas que no acierta á elevarse al espíritu de la ley, y chapotea en el lodazal de los textos. Demades tiene siempre la pluma en la oreja, y delante el Código de procedimientos marcado con una multitud de señales blancas, azules, amarillas, rojas y violáceas. Si se le dice: «La cosa es clara.» — Permítame V., responderá, distingo.— Si se añade: — Manténgase V. en los límites de la cuestion. ¿No ve V. que se trata de los oficiales de marina? — Es muy cierto, responderá Demades, pero hay en el código de procedimiento civil, un

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Sí, fisgones, Demades es un hombre de negocios, un hombre cuerdo que emite pocas palabras, pero todas en su debido lugar y con su debido efecto; cada argumento encaja en el precedente, y su discurso recuerda esas fuertes cotas de malla que revestían los antiguos paladines de la edad media, sin perder el vigor y gracia de sus movimientos. Demades no se abandona á declamacion vana y hueca, ni busca el Océano en la Propóntida, antes queda apegado al asunto de que se trata, sin desasirse de él. Dialéctico robusto, Demades agarra con atlético brazo esos charlatanes de la oposicion, esos retóricos que arrojan mas fuego que llamas, y los aprieta en los robustos círculos de su dialéctica, semejante al herrero que toma el metal candente con sus tenazas, lo bate, aplasta y tuerce á repetidos golpes sobre el yunque, y lo amolda con su mano vigorosa.

A menudo descubre con esfuerzos prodigiosos los vastos depósitos de su memoria, de donde brotan rayos de luz y tesoros de erudicion; otras veces, como ante un muro inexpugna-

artículo 330, el cual, combinado con el artículo 287, y modificado por el artículo 518, presenta doble significacion, y en este caso, me parece que me es lícito distinguir, y distingo en efecto, *distingo*. Si hubiese una coma antes de la palabra *marina*, podría ser sostenido que no hay interrupción en el sentido; pero hay un punto y coma, lo que constituye un caso muy diverso, pues se suspende el sentido y quedan trastocadas todas las proporciones de la justicia, del procedimiento, de la gramática, de la ley, y aun de la constitución misma. «Sí, Señores, no lo duden VV., la mayor parte de los imperios no han perecido porque se les haya acribillado á balazos, ni porque se les haya cercado de fortificaciones; no, sino porque el legislador no supo colocar una coma en su lugar debido; sí, señores, una coma.» Y si se le hacen nuevas objeciones, Demades redarguye, diciendo: «Vuelvo á distinguir, pues bien me consta que Rebuffe, en la página 2597 de sus *Apotegmas*, y Bartolo en la paratitla 49 de su *Glosa pandectaria*, edición de Amsterdam, *Amsterdamolami*, pretenden que tal vez sería excesivamente riguroso que se perdiese un imperio por una coma; pero por otra parte Chicoisneau, en la edición principal de sus *Argumentaciones pro forma*, y Alberto el erudito, *Albertus eruditissimus*, en su *Suma*, título 20, capítulo 40, párrafo 77, nota 14, sostienen que debe atenderse religiosamente á la coma, sin lo cual nada sería respetado en la naturaleza, y mas valdría, sin comparación alguna, que peciese el mundo.—¿De qué manera prosigue Demades, se pueden reconciliar tan violentas antinomias, después de tan sapientísimos glosadores, sobre todo amando á su rey y á su patria? Es materia difícil, señores, y distingo.

Y como para librarse de tantas distinciones, cada diputado toma las de villadiego, Demades agarra por un botón de la casaca al portero de servicio, que es el último que intenta escapar, y se lo arranca, contento con ponerse en salvo á este precio, mientras que

ble, detiene á sus adversarios con una cita, un texto, un hecho, una cifra, una fecha.

Demades es el repertorio universal del ministerio, que lo coloca, por decirlo así, sobre su carpeta, y lo hojea á su gusto como un libro. Enciclopedia animada, marcha, se detiene, se abre, se cierra, se vacía, habla, calla según se pide. Personas tan útiles, tan concienzudas, tan positivas, valen mas seguramente para el despacho de los negocios que esos genios mas ó menos culminantes, que se alimentan con ambrosía en las regiones etéreas.

A medida que los aguilucho vocingleros del partido de la oposición van á chocar contra las vidrieras, Demades les corta las alas con sus tijeras, y caen torpes en tierra.

Demades sabe perfectamente, y los repite como si leyese en un libro abierto los precedentes de la cámara, las diversas aplicaciones del reglamento, la concordancia de los decretos y leyes, la jurisprudencia de las sentencias, las interpretaciones de la doctrina, las paridades y antinomias, los orígenes del derecho, la conferencia de los artículos, los trámites de un procedimiento, el sentido aparente y el sentido íntimo de una circular, las excepciones, los términos y artículos de incontestación.

No hay medio de cogerlo descuidado, pues día y noche vela con el Código bajo el brazo, en torno del campo; al contrario, conviene precaverse contra las zancadillas y abrojos que tiende al enemigo.

Si en el fondo del debate queda alguna razón oculta, no tarda en descubrirla; si algun manantial descuidado, lo apura, alguna faz oscura, la alumbraba. Al concluir, sus argumentos se hilvanan entre sí, y de tal modo se estrechan, que abruman la oposición con su implacable lógica.

continúa Demades: Distingo y argumentaré: *distinguo et argumentabor*.

Tal es el hombre de negocios del ministerio.

ORADORES MILITARES.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Hoy hemos oído al general Crisipo. ¡Qué discurso! ¡Como se tambaleaba, qué mirar fijo, qué voz temblona! El general se figuraba sin duda que hablaba en un cuerpo de guardia. Arenga mas estrafalaria, mas ridicula, mas despilfarrada no es posible figurarse; el digno guerrero acribilla la gramática, vocífera, aulla, se enronquece, divaga, sale de la cuestion, refiere de paso aventuras de otro mundo, da en la barandilla de la tribuna repetidos golpes de córte y de plano, y hasta nos ha parecido que buscaba y procuraba echar mano á su sable. ¡Dios nos asista! Venid, porteros, y llevad á ese alboratador, á ese camorrista á la sala de policia.

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Tan intrépido y denodado en la tribuna como en presencia de las baterias enemigas, Crisipo habla con firmeza, ciencia, tino y decoro; áspero, pero sincero, osado, mas sin temeridad. Tal vez no rebosa su estilo de flores, no sus períodos brillan por la excesiva cadencia; pero lo cierto es que dice buenas verdades, y que sus discursos cortan como un hacha. ¿Qué pueden importarnos en la situacion presente las cuestiones de ortografía, y saber si se debe poner una t ó una s mas ó de menos? Se trata de salvar la patria, y Crisipo la salvará tanto por su elocuencia como por su valor.

ORADORES POETAS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Ctesifon declina visiblemente, y hoy lo hemos visto anegarse en la mas fofa y descolorida fraseología. Su estilo tribunicio carece de la cadencia poética, como igualmente de la fluidez y firmeza de la prosa. Por otra parte, Dios nos libre de esos poetas-oradores que remontan su vuelo de cisne y desaparecen mas allá de la region de las nubes. Tratábase, como todo el mundo sabe, de un nuevo impuesto de puertas y ventanas, y hete aquí que el audaz poeta se interna en las arenas de la Libia y va á consultar los oráculos del dios Memnon. Dejemos á los amantes de los sonidos é imágenes los prestigios de la poesia, y no perdamos de vista que al tratar de cuestio-

PERIÓDICO MINISTERIAL.

¡Qué grande orador! ¡Qué magnífico poeta! ¡Qué rastros de luz deja tras sí la palabra de Ctesifon! ¡Cómo de una sola mirada abraza los confines del horizonte europeo! Camina y en tres pasos recorre el universo, desdeña el presente, lee en el porvenir, semejante á la antigua Sibila, convulsa y avasallada por el dios interior, ó á Moisés coronado en el monte Sinai con los rayos de Dios vivo. ¡Qué períodos melodiosos! ¡Qué soplo emanado del alma! ¡Qué olas de armonía! Su palabra parecia correr por una arena dorada, rodeada de praderas y flores. Desde el principio de su discurso se insinua Ctesifon con una suavidad irresistible, atrae y subyuga los

nes económicas, es necesario hablar el lenguaje práctico de los negocios. Los sacerdotes de Menfis, los habitantes del mar Caspio, los romanos del Coliseo, los libios y el dios Memnon, no pagarán, á lo que sepamos, nuestros centimos adicionales. Ctesifon se complace en tañer su lira con toda clase de cantos, pero seguramente para aliviar al pueblo y defender la libertad no bastan los suaves sonidos del armónico instrumento. Si se tratase de representar en la escena el furor de Orestes, ó de cantar un himno epitalámico, prestos estaríamos á dar á Ctesifon los debidos aplausos.

ánimos mas rebeldes, y espiran á sus plantas los murmullos flotantes de las pasiones políticas. Hoy ha logrado Ctesifon el mas apeteçible de cuantos triunfos hubiera podido desear, y mucho tiempo despues de haber bajado de la tribuna, quedaron los oyentes sumergidos en el éxtasis de un santo recogimiento, volviendo á menudo sus rostros al puesto ya desocupado, sin poder ápartar el oído del encanto de su palabra.

ORADORES FILÓSOFOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Eudámidas, ese aguilucho de la filosofía, se ha perdido en las nubes en su primer vuelo. Bostezaba la asamblea, bostezaba el presidente, bostezaban los porteros, bostezamos nosotros mismos solo al recordarlo, y tal vez hacemos bostezar al lector solo con decirlo. La filosofía es el arte de conocerse á sí mismo, y Eudámidas es filósofo; ¿cómo, pues, no acierta á comprenderse lo bastante para saber que es imposible que haga comprender á los demás lo que él mismo no comprende? Créeme, Eudámidas, inútil es que bajes el vuelo, inútil es que salgas de tus nubarrones, ó si quieres, de tu esfera trascendental. Este mundo y sus negocios no es cosa tuya; pues para conducirlo y conducirse en él se necesita un pensar sano, y solo este; ¿Lo oyes, Eudámidas?

PERIÓDICO MINISTERIAL.

O filosofía, hija de la idea, ciencia del alma, sabiduría de las naciones, ¿no eres tú la que reinabas en Grecia y Roma? ¿no eres tú la corona sublime de la política? ¿no eres tú la que acercas el hombre á Dios? ¿no eres tú la que presides á nuestras palabras y á nuestros discursos? ¡O filosofía! tú consuelas á los empleados subalternos cuando su escaso sueldo no les basta! Tú enseñas á los contribuyentes á contentarse, á pesar suyo, de lo poco que se les deja; á los ministros á prometer mas de lo que pueden cumplir; á las naciones que perdieron su gloria, á gozar de la halagüeña dulzura de una paz armada, y á los mismos reyes á economizar en la prosperidad para abdicar en la desdicha con manos llenas. ¡Honor, pues, á la filosofía! ¡Honor sobre todo al filósofo Eudámidas! Eudámidas ha estado feliz, ha estado admirable en la sesion de ayer. ¡Qué cúmulo de imaginacion y ciencia en esa cabeza calva que se inclinaba al peso del pensamiento! ¡Qué misterioso poder en esa palabra lenta y solemne como el ruido nocturno de los grandes rios! ¡Jamás Platon, bajo las sombras de la Academia, habló con mas magnificencia la lengua de los dioses! Nunca se ha penetrado mas en los tenebrosos replie-

gues del corazon humano; y si Eudámidas no ha hecho adelantar mucho la cuestion, si la ha dejado debatirse y arrastrarse en el mundo vulgar de las realidades, culpa ha sido de la cuestion y no del gran filósofo.

ORADORES EPIGRAMÁTICOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Lisis ha asestado hoy sus saetas al banco de los ministros con un acierto y una felicidad increíbles, hiriéndolos en la cabeza, en las piernas, en los lomos y en todo el cuerpo; en una palabra, dejándoles en llaga viva. Los ministros irritados se agitaban inquietos como esos toros acribillados de rejonas, que se sacuden y braman, cayendo en fin desangrados en la arena. ¡Qué chistoso, qué agudo es ese condenado de Lisis! Hasta á sus mismos adversarios desarma con su sal, y es capaz de hacer reir á un muerto. Lisis se burla de todas las dificultades, que resuelve con tanto acierto como rapidez, prefiriendo los alfileretazos á la masa que machuca. Bástale una palabra ligera, para decidir la cuestion mas árdua, y con un dardo acerado, fino y punzante, perfora de parte á parte las mas templadas armaduras, los broqueles mas resistentes, y derriba en tierra al gigante mas descomunal, sin que sepa cómo ni cuándo, ni de dónde le vino la saeta. Lo que no puede decir, lo deja adivinar, y en efecto se conjetura, siendo la argumentacion de Lisis tan trasparente como una gasa, y trabajando ese endiabrado orador en cierto modo como la abeja bajo el cristal, sin que se le pueda coger ni aun por las alas.

¿Y quién logrará asirlo cuando el maldito se oculta, se desliza, revolotea y se escurre á la vista? ¡Válgame Dios! ¡Qué chistoso es ese pícaro de Lisis!

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Lisis es el liliputiense de la tribuna, y posee un almacén, ó si se quiere un monton de agudísimos epigramas, todos iguales y rotulados. Cuando va á la guerra, arma su pequeño arco, y dispara sus saetas cuya mayor parte ondean por el aire y van á caer á sus piés. Guarécese á veces tras una mata, y otras tras una hoja; va, viene, se multiplica, se remolina, se desparrama, se desgañita, se evapora. Pero con pinchazos de alfiler se consigue cuando mas irritar á los gigantes del ministerio, y no se cogen leones con telarañas.

¿Cuándo llegará á comprender Lisis que la monotonía puede proceder del excesivo chiste no menos que de la necedad; que las materias serias deben tratarse de un modo serio, y que no conviene que un orador se ponga á sí mismo y continuamente á la sagacidad de nuestros Edipos parlamentarios bajo la forma de un logogrifo ó una charada; que cobijándose continuamente tras de un equivoco se triunfa sin gloria, y que antes de ser infiel á su opinion disfrazándola, conviene encerrarse con ella en la dignidad del silencio?

Tal es la imparcialidad digna de elogio con que los periódicos de la oposicion y los ministeriales dan la reseña de la

misma sesión, mismo asunto y mismo discurso. Cuando no tiene otra cosa que hacer, la reseña la emprende con los oradores de segundo orden, y, según le cuadra, los despacha y expone á los encomios ó silbidos de los palardos de los departamentos.

ORADORES UTILITARIOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¡Viva Neodemo! Todo el santo día nos ha machacado con su carbon de piedra y remolacha. ¿Qué le hemos hecho para que así nos muele? ¿Qué necesidad teníamos de saber cómo, antes del diluvio, se depositaron y acumularon, unas sobre otras, las fibras de los árboles en el seno de la tierra, ó cuántas partes de azúcar contiene la remolacha?

Neodemo, que es físico, geólogo, metalúrgico, químico, alquimista, agricultor, literato, orador, y además fabricante, está pronto á decir cuanto sabe, pero mas valdria que no dijese tanto. Se halla en posesion de la tribuna por vía de turno, encuentra la ocasion buena, no quiere desperdiciarla, ni omitir un solo pormenor; en consecuencia nos mostrará en su arenga las raices con sus hojas, el vapor que sube, las calderas que humean, los rodillos, los tajaderos y secadores; raspa en presencia de todos el precioso tubérculo, extrae su jugo, lo hierva en grandes calderas de cobre y nos conduce de proceder en proceder hasta el último residuo: separa el azúcar blanco del terciado, los envuelve en papel de estraza, y manda que traigan los pesos. Por Dios, Neodemo, detente, que bastante sabemos, y aun demasiado; dínos cuanto antes la tasa fija ó proporcional que quieres que se establezca, y acabemos de una vez. ¿No ves que fatigas al auditorio, y que todos cogen el sombrero y se marchan? A lo menos hablastes siquiera francés!

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Ciertamente conviene reconocer con la imparcialidad á la que siempre ciegamente obedeceremos, que el apreciable manufacturero que nos ocupa, no está muy versado en las delicadezas del lenguaje florido, ni muy hábil en materia de sintaxis; tampoco negaremos que se explica de un modo pesado y desmañado; pero en cambio nadie podrá negar que es un hombre especial, esencial, positivo, sólido; un hombre que goza de alta y merecida consideracion, tanto en el lugar que habita como en otras partes; un hombre que ha meditado mucho sobre los minerales y raices, sobre los abonos de la agricultura, sobre los procedimientos de fabricacion, y sobre el empleo mas fructuoso de capitales. El discurso de Neodemo debiera servir de modelo á tantos oradores huecos, pues es seguramente un discurso cuajado de ciencia, rebosando de hechos y cálculos, discurso económico, práctico, político y patriótico, que la asamblea ha escuchado durante dos horas con el mas religioso silencio.

Tal vez podrá creerse que mostrará mas imparcialidad la reseña en la apreciacion moral de los caractéres. Véamos:

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Difilo ha tenido muy mal éxito, y así debia ser, pues los grandes pensamientos vienen del corazon, y Difilo carece de corazon, entrañas, sentimientos elevados, y verdadero amor á la justicia y á la patria. Adulador juramentado de todos los poderes, Difilo ha llevado á todos los campos en que sucesivamente ha combatido, las apostasias de su fe política, y los cambiantes colores de su bandera. Difilo ha abandonado al gobierno anterior por el actual, y abandonará este por el futuro. Enemigo peligroso de la libertad que alevosamente ataca, naturaleza corrompida y cenagosa de la peor especie, defensor del órden por tono, amigo de la paz por miedo, aristócrata por vanidad, cortesano mañoso, sensual y codicioso, corruptor, bajo insolente y sobre todo ambicioso; pronto siempre á ponerse todas las máscaras y empujar al abismo los gobiernos que caen, á defender las usurpaciones triunfantes, comprar las conciencias ajenas, y vender la propia: tal es Difilo.

PERIÓDICO MINISTERIAL.

¡Difilo! ¡Oh! todo cede, todo se dobla bajo su fulminante elocuencia. Añádase á esto el mas noble carácter, un temple varonil, una palabra austera. Sencillo en sus costumbres, desinteresado, virtuoso, religioso, perseverante, celoso amigo de la patria, mientras que tantos otros corren tras los favores de una popularidad impostora; Difilo arrostra los furores de las facciones con alma serena, con denonada frente, ahogando como Alcides en su cuna las sierpes de la sedicion, combatiendo infatigable por la religion, las leyes y la paz. Difilo tiene consigo todos los hombres de bien, en sí mismo su conciencia por testimonio, y por juez la posteridad.

Si el orador es ministerial, el periódico ministerial, y lo mismo digo del periódico liberal para con los liberales, le presta la trompeta permitiéndole tocarla con toda la fuerza de sus pulmones.

Si el análisis mismo de la reseña fuese demasiado largo para una digresion, ó demasiado corto y frio para una obra maestra, leeráse al otro dia en los periódicos lo siguiente:

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

La arenga del señor Ergasto ha sido mas pesada que de costumbre, y por lo tanto creemos oportuno no insertarla en obsequio de nuestros lectores; sobrado es ya que tanto haya hecho bostezar á la asamblea.

PERIÓDICO MINISTERIAL.

El discurso del ilustre Ergasto ha sido tan patético, tan hermoso, tan lógico, tan completo y tan bien encaadenado, que es superior á todo análisis; por lo cual nos parece conveniente reproducirlo en extenso y publicarlo íntegro para ofrecerlo á la admiracion de nuestros lectores.

Váyase ahora á buscar una pintura verídica del talento, carácter é influencia de cada orador en el pro y contra de las reseñas. El mismo hombre es aquí un orador incomparable y allá un charlatan, un santo ó un impío, un gran ciudadano ó un sedicioso, un realista ó un revolucionario. Aquí la asamblea ha aplaudido con frenesí, estremeciéndose de entusiasmo, llorado de admiracion; allí ha reído de compasion, bostezado y desocupado el puesto. Aquí el orador es un coloso, allí un enano; aquí se reproduce por entero su discurso que ocupa seis columnas, allí no se le inserta ni en fragmentos. Por último, aquí se lleva en triunfo al ministerio y se pondera su valor y su virtud; allí se le tacha de infamia y se denuncia á la nacion por crimen de escándalo é inmoralidad.

Y lo mas curioso, y lo que no hay que perder de vista, es que, en tan contradictorias apreciaciones, se trata siempre del mismo personaje, y concluya el lector si puede.

Muchas otras cosas podria decir si no temiese malquistarme con los señores periodistas de todas opiniones, que honrar debo y honro, que debo respetar y respeto infinitamente, que hartó me han atacado y vituperado para no temer que vuelvan á hacerlo con mas virulencia, y que al mismo tiempo me han tratado con un favor que no deseo me escaseen. ¿No son por ventura ellos los que distribuyen ese pan cuotidiano, ese bizcocho ligero y esponjoso llamado la gloria, de que somos todos tan golosos? Así por nada en el mundo sostendré yo que todos los periodistas, ni varios de ellos, ni uno solo, sean tan absolutos, tan incisivos y tan parciales para no ver en un orador sino motivos de alabanza ó vituperio. Fuera de esto la culpa es mia, y á mí deben atribuirse los pecados de excesiva sátira y exclusiva apología que con este motivo se cometen en la prensa todos los dias.

Permitidme, queridos lectores, que en vuestra presencia recite mi *Confiteor*.

Acúsome con todo mi corazon y pido perdon á Dios y á los hombres de haber inventado la reseña, una cosa empero tan bella. Cuando digo inventado es cierto modo de hablar algo presuntuoso, pues pertenezco á un tiempo y país en que nada

se inventa, y en el día, mas que en ninguna otra época, cuadra el decir que nada nuevo hay bajo el sol.

CAPÍTULO VIII.

De la táctica general de la opinion de la mayoría y del ministerio.

El estudio de la táctica entra por mucho, y estoy por decir que es casi todo en la elocuencia parlamentaria.

I. El arte, el arte grande de la oposicion es suplir con el valor el número, y con la habilidad estratégica la brutalidad de los gruesos batallones. Conviene distribuir y variar los papeles, y saber quién empeñará el combate, y en qué terreno; cómo deberán moverse las tropas; si romperán el fuego antes ó no de los contrarios; qué parajes serán los sostenidos, y cuáles abandonados. Los temporizadores, los cuestionarios, los lógicos, los patéticos, los incisivos, deben formarse en batalla y atacar sucesivamente sin romper las filas ni abandonar la línea; las baterías ocultas deben ser descubiertas de un modo oportuno; y no conviene dejar para el día siguiente plantar las banderas y contar los muertos. Si se siente el ejército mas débil debe escalonarse en las alas del centro, tirotear, cargar de flanco, fingir ataques, atrincherarse, defenderse de posicion en posicion, ya á descubiertas, ya á hurtadillas, hasta que venga la noche y deje indecisa la victoria. Si el ejército se siente mas fuerte, debe cargar los flancos del enemigo, estrecharlo, hostigarlo, rendirlo y obligarlo á declararse vencido.

Desgraciadamente la oposicion ha sido siempre indisciplinable, y cuando ha triunfado únicamente ha sido por efecto de su coalicion accidental con las fracciones separadas del centro, que le comunicaban la recta lógica en los procederes y el acuerdo en el ataque y el voto.

Nuestros hombres de la oposicion no imitan en el combate el triángulo agudo de la falange griega, que atravesaba los escuadrones enemigos, ni el orden profundo de los romanos,

ni el batallon cuadrado de Napoleon, que vomitaba fuegos por sus cuatro costados, sino que corren, se arrojan, se apuntan, se desparraman, se replegan en desórden, á manera de guerrillas, negándose siempre obstinadamente á alistarse bajo un jefe. Dice cada cual que es independiente, y que solo obedece á su conciencia; todo esto es muy bueno, muy hermoso, muy sonoro; pero tambien es cierto que esa pretendida conciencia es puro orgullo, y esa blasonada independencia mera anarquía. Hay tantas opiniones como cabezas, tantos soldados como capitanes; combatientes y no ejército, oponentes y no oposicion. Conste una vez por todas que toda oposicion no sistemática carece de carácter, de principio, de influencia, de objeto y hasta de nombre; incapaz de servir á la Francia ni aun de servirse á sí misma, es una mezcla informe de colores rojos, azules, blancos, verdes, con variedad de matices mas ó menos subidos. ¡Qué precioso cuadro!

Hay quien promete que hablará, que será elocuente; mas hay ocasiones en que mas valdria callar que serlo: pero ¿cómo ha de ser? Señalado está el dia, distribuidos los billetes, inscrito el orador, aprendido el papel, el público reunido. Todo se arriesga, se perora, piérdese la causa que es la de la nacion entera; pero al dia siguiente dirán los convidados al orador, que estuvo magnífico, y los periódicos de su partido no se cansarán de elogiario.

Aristo vierte un torrente de palabras, con ademanes estrambóticos y contorsiones de boca inexplicables; el sudor corre de su frente, su voz se vuelve ronca, su pecho no puede ya resistir, sus piernas se niegan á sostenerlo. Es necesario llevarlo á su casa donde lo espera un baño aromático; pero pregúntesele el estado de la cuestion; ¿qué le importa? Su intento fué tan solo hablar durante una hora.

¡Una hora! Celoso Timantes pasará toda la noche en compulsar *el Monitor* y las Glosas, no sea que se diga que Timantes ha discurrido menos de dos horas, puesto que Aristo, un abogadillo, ha ocupado la tribuna durante una entera. ¿Qué importa que agotada esté la materia? Timantes no pretende ganarla sino meramente perorar, y perorará. En consecuencia

remontará la cuestion y la llevará mas léjos que ninguno. Exposicion de los hechos primordiales, argumentacion en forma, descripciones variadas, comentario doctrinal, citas de autores, lectura de documentos, chistes graciosos que hagan reir las personas mas austeras, razonamientos bien encadenados para complacer á los lógicos, arranques oratorios para conmover la passion, digresiones interrumpidas para rehacerse, primera, segunda, tercera y cuarta peroracion, todo lo pondrá en movimiento, ningun resorte dejará tranquilo. Ni los murmullos de sus adversarios, ni los continuos bostezos de sus amigos, ni su voz que decae, ni las luces que se apagan, ni la sala que desocupan los circunstantes; nada será suficiente para hacerle bajar de la tribuna antes que estén concluidas las dos horas. ¿Qué se necesitaba para la cuestion? tres palabras.

II. La mayoría sigue otra senda: dícese que al cabo de cuatro meses de escuela de peloton, son excelentes soldados los visoños franceses; menos tiempo basta para adiestrar á un buen ministerial. Los diputados mas novicios, los recientemente desembarcados, los inocentes, no necesitan mas que tener continuamente la vista fija en el banco de la corona, y acordarse en el momento de votar de la palabra de Casimiro Perier: «¡Señores, atencion, en pié!»

Los ministros deben emplear varias especies de táctica con sus mayorías flotantes que les depara la fortuna. Poca mella puede hacer en ellos la lógica, contando el partido tan pocas personas que racionen; poca la elocuencia en gente tan desprovista de imaginacion; la religion tendrá algun efecto en las personas religiosas. Pero hábleseles de interés personal, y harto comprenderán los interesados; intimídeseles, y todos enmudeceran. Es cosa segura: cuando agotados están todos los medios, todos los recursos, si la mayoría permanece sorda, inerte, rebelde y murmuradora, no hay mas que amedrentarla para poder contar con ella.

Hay en nuestras cámaras mas personas de lo que se cree que, en mas de una ocasion, se ocultarian y desaparecerian bajo sus carpetas. Estos tales desean que se les salve: tal es su gusto y su capricho, y á ello están acostumbrados. Si el minis-

tro no concluyese su arenga diciendo que quiere sacrificarse por ellos y salvarlos á toda costa, se creerian perdidos, al paso que desconceptuado y perdido quedaria el ministro que olvidase este estribillo.

Podrá objetarse que este es un medio de melodrama; y no cabe duda en ello. Pero ¿acaso se diferencia el público de la cámara del que frecuenta los teatros en que tienen lugar tales representaciones? El terror, señores, el terror en las Convenciones, el miedo, el miedo en nuestras pequeñas cámaras; tal es el gran resorte á que hay que acudir.

La oposicion juzga de lo que debieran ser los ministros segun lo que deseara que fuesen, y los acusa de carecer de plan, de sistema, de voluntad, de mayoría compacta y llena de abnegacion, presta á seguirles por las rocas y bordes de los precipicios. Pero los ministros se sirven de lo que tienen á mano, y cuando los ministeriales solo encierran gente amilanada y sin vigor, procuran apoyarse en las mayorías; no quieren ser humillados, pero no les disgusta que se les amoneste, que se les riña, ni que se les violente, pues así se creen libres de toda responsabilidad, y quedan satisfechos al ver que se les dispensa de la pena de pensar y del apuro de escoger. Si al contrario sienten las riendas flotantes en la cerviz, están inquietos, miran en torno y temen descarriarse. Así es necesario apretarles el bocado y ponerles anteojeras para que no se espanten y sigan por el camino recto.

Un jefe de la oposicion debe guiar su tropa sin aparentar que la conduce, pues cuenta con gente vanidosa; pero, cuando se trata de la mayoría, el ministerio debe capitanearla con fiereza pues trata con pusilánimes.

En general, mas vale manejarla á latigazos, que ponerse de hinojos y tomar un aire contrito. Si los carneros pudiesen escoger, no buscarian para su custodia otros carneros, sino perros vigilantes y ladrones, á riesgo de ser mordidos por ellos; lo mismo sucede con las mayorías.

No obstante, en ciertos casos excepcionales, cuando la mayoría se compone de hombres menos timoratos que vacilantes, no hay que andar con ademanes turbulentos ni cuadrarse co-

mo dominador, porque darán el nombre de prudencia á su timidez, é independencia á su falta de resolucion; y en estos casos mas vale ocultar las riendas que ponerse delante y tirarles de la brida.

Dejar las almenas, abrir la poterna y precipitarse en el campo de la oposicion, es paso que caracteriza á veces á un hábil táctico; pero importa estar seguro de la victoria, pues si se retrocede, la mayoría huye precipitada y deja aislado al caudillo.

Igualmente apostárselas con la mayoría cuando titubea y es preciso forzarla, es un recurso al cual pueden recurrir los ministros en ciertas crisis parlamentarias.

En estas ocasiones, los miembros de la mayoría, cogidos así desprevenidos, experimentan una horripilacion fria, se apiñan unos contra otros, y se hablan poco mas ó menos en estos términos: «¡Dios mio! ¡Dios mio! en qué apuro nos han puesto los ministros con su inesperada resolucion! ¿Cuándo tendremos la energía suficiente para escoger otros? Si á lo menos tuviésemos algunos dias para pensar; pero no, hay que obrar instantáneamente. ¿Y de quién echaremos mano? ¡Qué responsabilidad! ¡Qué poco risueño es todo esto para nuestros empleos y nosotros mismos!... Pero en fin... tanto ó mas vale conservar estos, que una nueva crisis ministerial, ¿por qué reñiríamos por tan poca cosa?»

Tal es el efecto del remedio heróico. No obstante, hay que andar con tiento, no sea que el remedio en vez de sanar, mate, no al enfermo, sino al médico.

Citemos aun algunas máximas generales.

Conviene evitar el error general de que la masa de diputados se deja arrastrar por los movimientos oratorios.

Nuestras cámaras, procedentes de los departamentos, distan mucho de un cuerpo de literatos, y la elocuencia, como las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, no están al alcance de todos. Además, para ser inteligente se requiere gusto, y un espíritu sensible y exquisito para ser un mero aficionado. Las mayorías, como las masas populares ó militares, deben ser conducidas con un jiron blanco ó tricolor á la punta de un

palo, lo que significa, segun las ocasiones: ¡Viva el rey! ¡viva el emperador! ¡viva la república!

Un ministro puede decir que responderá mas tarde, pues esto arguye prudencia; mas no debe quedar sin responder, pues eso implica ignorancia.

Un ministro que habla continuamente de su probidad, da á entender que es un bribon; de su vigilancia, que es un perezoso; de su gratitud, que es un ingrato; de su valor, que es un cobarde.

Un ministro no debe echar baladronadas en presencia de los embajadores extranjeros, ni mendigar notas de aprobacion por el correo de la tarde, ni hacer al amor propio de sus adversarios las injurias que hace á sus opiniones. Fuerte contra las objeciones, moderado contra las injurias, tal debe ser su carácter.

Los ministros iracundos levantan la cólera de la oposicion como los vientos recios excitan las tempestades. Al contrario, como un céfiro suave aplaca las ondas mugidoras, la afabilidad de los ministros calma el enojo de la asamblea.

Estos deben defenderse con sus obras mas bien que con protestas, con hechos mas bien que con teorías, con precedentes y no con hipótesis, con ejemplos históricos y no inducciones filosóficas. La hinchazon de lenguaje ridiculiza á un ministro.

Simplees deben ser, pero exactos, pues podria creerse que mienten; breves, pero enérgicos, para que no se piense que carecen de ánimo.

Si generalizan en exceso, diráse que evitan las objeciones; si entran en pormenores mas de lo que es debido, podrá tachárseles de descuidar el alma del negocio.

Lo que se llama elocuencia ministerial es casi siempre falsa elocuencia, lugares comunes de moral y órden público, fraseología, declamacion, temas manoseados, senda trillada.

La verdadera elocuencia nace de la vehemencia de las pasiones, de la inspiracion, del fuego del alma, del arrojoo instantáneo. ¿Puede haber para un hombre de estado mayor escollo que tan nobles facultades? En efecto, un hombre de estado debe

saber lo que va á hacer, ocuparse de lo que debe callar aun mas de lo que debe decir, domeñar las pasiones propias y las ajenas, desconfiar del entusiasmo, detenerse, si necesario fuese, en medio de su triunfo, para darle mayor seguridad, y no dejar nunca caer esas palabras trasparentes que recoge la prensa como juguete.

Sin embargo, si se halla amenazada la independencia nacional, si se trata de vengar la libertad ultrajada, si hay que forzar las ignorantes resistencias del interés material, entonces lícito es á los ministros ser elocuentes, con tal que sea de un modo sencillo y breve.

Por desgracia todos estos preceptos de retórica ministeriales reciben rudos mentís de la mayoría; y en mengua de la clase parlamentaria, hemos visto ministros, con su voz gruesa y tosca, producir mas efecto que los Demóstenes y Mirabeau, esos rayos de la elocuencia. Los del centro, con la boca abierta, la mirada fija, y extendido el cuello, como suspendidos de sus labios, parecían decirle: Adelante, cómico, adelante, asustadnos si quereis darnos gusto.

CAPÍTULO IX.

De la táctica particular de los ministros de cada departamento.

Prescindiendo de sus deberes generales, los ministros de cada departamento tienen deberes particulares que desempeñar.

I. Así un presidente de consejo debe conducir la discusión mas bien que discutir él mismo, como un buen director de orquesta que con la mano levantada evita las disonancias y faltas de compás. Tampoco debe hablar cuando la ocasión no lo vale, y cuando valdria mas callar; y aun en el caso en que lo diese de sí la materia, no debe tampoco ocupar la tribuna como un abogado que tiene que defender una larga causa. Al ministro toca empeñar el combate, colocar en línea tal tropa de vanguardia, enviar tal cuerpo de reserva, y á tocar si

es preciso retirada. Por último, debe castigar severamente las faltas de disciplina, y no permitir por el honor de su penacho, que cuente el ejército muchos jefes, muchas voces de mando, muchos planes de batalla.

II. Un ministro de negocios extranjeros debe sentir mas que otro los desaires que puede sufrir el honor nacional y ser mucho mas quisquilloso en este punto; no obstante no debe decir mas que lo necesario, y con una energía moderada; y aun contenerse en los límites de la mayor reserva, si así lo exige el bien del estado, negándose á responder á las interpe-laciones de los miembros de la cámara; no olvidando que los embajadores extranjeros acechan sus palabras para trasladarlas caritativamente á sus amos emponzoñadas de comentarios. Debe asimismo un ministro de negocios extranjeros ser sóbrio de teorías, exponer los hechos con sencillez, y dejar que saquen de ellos inducciones; no atraer las tempestades políticas, escribir sus discursos, moderar sus improvisaciones, y encerrarse en su especialidad.

III. A un ministro de la guerra ó de marina toca mostrar-mas celo que otro alguno por lo concerniente al valor, patriotismo y buena reputacion de las fuerzas de mar y tierra. El primero es en la cámara el porta-estandarte, y el otro el portapabellon nacional; y ambos, representando el honor, conviene que usen el mismo lenguaje. Sin embargo, no deben ser fanfarrones en sus ademanes, ni hacer resonar en los oidos el roce de la vaina de su espada, si bien en ciertas ocasiones no desagrada en sus bocas cierta valentía en las palabras, é igualmente un hablar franco, expresiones ingenuas, discursos algo récios y toscos, bastando que se produzcan algo mejor que en campaña ó á bordo. Así se les perdona fácilmente las faltas gramaticales, los barbarismos y hasta los juramentos; mas saldrian de su esfera si interviniesen en la polémica de los demás ministerios, si se jactasen de oradores; y se creeria que por haber aprendido el oficio ajeno ignoran el propio, y que no descuellan en el manejo de la espada. Un ministro de la guerra ó de marina debe hallarse siempre pronto á dar las mas extensas explicaciones sobre los hechos, cifras y gastos de

su departamento, y con tanta mas razon quanto que no se le exige que pronuncie un discurso sino que hable meramente de negocios; pero importa que esta conversacion no degeneren en divagaciones y hablillas, y en la tribuna como en la guerra conviene no apartarse del fin.

IV. El ministro de justicia debe ser sencillo y claro en sus exposiciones, profundo en la interpretacion de las leyes, decoroso en sus refutaciones, grave en su porte, su accion, su voz, sus hábitos y maneras. Pero como generalmente salen de la clase de abogados llevan á menudo á la tribuna el gusto y ademanes de la curia, la intemperancia de gesticulacion, la verbosidad campanuda y la hinchazon de los tribunales. Hay tal ministro de justicia que bulle, se agita convulsivo y espumea como si estuviese en el trípode de la Pitonisa, invocando á gritos á los dioses del Olimpo y á las diosas del Tenaro. Sus ojos parecen querer salir de sus órbitas, su corbata se desata, hínchase sus venas, y el portero de servicio se inquieta y se pregunta si convendria ir á buscar un cirujano para que le sangre. Se corre el telon, y durante el entreacto los espectadores de la alta tribuna se dicen entre sí: «¡Qué bien representa el pícaro el melodrama! Seguramente no va en zaga á Federico Lemaitre (1)!»

V. Se exige generalmente que el ministro de instruccion pública sepa hablar francés.

VI. Algo mas se exige al ministro del interior: asalariar delatores para calumniar á los hombres de bien; pervertir las costumbres para enervar los espíritus; cerrar los oidos á canciones obscenas, y apartar la vista de los grabados libertinos y novelas infames; urdir tramas y zancadillas contra los incautos; paralizar la prensa departamental con la persecucion de los impresores; arruinar la prensa de la capital por medio de multas y prisiones; organizar talleres de injurias en las guaridas de la policia; pagar las letras giradas por los prefectos para la compra de votos; intimidar á los pusilánimes con la destitucion; ganar á los ambiciosos y vanidosos con

(1) Actor francés célebre en melodramas.

promesas de empleos, cruces, gracias personales y locales; confesar con descaro la violacion abierta de la ley; favorecer tan solo á los artistas, sabios y poetas, que por un poco de oro vendieron su alma; prostituirse á los Tigelinos de la córte; descuidar la administracion por la policía, los intereses departamentales por los de la capital, el cuidado de la nacion por el cuidado de un hombre; mentir con desfachatez, y atropellar su conciencia. Y despues subir á la tribuna con aire de ingenuidad, hablar de su inocencia original y sin tacha, de su amor á la carta, la virtud y la libertad, de su respeto por la prensa, de su admiracion por la independendencia y sinceridad de las elecciones, de su vigilancia, celo y talento para gobernar el país. Tal es lo que, en desdoro suyo y mengua de la nacion, efectuan los malos ministros del interior.

¡Santo Dios! ¿A qué golpearse el pecho y bajar los ojos con aire contrito? ¿Para qué cubrir la vacuidad de las cosas con la compostura de las frases? Lo que conviene es purgar la urna envenenada de las elecciones; proteger las artes y no á ciertos artistas, las letras independientes y no las serviles, emplear los fondos secretos para afianzar la seguridad del Estado y no para fomentar las pasiones y orgullo propio, reprimir la prensa obscena que corrompe, y no la prensa séria que discute; ser ciudadano y no cortesano; gran administrador y no gran director de policía; no perder nunca de vista los derechos de la libertad y las necesidades de los pobres; la pureza de las costumbres y la gloria de la patria: tal es lo que se requiere para ser un buen ministro del interior.

VII. No son menos ámplios ni menos sérios los deberes burocráticos y el oficio parlamentario de un ministro de obras públicas y comercio; precaverse del espíritu de sistema, siempre porfiado como procedente de una naturaleza mezquina; equilibrar la reparticion de fondos, no sacrificar el medio día al norte, ni la agricultura al comercio, ni los caminos á los canales, ni recíprocamente; no sofocar con el fisco las industrias que empiezan; no empeñarse en gastos falsos y trabajos improductivos; estudiar las legislaciones comparadas del extranjero; formar estadísticas exactas; comprobar con los hechos y

la experiencia la certeza de las teorías; abrir al comercio de exportación vías nuevas abundantes y seguras; zanjar las dificultades de los caminos interiores; preferir los que consumen á los que monopolizan, y la utilidad general á la local; resistir á las sorpresas del interés personal ó del interés colectivo; hacer que tanto en las relaciones como en las discusiones reine el orden, la sencillez, la buena fe, la conciencia, tales son los deberes de este ministro.

VIII. Llegamos por fin al recaudador de impuestos, al cajero del Estado, á la llave de oro de las cámaras mejor cerradas, al rey del presupuesto, al ministro de hacienda.

Segun los corrompidos sectarios de la escuela de Walpole, un buen ministro de hacienda debe saber trasquilar con mano ligera al contribuyente, en los años en que se presente mas lucido y lleno de lana, tan cerca de la piel como sea posible, sin pellizcarla ni lastimarla. Debe asimismo saber elevar sobre dos piés desiguales un cartelón normal, en que figuren los gastos en línea mas baja que los ingresos, si bien con la reserva de aumentarlos; como igualmente poseer á fondo el vocabulario de los créditos, el ordinario y extraordinario, el adicional y el complementario, el suplementario y el variable, el facultativo y sobre todo el aumentativo. ¡Noble idioma y magnífico el de los impuestos! ¡Idioma antiguo y siempre nuevo, que nunca consiguieron aprender los que pagan, gente de dura mollera, y que continuamente engalanan los que cobran con ingeniosos modismos, giros primorosos, y números artísticamente agrupados, tan vistosos y agradables al oído. Por último, un buen ministro de hacienda debe saber glosar un presupuesto, cuyos relatos, conexiones, títulos, capítulos, artículos, números y ceros, divisiones y subdivisiones, distinciones y subdistinciones, se hallen mezcladas y confundidas con tanta maña, que solo los sábios y los muy sábios puedan descifrar tanto enredo, y nada vean ni comprendan los profanos.

Tal es el presupuesto, en el cual todo entra y sale, los departamentos y la capital, las letras y las ciencias, la agricultura y la industria, los gobiernos, las cámaras, el ejército, la religión, la dinastía, la policía, las costumbres buenas ó ma-

las. El presupuesto es un compendio de las maravillas del mundo. La tierra y el agua, el aire y el fuego, y la misma luz; lo devorado y devorante; lo móvil y lo inmóvil, lo que al nivel de tierra existe y bajo la tierra; el hombre, las plantas, los animales, la vida, la materia, todo está sujeto al impuesto. Este progresa con mas rapidez que la civilizacion, y para él no es quimera una perfectibilidad indefinida; pues lo que paga hoy simple, mañana pagará doble, lo que aun no paga pagará. En cada remolacha que crece, en cada fibra de moral, en cada mata de tabaco que se planta, ve el impuesto un ramo de oro que cogerá con el tiempo. Y si el impuesto no basta, queda por recurso el empréstito, y si no hay quien preste, queda la ban-carrota. ¡Digna y moral conclusion!

Me atreveré á decir al ministro de hacienda:

Librad del impuesto las industrias nacionales que em-piezan á levantar cabeza y no agoteis el manantial antes que brote;

Extirpad sin piedad la verruga de las acumulaciones y em-pleos de parásitos sin provecho;

Reducid el interés de los fondos públicos para que haya quien preste á un interés mas módico;

Pagad vuestras deudas con vuestros capitales, y así os en-riquecereis;

No prodigúeis á altos empleados lo supérfluo que arrancais de lo necesario á los labradores y artesanos;

No compenseis lo que al tesoro debe la lista civil, con lo que no le debe el tesoro;

No hagais donacion á príncipes altos y riquísimos, de los bosques del estado, que son el patrimonio de los pobres;

Rebajad las contribuciones que pesan sobre los que consu-men, á fin de que puedan consumir mas;

Dejad á la agricultura, que es la vaca que nos sustenta, su-ficiente leche para amamantar su ternerillo;

No construyais palacios de mármol para alojar en ellos pin-turas y estátuas, cuando azota la lluvia y sopla el viento por las rendijas de nuestros techos de paja;

No lleveis encajes, cuando carecemos de camisa, ni sus-

pendais á vuestras orejas zarcillos de diamantes cuando cubren nuestros piés groseros zuecos;

Si nivelais gastos fijos con ingresos inciertos, no saldreis fácilmente del apuro.

Que el cómputo de vuestros ingresos exceda considerablemente al de vuestros gastos, para que con lo excedente podais pagar vuestras deudas, descargar la parte mas pesada del impuesto, aliviar á los menesterosos, fomentar la produccion, prevenir los casos de guerra, peste y carestía, y obrar como obran todos los padres de familia, y como en todas ocasiones, debe proceder un ministro leal que ama á los contribuyentes y á su patria.

CAPÍTULO X.

De la diccion y del porte.

Si la diccion del orador es desaliñada, se dice que obra sin ceremonia y con familiaridad excesiva; si teatral, que quiere lucir.

Un acento provincial cualquiera, sobre todo si es pronunciado, choca en la tribuna y perjudica al efecto de la diccion.

Hay tal alsaciano cuyo acento pastoso haria reir á nuestras verduleras, y lo mismo puede decirse del acento pesado del normando ó del agudo del Languedoc. No se debe chillar como un tiple ágrio, ni salmodiar en canto llano, sino desprenderse de todo resabio de jerga provincial, y acordarse de que para ser recibido en la nueva Atenas hay que hablar con elegancia.

El porte comprende el vestido y la postura, y el orador debe cuidar mucho de su exterior.

Tal orador se figura que la cámara rie á carcajada de sus chistes desabridos, y no hay tal; si rie es de una mosca porfiada que ahuyenta y no quiere dejar la punta de su nariz.

Los guantes amarillos del general Sebastiani, viejo galance-

te, preocupaban mas la cámara que sus graciosas disertaciones sobre la deuda americana.

Póngase á Demóstenes un vestido rojo y una peluca de medio lado, y nuestros atenienses soltarán una risa descompasada, aun en el mas patético momento, cuando dirá el orador: «Lo juro por las manes de los héroes muertos en Maraton.»

¡O atenienses, atenienses! es necesario haber vivido entre vosotros para conocerlos.

Seguramente se debe tomar en cuenta la edad, el estado, el rango, el carácter, y no admite duda que los preceptos se modifican segun las personas; pero sea quien fuere el orador, no debe plantarse con la mano en la cintura como un fanfarron, ni llevar erguido y rizado el tupé para darse mayor semejanza con el Apolo del Belvedere, ni jugar como por descuido con la cinta de su lente, ni revolver los ojos encendidos como un endemoniado, ni gesticular como un jugador de manos, ni ajustar los dientes postizos, ni bajarse la peluca hasta los ojos, ni presentarse despeinado como un gato espeluzado, ni hacer brillar el rubí de su sortija, ni dejar pendientes las puntas de su corbata, ni echar atrás el cuello de la levita, ni levantarse las mangas para estar mas á la fresca, ni dejar pasar la camisa entre el chaleco y el vestido inferior, ni volver la cabeza á uno y otro lado como los osos en los museos, ni beber lo que queda del agua azucarada que bebió á medias el preopinante, ni dejar caer en la torpe confusion de su declamacion, los libros, papeles y anteojos, ni escalar la tribuna con la petulancia de un tiritero, ni llegarse á ella como los llorones de entierro que hisopean á un difunto con agua bendita, ni hablar dando vueltas á su caja de tabaco entre el pulgar y el índice, ni apoyarse en ambos codos para hablar familiarmente con la cámara, ni interrumpir el discurso para hablar incidentalmente con los miembros de la mesa, de los corredores ó los apostrofadores de la cámara; ni cerrar los ojos con éxtasis afectado, ni fijarlos en el techo como si de él debiese provenir la inspiracion; ni amenazar con el gesto á sus adversarios, como tampoco lanzarles palabras ó miradas injuriosas; ni ofender con la ostencion de las condecoraciones la igualdad de la asamblea; ni mostrarse en traje de

baile, de córte, de casa, ó de viaje; conviene sí que un orador se presente aseado sin afectacion, y natural sin abandono. En una palabra, un diputado que sube á la tribuna, no conviene que declame como un abogado ó un autor trágico, ni como un fraile, sino como un orador, y debe presentarse como los demás.

CAPÍTULO XI.

Aforismos de la elocuencia parlamentaria.

No se debe á todas horas, y por cualquier motivo, subir á la tribuna. Yo me canso, dirian nuestros modernos atenienses, de oír continuamente á Demóstenes.

Un argumento repetido es como una comida recalentada.

Cuando el orador en jefe ha herido con el filo de su espada, no conviene que un orador-soldado dé un cintarazo en el mismo paraje.

Cuando un ministerial ha soltado una sandez, no debe repetirla un anti-ministerial aun mas necio.

Cuando la asamblea se halla dispuesta á llorar, hay que dejarla en su agitacion y no hacerla reir.

Cuando se ve que sus ojos se cierran de fatiga y que va á dormir, no se debe tocar la zampona para que su sueño sea mas profundo.

Cuando se gana la partida en una gran cuestion, importa no perderla en una pequeña.

La elocuencia parlamentaria no debe abandonarse sin freno á sus trasportes; y necesita un guia, una regla de experiencia para agradar, conmover y convencer; por cuyo motivo diremos al orador:

«Entrad en materia con sencillez, y proceda naturalmente el exordio del asunto.

«No afecteis falsa modestia ni desden soberbio.

«No seais humilde ni orgulloso, sino verdadero.

«No os anegueis en la prolija verbosidad de las precauciones oratorias.

«Sea vuestra exposicion lisa, llana, clara, variada y atractiva, y que del orden ingenioso de los hechos se colija el de los medios.

«No multipliqueis los gestos, no sea que, en vez de escucharos, os mire tan solo la cámara.

«Que vuestra voz no sea pesada ni precipitada, sorda ni chillona, para que no distraiga de la idea que emitís.

«No reciteis de memoria como un escolar, para dar á entender que improvisais un discurso laboriosamente entretejido, y que tal vez habrá recibido el taquígrafo del *Monitor*.

«Si sois militar, no conteis historias de vivanderas, jurando con la pipa en la boca; ni retorzais el bigote como un erizo, ni estropeeis vuestro idioma.

«Si sois abogado, no eleveis con dolor vuestros ojos y brazos á Júpiter tonante con motivo de una coma olvidada; ni desleyais una idea en un océano de palabras, y sobre todo no olvidéis que si habeis comenzado teneis que acabar.

«Si sois sábio, no empleeis las voces técnicas para dar á entender que sois nuestro superior, y que no somos dignos de oiros; al contrario, procurad ponerlos al alcance de los ignorantes que os escuchan, para que estos queden ufanos y satisfechos al ver que os comprenden. Tampoco debeis abandonaros á digresiones excesivas, ni olvidar que la cámara no es una academia, que el discurso no es una leccion, y que las leyes no deben redactarse en estilo escolástico.

«Escoged, con un instinto rápido y seguro, entre los medios que teneis á mano, el mas luminoso, aunque no sea tal vez el mas sólido; pero que, segun la disposicion de los ánimos, la naturaleza del negocio y la singularidad de la circunstancia, es el mas adecuado para impresionar la asamblea.

«Dominad con fuerza la atencion de esta; excitad su piedad ó su indignacion, sus simpatías, su repugnancia ó su pundonor; mostraos animado de su soplo y ébrio de sus inspiraciones, al paso que le comunicais las vuestras. Cuando en cierto modo hayais conseguido separar todas estas almas de

su cuerpo, y vengan por sí mismas á agruparse en torno de la tribuna, cautivadas por el poder magnético de vuestra mirada, entonces no andeis con miramientos, pues os pertenecen, y todas se confunden con la vuestra. ¡Ved cómo siguen sus flujos y reflujos! ¡cómo descienden y se elevan! ¡cómo desean lo que vos deseais! ¡cómo hacen lo que vos haceis! Continuad sin reposo, marchad, apretad vuestro discurso, y pronto vereis palpitar y jadear todos los pechos, porque el vuestro palpita y jadea; todos los ojos iluminarse, porque los vuestros chispean; ó llenarse de lágrimas, porque los vuestros se humedecen. Todos los vereis suspendidos á vuestros labios por las gracias de la persuasion, ó por mejor decir, nada vereis, tan dominado os hallareis por vuestro enajenamiento; os sentireis doblar y sucumbir bajo vuestro genio, y sereis tanto mas elocuente cuanto que ningun esfuerzo hareis para parecerlo.

«Anudad vuestras transiciones sin apuro y nazcan todas de la discusion.

«Sed en vuestra exposicion claro, exacto, preciso, imparcial.

«No procureis decirlo todo, sino decirlo bien.

«Si la cámara está distraida, llamad su atencion por lo grande de la causa ó por el sentimiento del deber. Si está alborotada, dominad el estrépito con el eco atronador de vuestra palabra.

«Cuando veinte y nueve oradores han agotado la cuestion, no la trateis por trigésima vez. No remonteis, en el orden de vuestras pruebas, hasta nuestro padre Abraham, ni digais que Dios hizo el cielo y la tierra, los cuales deben acabar un dia, sino acabad vos mismo.

«Fijaos con preferencia al lado nuevo de la cuestion, pues así deleitareis al auditorio y pasareis por ingenioso.

«Si exhausta está la atencion de la cámara, no subais á la tribuna, pues no seriais escuchado, y esto es mortal para un orador.

«Así como solo los objetos de gran tamaño son visibles á lo léjos, del mismo modo las razones aparentes son las que impresionan la mayoría del auditorio: conviene pues prescindir de lo demás.

«Tal poderosa razon que la víspera hubiera bastado á conmover la cámara, la encontrará inerte al dia siguiente; si pues esta razon se halla en vuestro discurso escrito, conviene borrarla y callarla si improvisais.

«Si el orador que os ha precedido ha hablado en tono jocosó, hablad en tono grave; si ha hablado grave, sed festivo, sin olvidar que el mismo eco repetido cansa el oido, y que hablais en presencia de una asamblea francesa, la mas distraida, caprichosa y mujerial de todas las asambleas del mundo.

«Si quereis que os escuchen, y seguramente no podeis tener otro fin, evitad hablar en propia causa, y por vuestro distrito ó lugar; ni digais: Ruan, que me ha visto nacer, Nantes, me ha enviado; tengo el honor de representar la ciudad de Leon. Os engañais, señores, no representais á Ruan, Nantes y Leon, sino la Francia.

«No digais: Soy gascon, soy breton. ¿Qué nos importa que seais de Tebas ó Atenas con tal que hableis griego?

«No seais fisgon en demasía, pues se podria decir: Es un hombre de chispa y nada mas; ni tampoco seais un discurridor perpétuo, porque os acusarian de monotonía.

«Si quereis ser perpétuamente interesante, sed siempre diverso.

«Mientras que un medicamento se ciñe á mojar la piel, la suaviza; mas si el efecto se prolonga, la hiela. Lo mismo sucede con un discurso.

«Lo difícil para un orador no es tanto encontrar palabras, como saber cuando deben cesar estas.

«Si arrastrado por el torrente de la improvisacion temeis no acabar á tiempo, ataós un hilo al pié, y cuando sintais que os tira algun amigo complaciente, deteneos y bajad de la tribuna.

«Otro aviso: si sentís que vuestras flechas se embotan y no causan lesion, que las conversaciones suspendidas vuelven á reanudarse, que los oyentes mueven la cabeza, que en todos los bancos se notan señales de distraccion y cansancio, que un bostezo epidémico recorre el auditorio, y que sus párpados se cierran; temed que, antes de acabarse vuestro discurso, la

cámara entera se abandone al sueño, y concluid cuanto antes.

«No deis continuos golpes en el mármol de la tribuna, no sea que espanteis las graciosas cariátides que las sostienen, y en lugar de tomar parte en vuestra agitacion, los circunstantes teman tan solo que os descoyunteis la mano.

«No os dejéis arrancar, por el brio del discurso, concesiones que mas tarde pueden pesaros, ni acepteis el combate en terreno que no conozcais; pues la simulada generosidad de vuestros enemigos podria ser una emboscada.

«Atended mas á lo que se calla que á lo que se dice, á lo que se oculta que á lo que se descubre.

«Hablad para decir algo, y no para que se diga que habeis hablado.

«Si teneis un argumento nuevo y decisivo, guardadlo en reserva, y no lo entregueis á la discusion sino cuando hayais preparado los ánimos á recibirlo, y cuando solo aguardarán esta pieza, en cierto modo, para tomar partido.

«No os chanceéis por el estéril placer de mofaros y por hacer ver que teneis chispa y chiste, sino para demostrar lo ridículo ó falso de un argumento. Y si vuestro adversario os lanza una personalidad, derribadlo entonces de un solo golpe.

«Domeñad vuestras pasiones para domeñar las ajenas; no os amostaceis sino contra lo arbitrario, no demostréis amor mas que por la patria y libertad, y solo admiracion por el desinterés y virtud.

«Que teóricamente cundan tan léjos como es posible las consecuencias de vuestros principios; pero en la práctica ceñíos á exigir lo posible.

«Por último, pensad que vuestras leyes deben labrar la dicha ó la infelicidad de un pueblo, protegerlo ú oprimirlo, moralizarlo ó corromperlo. Hablad, pues, como si os escuchase; hablad como si os viese; que nunca se aparte de vuestros ojos su imágen santa y venerable.»

LIBRO II.

DE LOS DEMÁS GÉNEROS DE ELOCUCENCIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la elocuencia de la prensa.

¿La prensa es el primero ó el cuarto poder del Estado? Cuestión controvertida.

Bajo el punto de vista de las ficciones constitucionales, la prensa no es siquiera un poder; pero considerada desde la altura de la verdadera realidad, la prensa es el primero de los poderes.

En efecto, aquel que habla siempre acaba por triunfar del que no siempre habla.

El que promueve la publicidad es, en definitiva, del que la recibe.

Solo el poder que incesantemente obra, en otros términos, el gobierno, puede luchar con armas iguales con el poder que incesantemente habla, esto es, con la prensa.

Así el gobierno procura introducir cuantos empleados puede en la cámara, y la prensa todos los oponentes que le es posible.

De ahí procede ese perpétuo oleaje de la política, que empuja el pueblo, ora contra los excesos del orden, esto es, el despotismo; ora contra los excesos de la libertad ó la anarquía.

Si bien se examina, el poder ejecutivo y ambas cámaras, de

las cuales una se compone exclusivamente de funcionarios, y la otra casi enteramente, flanqueadas de la prensa ministerial, apenas pueden defenderse contra los ataques de la prensa de oposicion.

Y sin embargo, hay quien pregunta si la prensa es el cuarto poder del Estado, y aun si es un poder; verdadera cuestion de palabras.

Sí, la prensa es un poder, pero este poder posee mas fuerza colectiva que fuerza individual; en otros términos, hay, á lo menos en Francia, mayor número de buenos oradores que de buenos escritores.

Y sin embargo no es orador el que á serlo aspira, mientras que todo el que quiere es escritor.

En efecto, no es orador parlamentario el que quiere, pues para esto se requiere pagar quinientos francos de contribucion, impuestos sobre una buena propiedad. Demóstenes y Ciceron, con un justillo agujereado en el codo, la sandalia calzada y la bolsa vacía, podrian embriagar al pueblo con su elocuencia; pero si osasen presentarse en un colegio electoral para solicitar sus sufragios, el presidente les expulsaría escaleras abajo, pues Demóstenes y Ciceron podrian no pagar el censo electoral requerido. Prohibido está á todo francés ser orador y servir á su país en la tribuna, si no presenta previamente una carta de pago, debidamente legalizada, que conste que puede tener una vida ociosa. Tal es la ley, ¿no es cierto que es estúpida tal ley?

A pesar de esto la cámara de diputados cuenta nada menos que una docena de oradores. Admítase que se renueve íntegramente la cámara, con exclusion de los doce mencionados, y será fácil reclutar de todos los tribunales de la nacion una segunda docena de oradores de igual fuerza. En fin, supóngase que quede libre la entrada de la cámara por la abolicion del censo de eligibilidad, y saldrán de todas las clases sociales una tercera y cuarta docena de oradores.

Y hay que advertir que no incluimos en este número los oradores eventuales de veinte á treinta años, de esa edad dichosa en que despliega la imaginacion sus mas ricas facultades, en

que el gesto tiene toda clase de gracias y la voz del hombre resuena con toda pompa. Así es muy considerable el número de los oradores franceses en el parlamento y fuera de este.

¿Sucede lo mismo con los grandes escritores políticos? Seguramente que no; y sin embargo no se exige para escribir como para hablar un censo de quinientos ni aun de doscientos francos. Todo el mundo puede manejar la pluma, mayor ó menor, rico ó pobre; enfermo, sordo y aun ciego, sin que vengan á inquirir lo que paga, lo que hace, lo que es; ni vense gendarmes forzar su domicilio, con el sable en la mano, y expulsarlo por causa de indignidad, como cuando se asieron de la persona de Manuel en las gradas de la tribuna; ni se le imponen la violencia electoral ó parlamentaria de un juramento absurdo, ni tiene que ocultarse en esas fórmulas oratorias que disfrazan el pensamiento y despojan la palabra humana de su libertad y viveza de movimiento. Libros voluminosos, folletos ligeros, periódicos, revistas, folletines, puede emplear todas las formas y hablar todas las lenguas. Que sea breve ó largo, sencillo ó pomposo, grave ó festivo, poético ó lógico, vehemente ó templado, tieso ó flexible, acrimonioso ó afable; nadie le pide cuenta del capricho de sus colores, con tal que resalten á la vista y pinten la verdad.

¿Cuál es la causa de la escasez de buenos escritores y la abundancia comparativa de buenos oradores?

La causa es que el arte de escribir es un arte muy grande, un arte que exige muchos trabajos y estudios, una paciencia invencible, una asiduidad maravillosa. Al mismo tiempo se necesita mucho mas valor para escribir que para hablar, pues la persecucion jurídica amenaza continuamente al escritor, mientras que el orador se escuda con su irresponsabilidad parlamentaria.

Que la palabra del orador se resienta de su provincia, que por el exceso de sencillez degenera en negligencia, ó por demasiado estudio raye en hinchazon; que carezca de precision, de nervio y gracia, defectos son estos que desaparecen en el calor y brillo del discurso. Pero si el auditorio es indulgente, severos son los lectores: aquel se deja cautivar por el encanto de

una voz halagüeña y sonora, de una actitud noble, de una fisonomía viva y animada; busca él mismo la ilusion, siente estremercse sus nervios, se conmueve, se apasiona, se indigna, se enternece; sube á la escena, se introduce en el drama; se inclina ó levanta segun el poder del orador; se pone á descubierto, desnudo en su presencia; se ofrece á sus golpes, recibe los dardos contra él disparados, y cuando el orador encuentra favorable su auditorio, puede producir grandes efectos con palabras casi desprovistas de sentido, pero bien dichas y hábilmente dispuestas.

Pero hágase despues el análisis, léase á sangre fria esos discursos que tanto enajenaron, que produjeron tantos arranques de simpatía y gritos de admiracion, y no se encontrará orden, método, elegancia, correccion de lenguaje, profundidad de pensamiento, ni vigor de raciocinio; y se figurará el lector que tal cosa no ha oido, que le engañan, y que se han desfigurado las ideas y las frases. No, no cabe engaño, pues hay que oir y no leer á los oradores. ¿Podrá acaso la taquigrafía, por mas fiel que sea, reproducir la sonoridad de la voz, el fuego de la mirada, la pasion, la accion, la actitud, el gesto? Y sin embargo, ahí está casi todo el orador.

Los oradores pueden solo vivir en la memoria, y el exámen los mata. Demóstenes y Ciceron elaboraron, con largo y entretenido trabajo, en un idioma de riqueza incomparable, las preciosas arengas que admiramos. Tales como las pronunciaron hubieran sido ininteligibles. ¿Quién compra, quién hojea siquiera los discursos tan ponderados del general Foy? ¿Y, desde la revolucion de julio, existe por ventura un solo discurso de nuestros improvisadores que pueda sostener la prueba de la lectura?

Esto no impide que en nuestros tiempos los mas vanos de todos los hombres son los cómicos de la tribuna, mas vanos que los cómicos de profesion, mas vanos que los poetas.

Por otra parte, todos los grandes manantiales se hallan deserrados actualmente de la elocuencia parlamentaria. No se permite hablar de la soberanía del pueblo, de igualdad política, de la libertad de la prensa, de lo pesado de los im-

puestos, de la inmoralidad del poder, ni de lo arbitrario de los ministros; y reducidos están los oradores á parafrasear los textos mas vulgares, á dar mil vueltas y rodeos y á torcer la boca para no decir nada. No es de extrañar que haya tan poca verdad y tan poca sustancia en los discursos mas aplaudidos y ensalzados, y sorprende, cuando se les despoja del prestigio de acento y de la recitacion, no encontrar en ellos forma ni fondo: forma, porque la belleza y las gracias que animaban la voz y el gesto del orador, no pasan en el estilo; fondo, porque no hay, ni puede haber en todos esos discursos, grandes principios, ni grandes pensamientos. Vistos de cerca no son mas que la sombra vaga é indecisa, las proporciones diminutas, la osadía humillada de una columna que parecia subir á los cielos.

Otra diferencia entre la prensa y la tribuna.

Escúchase á un orador con entusiasmo, y léese á un escritor con reflexion; el primero tiene un efecto mas pronunciado en los sentidos exteriores y pasiones del auditorio, y el otro en el espíritu y razon de los lectores.

La voz de los oradores, por ámplia y sonora que sea, no puede extenderse mas allá de un ámbito reducido; mientras que la voz intelectual de los escritores es tan rápida, que atraviesa instantáneamente los puentes y mares; tan penetrante, que perfora las paredes de los palacios reales, y se insinua por las rendijas de las cabañas.

Los coloristas de la tribuna se ciñen á menudo á iluminar los dibujos de la prensa, sin añadir nada á la pureza de los rasgos, á la invencion del objeto ni á la belleza de las formas.

La tribuna posee mas movimiento, la prensa mas ideas.

A la tribuna caracteriza mayor autoridad obligatoria, á la prensa mayor iniciativa fecundante.

Con un presupuesto votado para muchas legislaturas, códigos corrientes y leyes completas, se podria prescindir, de un modo absoluto, si bien no constitucional, de la tribuna durante muchos años; mas ni un solo dia se puede prescindir de la prensa.

La accion de un discurso parlamentario estriba en la unidad

de su plan y de su lenguaje, mientras que la accion de la prensa reside en la variedad de su tono y en la flexibilidad de sus formas.

El discurso parlamentario estalla por intervalos, semejante al torrente de las montañas que se hincha, salta, se arremolina y se estrella espumoso contra el peñon de la ribera; pero la roca permanece inmóvil y la ola se deshace y desaparece.

La prensa, hablando cuotidianamente, puede ser comparada á la gota de agua que cae de continuo y acaba por taladrar el mas duro y compacto granito.

¡Qué cosa tan portentosa es la prensa! Tal sujeto parlamentario, representante de tal ó cual departamento, comisario del presupuesto, relator de una gran ley, trabaja todo el dia, pasa en vela la noche, y produce una exposicion sábia, concienzuda, inmensa, que no reproduce ningun periódico y que casi ningun diputado lee. Viene un escritor, y toma una nota, una nota ligera, la publica en un periódico, y hé aquí la nota y su autor conocidos en toda la Francia. ¿Qué vienen á ser sin la prensa, la cámara, los trabajos legislativos y los oradores? La prensa es la que saca esos diamantes del cofre, los pone en su dedo y brillan.

El orador y el escritor difieren aun en otros muchos puntos:

El orador tiene la fisonomía de su persona.

El escritor solo tiene la fisonomía de su estilo.

El orador compone los pliegues de su vestido como el traje talar de los romanos.

El escritor deja ver sus músculos y nervios en la desnudez de su discurso.

El uno vive en el mundo de los ojos y oidos, el otro en el de las ideas.

Pero como es mas fácil tener ojos y oidos que ideas, es mas fácil tener una persona original que un estilo original.

Al tratarse del orador, se comentan sus ventajas y defectos corporales; mas no sucede así con el escritor.

Si Hortensio se hubiese presentado al público con una barba sucia y desaliñada y una verruga bajo el ojo, los romanos hubieran soltado la carcajada; pero ¿qué importa que Ciceron

tuviese el ceñidor flotante y un garbanzo en la nariz cuando componia sus libros?

La tribuna es un teatro, la elocuencia un espectáculo, y el orador un cómico; cuando baja el telon, el público le sigue y le acompaña con aplausos; nómbrale en alta voz, le rodea en las calles y plazas de la ciudad, y besa respetuosamente la orilla de su toga. En una palabra, es un hombre de exposicion pública, que se amolda en yeso, se funde en bronce, y se coloca en los frontispicios de los templos y museos. Si fallece, se lleva su ataud en hombros al través de una doble fila de personas y á la luz de mil antorchas; despues se esculpe su nombre en mármol, y es preciso reconocer que las mas veces no queda del difunto mas que este recuerdo.

Pero ¿quién es ese hombre de frente calva, y algo encorvado, que atraviesa la multitud sin verla ni ser visto? Es Chateaubriand. ¿Quién es ese otro embozado en una capa negra, que pasa lento y que todo el mundo codea? Es Lamennais, que guiña el ojo, roza las paredes y extiende las manos temiendo tropezar. ¡Dios mio! ¡Qué flacos y pequeños son ambos en la calle! Pero en sus obras tienen diez codos de estatura.

El arte de hablar y escribir no es como la retórica de nuestros padres, un arte sublime, pero frívolo, sin mas objeto que el recreo de nobles inteligencias; este arte, en nuestros dias, se ha elevado á la altura de una mision social.

La civilizacion ha cambiado de corriente; la espada ha cesado de ser la soberana y única dominadora de los imperios; la elocuencia y la prensa someten gradualmente todas las partes de Europa. Los oradores y los escritores son los reyes de la inteligencia, y la inteligencia acabará por dominar al mundo.

CAPÍTULO II.

Continuacion del mismo asunto.

Didáctica del folleto, y ejemplos.

Escribir y hablar, formas son ambas de elocuencia, si bien diferentes entre sí, é idéntico es el fin aunque diversos los procedimientos.

Permíteme, querido lector, mecerme en los caprichos de mi fantasía y prodigar mis colores: voy á pintar el folleto.

¿Qué viene á ser el folleto? El folleto es un excelente camarada del libro y del periódico, cuando van ambos á la guerra.

El folleto es el arte de animar el pensamiento, de reflejarlo en prismas que emiten colores mil, de revestirlo de fuerza, erizarlo de flechas y lanzarlo al combate.

No confundamos, empero, el folleto con el libelo.

El libelo ataca á las personas, las muerde, las despedaza y degüella.

El folleto solo ataca á la vida pública del hombre público, y es ciego y sordo relativamente á la vida privada.

El libelo se ceba en el hombre, el folleto en el abuso.

El libelo pretende saciar su odio, el folleto aspira solo á hacer triunfar la verdad.

No negaré que en ciertas ocasiones el libelo, aguijoneado por una ira virtuosa contra los malvados é infames, no haya tenido excelentes efectos; pero lo cierto es que yo siempre he huido de semejante arma, tal vez terrible en mis manos, por grande que haya sido mi enojo, la agresion de mi ataque, ó mi defensa personal; y si por desgracia, y contra mi deber, me ha sucedido lastimar á cualquiera de mis adversarios en su vida moral y privada, no titubeo en pedirle humildemente perdon.

Todo lo que honra la virtud, todo lo que mancilla el crimen, lo que castiga los tiranos, ó canta la gloria, la patria ó la libertad, todo esto es folleto.

¿Acaso no esculpió Tácito el folleto histórico, cuando con varoniles toques reproducía á Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón? ¿Arquíloco, Horacio, Persio, Juvenal, Boileau, Swift, Gilbert, no armaron de un verso sangriento el folleto satírico? ¿Por ventura Bossuet, Bourdaloue y Massillon, no fueron modelos del folleto sagrado cuando, desde lo alto del púlpito, fulminaron contra los magníficos adulterios de Luis XIV? ¿No era folletista el mismo Fénelon, en su *Telémaco*, cuando nos pintaba los terrores nocturnos del tirano de Tiro? ¿No era acaso folletista el mismo Racine, cuando abogaba por los proletarios oprimidos, y movía á decir á Luis XIV: «¿De qué se ocupa ese poeta?» ¿No era igualmente folletista el mismo Sócrates, cuando bebía la cicuta por haber denigrado á los dioses?

Si bien se considera, Demóstenes y Cicerón fueron mas bien folletistas que oradores. Las Olinthianas, las Verrinas, las Catilinarias, escritas y divulgadas en el imperio griego y romano, han pasado ruidosas á la posteridad, mientras que desaparecieron las numerosas arengas de tantos oradores que agitaron el estrecho recinto del Agora ó del Foro. Mirabeau no fué menos elocuente en su folleto contra la nobleza de Provenza que en los bancos de la asamblea nacional. Aristófanes, Luciano, Teofrasto, Abelardo, Molière, Voltaire, Beaumarchais, Sieyès, Franklin, La Bruyère, esos admirables folletistas de la religión, filosofía ó literatura, hicieron más en provecho de la humanidad que tantos parafraseadores de tribuna.

Por mi parte, lo confieso, nunca me he visto mas á mis anchas, mas cómodo que en el folleto.

Y no obstante cien veces ha habido quien me haya dicho: «¿Escribe V. folletos en interés de un partido? No. ¿De un corrillo? No. ¿De un pretendiente? No. ¿Tiene V. acaso un resentimiento oculto? No. ¿Solicita V. un grande empleo? No. ¿Tal vez dinero? No. ¿Honores? No. ¿Ser par de Francia? No. ¡Qué! ¿No quiere V. nada? Nada. Pues sepa V. en este caso que si se mantiene V. así porfiado en decir la verdad á todo el mundo, se malquizará V. con todos, empezando por la córte. ¿Qué me importa? Y el parlamento. ¿Qué se me da? Y con la academia. ¿Qué quiere V. que le diga?

Y con la prensa. Se me da un pito. Tendrá V. mil envidiosos. Me es indiferente. Sus mismos amigos romperán con V. Lo sentiría mucho. Dirán que tiene V. mal estilo. Que lo digan. Que carece V. de lógica. Pueden tener razon. Censurarán sus obras. Que las censuren. Sus servicios. Enhorabuena. Su persona. Allá se las hayan. Sus intenciones. Buen provecho les haga. Su reputacion. Como gusten. Y quedará V. solo, aislado. Lo sentiré mucho.—Pero no, poco á poco, hay engaño. No, no quedaré solo mientras que á mi lado tenga á los hombres de bien, mientras que estos continuen comprendiendo, como yo comprendo, el folleto que continuaré escribiendo como lo escribo.

El libelo en prosa se dirige á los enemigos personales de la persona difamada; la sátira en verso no cunde sino entre los aficionados al chiste y á la literatura; el orador hace solo mella en su auditorio, siempre poco numeroso; el periodista político es leido de los suscritores; mas el folletista habla á todo el mundo.

No hay materia que le escape, ni corazon que no lata en ritmo, ni voz que no responda en eco.

Continuemos:

El discurso parlamentario se pronuncia delante de un auditorio compuesto de aristocracia y de plebe. Allí la aristocracia en traje de embajador ó par de Francia, en la persona de marquesas esmeradamente acicaladas, con lente y guantes amarillos, se ostenta vistosa y arrogante en los palcos; mientras que la gente baja que, desde la mañana, arrostra la lluvia y la escarcha, en torno de los vestíbulos del Palacio-Borbon, se introduce, se empuja, se codea, se hacina, se atropella, y se inclina desde la parte mas empinada del edificio, estrechísimo en demasía para contenerla.

El folleto, al contrario, tiene por auditorio todo un pueblo, pueblo inmenso de trabajadores intelectuales, artísticos y manuales.

A donde no llega el libro, se insinua el periódico, en donde no penetra este, circula el folleto. Este corre y sube al estrado, trepa hasta la guardilla, entra en las cabañas y humeantes

chozas. En las tiendas, obradores, guaridas de truhanes, gabinetes alfombrados, hogares, cuarteles, colegios, en toda parte se encuentra. Soldados, ciudadanos, ricos, pobres, jornaleros, amos, criados, sábios, ignorantes, viejos y jóvenes, gentes de toda clase, de estado y opiniones, se lo pasan de mano en mano y lo devoran. En menos de una semana, se le ve hojeado, roto, descosido, sucio, pringoso, manchado, arrollado, efecto de tantas manos que lo manosearon.

Para calarse el almete de folletista, no es necesario ser mayorazgo, ni tirar el oro en merendonas y francachelas; ni tener casa propia y bienes raices; ni ser graduado en tal ó cual universidad y haber arrastrado bayetas. No, nada de eso: basta poseer una pluma metálica, algo afilada, una ligera cantidad de dinero para comprar una resma de papel, y algo mas para pagar un pliego de impresion. Y si es tan fácil, ¿por qué no hormiguean las personas que cultivan un género que conduce, si no á la fortuna, á lo menos á la celebridad? No me toca á mí, querido lector, decirte por qué motivo, y prefiero que lo adivines, lo que no te será difícil por poco ingenioso que seas.

Muchas veces se ha preguntado: ¿A qué debe atribuirse la universalidad de la lengua francesa? La respuesta es fácil: á su lucidez, pues nada hay que sea mas universal que la luz.

El folleto es esencialmente francés entre los modernos, como entre los griegos era esencialmente ateniense.

El folleto debe rebosar de colores, ser de una exposicion sencilla, chispeante de verdad, exacto de cálculo, atrevido en su modo de discurrir, variado de tono, si intenta agradar, lo cual se supone pues es francés.

A cada uno habla su idioma, pues muchos posee! Con el lógico, argumenta; con el matemático, maneja las cifras; con el publicista, enseña; con el poeta, canta; con el pueblo, conversa.

Como la nacion francesa es por esencia imaginativa, desea que, sin que se la oculten enteramente, se le cobije la verdad bajo el velo de una alegoría; que las fibras de la argumentacion se cubran de carne, se anime y adquiera color y calor como la poesía.

Como la nacion francesa es dialéctica, quiere, en otras oca-

siones, que se le muestre la verdad desnuda, sin adorno, sin compostura de lenguaje, sin mas atractivo que el del raciocinio, y se enfada al ver que el argumento es falso, y lo conoce, y lo dice.

Como la nacion francesa posee una inteligencia rápida, acaba las frases antes de oirlas emitir, y va con presteza á la conclusion, hay á menudo que decir las cosas á medias y dejarle el placer de completarlas.

Como la nacion francesa es festiva, viva, impetuosa y ardiente, exige que se ande á saltos, que se proceda de un modo precipitado, que el escritor se asocie á sus pasiones, que tome parte en su enojo, que ria, que cante himnos á la gloria y á la libertad, que vomite pestes contra los tiranos.

Todos los rasgos característicos del pueblo francés deben notarse en el folleto, diversificados con luz y sombra, con arte y descuido, con razon y arrebató, con gravedad y escarnio, con entusiasmo y despego, con lógica y figuras, con vivos accesos é inopinadas conclusiones, con apóstrofes y resúmenes. Importa pues que el folleto sea, segun el caso lo pida, sério, jocosó, positivo, alegórico, sencillo, figurado, agresivo ó defensivo, y que en todos puntos se acomode á la índole de nuestra nacion, que aborrece lo oscuro, lo difuso, lo pesado, las afirmaciones sin pruebas, los excesivos argumentos, las demasiadas explicaciones, la acumulacion de palabras inútiles.

El folletista está siempre al acecho, prestando oido á lo que se dice, sea en una reunion, ó en el gabinete de los ministros, ó en las salas y corredores de la cámara; y apenas divisa un abuso, algo que cojea, se abalanza con las alas abiertas, lo arrebatá con sus tremendas garras, lo despedaza, y siembra con sus despojos las ciudades y los campos.

Verdadero Protéo, leon, águila, serpiente, cuchilla, llama, torrente; muere, vuela, se arrastra, corta, quema, inunda.

Pasa los Alpes; el Rhin y los mares; adelanta los tiempos, pregunta á la historia, registra los archivos del ministerio y de la córte, corretea dia y noche, busca su presa con ojos de lince y garras de buitre. Si divisa sanguijuelas chuponas agarradas á los ijares y lomo del pueblo, derrama sobre ellas puñados de sal

para que se despeguen. Si algun gran personaje se desliza á tientas y callandito hasta el tesoro, y llena sus faltriqueras, el folleto dirige á él su fanal, llama á la guardia, y lo manda prender. Si los abusos se amontonan y ruedan en torno, si como las arenas movedizas de la Libia, velan el sol y borran la vereda, toma su pala y azadon y la escombra. Nunca sacrifica á Moloc, y solo ofrece algunos granos de puro incienso en las aras de Dios vivo. A nadie manda, á nadie obedece. No lleva una casaca cargada de galonazos, ni recamada con flecos, encajes y cintas; prescinde de cartas y despachos convocatorios, y sabe convocarse á sí mismo. Soldado de la prensa militante, combatir con teson, guerrear sin tomar aliento, tal es su oficio, su deber, su vida.

Dragon, granadero, cazador, artillero, gastador, capitán ó cabo de escuadra, por la derecha, por la izquierda, ¿qué le importa bajo qué regimiento milita, con tal que sea vencedor? Sable, fusil, lanza, todo lo maneja, á todo recurre, con tal que hiera.

Por otra parte sale y entra en el campamento á la hora que gusta, como un voluntario, y él mismo escoge el lugar, el arma, la hora de sus escaramuzas: ora acomete con impávido denuedo á las filas enemigas, ora dispara el cañon de alarma, ora hace su velada de armas al rededor del campo, para ver si hay alguna centinela dormido, ora pica á los rezagados con la punta de la bayoneta.

Escribe sobre su rodilla, á la luz del vivaque, con un pedazo de carbon, en hojas sueltas, impregnadas de azufre y salitre, que estallan repentinamente en los escuadrones enemigos sembrando el estrago y espanto.

A veces se sale fuera de la fila como mero tirador que combate solo, y no pierde su pólvora y plomo contra los soldados rastos, sino que apunta á los jefes, y todos sus tiros son certeros.

Otras veces acecha desde las cercanías del parlamento, y, armandose como Sanson de la quijada de un jumento, derriba sin vida á trescientos filisteos; ó bien, como el caudillo hebreo, desmorona con sus robustas espaldas las columnas del templo, y sepulta bajo sus escombros á los ministros y sus proyectos, aunque sepa perecer con ellos.

Mientras que el orador se fatiga y pierde en el laberinto de sus exordios, el folletista parte silbando como una flecha que llega instantánea al blanco.

El folletista puede decir todo lo que dice el orador, pero este no puede enunciar, ni con mucho, lo que aquel escribe. En efecto, al primero no sujetan las circunlocuciones, ni las personas que le rodean, escuchan y juzgan; ni, como al periodista el despotismo de los partidos, las convenciones de los asociados, los caprichos de la opinion y preocupaciones de los suscritores; ni, como al publicista, la solemnidad del tono y gravedad de la materia.

No tiene obligacion el folletista, bajo pena de multa, de limitar su indignacion á un pliego de un tamaño dado, ni repetir continuamente la misma cosa á sus lectores, ni hablar á los espectadores únicamente porque está levantado el telon, su nombre en los anuncios, é indispensable que diga algo, aunque nada se le ocurra.

Cuando le da la gana al folletista, se le pegan las sábanas, ó bien se levanta con el canto del gallo, tomando su vuelo ora de un peñon, ora del llano, y pasando por los senderos trillados. No se acerca á los abusos con sombrero en mano, sino los sacude por la barba y, arrancándoles la máscara que los cubre, les dice: Yo sé quién eres, bien te conozco.

El folleto es la artillería volante de la prensa, que, al girar en sus ejes de bronce, mete un ruido infernal, estremece el empedrado de la ciudad, y hace resonar los valles y las montañas.

O bien rasa el suelo y se desvanece en el humo, ó serpentea en el aire en penachos y gavillas de fuego, iluminando con su fulgor la tierra, el cielo y el agua.

O bien el pueblo le aparta con un puntapié, ó le comunica al tocarle su estatura de gigante, su voz de trueno y la fuerza misteriosa de su poder y universalidad.

Los publicistas y oradores soplan en sus flautillas para meter al rededor de sí todo el ruido que pueden; pero solo en la mano del publicista pone la fama su trompa, permitiéndole que suene la inmensa voz del pueblo por sus trescientas mil embocaduras.

El folletista tiene á veces la ventaja de ser el hombre mas conocido de la córte, aunque nunca la haya visto, y de conocerla mejor que nadie, aunque nunca haya puesto los piés en ella. La córte le aborrece hasta el punto de llamarle pícaro, pero lo estima lo bastante para no intentar corromperlo. En efecto, el folletista tiene en sí razones de honradez para no aceptar el oro; razones de independencia para no querer ser criado; razones de lógica para ir al ataque de los sofismas; razones de verdad para no venderla ó velarla cuando su deber es cantarla clara. Y sin embargo hay que contar con el folletista como con una potencia, cuando se avanza sostenido los brazos de cien periódicos, ebrio de su fuerza y aun mas de la de aquellos. ¿No existe medio alguno de conjurar esas tempestades desconocidas que soplan estrepitosas y derriban las almenas del despotismo? ¿De qué recurso es preciso echar mano, ya que no es posible domesticar esos terribles folletistas, para romper entre sus dedos su pluma de hierro? Matarlos es lo mas fácil, pero gobernar la nacion en su interés sería, en nuestro concepto, lo mas conveniente.

Si el folletista consigue no acabar con una mala ley sino con un mal ministerio, el que sale le vuelve la espalda, lo que nada tiene de extraño, y el ministro que llega ni aun se digna darle las gracias, imaginándose que para lograr el puesto que ocupa, le ha bastado presentarse con la cartera bajo el brazo y decir su nombre al portero.

Si el folletista está al alcance de todos es que habla como todos.

Si traduce en cifras sus raciocinios, es porque se dirige á gentes que piden cifras por pruebas.

Si insiste tanto en la demostracion basada sobre las cifras, es porque hay quien sabe agruparlas con maña y demostrar que dos y dos hacen cinco.

Si tiene colorido, es porque el pueblo apetece las figuras, y que lo que comprende el filósofo por argumentacion, el pueblo lo comprende por imágen.

Si es corto, es porque tal es el único medio de decirlo todo á personas que no tienen tiempo de oirlo todo.

Si es vivaracho é ingenioso, es porque el francés es el pueblo mas provisto de agudeza y penetracion de todos los pueblos, y porque en Francia todo el mundo tiene talento, salvo los tontos, los cuales no existen.

Si es atrevido, es porque le es necesario coger el abuso por los cabezones, darle tirones, sacudirlo y estrujarlo hasta que vomite.

Por último, si nada le queda que decir despues que ha dicho, es porque diria mal si no lo dijese todo.

El discurso viste admirablemente la verdad, y la corona de de flores y diamantes; mas el folleto la muestra desnuda á la vista.

El primero reza entre dientes ó declama con pompa al borde de un pozo en que se anega la verdad; el segundo baja al pozo y la saca.

El discurso obra en los diputados, el folleto en la opinion que rehace en la tribuna. Cada uno tiene su accion igualmente decisiva, el uno directa y el otro indirecta.

El folletista y el orador son dos amigos caprichudos y regañones, émulos y celosos entre sí, algo pendencieros, pero que no pueden prescindir uno de otro. El golpe que acabaria con uno, acabaria tambien con otro: tan inseparables é indivisibles son la tribuna y la prensa, ambos órganos necesarios de un gobierno libre.

Las abejas de la tribuna fabrican su miel con el jugo que de las flores sacan las abejas de la prensa.

Tribuna y prensa, rivales eternas, inseparables hermanas, ambas nacidas, á consecuencia de un parto doloroso, de las entrañas de la revolucion; ambas hijas gemelas de la misma madre, rayos del mismo haz de luz, ramos del mismo tronco, cañones del mismo órgano, cuerdas de la misma lira, flechas de la misma aljaba, acentos de la misma voz, suspiros del alma popular.

Resumamos:

Para durar mas de un dia, para repetirse de eco en eco, es necesario que el folleto guste á todos, y sin embargo que no se asemeje á nadie; que derive de la grandeza de las cosas, por

la sencillez de la expresion; que sea incisivo sin ser injurioso, familiar sin trivialidad, original sin extravagancia, natural á la vez y lleno de arte, fácil y trabajado, escrito para la academia y leído por el pueblo.

Pero al mismo tiempo importa que no charle continuamente y no repita siempre las mismas notas á esos frívolos atenien-
ses que se imaginaban oír todas las noches arrullar á Filomela bajo los sáuces del Iliso, ó ver á cada momento del día al ave ostentosa de Juno desplegar su plumaje de esmeralda, oro y záfiro.

Tampoco debe, despues de los combates de la prensa y tribuna, hincharse de viento el folletista y atribuirse todo el honor de la victoria, pues no debe olvidar que es el espejo de la opinion, órgano de sus sentimientos, lápiz en su mano, bocina que envía su voz, y nada mas; lo que es suficientemente honorífico. Pero todo hombre que escribe, todo hombre que habla, se eleva, por un amor ilimitado de sí mismo, sobre el nivel de los demás hombres, y el orgullo del pensar excede de mucho al orgullo del poder. Sí, creemos, estamos persuadidos de que nuestra palabra es una cuchilla, que nuestra pluma es un cetro; nos figuramos que los negocios de la sociedad no podrian seguir su rumbo sin nuestra cooperacion; y, mas ambiciosos que un rey constitucional, tenemos la pretension de reinar á la vez y gobernar. Veinte y cinco ediciones de una mera carta (1) que, por la ley ordinaria de las reacciones humanas, se olvida con tanta mas facilidad cuanto mas ruido metió en el público, nos embriagan y dan vahidos; lo cual muestra que nada excede á la presuncion de un folletista, salvo tal vez la del orador.

Pero este siembra en buena tierra, en terreno bien abonado, en el campo del presupuesto.

El folletista se desgarrá y ensangrienta los dedos en los abrojos del camino, y tal es á menudo toda su cosecha.

El discurso conduce á los honores, á la fortuna, á la acade-

(1) Por ejemplo las *Cartas de Timon sobre la lista civil*.

mia, á las embajadas, á las magistraturas pingües, al ministerio.

El folleto acarrea el desprecio de los hábiles disertadores, la ojeriza y emponzoñado rencor de los cortesanos, una nombradía turbulenta y disputada, los tribunales y la cárcel, las zancadillas que la saña inspira, tal vez el hospital, las reacciones caprichosas de la popularidad, mas repentinas, inesperadas y variables que las vueltas de una veleta, mas agitadas que las olas del mar cuando lo ensoberbece la tormenta.

Marcha siempre, folletista, si tal es tu destino, que hay algo superior á todas las recompensas y sacrificios, y es decir la verdad.

Pero basta de didáctica, y no hubiera seguramente insistido tanto en esta materia, si el folleto no fuese, entre los diversos géneros de elocuencia política, un género por excelencia francés, un género completamente nuevo.

Agotemos este asunto ya que en él nos hallamos, y agregando los ejemplos á la teoría, bosquejemos rápidamente los retratos de nuestros mas famosos folletistas, de aquellos cuya influencia fué mayor en la vida pública de la nacion.

Van á desfilar á nuestra vista los representantes de la opinion en las diferentes clases de la sociedad: tales como el abate Sieyes en la oposicion de la clase media; B. Constant en la constitucional; Pablo-Luis Courier en la anti-cortesana; A. Carrel en la republicana; Chateaubriand en la realista; Cobbett en la radical; Enrique Fonfrède en la orleanista, y el abate Lamennais en la social.

Empezaremos por el folletista de la clase media, el abate Sieyes.

EL ABATE SIEYES.

En el momento en que va á estallar una revolucion inmensa, todos dicen lo que nadie hasta entonces osó decir, aunque todo el mundo lo hubiese pensado. En tal situacion, el hecho mismo de proponer la cuestion es resolverla.

En estos términos la propuso Sieyes: ¿Qué es la clase media? Todo.

Inútil era el resto del folleto, pues establecida de este modo, resuelta quedaba la cuestion.

El abate Sieyes fué el promotor liberal del gobierno de la clase media. ¿Hasta qué punto puede conciliarse con el principio de la soberanía del pueblo este sistema que reinó bajo la misma convencion, absorbió el imperio en el poder de un solo individuo, que la restauracion no intentó modificar sin peligro; el cual, en fin, la revolucion de julio ha plenamente establecido en los negocios? Tal es lo que ni Sieyes ni otro alguno han dicho todavía, hallando mas cómodo negar el principio que concederlo con sus consecuencias. La clase media no era aun el pueblo, y la revolucion hizo dar un paso á la palabra de Sieyes.

No brillaba este por el giro feliz y la elegancia del estilo, por la sublimidad de los pensamientos, por la vehemencia oratoria, ni por el vigor de la argumentacion. Pero teórico absoluto, dialéctico consumado, á la manera de los abates independientes de aquel entonces, unia á la finura algo aguda de la escolástica, el atrevimiento de los filósofos; viendo las cosas bajo un punto de vista abstracto y sin acepcion de personas, los intereses positivos, precedentes é instituciones, y siguiendo con obstinacion un principio que pretendia aislar como un minero experto sigue con la zapa la veta de una mina. Así nada dejaba que decir en las materias que trataba, tan completamente las agotaba. Al mismo tiempo, y como de paso, sembraba ciertos axiomas que en el dia han llegado á ser vulgares; pero desconocidos á la sazón y que casi atemorizaban por lo inaudito. Poseia sobre todo el arte de coordinar un plan, trazar una constitucion, y agrupar todas sus partes con simetría y majestad. Era además una especie de pensador muy apto, por la fecundidad, la ciencia y la profundidad de su método, para resumir los hechos generales de una situacion, las exigencias dominantes de la opinion, las deducciones completas de un principio, y por consiguiente para formular un evangelio político, una ley orgánica, una carta, una declaracion de dere-

chos. Así el fogoso Mirabeau, deseoso de fundar un nuevo gobierno, interpelaba á Sieyes y se quejaba de su silencio como de una calamidad pública.

Pero Sieyes, aunque uno de los mayores ingenios de la asamblea constituyente, gustaba poco de las luchas de tribuna. Replegado en sí mismo y en sus meditaciones, proseguía, en medio del ruido de la multitud, la organizacion solitaria de sus utopías.

A la verdad, cuando tuvo que derribar el antiguo régimen, no le faltó decision y precision, sostenido como estaba é impelido por la ola irresistible de la opinion. Pero cuando se trató de reedificar y se le dejó á sí mismo, volvió á caer en las nubes de su metafísica, á veces mas sutil que profunda, y siempre mas ingeniosa que realizable.

Tales inteligencias, cuando se aplican á la política, estudian su mecanismo con una curiosidad interior y obstinada, quitando cada pieza y volviéndola á colocar en el círculo de rotacion; pero al mismo tiempo no atienden á la desviacion de los hechos, á la mudanza insensible de las costumbres, á los miles accidentes de la sociedad, y serian capaces de hacer pedazos el reloj mas perfecto porque adelantara ó atrasara una centésima parte de segundo.

Sieyes arreglaba en su interior sus constituciones políticas, con un mecanismo muy complicado y muy docto, como tantos otros visionarios que fabrican para ellos solos una religion, una sociedad, una literatura.

Gran controversista, analizaba en todos sentidos una tésis política; pero si esta tésis se encarnaba en la asamblea y llegaba á ser hombre, se turbaba completamente á su vista. Dominador del derecho, se dejaba arrastrar por el hecho, y sabia, mas que domeñarlos, prever los acontecimientos: efecto que debe atribuirse á la superioridad de su inteligencia, é inferioridad relativa de carácter, y á su imaginacion indómila que no secundaba igual valor. Así fué como los demás, terrorista por miedo, y ¿quién sabe? tal vez ateo; pero supo ocultarse tan pronto y tan bien en la oscuridad del centro convencional, que, aunque presente y vivo, se le tuvo por ausente y muerto.

Lo mas curioso es que tuviese mas adelante el capricho de condenar al reposo constitucional un hombre á quien no bastaban la Francia y la Europa, y cuya vida fué una tempestad continua. Bonaparte envió á nuestro visionario á meditar sus planes ideológicos en los ocios dorados de una senatoría.

Pero el abate Sieyes dijo á la monarquía, al clero y á la nobleza: Nada sois; y á la clase media: Lo sois todo.

Si esta última fuese menos ingrata, elevaria estátuas en sus museos, palacios y cámaras, al folletista de 89, que, al revelar-le su fuerza, le aseguró la victoria y el imperio.

BENJAMIN CONSTANT.

De Sieyes á Benjamin Constant la distancia es menor de lo que se cree. Ambos habian recibido la misma educacion, la del siglo décimo octavo. Ambos observan, racionan, disertan y concluyen por los mismos procedimientos. En una palabra, es la misma escuela de filosofía y política.

Sieyes ve el asunto con mas elevacion, Benjamin Constant lo analiza con mayor paciencia y finura.

El primero se atiene mas al fondo, el segundo cultiva con preferencia la forma.

Aquel es mas generalizador, este mas ingenioso.

El uno tiene mas atrevimiento, porque posee la fe de los principiantes; el otro mas circunspeccion, porque tiene las dudas de la experiencia.

Sieyes habia declarado que la clase media debia ser *todo*, y Benjamin Constant demuestra porqué y cómo debe ser *todo*.

Aquel prepara las vias de la gran revolucion de 89, y este el de la pequeña revolucion de 1830.

Ambos, por último, carecian de constancia en sus opiniones y de resolucion en el momento de obrar, como todas las inteligencias muy extensas, que, descubriendo á la vez todas las consecuencias de un principio, presagian las objeciones que deben acarrear los argumentos y los movimientos de las resistencias.

Benjamin Constant, mas elegante que vehemente, mas sencillo que enérgico, complaciase en medio de las ficciones de una carta otorgada. De todos los prestigiadores liberales ó doctri-narios de la restauracion, ninguno como él acertaba á soste-nerse mejor en la punta de una aguja, con ademanes y contor-siones increíbles para guardar el equilibrio. No se podia tocar con el dedo á esta carta de fábrica inglesa, á ese edificio cons-truido en la arena y tan poco seguro en sus cimientos y rema-tes, que hubiera derribado sople ó un papirotazo, cuando no los morrillos arrancados en julio.

Mucho talento nótase en los voluminosos libros de Benjamin Constant sobre la monarquía consti-tucional, que no acertaria á comprender la generacion actual, y que seguramente no lee.

Era mas dialéctico que lógico, lo que no es lo mismo, pues la lógica es el arte de sacar las consecuencias necesarias de un principio verdadero, y la dialéctica el arte de deducir conse- cuencias especiosas de un principio falso.

Sea como quiera, este publicista ha desenvuelto en la prensa, con una ciencia de análisis superior, los principios del gobier- no restaurador y el juego tan móvil como variado de sus com- binaciones. Hábil experimentador, supo despejar el organismo de una nueva sociedad, recorrer con el escalpelo todas las do- lencias del poder, sondear las llagas é indicar el remedio. Si las ficciones del régimen de triple resorte, vistas de mas cerca, no satisfacen completamente la práctica ni la teoría, es fuer- za confesar que Benjamin Constant contribuyó eficazmente al paso inmenso que dió la libertad á fines del imperio, y no hay que vituperarlo de haber sido en exceso hombre de su época, pues solo tales hombres son los que poderosamente obran en la opinion.

PABLO-LUIS COURIER.

En la misma época zaheria Pablo-Luis Courier las ridicule- ces de la córte y la necedad del ministerio en sus folletos, mo- delos inimitables de razon festiva y fina sátira. Estos escri-

tos que rebosan delicadeza, chiste, gracia y á veces elocuencia, exhalan un perfume de antigüedad. Tan fisgon como Luciano, tan puro como La Bruyère, trabajaba todas las partes de su estilo con cariñosa mano, como Cánova el mármol venoso de Paros. Courier prescinde de las generalidades para cultivar con esmero ciertas partes de su arte ingenioso, y la pureza de su gusto literario teme ó desdeña las grandes tésis políticas. Pero al atacar á los cortesanos y al mostrar el crugido de sus oropeles, Courier lisonjeaba á la nacion francesa tan amante de la igualdad, y era el Béranger de la prosa.

ARMANDO CARREL.

Casi al mismo tiempo que dejaba la vida Benjamin Constant, recogia Armando Carrel su pluma de publicista, y entraba glorioso en el palenque. Mas dichoso que su predecesor, llegaba en un terreno despejado del atavío de ficciones constitucionales; pero era preciso abrirse paso por estos escombros, cuanto antes y sin perder tiempo. Carrel abordó sin titubear las tésis políticas, y con una vivacidad militar las hizo marchar espada en mano.

Armando Carrel, como todos los hombres de su temperamento, era desigual en su humor y en su polémica. A menudo cuando se cargaba de bilis su hígado, se desalentaba completamente; pero cuando se animaban sus ojos, y la indignacion hacia hervir la sangre en sus venas, su impetuosidad degeneraba en exaltacion.

Tenia una memoria vasta, un gusto puro y delicado, un saber profundo, un modo de producirse sencillo y varonil.

Generalmente, su estilo corria con abundancia límpida y cristalina, como si hubiese reflejado los rayos del sol. Otras veces se reducía, se armaba de aguijones, se amostazaba, y su sarcasmo partía con la explosion del rayo que brilla y mata.

Enemigo de rodeos, proponía lisa y llanamente una cuestion, y decía á sus adversarios: Este es el punto de ataque, empecemos.

Así como en el ardor de las tropas, en la ciencia de las maniobras, en el modo en que está abierta la trinchera, conocen fácilmente los sitiados si está á la cabeza de las tropas sitiadoras el general ó sus tenientes; del mismo modo fácil de ver era si en su periódico abría el mismo Armando Carrel el fuego de la polémica: y en este caso era otro el orden de batalla, otros los giros inesperados, las expresiones originales, la virilidad de lenguaje, el estilo noble y denodado semejante al clarín que toca al asalto.

Decía que todos los problemas del gobierno representativo quedaban en suspenso, y que nada había terminado la revolución de julio porque nada había resuelto; que el antagonismo organizado de los poderes y condiciones no constituía un estado social, ni un estado político racional y duradero; que pendiente y amenazadora estaba siempre la lucha entre la aristocracia y democracia, debiendo estallar hasta que quedase una ú otra definitivamente postrada; que si las naciones actuales fuesen tan muelles y serviles que se dejasen oprimir, no imitarán las generaciones venideras la cobardía de sus padres, y que todo hombre de talento y corazón, aun admitiendo que quede solo, no es dueño de sus acciones ni de sus pensamientos, de los cuales debe dar cuenta á su patria.

Amaba la libertad con reflexion y la gloria con entusiasmo. Carrel era naturalmente intrépido, equitativo, desinteresado, caballeresco; pueblo por su corazón, gran señor por sus maneras, asociando en su persona la elevada razón de un estadista con la temeridad de un alférez; dotado de un aire victorioso, una efusión expansiva; celoso en materia de honor, presto á vengarse y aun más á olvidar las injurias.

Armando Carrel, que parecía haber nacido para el mando, moderaba la impaciencia de su partido, disciplinaba su foga-sidad, y, por la superioridad de su carácter é inteligencia, ejercía en sus amigos una dictadura tanto más incontestada cuanto que era voluntaria de su parte. Es seguramente reprehensible por no haber protestado desde luego contra la usurpación, y por haberse dejado engreír por las dos cámaras y la gloria militar; pero tal es nuestro carácter nacional, y siempre

tendremos mas arder que filosofía en política, mas abnegacion que prudencia. Mientras que un francés no ha pasado por la prueba de una circunstancia grande y única, nada arguyen sus mas bellas protestas, y locura seria responder por él. ¡Cuán pocos hombres entre nosotros, por mas que hayan descollado con la pluma ó la palabra, han sabido resistir á los mimos de una situacion ó á la embriaguez del poder!

Resumamos :

Armando Carrel fué uno de esos hombres que no tuvieron antecesores, y que no dejan posteridad. Con ellos elévase, brilla y fenece su nombre, semejantes á esos metéoros que fulgurán en la oscuridad de la noche, iluminan el horizonte y se desvanecen. Soldado del ejército, sin que de él quede una victoria; soldado de la prensa, sin haber dejado una sola obra á la posteridad, fué no obstante mas célebre que tantos generales y escritores. Pero su nombradía fué tan solo de circunstancia, y, despues de algunos años, cuando hayan pasado algunas olas de esta corriente del tiempo que á todos nos lleva, no quedará de Carrel mas que algunas hojas y pliegos medio rotos, que atestiguarán nuestras revoluciones borrascosas; y solo vivirá el fogoso polemista en la memoria de sus amigos, memoria tierna y fiel que no olvidarán jamás, pues fué un noble corazon, un gran carácter y un admirable escritor. ¡Ay! ¿Quién hubiera podido prever que Carrel, lleno de vida, rico en talentos, debiese haber sido arrebatado tan pronto á las esperanzas de la patria? Cayó herido de una bala en un miserable lance de honor, por una quimera que no era la suya. Un cementerio de aldea acogió sus mortales restos, y una estatua de bronce, debida al célebre cincel de David, honra la memoria del heróico y desventurado jóven. Una multitud inmensa asistió á sus obsequios, y marcharon tras el fúnebre carro dos ilustres ancianos que fueron sus amigos, llorando la memoria del difunto; y ¿quién no hubiera llorado por un hombre tan generoso, tan glorioso de su pasado, tan lleno de porvenir? Tan lleno de porvenir como hombre de estado que iba á ser elegido diputado, y á ocupar en la cámara un puesto á que lo hacia acreedor el irresistible ascendiente de su carácter al cual

involuntariamente cedían cuantos le conocían. Tan lleno de porvenir como orador, pues poseía esa vehemencia de apóstrofes que sorprende y desespera á los adversarios, esa elocuencia pintoresca, inopinada, apasionada, producida por los movimientos y no por las palabras, por el calor del alma y no por el artificio del estudio. Tan lleno de porvenir como escritor que intentaba escribir la historia de Napoleón como debe ser escrita, con ese estilo firme, noble, varonil, sencillo y lleno de fuego, que exigían la grandeza del héroe y la dignidad del escritor. Si, libre de los cuidados y continuos afanes del periodismo, de esa vida ardorosa é infatigable de la polémica cotidiana, que no permite tregua ni reposo, y obliga al soldado de la prensa á no desertar ni un momento de la brecha y á guerrear sin descanso con armas que no tiene tiempo de escoger ni preparar, se hubiese retirado Carrel en una soledad estudiosa, no se puede calcular á qué altura hubiera ascendido su talento de escritor: tan anchurosa, tan natural, tan firme, tan abundantemente luminosa era su dicción. Su noticia que sirve de prólogo á los folletos de Pablo-Luis Courier, es una obra maestra de análisis literario, elevación y exquisito tacto. Carrel poseía un gusto perfecto como se nota fácilmente leyendo este opúsculo, en que es apreciado con tanta gracia, seguridad y finura el ingenio original de Pablo-Luis Courier.

Y no obstante, mucho distaban ambos entre sí: Courier profesaba por la antigua Grecia un culto que degeneraba en superstición; Carrel se precipitaba en las abstracciones y teorías renovadoras de la democracia; el primero no acertaba á explicarse á sí mismo su opinión, y no hubiera osado decir, combatido como estaba por los hábitos de su juventud, si admitía otra creencia política que el odio por la dominación emigrada, y por el insolente extranjero; el segundo procedía firme de deducción en deducción, hasta los últimos límites de la república; el uno calculaba los vínculos latentes de una frase con otra frase, borraba la disonancia de una palabra y afilaba con primor un epigrama, ó meditaba sobre el efecto y alcance de un antítesis; el otro se abandonaba á la impetuosidad de su vena, se dejaba arrastrar por el declive de su dicción, y mo-

vido por su inspiracion , sin mirar si la expresion respondia perfectamente á la idea , la hallaba con felicidad , y cabalmente porque no la buscaba. Tal vez la diferencia que existia entre ambos , tal vez el contraste entre el ardor original de Carrel y la naturaleza tímida y correctiva de Courier , motivaban la admiracion de aquel por la prosa trabajada con excesivo esmero del ilustre folletista ; pues hay que reconocer que nos gustan los contrastes y nos impresionan vivamente las calidades ajenas que nos faltan , las cuales nos muestran la pobreza de nuestra inteligencia , limitada siempre por un lado ú otro. Este hermoso prólogo de Armando Carrel es tal vez la página en que su talento literario se ofrece con un sello mas profundamente marcado de fuerza y brillo , y ha tenido mucha influencia en la nombradía de Courier , popularizando sus escritos que encontraban mas aficionados entre los literatos de profesion que en el público. Otro escrito de Armando Carrel , en 1834 , sobre los hombres de la revolucion , presenta un carácter mas severo , uniendo á una osadía extraordinaria de principios , una prudencia consumada en la apreciacion de los hombres y cosas de la época , sin entusiasmo excesivo ; y se echa de ver que la política domina en el autor al socialismo. Caballeresco en sus maneras , costumbres y gustos , no agradaban á Carrel las teorías del comunismo , y , hay que reconocerlo , en nuestros dias , si viviera , hubiera perdido esa popularidad que solo conservan los que consienten en caminar con las manos atadas á la espalda y los piés encajados en los carriles de su partido : necia posicion , esclavitud mentirosa que no hubiera tolerado dos minutos el humor impaciente de Carrel. Por último , la prensa periódica fué en las manos de este escritor una verdadera potencia , y se puede asegurar que fué el hombre mas completo de la revolucion de julio ; nadie , antes de esta época , le habia igualado , y nadie desde entonces le ha reemplazado.

CHATEAUBRIAND.

De Carrel á Chateaubriand no hay mas que un paso, y en el estilo, manera y carácter de ambos, habia una caballerosidad que forma un vínculo y semejanza notable entre el jóven republicano y el anciano realista.

Mas que á la tendencia y disposiciones naturales de su índole, debió Chateaubriand á su nacimiento y fortuna literaria ser par de Francia, embajador y ministro.

En la asamblea de los griegos hubiera cantado como Homero y no deliberado como Nestor.

Menos estadista que caballero francés fué siempre Chateaubriand, y los caballeros franceses son muy poco aptos para las luchas políticas, constitucionales ó de otra especie.

Compónense sus polémicas mitad de ojeriza contra Villèle, mitad de amor por los Borbones, resultando un antagonismo perpétuo entre el escritor y el paladin, entre las afecciones de su corazon y las luces de su entendimiento, entre su razon y sus preocupaciones.

Inconsecuentemente aspiraba á dos cosas contradictorias, como, por ejemplo, la libertad de la prensa en principio y en hecho, y al mismo tiempo queria por ministros hombres ultramonárquicos, que se oponian á la libertad de la prensa en principio y en hecho.

Cosa era que no dejaba de sorprender ver reunidos y amalgamados en un mismo gabinete dos personajes de tan opuesto carácter.

Por una parte Villèle, seco y exacto como una tabla de logaritmos, hombre que en su vida llegó á saborear una figura de retórica, un movimiento de sensibilidad, una palabra emanada del corazon, un arrebató de elocuencia. Aritmético frio, lógico, positivo, ducho en conocer á los hombres, en penetrar sus estratagemas, en lisonjear sus pasiones, en anudar un sistema, en conducir una asamblea, inaccesible á la astucia, lleno siem-

pre de cautela contra taimadas arterías y mañosas asechanzas, arrostraba Villèle las amenazas, sin dejarse sorprender por la vanidad peor que la corrupcion. Dotado de atrevimiento y prevision en la concepcion de sus designios, mostrábase firme, seguro, atento y lleno de paciencia en la ejecucion, mas celoso por el valor real de las cosas que por lo que en sí prometen. Al mismo tiempo reservado, desconfiado, flemático, naturaleza férrea en que no podian hacer mella la vanagloria del triunfo, el abatimiento de la derrota, ni las flechas del escarnio.

Por otro lado, Chateaubriand, espíritu aventurero y algun tanto romántico, de carácter poco uniforme, dispuesto siempre á lanzarse impetuoso en vaslas empresas, sin dejarse amedrentar por las resistencias y sin calcular los medios de vencerlas; fascinado por el corazon, por la imaginacion, por el lado brillante de las cosas; impresionado mas por lo bello que por lo útil, por lo grandioso mas que por lo posible; perfectamente en estado de describir por qué motivo, en tal situacion extraordinaria, habia encallado tal ministro, y al mismo tiempo incapaz, ministro él mismo, de salir del atolladero; dotado del don de conocer el pasado y prever el porvenir, pero sin acertar á comprender lo presente; en una palabra, por ningun título hombre práctico, hombre de estado.

Hallábase embebido en su personalidad como todos los escritores embriagados por el humo del incienso, y que rodea una córte aduladora lo mismo que la de los reyes: gente irritable cuando se les contradice en vez de ensalzarlos; incómoda é intratable por lo inopinado de sus antojos y arranques de su imaginacion, impaciente y enemiga de toda regla, ágría de condicion, y dispuesta siempre á sacrificar la razon de estado á su vanidad personal.

Chateaubriand fué siempre, mas publicista que polemista, y mas publicista que folletista. Reina en su estilo un tono grave, melancólico, amargo á veces; pero nunca obsérvanse esos toques chistosos, esos rasgos de agudeza que esmaltan el discurso y divierten al lector. El autor se aproxima á las masas por la grandeza de sentimientos, pero de ellas se aleja por el lenguaje, el cual si no es siempre tirante, tampoco es flexible, va-

riado y seductor; prueba evidente de que solo los folletos populares son los que rebosan de originalidad, gracia y vida; y parece que, al arrojar al viento sus hojas ligeras, sintió pasar Chateaubriand á sus manos el soplo glacial de la aristocracia, y por seguirla abandonó la marcha libre y rápida inherente al folleto. En efecto, aun cuando quiere ser natural, nótese un aire de aticismo, cierta flor de alta sociedad y trato delicado, y bien se echa de ver que el autor guarda siempre, aun bajo el techo doméstico, alguna pieza de su armadura para no ser confundido con los rústicos.

Tan brillante, gracioso, centellante de gala, colorido, sublimidad é invencion se muestra en sus poemas de *Atala*, *René* y *los Mártires*, como correcto, gramatical y severo en la forma de su polémica. En ellas ni por asomo nota el lector esas locuciones sonoras, esos rodeos ingeniosos, esos movimientos llenos de brillo y donaire, esa vehemencia arrebatadora; sino, al contrario, una discusion prudente y sóbria, y ¡cosa notable y don singular de la apropiacion! ese poeta trata de un modo feliz, y mucho mejor que muchos hacendistas de profesion, el juego de las rentas y de la amortizacion; y ese hombre, dotado de una imaginacion tan brillante, penetra en espíritu y pormenores de una ley con mas acierto que un jurisconsulto consumado. A veces, en su calidad de grande escritor, ennoblece la vulgaridad de la idea con la osadía de la voz; otras descende de lo encumbrado del debate con la familiaridad de la expresion; ó bien entrecorta el curso llano de la narracion con una imágen deslumbrante, con una alusion histórica, un giro inesperado, un toque vivo, una fecha, ó una de aquellas palabras que solo puede decir Chateaubriand.

Ningun escritor imperialista ha hablado de Napoleon en términos mas pomposos, pues solo el genio puede comprender bien la gloria.

Ningun publicista constitucional ha batallado tanto, en todos tiempos, por la santa causa de la libertad de la prensa, con mas entusiasmo, con mas fiel perseverancia, con mas heroísmo.

Ningun patriota en Francia tuvo mayor fe que Chateaubriand en el advenimiento de la democracia, y fué republicano

por razon y presentimiento, si bien realista por recuerdo y fidelidad caballeresca.

Loco perdido por la legitimidad, adornaba amoroso esta querida imaginaria con los hechizos que soñado habia, sin comprender, como Pigmalion, que la Venus procedente de sus manos era mas bella que la misma Venus.

Ilustre por su solo mérito, y padre literario de dos insignes poetas, Lamartine y Victor Hugo, herederos, el primero de su melancolía y el segundo de su originalidad, el bardo mas admirable de nuestros tiempos desde Shakspeare y Corneille, sin exceptuar á lord Byron; bello y noble genio que se estremece al aspecto de toda tiranía, que vierte lágrimas al aspecto de todo infortunio, y cuya memoria debemos amar mucho y por mucho tiempo despues de haberlo tanto admirado.

COBBETT.

De Chateaubriand á Cobbett, ¡qué diferencia de personas, caractéres, estilo, opiniones y maneras!

Las ciencias, el álgebra, la geometría, la física, la química, son de todos los países; y hablan una misma lengua convenida y universal. La filosofia solo expresa ideas generales, la moral sentimientos comunes, la historia, la epopeya y la tragedia las pasiones del corazon humano. Pero la comedia en las letras, la caricatura en las artes, el folleto en la política, son productos de cada suelo que revelan la fisonomía é índole peculiar de cada pueblo.

Así las alusiones finas, los razonamientos puros resbalan y gotean sobre la epidermis de nuestros vecinos de ultramar, y el folleto británico, profundamente impreso con el sello de las costumbres del país, soez, agresivo, grosero y brutal, nunca sonrie, sino rie á carcajadas estrepitosas, es incoherente, desordenado, y su cólera huele á aguardiente. Sin perifrasis ni rodeos, llama las cosas por su propio nombre, forma caricaturas que presenta al público enteramente desnudas ó grotesca-

mente vestidas, da voces y reúne á los que pasan, quítase la camisa y descúbrese hasta la cintura, y con los cabellos desgreñados, la vista torva, cierra la mano, anda á puñetazos, hierre á su adversario en el rostro, en el cuello, en el pecho, en los lomos, le rompe los miembros, le derriba y pisotea.

Cobbett dictaba en general sus folletos, y el folleto dictado, que imposible declaro en una lengua tan minuciosa, delicada y gazmoña como la francesa, se acomoda mejor con la negligencia de la inglesa. El folleto dictado suple á la incorreccion y pureza de estilo, por la abundancia, chispa y calor, asiéndose del objeto al vuelo, sin tardanza, apoderándose de la persona sin soltarla, y enardeciendo la multitud. Si bien es cierto que es menos duradero que el folleto elaborado, tambien es preciso confesar que es mucho mas vehemente y produce una sensacion mas profunda; y si discurre menos persuade mas, imitando los arrebatos, desorden é intermitencias de la pasion.

Cobbett preferia el estilo epistolar, pues sabia que solo lo natural gusta á la multitud, sin contar que esta forma se adaptaba mejor á la variedad é inagotable fecundidad de su pluma.

Reina en sus folletos una rareza de estilo, figuras y chanzas, que incomprensibles y repugnantes encuentran las demás naciones, y sin embargo, esto es cabalmente lo que hace que tanto gusten al pueblo inglés.

Cobbett estaba lleno de su personalidad, como todos los autores que, separados del trato de los hombres, embriaga la popularidad, se constituyen su propio centro, y en cierto modo su ídolo.

Tory al principio, despues radical, enconado en su saña, fogoso en sus convicciones, condenado, perseguido, atacado en su persona y bienes, obligado á emigrar, oscilando sin cesar entre la fortuna próspera y adversa, Cobbett se sirvió del folleto como arma terrible.

Apoyado en las masas, luchó contra una aristocracia apoyada en el suelo, altanera, inteligente, paciente, ávida, señora de la tierra y capitales, del ejército, ministerio y parlamento.

Agrónomo, militar, gramático, periodista, publicista y escritor, fundó un periódico que tuvo cien mil suscritores; y en

cualquier país un periódico de cien mil suscritores constituye un poder, y Cobbett lo ejerció.

Nadie tal vez llegó á odiar con mas encono, y en la explosion de sus sarcasmos, hollaba hasta sus mismos amigos.

Testarudo, antojadizo, acrimonioso, injusto, cínico hasta el ultraje, desalmado y casi feroz con sus enemigos vencidos, que apaleaba y pateaba al verlos en tierra hasta espirar, sin dar ni pedir cuartel. Escritor salvaje tal cual conviene á ese pueblo taciturno, cuyas opiniones son tanto mas absolutas cuanto que nunca las comunica, y cuya ira es tanto mas acérrima cuanto mas comprimida.

Entremezclaba este gran folletista en su polémica moralidades filosóficas, revelaciones del corazon humano, retratos, sátiras personales, anécdotas cotidianas, coloquios íntimos, comparaciones y pinturas animadas de la vida campestre, contrastes inesperados y salidas originales, que explican el secreto de su popularidad.

Este homenaje debíamos tributar á un hombre que luchó tan vigorosamente contra el orgullo y preocupaciones de la oligarquía, acumulacion de empleos, parasitismo, opulencia monstruosa del clero inglés, castigo corporal y humillante del soldado, y tantos otros abusos; que amó y defendió la causa sagrada de la reforma, y la causa no menos sagrada de la libertad francesa.

ENRIQUE FONFRÉDE.

De Cobbett á Enrique Fonfréde, hay todavía mas diferencia que de Chateaubriand á Cobbett.

Hay en efecto toda la distancia que separa el cielo nebuloso de la Inglaterra del cielo despejado de los Pirineos.

Desde la muerte de Armando Carrel, no conozco polemista comparable á Fonfréde.

Voy á juzgarle como si no fuese su contemporáneo, y como si no hubiese sido mi enemigo, aunque seguramente no era yo el suyo.

Sus cualidades le eran propias, y sus defectos de su país. Enrique Fonfréde era hombre del mediodía, una de esas naturalezas de fuego que espumean y se extravasan, pero que con facilidad se sosiegan.

¡Cosa singular! yo he visto, en un abrir y cerrar de ojos, levantarse tumultuosamente todas las poblaciones meridionales, juntarse y seguir á una persona con gritos de amor y júbilo, y cuando creía aquella que la rodeaban, é iban á su encuentro, de repente se disipaban y retiraban con tambores y trompetas.

Los hombres del mediodía no andan sino corren, no meditan sino improvisan, no rezan sino precipitan su oracion, muestran tanta prisa en acabar como en principiar, y en llegar como en partir. La índole meridional se complace en la celeridad, estrépito y brillo, y nunca abandona la region de las tormentas.

Extremados en todo, dirán de un hombre de cortos alcances que es un insensato, si carece de talento que es estúpido, si posee alguna inteligencia que es un genio, si es valiente que es un héroe, si delinque en un ligero pecado venial, que merece el fuego eterno. Para ellos no hay purgatorio, sino cielo ó infierno.

Así conviene no tomar al pié de la letra su impaciencia y gritos, pues en general hablan recio, y hay á menudo mas malicia en un normando que dirige un cumplido, que en la injuria de un gascon; el primero pica con un alfiler, pero sale la sangre y queda la señal de la picadura; mientras que el segundo, lleno de cólera, echa la baba al rostro, mas basta limpiarse para que nada quede.

Todo en los meridionales es relieve, salida, juego: la mirada, el gesto, la palabra, hasta el estilo. Fonfréde no sabia escribir, ó por mejor decir, no escribia con el diccionario de la Academia, sino inventaba y forjaba los términos que necesitaba, sin que le arredrase en modo alguno el neologismo. ¿No era por ventura folletista? Ahora bien, el folleto es una lucha, un combate vivo, precipitado, decisivo, pié contra pié, pecho contra pecho, sin tregua ni misericordia; los campeones se miden con

los ojos, se acercan, se agarran, se esfuerzan, se derriban. El folletista del mediodía, gladiador impetuoso, brinca en la arena y ase el cuello de su adversario; con tal que lo postre á sus piés, poco le importa de qué manera. Sin cuidarse de las reglas de la esgrima ó del pugilato, aspira solo á vencer ó á morir, morir sin tardanza ó lograr victoria campal.

¿Se figura acaso el lector que tuviese tiempo Enrique Fonfrède de preparar un plan? Nada de eso; lo concebía, lo devanaba, lo tramaba, lo tejía de paso, sin cuidarse de la correlacion del exordio y el epilogo, sin observar si cojeaban sus razonamientos, ni si sus paradojas destruian la verdad: tan presuroso estaba de llegar al fin propuesto. Poco gusto en el estilo, desaliño en el diseño, argumentacion flaca, falta de certidumbre en los principios, tales eran los defectos de Fonfrède, defectos considerables y no los únicos; pero este publicista poseia un giro tan original, una vena tan inagotable, una seduccion tan atractiva, una gracia tan inopinada, una chispa tan irresistible, que seria fácil reconocerlo entre mil, y ¿no es esta la señal de los grandes escritores?

Fonfrède poco se cuidaba de las precauciones oratorias, del miramiento á ciertas personas, jerarquías, dignidades y reputaciones; para él nada habia alto ni bajo, sagrado ni profano, y golpeaba á derecha é izquierda como un hombre ébrio que con el palo en la mano, se abre paso por la multitud. Fonfrède se replegaba y enroscaba en torno de su adversario, envolviéndole y sofocándole en los nudos de su dialéctica, y obligándole á gritar, suplicar y pedir perdon.

El folletista meridional amaba con exceso la autoridad, por miedo á la anarquía; como otras personas aman con exceso la libertad, por miedo al despotismo.

Mas polemista que publicista, demasiado fogoso, falto de aliento y excesivamente espontáneo en su inspiracion para componer un libro docto, un libro elaborado, agotaba en un solo artículo el fondo de una cuestion, á la cual apenas hubiera podido bastar un tomo voluminoso. La naturaleza no le habia hecho para hojear con paciencia los volúmenes en fólio de una biblioteca, ó meditar en el fondo de un aposento, sino para el

combate. Atleta infatigable y brillante sobre las armas; cuán hermoso estaba en un día de batalla!

En su polémica agrupaba con un arte tanto mas maravilloso cuanto mas natural parecia, todas las pruebas directas, todas las inducciones emanadas de la analogía, las citas históricas, judiciales y legislativas que acarrea su asunto, y abrumaba á sus adversarios con golpes seguros sin piedad, tregua, ni favor.

Fonfrède llevaba un prisma de mil facetas, y este prisma inundado por los rayos del sol del mediodía, despedia colores purísimos y deslumbradores. Este terrible polemista descubria y desnudaba una nombradía ó una situacion de piés á cabeza. Con su garra de leon arrancaba á esos efimeros reyes, á esos soberbios ministros cuadrados y ceñudos en su silla parlamentaria como en un trono; y cuando conseguia atarlos con una cuerda, los arrastraba hácia sí, y los mostraba como muñecos á la multitud.

Temerario en sus tésis, inexorable en sus consecuencias, mostraba la fealdad de los tiempos modernos con un sarcasmo, y hacia terribles incursiones en el porvenir.

Su imaginacion acalorada é impetuosa le llevaba á menudo mas allá de los límites de la verdad, como sucede frecuentemente á la gente de su país, y cuando esta se apasionaba, prorumpia en declamaciones, y escribía como esta habla.

Estaba sujeto á súbitos arrepentimientos, como toda persona inconsecuente y sin principios, ó con convicciones opuestas, cuya imaginacion, semejante al caballo indómto de Mazeppa, atormenta y arrastra sin descanso hasta el fin del horizonte, por valles, rocas y senderos espinosos.

Así queria una monarquía elegida, sin la condicion de esta misma monarquía que es la eleccion; la monarquía no elegida sin su condicion forzosa que es la legitimidad; el gobierno personal sin la condicion de este gobierno que es el despotismo; la libertad sin la condicion de esta que es la soberanía del pueblo; un parlamento sin la condicion evidente que es la independencia; el bienestar del pueblo, sin la condicion necesaria que es la economía. Así flotaba incesantemente entre dos pla-

yas, como un bajel sin áncora, eternamente azotado por las tempestades de su imaginacion.

Faltaba á Fonfrède lo que á Sieyes, Courier, B. Constant y otros tantos, una base fija, un sistema coordinado, un principio, pues, ¿acaso era legitimista? De ningun modo. ¿Por ventura radical? Mucho menos. ¿Parlamentario? Ni con mucho. ¿Constitucional? Ni por asomo. ¿Liberal? En otro tiempo. ¿Absolutista? Sí, se intitulaba absolutista franco, determinado, sin condicion ni límites, absolutista-absoluto. ¡Absolutista! ¿Y por qué? ¿Cómo podía ser tal segun la carta? ¿Cómo tal sin la carta? ¿Con quién? ¿Tal vez con Enrique V? No. ¿Con Luis Felipe? ¡Oh! ¡oh! ¿Con quién pues? acaso con Dios? ¿Con qué, segun Fonfrède, la monarquía constitucional emana directamente de Dios? ¿Pero á qué cosa no le sucede otro tanto? ¿Hay algo que así no sea? ¿Acaso no pueden engreirse y blasonar de su origen celeste y providencial la república, la heptarquía, la monarquía constitucional, la oligarquía y demás formas posibles de gobierno? Y en este caso, ¿cuál es el valor del famoso argumento de Fonfrède, de ese argumento del derecho divino llevado hasta el extremo, hasta lo absurdo?

Siento á la verdad no poder completar esta figura característica con nuevos toques, y en la que tanto se complace mi pincel. En mi concepto hubiera podido hacer de Fonfrède un estudio original, un buen cuadro; pero me faltan el tiempo y espacio.

Acabemos, pero antes que se me permita decir que Fonfrède fué, cosa rara, aun en Burdeos, adorador y no cortesano del poder, sin revolcarse como otros tantos en el cieno de la corrupcion, y hombre de bien, hombre de fe, se mantuvo arrinconado para conservar su independendencia y fortaleza.

Creo haber explicado el origen de la intemperancia de sus paradojas y la violencia extraordinaria de su lenguaje. Así no me es posible guardar rencor á ese escita, á ese bárbaro, que queria arrojarme como una presa á las garras y dientes de los leones y tigres de la Macedonia (1), por haber murmurado

(1) Durante un mes, estuvo Fonfrède reclamando la acusacion de Timon que

algun tanto del rey Filipo y de sus pensiones, yo Timon de Atenas, buen hombre y sin malicia alguna, que sin enfado he leído lo siguiente por mas fuerte que sea:

«Declaro que uno de los mayores crímenes cometidos contra «la existencia, prosperidad y subsistencia de un pueblo, son «las cartas de Timon sobre la lista civil y dotaciones del rey «Luis-Felipe. Timon ha sembrado mas ruinas, miserias y «hambre en los hogares del pobre pueblo, que hubieran podido acarrear diez años de guerra y calamidades. A falta de «justicia humana que le ha dejado cumplir esta obra de iniquidad, le predigo que llegará un dia en que le despedazará «el alma un gran remordimiento de su conducta, y llorará «amargamente todo el mal que ha causado.

«Firmado y rubricado, FONFREDE.»

¡Por Júpiter, lector! yo hubiera podido afilar mi buena hoja, esgrimir con ese escita, ese bárbaro, y volverle herida por herida.

Pero nosotros, griegos de Atenas, si tenemos sal en los labios, carecemos de hiel en el corazón, y si hubiese venido Fonfrède á echar en el Pireo el áncora de su bajel, lo juro por Minerva, yo mismo le hubiera tomado de la mano, llevado á la academia bajo la sombra de los hojosos chopos, serviéndole un plato de la apetitosa miel del monte Himeto, y despues le hubiera conducido, coronado de flores, á los confines de la república.

Desgraciadamente ha fallecido Fonfrède, y lo siento, aunque tal vez me hubiera vuelto á atacar con virulencia. Pero los reyes son casi tan ingratos como los pueblos: Fonfrède pasó su vida glorificando una dinastía que le olvidó, y no era seguramente el medio mas adecuado para eternizar su memoria publicar sus obras que nadie lee en la actualidad; sino, al contrario, inaugurar su busto en las galerías históricas de Ver-

nunca habia visto y de quien no habia recibido el menor daño. Mas adelante, al ver su retrato pintado por Timon, quedó tan contento, que, saltando de alegría y mostrándolo á todo el mundo, exclamaba: «Mire V., mire V., lo que dice de mí Timon.»

salles, en que tantos mayordomos de córte y tantos insignificantes ganadores de batallas usurpan el puesto de varones justamente célebres.

EL ABATE LAMENNAIS.

¿Qué diré de Lamennais folletista; de Lamennais, uno de los mas profundos filósofos de nuestro siglo; de Lamennais, el mas ilustre miembro del clero cristiano? ¿Qué constancia en el trabajo! ¿qué extension en la ciencia! ¿qué fecundidad de imaginacion! ¿qué capacidad intelectual! ¿qué meditador! ¿qué dialéctico! ¿qué poeta! ¿qué prosador!

No pretendo hacer comparecer en mi presencia al abate Lamennais, y juzgarle relativamente á su mayor ó menor ortodoxia. ¿Quién podria darme tal derecho? ¿De dónde me vendria á mí tal competencia? No me toca á mí sondear los corazones, y seguramente Dios reserva, para los varones predestinados á quienes concede el don del genio, misericordias tan grandes como los dotes que les depara. Todo lo que sé decir es que solo un sacerdote, y un sacerdote como Lamennais, podia manejar con tanta caridad é imperio el folleto religioso, ese folleto que revela el hombre al hombre, que enternece nuestra rebelde naturaleza para someterla mejor, y hace vibrar todas las cuerdas de nuestra alma. Lamennais ama al pueblo con la sencillez de un talento elevado, lo ama con la fe y esperanza de un cristiano. Si le recuerda sus derechos, le enseña tambien sus deberes; si lo humilla á la vista de sus llagas y miserias, lo consuela por los estremecimientos simpáticos de la fraternidad; si le inspira piedad para consigo, lo abrasa de amor y ternura para con los demás; si le dice, como todo corazón noble, que debe odiar la tiranía, lo exhorta á la paciencia en la servidumbre; si levanta las cadenas que abruman sus miembros, abre á sus ojos horizontes celestiales, coronados de flores, abundantes en infinitas beatitudes.

Ningun escritor desde Bossuet habló lenguaje mas solemne

y sonoro, y solo Lamennais ha conservado los períodos espaciosos, la continúa armonía y el grande estilo literario, sin recurrir á un vano oropel, ni emplear palabras nuevas y locuciones impuras. Basta á su genio la lengua usual, ora entone con voz profética los himnos del pueblo en las *Palabras de un Creyente*, ora escudriñe en el *Bosquejo de una filosofía* los misterios de la creacion ó del entendimiento humano; ora, en los *Negocios de Roma* pinte con cálido tono y puro las campiñas de Italia; ora en sus folletos ácese con implacable lógica al enemigo que va á derribar.

Pero bien se echa de ver que Lamennais no se halla á sus anchas en el folleto político, y que no puede avenirse ni acomodarse á esas luchas vulgares contra ministros de poco tiempo. No, Lamennais no ha sido enviado á esta tierra para rasar el suelo con esas alas sublimes que naturalmente le elevan al cielo, y le arrebatan á las altas regiones de Dios y de la eternidad.

CAPÍTULO III.

De la elocuencia del púlpito.

Apenas hay relacion entre la elocuencia sagrada y la profana, y se puede decir que todo difiere, la persona, el lugar, el asunto, el auditorio.

El orador deriva su mision de su persona, el predicador de su carácter.

El primero es á menudo menos que un hombre para sus partidarios, el segundo, á los ojos de los fieles, es mas que un hombre.

El uno habla cuando puede, como diputado; el otro cuando quiere, pues es sacerdote. Poco importa que el predicador sea jóven ó anciano, calvo ó con una hermosa cabellera, dotado de

bella presencia ó contrahecho, que su gesto sea noble ó vulgar, su voz sorda ó sonora y acentuada. Todas estas observaciones mundanas las omite el auditorio cristiano, que otros pensamientos asaltan.

El predicador habla en nombre de Dios, el orador en su propio nombre: así mientras el primero se aparta y guarece respetuosamente bajo la imponente majestad del santuario, el orador se ostenta en la tribuna á cuerpo descubierto en toda la extensión de su individualidad.

El predicador dobla la rodilla y humilla la frente ante la majestad de Dios; el orador la levanta erguida, y seguro de su propia fuerza, parece desafiar á sus adversarios con el gesto y la mirada.

El predicador se compara al mas humilde de sus oyentes, y aun menos, al polvo del camino, á una yerba ligera, á un gusanillo rastrero; golpéase el pecho, con compuncion, se acusa á sí mismo, confiesa sus culpas, y da señales de arrepentimiento.

El orador se jacta de la constancia de sus opiniones y de la austeridad de su vida, no se juzga sino para absolverse, se hincha, se exalta, quema el incienso para respirar su olor solo y sin rivales, y si baja de las regiones de la apoteosis es para ir al encuentro de las congratulaciones.

El predicador habla en el silencio, el orador en el ruido: el primero con una voz débil ó apagada, llena el ámbito de la nave de la iglesia, desde el altar hasta el pórtico; mientras que el segundo se desgañita y enronquece en una sala llena hasta el techo, que apenas trasmite su voz, resultando que se le oye apenas ó demasiado.

Bossuet, Fléchier, Bourdaloue, Massillon conmovian casi sin voz á un auditorio cortesano y plebeyo que, reunido en la vasta nave de nuestras catedrales, doblado el cuello y atento el oído, respiraba apenas y oraba interiormente con el corazón y con los labios.

Demóstenes, Ciceron, Mirabeau, O'Connell, Berryer, Guizot, no conseguirian dominar nuestras asambleas tumultuosas, si á la sensibilidad, ciencia, vehemencia oratoria y dones del genio, no uniesen vastos pulmones y una voz sonora.

El predicador halla los corazones benévulos, el orador oposiciones sordas y pertinaces.

El predicador encuentra favorable todo el auditorio, al orador es adversa la mitad de este, ó cuando menos la tercera ó la cuarta parte.

El predicador procura conciliar y hermanar al auditorio; el orador convoca al combate, á un combate mortal, una parte de la asamblea contra otra, y sus triunfos estriban en la division del cuerpo legislativo.

El predicador, á quien acompaña el silencio, sigue tranquilamente el hilo de sus ideas, tal como un rio majestuoso su curso apacible y cristalino; el orador agita sus olas espumosas por los ásperos peñones de su cauce cerrado y los diques de sus riberas.

A su persona dirigen continuamente el lente y los gemelos numerosas mujeres engalanadas y extranjeros dorados, condecorados y resplandecientes. Importa que se halle en un estado de atencion continua, que estudie su declamacion, sus ademanes, su actitud, sus miradas; si las cintas de sus zapatos no están desatadas, si no son iguales los picos de su corbata, si su pelo se halla descompuesto, si los pliegues de su toga carecen de gracia. Importa que no se bambolee, que no se incline adelante ni atrás mas de lo que es debido; que sus gestos no sean precipitados en demasía como los de un danzante, ni pequen por exceso de sobriedad en este punto como un filósofo; que su voz no tome un tono agudo de falsete, ni se pierda en los sonos cavernosos de un bajo.

Detrás de él está el presidente con su campanilla, que detiene su curso cuando coordina los miembros de un período, ó le detiene cuando se lanza en los confines de un bello desórden que es un efecto del arte. A su lado no cesa de resonar la voz del portero que grita continuamente: ¡Silencio, señores! En frente sus adversarios de los centros, izquierda y derecha, golpean en sus carpetas con sus plegaderas de madera, mueven estrepitosamente los piés, charlan, silban, gruñen, exclaman ó le interrumpen. A cada momento hay quien dibuja con lápiz, y en sus mismas barbas, sus contornos grotescos, cuyo perfil puede él

mismo divisar; ó bien hay quien remeda su voz gangosa ó atiplada. Tal miembro repite irónico sus palabras dándole un sentido diferente; tal otro le interpela para hacerle perder los estribos en medio de un silogismo; algunos protestan contra sus demostraciones, elocuencia y cifras, decididos como están á no dejarse conmover ni convencer. Algunos le amenazan con el puño, ó responden con injurias á una verdad proferida; y hasta sus mismos amigos le desconciertan aplaudiéndole en el momento mismo en que acaba de soltar una sandez.

Además el auditorio del púlpito difiere del auditorio de la tribuna lo mismo que la persona y el lugar.

Compónese este auditorio de algunos hombres fervientes y mujeres piadosas y resignadas, sencillas de espíritu y corazón, que no osan levantar los ojos; que no ven en el predicador un hombre, sino un ministro de la Divinidad; auditorio que se dobla bajo la doctrina emitida por el ministro de Jesucristo, y se deja arrastrar por todos los movimientos que este les imprime, indignándose cuando se indigna, amando lo que ama, aborreciendo lo que aborrece, creyendo lo que cree, unido á su palabra por los vínculos estrechos de la fe, rechazando como una mala tentación los impulsos de la duda y asomos impuros de su pensamiento, haciendo esfuerzos para comprenderlo, y siguiendo sus huellas.

A su fulminante voz se espanta la conciencia, el estremecimiento del terror corre de vena en vena, arrodillase el crimen, despiértase el remordimiento. Entonces el predicador, inclinándose desde su cátedra sagrada, toma, por decirlo así, todas las almas en sus manos, las asusta, las consuela, las precipita, las evoca, las lleva sucesivamente del temor á la esperanza, de la vida á la muerte, y, despues de haberlas juntado y confundido, las prende todas como anillos misteriosos á esa cadena de oro que une el cielo con la tierra.

No faltan al orador parlamentario asuntos propios para desplegar el vuelo, mas la prensa desflora todas las tésis y las agota.

Al contrario, mil sermones sobre un tema moral dejan siempre que decir, ¡tan grande es el destino del hombre! ¡tan infinitos los horizontes de la Providencia! ¡tan vasto el

ámbito en que puede campear la accion del alma humana! Pero ¿cuál es el tema de paz ó guerra, dinastía, ministerio, libertad, impuestos ó prensa, que no quede agotado despues de dos discursos, y á veces con uno solo?

El predicador habla solo, sin colegas, ni rivales; mientras que el orador habla antes y despues de otros tantos, luchando con la monotonía de los ataques personales, el cansancio del auditorio, la repeticion de los argumentos, las acechanzas de la insinuacion, la resistencia de la contradiccion; y es menester que improvise sobre todas las materias que la vehemencia del debate acarrea á la superficie de la cuestion, se explique relativamente á las interpretaciones accidentales, y duplique al replicar su discurso.

Algunas veces, aun no ha abierto la boca, cuando la asamblea impaciente empieza á bostezar. Si profundiza la materia se quejan los oyentes de que es prolijo en demasía, y le gritan: ¡Basta! ¡basta!—Si procede con soltura en su exordio, se le dice: ¡Al hecho!—Si se detiene un momento: ¡La conclusion!—Si brilla por un lenguaje lleno de color y brillantez: Es un poeta y nada mas.—Si argumenta: ¡Qué seco!—Si expone: Razones, veamos las razones.—Si se produce en lenguaje técnico: Yo no entiendo una palabra.—Si en vulgar: ¡Qué poca ciencia!—Si es vehemente: ¡Qué calor tan fingido!—Si es natural: ¡Qué ordinario!—Si habla de un modo elevado: ¡Qué gerga!

Además cada diputado orgulloso con su oligarquía parlamentaria, se cree un reyezuelo, y tiene su pretension dominante, que es la de ser tratado como tal, quererlo todo, saberlo todo, poderlo todo, mandar y no obedecer, exigir y no dar, contradecir y no sufrir contradiccion; de modo que las asambleas son en general poco sufridas: dando por resultado que conviene cortejarlas, captarlas con mil agasajos, lisonjearlas con la voz y mirada, para que accedan á una proposicion cualquiera, y es necesario acariciarlas y pasarles la mano por el lomo antes de introducirles el rejon en la epidermis.

El predicador elige su asunto y prepara, dispone, fomenta, esmalta de flores, suspende, prolonga, concluye segun juz-

ga oportuno, abandonándose sin freno ni responsabilidad á su inspiracion, alargando ó acortando el paso, y siguiendo los trámites mas favorables. Si es lógico demuestra, si narrador expone, si patético conmueve, si docto enseña, si poeta canta, y la lira de David produce un sonido único, pues sola una cuerda pone en ella.

Al contrario, el orador no elige la materia y debe estar siempre dispuesto á todo, pronto á todo momento, al principio, al medio, al fin de una discusion. Si ha de instruirse al auditorio antes de conmoverle, importa que el orador empiece por hablarle el lenguaje de los negocios, que diga los hechos, establezca la cuestion, indique una solucion adecuada, empiece de nuevo si es preciso, ilumine lo oscuro y nebuloso, disipe ciertas dudas, complete lo incompleto, zanje las dificultades, llene los vacíos, fije las fechas, y deje á los ánimos imbuidos de su enseñanza, dirigirse por sí mismos al fin propuesto. Si se halla cansada la atencion del auditorio, importa que el orador entre con viveza en materia, resuma en pocas palabras, alegue la razon perentoria, y sea breve. Mil peligros le aguardan en el camino, mil enemigos le acechan ocultos, y para combatirlos se ve obligado á variar continuamente de armas y táctica.

Cuando le domina una santa ira, Bourdaloue se acalora, se indigna, fulmina, y estalla contra los vicios de los reyes, de los grandes y del pueblo; los reyes, los grandes y el pueblo humillan la frente, y se doblegan bajo la vara de la palabra del ministro de Dios. Pero si el orador secular emitiese encolerizado, semejante lenguaje, veríamos á los representantes inculpados subirse á los bancos y vociferar: ¡Al órden! ¡al órden! y habria quien arrojaria á la cabeza del temerario las plegaderas de boj y tinteros de plomo.

Pero lo que constituye el apuro y tribulaciones del orador produce tambien su poder; su elocuencia fertiliza un terreno estéril; la contradiccion continúa fortifica su temperamento oratorio; las facultades de su inteligencia se exaltan y toman incremento con ese vigilante cuidado de su persona, gesto, aclitud, voz, mirada, argumentacion, movimien-

tos, estratagemas; y tanto sus amigos como sus enemigos, sus rivales como sus admiradores, contribuyen á formar su talento y dar pábulo á su ingenio. Así Demóstenes lucha con los opresores de su amada patria, y defiende palmo á palmo el terreno de la libertad espirante, minado por el oro de Filipo; Ciceron, en una república corrompida que se doblega al despotismo, aboga por la vieja causa de las costumbres contra los descarados defensores de Verres y Catilina; Mirabeau confunde con la pujanza de su voz de trueno las sublevaciones de la aristocracia, y Berryer, con admirable maña, pasa al través del campo enemigo y elude su vigilancia, siguiendo las evoluciones de las tropas hostiles. En todas partes, en Atenas, en Roma, en Lóndres, en Madrid, en Washington, en París, el triunfo parlamentario es el premio de la dificultad vencida.

El predicador es dueño de su tésis, magnífica como la creacion, sublime como Dios, vasta como el espacio, infinita como el tiempo. Ni las montañas, ni los mares limitan el vuelo de la palabra del misionero apostólico, que baja á lo mas profundo del Océano para examinar la oscura vegetacion del mas pequeño marisco; sube á los palacios celestiales, en las regiones etéreas resplandecientes de luz y poblados de armoniosos serafines; huella el polvo de los siglos y de los mundos, y con su vara profética conduce las generaciones que aun no han visto el día. Una flor que esmalta la verde yerba de un valle solitario, arrancada de su tallo por el aquilon embravecido; un volcan cuyos torrentes de candente lava sepultan campos y ciudades, un recién nacido que cesa de vivir, un trono que se desploma, nada es ajeno á la elocuencia sagrada.

Algo hay que el predicador encuentra aun mas inagotable que la naturaleza, y son los misterios de la religion y los secretos incomprensibles del corazon humano. ¡Qué tesoros! ¡qué miserias! ¡qué ruindad! ¡qué grandezas! ¡qué asuntos tan fecundos! Ora, armado de la palabra divina, imponga al soberbio el deber de la humildad, al rencoroso el perdon de las injurias, al egoista el amor de sus semejantes; ora arrasre las almas despavoridas al borde del abismo sin fondo ni ori-

lla de la eternidad, y las detenga ó sumerja en él; ora las evoque de la noche sepulcral, las arrebate en alas de su elocuencia y les abra las puertas del firmamento; ora azote las conciencias ulceradas y las punce con el aguijón de los remordimientos; ora diga á los desventurados: Esperad; y á los niños: Amaos unos á otros; la palabra del púlpito eclipsa los demás géneros de elocuencia en lo sublime, imponente y en la vehemencia patética; pero tambien es preciso reconocer que ninguna otra fecunda tanto el entusiasmo, la imaginación, la razón y la sensibilidad.

Sin embargo, la inmensidad del asunto abruma la mayor parte de los predicadores. Faltan palabras á su voz, aliento á su pecho, imágenes á su elocuencia para desempeñar cumplidamente su tarea. Solo el águila de Meaux puede remontarse y cernerse en la elevada region del aire, y mirar de frente al sol, cuando despide sus torrentes de fuego en un punto del vasto espacio que llenan los mundos estrellados. Pero solo estas palabras, Dios, nada, inmortalidad, pronunciadas como al acaso, sin consecuencia, sin conexión con otras palabras, resuenan cual eco maravilloso en todo el santuario, y se arraigan profundamente en las almas. ¿Qué puede añadirse á estas palabras? ¿Qué voz ajena equivale á la íntima voz de nuestra conciencia? ¿Quién podrá llegar jamás con el ademán ó la expresión á la sublimidad del pensamiento humano? ¿Quién podrá hablarnos mejor de nosotros que nosotros mismos?

El orador parlamentario da rienda suelta á las pasiones, y como Eolo deja libre curso á los vientos y tempestades. Unas veces desplegará en presencia del pueblo y de los soldados la túnica ensangrentada de César; otras evocará la sombra de Napoleon; ya excitará á los pueblos contra los pueblos; ya descubrirá el seno de la patria, sondeará sus palpitantes heridas, y habrá conseguido un triunfo completo si mil brazos se levantan, si lo interrumpen mil gritos de guerra, si se inflaman los rostros, si las espadas centellean, y si cuando grita venganza, un eco descomunal y formidable repite: ¡Venganza! ¡venganza!

Abrazando con su amor todo el género humano, el orador cristiano se baja para lavar los piés de los pobres, para alzar á los penitentes postrados, para tocar las llagas repugnantes y fétidas de los apestados. Caritativo, aun mas que elocuente, admite en su hogar á los proscritos lanzados por las tormentas revolucionarias, y se despoja de su capa para cubrirlos. Lleno de horror por la efusion de sangre, se arroja entre los combatientes que separa y concilia, sin cuidarse de la diferencia de intereses, alianzas, lenguas, climas, bandera, color de la piel, ni aun de lo que la vanidad llama gloria; viendo solo hermanos, tanto en los extranjeros como en sus conciudadanos, é hijos todos de un padre; y mira el cielo como la patria comun de todos los hombres. Y mientras que el entusiasmo y aclamaciones del pueblo conceden palmas al orador parlamentario, por haber tal vez provocado al incendio de las ciudades, á la explosion de los buques y ciudadelas, al degüello de las mujeres, ancianos y niños, á la apropiacion de las arcas públicas, al trastorno completo de instituciones y leyes, á las contribuciones de guerra, á las rupturas de aduanas, á las confiscaciones directas ó indirectas; el orador cristiano, ese humilde apóstol desciende de su cátedra y desaparece, dejando al auditorio por último consuelo estas palabras: Amaos unos á otros, volved bien por mal, y rogad al Padre celestial.

Sin embargo, igualmente que la profana, la elocuencia sagrada cuenta sus habladores vulgares.

Usan unos un lenguaje pálido y lánguido, otros un idioma hueco é hinchado; algunos emplean un habla mundana y llena de afectacion, mientras que los hay cuyo descuido raya en indecencia. Ciertos predicadores amenazan continuamente con el infierno, mientras que otros sonrien incesantemente con la gloria eterna. Tales lanzan el estrepitoso repique de la improvisacion vehemente; otros con moribunda voz se esfuerzan en recoser penosamente en su memoria las hojas descosidas de su homilia, tropezando á cada paso entre un adjetivo y un verbo. Los hay que afectan una intemperancia frenética de lenguaje y ademanes, estremeciendo los vidrios, en términos que se creeria oir á los ángeles del juicio final soplando por los cuatro

lados para resucitar á los difuntos; al mismo tiempo que temen los oyentes ver brotar la sangre por sus bocas y narices, al escuchar y ver semejante tempestad en el púlpito sagrado. Otros pusilánimes en demasía, se anegan en una palabrería estéril.

Los defectos peculiares de los predicadores son: la monotonía, la hinchazon de las metáforas ó lo trivial de las expresiones, la analogía forzada de los textos bíblicos, el tono declamatorio y los lugares comunes.

Mas que por la fuerza de la argumentacion lógica, descuellan los oradores cristianos por la explicacion de los misterios, la enseñanza del dogma, la moralidad de los ejemplos, el encadenamiento de las pruebas históricas, la sublimidad de las imágenes y las indicaciones de la caridad; pero á menudo, y es preciso reconocerlo, como su género no admite ni puede admitir impugnadores, sucede que flaquean en la contextura y armazon de la dialéctica, pues ¿qué viene á ser una argumentacion sin argumentadores, un triunfo sin combate? Les falta la polémica, que es la palabra animada, la palabra viva.

El gusto del siglo ha estragado á los mas célebres oradores de la cátedra de Jesucristo, é, insensible como una serpiente, se ha introducido en sus corazones la vanagloria.

Ya no ocultan su vida y persona en la sombra del santuario; al contrario, diariamente los vemos litografiados, estampados en papel pintado, vaciados en yeso, expuestos en las tiendas confundidos con las cantatrices y cómicas. Al mismo tiempo acude la taquigrafía para reproducir sus discursos, como si aun les inspirase el genio de los antiguos tiempos. Quita amanuense, que no encontrarán lectores tus páginas descoloridas; pasaron ya los tiempos de Massillon y Bourdaloue.

CAPÍTULO IV.

De la elocuencia forense.

El abogado es el tipo mas comun del orador parlamentario.

Los hay civiles, criminales, fiscales y de tribuna, y estos componen el abogado propiamente dicho.

I. Si en el dia se tratase de asimilar la elocuencia judicial á la elocuencia parlamentaria, faltarian términos de comparacion, pues ya no existe esa elocuencia forense que en otro tiempo poseia forma, carácter y fisonomía particular. Todo ha cambiado de costumbres, estudio, legislacion, gerarquía, lenguaje y hasta el gusto del público.

La multitud ociosa y erudita que desea las agitaciones escénicas y va en busca de celebridades, iba en otro tiempo, cuando no habia libertad de imprenta, á escuchar las defensas y sermones, y frecuentaba los teatros, los tribunales y las iglesias.

Pero desde que el público encuentra agitaciones á la vez violentas y positivas en la prensa y tribuna, no va á las iglesias, tribunales y teatros.

Los que frecuentan los teatros son atraidos por los piés de las bailarinas, la música de Rossini, y únicamente porque la perfectibilidad de nuestras costumbres no ha introducido aun el uso de saltos y gorjeos en la cámara de diputados.

El arte de alimentar los procesos, y extender con holgura los pedimentos y demás escritos, ha decaido de su antiguo esplendor, y hay mas ventaja en arreglarlos que en defenderlos. Así es que el personaje importante de nuestros tiempos es un juez de paz amistoso que concilia á las partes con el dinero en la mano. Antiguamente era necesaria una biblioteca de diez codos de alto para colocar de un modo conveniente el Digesto y las Novelas, los edictos reales y el derecho consue-

tudinario, con sus apéndices, escolios, comentarios y derivados. Gracias á Dios en nuestros dias, descansan todos, sin que nadie los toque en su respetable polvo.

Un tomo en fólío de mil páginas, doblemente reforzado y con broches de cobre, contenia tan solo un tratado sobre las sustituciones y la guardia noble. En el dia un tomo poco voluminoso, si bien algo compacto, contiene todos los códigos de la nacion francesa: el civil, criminal, comercial, militar, correccional, rural y de montes, con sus notas y comentarios; y no hay estudiante que, al ir al baile campestre de Ranelagh ó Romainville, no pueda llevar en su faltriquera toda la ley y los profetas.

¡Y si yo dijera que el código civil es aun abultado en exceso! ¡Si se dijese que, sin perjuicio alguno se pueden suprimir considerables fragmentos, tal vez la cuarta parte! Ya casi nadie hace testamentos y aun menos donaciones. Todas las tésis relativas á la divisibilidad é indivisibilidad de las obligaciones, son meras sutilezas de escuela. Se divide una sucesion en tantas partes iguales como herederos hay; cada uno, por el tercio ó sexto que le toca, entierra al difunto, llora ó no llora, firma recibo, cobra su parte y se va. Nadie habla de las cuestiones de estado, esa mina tan fecunda de escándalo y elocuencia; y en verdad, ¿quién estaria interesado en contraer alianza con las grandes familias, cuando estas no existen, ni grandes fortunas, ni títulos, ni privilegios hereditarios? Los ardidés jurídicos y trampas legales se estrellan por do quier contra la igualdad.

Desde que se ha puesto la ciencia al alcance de todos, hay tantos sabios que ninguno puede preciarse de tal, pues solo se recuerda lo que difícilmente se aprende. Cujas, reclinado en sus libros, desgastaba con la rodilla el suelo de su gabinete; Pothier velaba dia y noche y se encerraba como un cartujo en el estudio solitario del derecho. En el dia apenas podríamos encontrar un abogado en estado de redactar una consulta, sostener una tésis, argumentar en forma, escribir un libro. Un abogado es un hombre atento, de finos modales, que conduce con su propia mano un elegante car-

ruaje, doma un caballo brioso, con el bigote bien peinado, de grata conversacion, y cuya casa frecuenta una sociedad escogida.

II. ¿Quién consentirá en resignarse en nuestros tiempos á mantenerse un solo dia en su lugar, su estado, sus placeres, su ambicion? Si sube el primer escalon, es para llegar al segundo, el cual conduce al tercero, y así sucesivamente. El magistrado no consiente en juzgar como un Dandin inamovible, sino solo piensa en empujar, avanzar y abrirse camino. Si es inamovible por su título no lo es por su persona, y atrás los demás.

El sustituto aspira á llegar á ser juez de sala, y cuando consiga su intento, juez de instruccion, y despues vice-presidente de un departamento, y luego presidente, y mas adelante consejero, y cuando sea consejero querrá ser mas, y así hasta llegar á ser par de Francia y canceller. ¡Enhorabuena! Y dígase despues que un juez inamovible de ciudad de segundo órden puede llegar á vestir la toga de Aguesseau como un pobre soldado á ser mariscal de Francia. Tambien el abogado facundo aspira, desde luego y sin rodeos, al ministerio, no de justicia, ¿qué es eso? sino de marina ó negocios extranjeros, pues un personaje de su alcurnia solo puede alternar con embajadores y principes. Pero señores del bonete y del armiño, con esa vanidad desmedida, con esa ubicuidad petulante, con esa ambicion sin límites ni reposo, ¿cómo podreis complaceros en vuestro estado, ser independientes, estudiar con fruto, meditar santamente en los lares de la justicia? No cabe duda, y á nadie consta mas que á mí, que hay jueces, abogados, procuradores, alguaciles, escribanos; pero ya no hay costumbres judiciales.

III. La magistratura y el foro no son profesiones sino oficios, y se desempeñan sin aficion, pues fueron abrazadas sin vocacion.

Hay abogado que defiende una causa con botas y espuelas, con los ojos y la cabeza aun turbadas por el vino, y este se hubiera pintado solo para acuchillar á los beduinos de Argel.

Teótimo, el sustituto, despues de haber solicitado por la mañana con voz lúgubre numerosas condenaciones á muerte y á presidio, tararea por la noche un aria de Bellini en los bastidores de la ópera.

El cliente que vió al abogado de su causa y al fiscal casi llegar á las manos y por poco arrancarse los cabellos, se queda atónito al ver que ambos encienden el cigarro en el mismo fuego, echándose recíprocamente bocanadas de humo. ¡Qué cómicos! ¿Y quién no lo es en el dia?

¡En donde están los tiempos en que los jueces se levantaban á las cuatro de la madrugada, se acostaban á las ocho, é iban á los tribunales montados en mulas por las fangosas calles de la ciudad! Aquellos jueces como actualmente no los vemos, ni aun los concebimos, que solo salian de su domicilio para juzgar ú orar. En el dia no vemos en los buques de vapor, en las diligencias y caminos de hierro, sino magistrados pretendientes, hablando familiarmente con los dependientes de comercio. En tiempos de antaño, un juez encanecía y moria en su puesto; y en el dia no se ocupa mas que de viajes é intrigas, mudando de juzgado como un oficial de guarnicion. No hay que insistir para que den un dictámen durante sus viajes, pues seria distraerles por poca cosa: tan ocupados se hallan escribiendo en estilo romántico sus *Impresiones de viaje*.

El abogado debe ser elocuente, esto es, lacónico con un cliente que mide la palabra por horas, y con jueces que necesitan no dejar holgar la audiencia; pues seria poco decoroso que un abogado ingénuo y novicio, dijese despues de dos horas de defensa: «Señores, voy á abreviar.—¿Cómo abreviar? «Continue V. caballero, continue V. sin rebozo, pues conviene «que parezcamos ganar, V. sus honorarios, y nosotros nues- «tros poyos.»

Para colmo de infortunio, la revolucion, esa pícara revolucion, apenas ha conservado el traje del abogado antiguo. ¡Ó tiempos! ¡ó costumbres! ¡ó venerable tesoro de sagrados é incomprensibles adagios! ¡ó lengua de nuestros padres, lengua del antiguo foro, lengua sábia y mezclada de griego y latin, y á veces de francés! Todo está revuelto, todo perdido.

¡Exigir del abogado que hable poco y como todo el mundo!
Vaya que exigencia.

En efecto, ya no son admitidas en los tribunales las citas de los padres de la iglesia, san Basilio y san Crisóstomo; ó los fragmentos de Gayo hallados en los apotegmas del gran Papiniano, ni es permitido jurar con la mano levantada sobre la palabra de Aristóteles. En el dia los abogados tienen en sus gabinetes, á Cujas, Dumoulin, Aguesseau, Pothier, Merlin, hermosamente encuadernados en tafilete superfino, con cortes dorados, como si fuesen figurines de bronce ó monigotes de China; pero no los leen, contentándose con saludarlos y pasar á su lado como rogándoles que no se incomoden. Un abogado que expectorase latin, y aun el mas elegante, el de Ulpiano, no seria comprendido de sus clientes, ni tal vez de sus jueces, y tan solo probaria que acaba de recibir el grado de bachiller en letras y que quiere acreditarlo.

En el dia relatar el hecho es decirlo todo, y cuando mas, una palabra de la ley. Pero la jurisprudencia es cosa que suena agradablemente á los oidos del juez; y cuando se le prueba que sus predecesores de gloriosa memoria, en igual ocurrencia, juzgaron de tal ó cual modo, entonces el magistrado, por espíritu de corporacion ó por pereza, se inclina y responde: Amen. El que sabe perfectamente de corrido el Sirey ó el Dalloz, es un jurisconsulto suficiente, un Bayardo con borla, un abogado sin miedo y sin tacha.

Los negocios han llegado á tal grado de simplificacion y reduccion, que á las tres cuartas partes de las causas civiles, bastarian abogados de palabra sencilla, clara y breve, limitándose á exponer los hechos, á leer las actas y piezas sustanciales y decisivas, á poner el dedo en los artículos del Código y citar los decretos convenientes. Por todas partes escapa el foro á los abogados: llegaron los dias de desolacion en que desaparecen los dioses, los reyes y los procesos.

Por lo tanto no hay comparacion entre la elocuencia de la tribuna y la elocuencia del foro, pues esta última no existe.

Solo la materia criminal da margen á cierto género de elocuencia, pero ¡por Júpiter, qué elocuencia!

IV. Mosca del folleto, zumba á los oídos de los abogados y magistratura: bastante has picado á los ministros y reyes.

Si otro Corneille diese á luz, en su decrepitud, la tragedia de *Agésilao*, se le gritaría universalmente: *Solve senescentem!*

Si el armonioso Rossini maltratase nuestros tímpanos con destemplados acordes, se le contestaría con acompañamiento de silbidos.

Si la sílfide de la Opera, la divina Taglioni, en vez de revolotear por el aire, no se presentara en las tablas sino para cojear y tropezar continuamente, habría mas de un importuno que le tiraría patatas cocidas.

Si los marqueses y vizcondes del divino Molière se entretuvieran escupiendo en un pozo para ver los círculos que forma el agua, nos reiríamos de los vizcondes y marqueses.

Sílbense los reyes, sílbese el genio, la gloria, la elocuencia, los músicos, los vizcondes, las bailarinas, y ¿por qué se librarian de los silbidos los magistrados ridículos?

V. Hay dos clases de magistraturas: la amovible y la inamovible, la que está sentada y la que está en pié, la que perora y la que juzga, la que requiere y la que condena.

No conozco función mas augusta, tremenda y santa, que la de un presidente de tribunal criminal; pues, en el ejercicio de su poder, representa la fuerza, religion y justicia, reuniendo la triple autoridad de rey, sacerdote y juez.

¿Qué idea formará de sí mismo un magistrado colocado en tan eminente puesto, tal vez el primero de la sociedad? ¿Qué idea formará de sí mismo, esto es, de sus deberes, para desempeñarlos dignamente? ¿Con qué sagacidad debe anudar el hilo de los debates, cien veces roto por los tortuosos rodeos de la defensa? Debe dar tiempo á los testigos para que se serenen, recapaciten y fortalezcan su memoria y voz, pues se hallan tal vez sobrecogidos á la vista del nuevo é imponente espectáculo de un tribunal, de su aislamiento en medio de los jueces, del testimonio que van á prestar, y de las consecuencias del mismo; hablarles con entereza, miramiento y bondad; articular llanamente las cuestiones que les dirige, y repetir las mas de una vez si es preciso; hacer brotar

la verdad de sus contradicciones; oponer las deposiciones orales á las escritas; explicar las ambigüedades; agrupar las analogías; disipar las dudas; sacar partido de una circunstancia, un hecho, una carta, una declaracion, un grito, una palabra, un acento, para que nazca la luz; preguntar al acusado con suave firmeza; abrir su alma á la confesion y arrepentimiento; animar su espíritu abatido; advertirle cuando se extravía, y dirigirle por el buen camino; contener en los límites de la decencia, la defensa y acusacion, sin coartar la libertad.

Tales son los deberes de un presidente. ¡Feliz quien sabe practicarlos!

Pero el escollo en que los mas naufragan, es el resúmen de los debates.

¿Qué significa resumir un debate? Exponer el hecho con claridad, recordar sumariamente los testimonios en pro y contra, analizar lo dicho en favor de la acusacion y al apoyo de la defensa, y nada fuera de lo dicho; y establecer en orden sencillo y lógico las cuestiones que debe resolver el jurado. Todo resúmen debe ser claro, firme, imparcial y breve.

Pero hay presidentes que se arrellanan cómodamente en sus sillones sin pensar en nada mas; otros que garabatean ó trazan con la pluma las caricaturas de los miembros de la audiencia; estos pasan como por descuido sus dedos por los rizos de sus cabellos; aquellos flechan con el lente las lindas muchachas y buenas mozas de la audiencia. Algunos intimidan al acusado con la brevedad seca é imperiosa de sus preguntas, otros asustan y descarrian á los testigos, corrigen á los abogados é indisponen el jurado. En una palabra, unos son ridículos y otros impertinentes.

Los hay que aun son peores, pues se abandonan sin freno á la ciega impetuosidad de sus pasiones de partido, arrojándose á pecho descubierto en la arena política, tomando un fusil y disparándolo. Estos tales descubren al jurado todas las baterías de la acusacion y ocultan las de la defensa; repiten pesadamente los hechos en vez de aclararlos, perdiéndose en divagaciones de localidades, tiempos, caractéres, y circunstancias, ajenas á la causa, pues su fin es lisonjear el poder,

un partido, una persona. Así indican que lo que en la conciencia del jurado se halla en estado de prevención, en la suya es delito sin la menor duda, y se complacen en manifestar su evidencia, inminencia y peligro; disertan sobre el derecho, aturden con su retórica, suplen con nuevos medios que inventan, los omitidos por el fiscal, y creen excusarse diciendo: «He aquí lo que dice la acusación,» aunque la acusación no diga semejante cosa, y así añaden la mentira al escándalo.

Figuraos ahora la posición del acusado alentado por la animosa y persuasiva palabra de su defensor, á quien el nuevo resúmen postra y aniquila. Figurémonos su zozobra, rubor, y los estremecimientos convulsivos de su cuerpo y alma.

¡Y el jurado! pudo este precaverse contra la vehemencia del acusador que llena su oficio, y del defensor que aboga por su cliente, pues sabe que hay mucho que tomar y dejar en las palabras de ambos. Pero ¿cómo podrá desconfiar del presidente que tiene la balanza imparcial de la justicia; del presidente, mero relator de la causa; del presidente, que nunca debe dejar traslucir su opinión, ni dejar ver el hombre bajo la toga de magistrado?

Estremece pensar que en los lugares y sobre todo en las poblaciones de segundo orden, con un jurado campesino, un jurado sencillo, ignorante y fácil de atemorizar, el resúmen artificioso de un presidente puede motivar una sentencia capital.

La ley ha querido que la palabra pertenezca en último lugar al acusado, de quien, por una ficción humana, presume la inocencia. ¿Acaso no es el ultraje mas completo á la humanidad y al derecho, si en vez de un resúmen fulmina el presidente una acusación? El acusado, en vez de uno, tendrá dos abogados contrarios, el fiscal y el presidente; y en vez de un asilo ó de un escudo, cuando volverá la vista al tribunal, hallará una espada asestada contra su pecho.

VI. Al ministerio público corresponden también grandes cargos.

¡Hermoso papel el suyo en los dramas criminales! Órgano de la sociedad, ¿por qué no es siempre impasible como

esta? La sociedad no se venga, se defiende; no persigue al culpado, lo busca; y una vez hallado, entrégalo á los ejecutores de la ley. La sociedad cree inocente al acusado, compadece al criminal que condena, sin apetecer mas elocuencia que la de la verdad, mas fuerza que la de la justicia. Cuando dos soldados llevan á un preso, y lo sientan en un banco delante de doce ciudadanos sus jueces, de un tribunal que va á interrogarlo, de un acusador que lo incrimina, de un público curioso que lo contempla; ese hombre, aunque hubiese empuñado un cetro, es un objeto digno de compasion. Su fortuna, su libertad, su vida, su honor, mas precioso que su misma existencia, en vuestras manos están: hombres de la ley, ¿no os sentís conmovidos?

¡Conmovidos! ¡ay! ¡sobrado amenudo sucede que, con la cabeza erguida y faz rubicunda, aturden á los jueces con voz formidable y los abruman con sus contorsiones! He visto jueces que cerraban los ojos y se tapaban los oidos al sentir aproximarse una tempestad de retóricos.

Efectivamente, el jurado no acude al tribunal para asistir á las peripecias de un drama simulado. En el teatro es cosa diferente: si van es porque encuentran placer en el movimiento escénico, contando con lances de terror ó ternura, y teniendo cuidado en no olvidar el pañuelo que debe enjugar sus lágrimas. Bien les consta que los criminales de melodrama, y alevos tiranos que hablan sañudos, son hombres de bien á carta cabal, que los inocentes asesinados en la escena ó en los bastidores, siguen gozando de la mejor salud, y van á continuar con sus asesinos, en el próximo café la partida de dominó interrumpida por la representacion. Y además, si el actor desempeña mal su papel, quedará el recurso de silbarlo sin perjuicio del autor.

Mas cuando la realidad reemplaza la ficcion, cuando estos mismos espectadores, en calidad de jueces, se hallan solemnemente sentados en el templo de la justicia, cuando la sentencia que van á pronunciar debe absolver ó condenar, entonces no pueden menos de recogerse y apartar de su presencia, y con una especie de terror, á la imaginacion, esa

loca de la casa, sin escuchar mas que la fria é imparcial razon, examinando el hecho, penetrando los pensamientos del acusado, procurando leer en su semblante, estudiando cuidadosamente sus respuestas, contracciones, exclamaciones, agitaciones, señales de gozo, palidez súbita, estremecientos; sin olvidar que se hallan en presencia de Dios, en la de los hombres, delante de la verdad augusta y santa que buscan, llaman é imploran. ¡Ah! no hay que distraerlos de esta meditacion religiosa, que toda la elocuencia de los retóricos no vale la conciencia de un hombre honrado.

No, no conciben lo elevado de su mision, los que de magistrados se vuelven hombres, hombres de partido, far-santes; los que en vez de proceder segun las vias de la justicia, se fatigan, se encolerizan, hacen mil contorsiones, retorciéndose de mil modos. Ya sale por sus ojos el fuego de la ira y la espuma por la boca; ya se envuelven, con majestad afectada, de su negro manto, para acusar con elegancia, como los gladiadores romanos caian con gracia bajo el acero enemigo; ora imitan torpemente la actitud, voz y gesto de los tiranos melodramáticos, imaginándose que producen grande efecto, cuando solo causan mucho ruido.

No, no conciben lo elevado de su mision, los que se agitan penosamente y casi se lastiman la mandíbula de puro abrir la boca, para fundar un crimen enorme en un delito ligero.

No, no conciben lo elevado de su mision, los que revisiten de oropel y poesía los lugares comunes de moral.

No, no conciben lo elevado de su mision, los que apostrofan á los acusados, denuestan á los abogados, y tratan con aspe-reza á los testigos.

No, no conciben lo elevado de su mision, los que, convencidos por los debates de la inocencia de los acusados, no abandonan la acusacion y la dejan subsistir, salvo las circunstancias atenuantes.

No, no conciben lo elevado de su mision, los que se apasionan por la causa; los que, por medio de figuras vehementes, de apelaciones de energúmeno á la excitacion pública, mira-

das feroces y siniestras, y ademanes amenazadores, conmueven y sublevan al jurado, al tribunal y al auditorio, solo para lograr la mezquina satisfaccion de que se diga de ellos: ¡Cómo se anima! ¡qué elocuencia!

Seguramente la retórica es magnífica; pero conviene no abusar de ella con hinchadas reprimendas, acusaciones desordenadas, ni ruidosas réplicas. Porque un hombre borracho haya dado muerte á otro, en el calor de una disputa, no hay para que gritar con voces descompasadas que la sociedad se halla desquiciada hasta en sus cimientos, que los rios retroceden, que el sol se oculta horrorizado, que las estrellas van á desprenderse del cielo.

VII. Pronto á emponzoñar la sociedad con sus peligrosas teorías para salvar la vida y libertad de un solo hombre, el abogado, á quien toca despues la palabra, no querrá ser menos en elocuencia, y luego le veremos con zancos de diez piés de alto.

Si el acusado ha sido salteador de caminos, contestará el abogado que nada tiene de extraño, y que este hecho solo prueba que tenia hambre y queria poner en práctica la máxima filosófica, de que los goces de la sociedad deben repartirse entre todos los hombres.

Si el reo ha premeditado el crimen, y además lo confiesa, el abogado dirá, como Orestes, que lo impele una fatalidad invencible.

Si mató á su padre y á su madre, es porque se le agolpó la sangre á la cabeza, y hubiera necesitado en el momento una sangría.

Si violó á mujeres casadas ó doncellas eso arguye que pecó por exceso de amor, y nada hay más digno de perdon.

Si incendió una casa, fué por pura curiosidad, y solo por poder ver un fuego artificial.

Por último, hay abogados que encuentran buenas intenciones en todos los reos, y son capaces de decir que si tal ó cual delincuente cometió tal ó cual muerte, fué únicamente con el objeto de que sus víctimas gozasen cuanto antes de la beatitud celeste, en una palabra, que era para su bien.

El acusado que, segun el fiscal, es un mónstruo horrendo cargado de crímenes, pasa á manos del abogado defensor, quien lo reviste de la cándida túnica de la inocencia, y adorna su frente pura y virginal con una corona de virtudes; en términos que solo falta enviarlo á Roma en una urna y canonizarlo.

Y animándose en su defensa, llegará tal vez el abogado á llorar y sollozar de un modo tan fervoroso y natural, que el mismo reo está para creerse inocente, y los mismos jurados se enternecerán á la vista del facineroso, hasta que despues de enjugarse los ojos, pronuncien la sentencia de muerte.

Hay una reforma que urge mas que la reforma de la ley electoral, y es la reforma de la elocuencia criminal, tan vana y hueca. Recrearse, cuando se trata de colocar la garganta de un hombre bajo la cuchilla de la ley, en redondear, limar y suavizar las frases, hacer contorsiones como un cómico de la legua, ó declamar como Orestes retorciéndose bajo las sierpes de las Euménides, arguye entrañas empedernidas; al mismo tiempo que, bajo el punto de vista del gusto, debemos reconocerlo, no hay cosa mas falsa y mas torpe. ¿Por ventura hay quien ignore que ese admirable instrumento de la palabra, llamado elocuencia, consiste á la vez en pintar, conmover, relatar, probar, segun las circunstancias? Hay causas en que la sencillez es elocuencia, y remontarse á la sublime ridiculez. Ser verídico, tal es lo único que se requiere, y esto basta.

Mas de una vez me he preguntado á mí mismo de qué sirven, á qué van al templo de la justicia, tantos vengadores oficiales de la sociedad, tantos vengadores benévolos de la inocencia, y en pró de quién representan; me parece que en los dramas de los tribunales los únicos personajes necesarios, son el juez para formar el proceso, el presidente para interrogar, el escribano para apuntar, el acusado para explicarse, los testigos para deponer, y el jurado para ver, oír y juzgar; lo demás, salvo los gendarmes, lo suprimiria.

Queda el auditorio al cual reservo mi última pincelada.

VIII. Asiste un público á los tribunales criminales que no se asemeja á ninguno. Algunos jornaleros sin ocupacion, mu-

jeros de mala vida, hombres de taberna, sostenedores de ramerías, ladrones jubilados ó aprendices, fugados de las cárceles, truhanes, pillos, haraganes, tal es la concurrencia que inunda la sala del tribunal. Allí se agrupan, se apiñan, se codean, se agitan de todos modos, presentando á lo léjos una masa negra, movediza en la que se observan movimientos atropellados, quejas sofocadas, contracciones enérgicas y ruidos confusos de pudor, juramentos y exclamaciones en lenguaje soez. Hay ratero ó asesino, que acude á aprender como se confunde á un testigo, elude una cuestion, inventa un efugio, disfraza un hecho, interpreta una penalidad. Otro acude movido por la curiosidad, y vuelve lleno de malas tentaciones, con el gérmen de un crimen que fermenta y no tardará en estallar. La manía de la imitacion produce mas criminales, que escarmientos causa el aparato de la ley y temor de los suplicios, y el tribunal es una escuela de detestable inmoralidad.

Tal es el primer término el del fondo, el auditorio: el pueblo (no profanemos tan bello nombre), el populacho está de pié en el patio, mientras que las damas ocupan los bancos reservados, y acuden para ver y ser vistas, llenas de adornos y prendidos, cubierta la cabeza con plumas y flores.

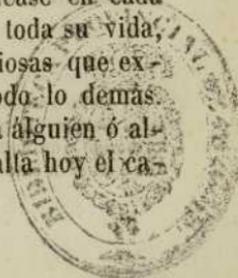
A menudo es el tribunal criminal la reunion de personas elevadas, y en él distingúense los lores ingleses, los magnates húngaros, los boyardos rusos, atraidos por la curiosidad que produce el crimen.

Mas de un personaje hay que atraviesa los mares borrascosos del norte, ó abandona la risueña Italia para disfrutar del horrible placer de ver sufrir á un desgraciado. Mujeres tiernas y sensibles que van á los baños en busca de distracciones para su temperamento gastado por los deleites mundanos, tuercen su camino para presenciar tales espectáculos; y esas señoras tan delicadas y melindrosas, para quienes la primavera no tenia suficientes colores, ni las flores bastante perfume, acuden presurosas á respirar esa atmósfera pestilencial, esos hediondos miasmas de cementerio y de muerte. Desde su puesto escuchan con oído atento como hierven y saltan las entrañas humanas sobre las ascuas de un laboratorio, con el mismo

aire y con el mismo paso con que van á la iglesia á dar gracias á Dios por haber permitido que una educacion pia y cristiana cultivase secretamente en sus corazones las semillas de las virtudes cristianas, y por haber esparcido en sus personas las gracias de la mayor sensibilidad.

¿En qué difiere una sala de tribunal de un salon de teatro? ¿No se dan allí representaciones continuas para la buena sociedad, seguidas de desmayos y ataques de nervios? En ellos se apuesta y juega á la alza y á la baja sobre la vida del acusado; y se forman votos impíos y criminales sobre su absolucion ó suplicio. Hay apretones para entrar como en las puertas de los teatros. Para que la orquesta sea completa, faltan solo trombones y cornetas, y es de extrañar que mas de un espectador impaciente no grite: ¡música! ¡música! Cada dia se vuelven mas exigentes: ya se quejan y murmuran de que el acusado baja los ojos, oculta sus angustias y palidez, y presenta á los curiosos, á esos bárbaros, de perfil y no de frente, esa cabeza que va á caer. Insisto en esto porque es un punto de alta moralidad.

IX. La mujer elegante no es mala, pero es la mas curiosa de todas las criaturas de la creacion. Tiene sobresaltos marcados, precipitados, involuntarios, continuos. Vive de emociones, y se muere por tener emociones á cada paso, á cada minuto. Tiene un amante por causa de sus vértigos, y tiene vértigos por causá de su amante. Busca penas para gozar [mas; y goces para sufrir mas. Nada teme tanto como las horas arregladas, la soñolencia de la vida, y la tibieza del retrete y de la blanda pluma. A medio dia, á media noche, en el teatro, en el gabinete, en el sermón, en el paseo, en el sarao, está perpétuamente al acecho de todo cuanto puede interesar, conmover, divertir, agitar, sacudir, destruir, estragar y desordenar su pobre alma y su pobre cuerpo. Multiplicase en cada uno de los objetos donde coloca su mano. Pone toda su vida, todo su ser en cada una de las sensaciones nerviosas que experimenta, y diríase que dejó de existir para todo lo demás. No hay para ella obstáculo; si se propuso ver á alguien ó alguna cosa, no hay quien se lo impida. Si le asalta hoy el ca-



pricho de ir al tribunal criminal, al punto escribirá al presidente diez billetes, uno despues de otro, bañados y perfumados con ámbar, para que la permita entrar é instalarse en un sillón, ó en una silla, ó en una banqueta, ó aunque sea en un pico de escalón. Entonces salta al alba de su tranquilo y caliente lecho, y va á hacer cola (1) á la puerta del Palacio de Justicia. Allí se estará, si es menester, las horas muertas, respirando la tramontana, y con los piés metidos en el lodo, cubriéndose en vano con su mantilla, tiritando de piés á cabeza, y lívido el delicado rostro. Abrese por fin la puerta, y héla ya que se desliza, y se ingiere, y codea, y empuja, y se estruja, y se abaja, y arremete, y penetra por fin entre gendarmes y porteros, y abogados que arrastran sus negras togas. Cuélgase y se prende á los faldones del agente de policía (*sergent de ville*), le habla al oído, le hace una deprecacion con voz melosa, y no le suelta hasta verse colocada, encajonada y sentada, con los codos libres y flechados los gemelos á boca de jarro del acusado y de los jueces.

Mírenla VV. como va siguiendo escena por escena el drama vivo que se está representando, y como, agitado el pecho por una respiracion afanosa, va pasando de emociion en emociion. Si el reo tiene la barba erizada y los ojos espantados, experimenta al contemplarle el placer del temor. Si tiene las mejillas sonrosadas y el cabello artísticamente compuesto: ¡Qué buen mozo! exclama ella para sus adentros, ¿no es un dolor? Si los testigos se presentan con los brazos colgando, y empiezan á ensartar frases enmarañadas ó repulidas, se rie por lo bajo tapándose con el pañuelo. Si el acusado solloza, ella llora á lágrima viva por simpatía. Si alguna jovencita se desmaya, ella acude, se precipita, la afloja el corsé, y la hace respirar sales espiritosas. Para que la intrépida aficionada á causas dejase su asiento, era preciso que el suelo del tribunal empezase á

(1) Para evitar los atropellos de la concurrencia á la entrada de los teatros y otros parajes públicos, ponen en Francia una especie de barreras de madera formando una calle larga y estrecha, por donde solo pueden entrar las personas una á una. A este modo de entrar se llama *hacer cola* (*faire la queue*).—N. del T.

crujir bajo sus anchos pilares (1). Pasan las horas, avánzase la noche, el jurado delibera; y ella clavada esperando! Porqué necesita que sus ojos se ceben con avidez en los ojos del reo, y estar suspendida de aquellos labios trémulos, y dar á su alma el pasto de los indefinibles terrores de otra alma! Necesita recoger, uno á uno, todos los sobresaltos y convulsiones de aquella conciencia martirizada y carcomida. Necesita oír el campanillazo que anuncia el último fallo, y la sentencia de muerte, y el estertor de aquel hombre cuyo semblante se descompone, y cuya vida interior se desgarrá y despedaza! Entonces ¡con qué ánsia clava en él los ojos y aplica el oído á sus inarticuladas exclamaciones, y á sus ahogados suspiros! Y le sigue con la mirada, sin pestañear, hasta que las puertas del calabozo se cierran para siempre á la esperanza! Después cae sobre su asiento anonadada, absorta en la contemplación del drama. El portero de estrado tiene que advertirla que se ha desocupado ya el tribunal, y dispónese á empujarla por la espalda. Máchase por fin, cruza cabizbaja los sombríos corredores del Palacio de Justicia, y entra en su casa agitada, rendida y destrozada de cansancio, con los nervios crispados y el alma anegada en lágrimas, y se acuesta sin pensar que su anciano padre no ha comido, y que desde la madrugada está su niña llorando y llamándola en vano. Echadas las colgaduras, vuelve su imaginación á inflamarse. Entonces palidece, se enciende, se estremece y tiritá, y vuela otra vez á la vista. Desvía y rechaza con la mano al reo ajusticiado que le trae su cabeza; cree ver la cárcel, la capilla, las cadenas, los jueces, el acusador, el verdugo y sus auxiliares, y el cesto (2) lleno de sangre coagulada y carnes palpitantes, y por último lanza un grito de horror. ¡Oh digna hembra!

¿Qué significan esos broches de oro, esas sartas de perlas, esas flores, esas gasas, esas ligeras plumas entre el lúgubre

(1) La sala de vistas en el tribunal criminal de París (cour d'assises) es una de las que mas conservan el aspecto severo del antiguo Palacio de Justicia. Su techo, suntuosamente decorado y repartido, está sostenido por los gruesos pilares á que alude el autor.—*N. del T.*

(2) El cesto en que se recoge la cabeza del ajusticiado.—*N. del T.*

aparato de las causas criminales? ¿Por ventura está allí presente el reo para divertir, ó no es el pretorio hoy dia mas que un salon de teatro? ¿Quién nos asegura que ante el espléndido cortejo de tanto curioso, no se turbará el reo al verse cubierto con el rústico sayo de las prisiones, y que algun testigo no perderá la memoria, y que algun jurado distraido no atenderá mas á las emociones de cualquiera mujer bonita que se ponga pálida ó colorada, que á las congojas y agonías del acusado?

Si yo tuviera el honor de ser presidente del tribunal, no admitiria en su recinto mas que á los parientes del reo, y diria á todas las aficionadas: «Señoras mias (las que están de pié y «las sentadas), tengan VV. la bondad de oir lo que voy á decirles: VV., las de este lado, váyanse á concluir las medias «de sus hijos, que aquellos señoritos están descalzos; ó vayan «á almidonar las coleretas de las señoritas. VV., las de mas «allá, váyanse á cuidar de que no se queme el asado. VV., las «de este lado, cuiden de que no falte el aceite á sus lámparas, «ni la sal á la sopa. VV., las de aquí, vayan á bordar con flores «sus países de cañamazo. VV., las de acullá, dejen para el co- «quetismo del palco de la ópera el teje maneje del abanico: y «VV., márchense á hacer escalas y cabriolas. ¡Ea! Señoras, ya «están VV. demás: los curiales nada tienen que ver con las «gracias, y una sala de vistas no es el sitio destinado á la mas «bella mitad del género humano.

«¡Alguaciles! ¡ejecutad las órdenes del tribunal!» Tales serian en efecto mis órdenes, y creo que merecerian la aprobacion de toda persona sensata.

X. Poca es la ganancia del abogado de causas; escasa tambien su gloria. Pero cuán distinta la tribuna! en ella todo es honra y provecho. ¿Qué mucho, pues, si para llegar y pegarse allí como una lapa, le vemos trabajar tanto con los piés y con las manos?

¡En nuestra hermosa tierra de Francia por cuántos reinados vamos pasando! Principió el reinado de los cortesanos; siguió el de los cardenales; luego el de las mancebas; luego el de los militares; y estamos ahora en el de los abogados. Estos van sin comparacion infinitamente mas de prisa á su negocio

que todos los otros. En tiempos de antaño, los cortesanos y los cardenales preparaban la cosa de muy léjos, é iban insinuándose poco á poco, por vias ocultas y subterráneas. Las mancebas no se apoderaban ciertamente al primer flechazo del monarca y de los negocios. Los militares solo ganaban sus grados con la punta de la espada y tambor batiente.

Pero la prosperidad de los abogados raya en lo increíble y fabuloso. Al comenzar la campaña, y antes casi de haber disparado el primer tiro, ya se planta el abogado sus charreteras. A la primera batalla asciende de un salto á capitán general. Deja las filas y se pone á mandar. Atención! el abogado habla, y ¡cómo habla! ¡qué pico de oro! Nómbrasele diputado ¡á fé mia que habla cómo un Ciceron! Hácenle fiscal togado: claro está! Si habla tan bien! Y nómbrenle por fin ministro. Todo esto en menos tiempo del que yo gasto en escribirlo.

Ese hombre extraordinario habrá estudiado indudablemente el derecho, la filosofía y la política; habrá sondeado los abismos del corazon humano, explorado la historia, manejado los negocios! Puede ser, pero ¿qué importa que no sea? basta que hable! Y no insistan VV., si no quieren que les vuelva á repetir: basta que hable!

El abogado habla en la tribuna de todas las materias: de caminos de hierro, de guerra, de marina, de pintura, escultura y arquitectura, agricultura, música, baile, moral, cultos, presupuestos, negocios extrajeros. Todo lo que sabe lo aprendió ayer; mas no por eso deja de saberlo todo. El hace de diestro piloto cuando la nave boga entre sirtes y escollos, y sea cual fuere el viento, siempre dirige su rumbo hácia el ministerio. Planta su bonete sobre la tribuna, como los navegantes que plantan sus pilares con una inscripcion en las riberas donde abordan, y al saltar á tierra dicen: Esto es mio!

Ejercitado en las sutilezas de la farándula, se cuele por las apretadas mallas del raciocinio, opone á los golpes de ariete con que le sitian los blandos vellones de su defensa; huye, de rodeo en rodeo, y se refugia, como en un lugar inaccesible, en un vasto monton de frases estancadas.

Apenas se apea de la diligencia, pregunta el abogado al en-

trar en la cámara con resuelto ademan: Qué hay?—Se habla del azúcar.—Hablaré del azúcar.—No, se está discutiendo sobre el Oriente.—Pues hablaré del Oriente.— Me equivoqué; se trata de caminos de hierro.—¿Y qué me importa que se hable del azúcar, del Oriente, ó de los caminos de hierro? Estoy yo para algo desprevenido?—Pero todavía no se ha mudado V. de botas.—Aguarde V., voy al vestuario.—¿Y el juramento?—Ah! se me olvidaba. Válgame Dios, y qué de afanes se necesitan en esta tierra para vestirse, jurar y hablar! Mas aprisa vamos en Brives-la-Gaillarde!

No hace seis semanas que nuestro abogado recibia en su empolvado despacho patanes con abarcas, y que alargaba cordialmente la mano á todos los alguaciles del distrito. En el dia, elevado á ministro por la gracia de Dios y del parlamento, tiene gran tren de casa, servidumbre, carruajes, palco en la ópera y todo lo demás; da audiencia á los primeros presidentes que se apiñan en sus antesalas: arrastra soberbio la rozagante toga; se ostenta, se arrellana, se dilata en el sillen del Canciller de L'Hospital (1). Ministro de marina, lanza al Mediterráneo ó al Océano velas ó torbellinos de vapor; ministro de comercio, preside á la agricultura, da reglamentos á la industria; ministro del interior, manipula la policia y los fondos secretos; no reina, pero gobierna, mientras que su mujer, recién convertida en gran señora, relumbra con pedrerías, da la mano á las princesas, y se digna admitir en su córte matinal á la aristocracia femenina.

Los abogados hacen hoy triunfar las revoluciones, y las revoluciones hacen triunfar á los abogados.

(1) Fué primero Canciller de Margarita de Valois, hermana de Enrique II, y luego Canciller de Francia bajo los reinados de Francisco II, y Carlos IX. Su integridad es proverbial en aquella nacion; era además hombre muy docto, y dejó varias obras de importancia, señaladamente un *Tratado de la reforma de la justicia*. Murió pobre en 1573.—N. del T.

CAPÍTULO V.

De la elocuencia deliberativa.

En las pequeñas democracias, la elocuencia se agita en la plaza pública: en los estados constitucionales, toma asiento en la tribuna; en las monarquías templadas, delibera con el príncipe.

Allí mas arrebatada, aquí mas grave. Allí vive de agitaciones y de figuras; aquí habla el lenguaje de los negocios. Allí pide á la publicidad su movimiento; aquí saca del secreto su fuerza y su prudencia. Allí se mezcla en la accion del gobierno; aquí en la teoría de las leyes. Allí dirige las pasiones de la multitud; aquí el poder de uno solo. Allí su frialdad helaria los ánimos; aquí su vehemencia embarazaria la discusion.

De esta suerte no se apaga jamás el fuego sagrado de la elocuencia, y cuando no brilla á los ojos del pueblo, se conserva bajo las cenizas de otro hogar.

No pudiendo sufrir el yugo revolucionario y las licencias del Foro, Bonaparte se ciñó con sus propias manos el acero de dos filos de la espada y de la palabra; no quiso que hubiese mas tribuna que su silla de cónsul, mas publicidad que la de sus leyes y decretos, mas prensa que su prensa oficial, ni mas eco en Francia que el de su propia voz.

Envió al senado los gloriosos veteranos de nuestros ejércitos, menos para consagrar la preeminencia de la espada en un gobierno militar que para asegurarse dóciles votos; porque sabia que el hábito de la obediencia pasiva y del mando dispone al despotismo con los inferiores y al servilismo con los amos.

Encerró en vestiduras espléndidas de oro á los mudos de su divan legislativo.

Apriscó en el tribunado los restos de aquellos hombres inquietos, cuyos pedazos se agitaban todavía, y que en breve iba á aplastar bajo su planta de emperador.

Puso en el consejo de estado jurisconsultos, generales, marinos, publicistas, administradores, restos casi todos de nuestras asambleas. Los mas fogosos revolucionarios habian perecido en la tormenta, ó sido arrojados á las playas del desierto: además, los hombres de accion no responden mas que al llamamiento de las revoluciones: los hombres de organizacion convienen mas á los fundadores de dinastías. Diéronse á los países que habíamos conquistado nuestras instituciones, nuestro gobierno y nuestras leyes; quitáronseles sus juristas, sus sábios, sus hacendistas y sus diplomáticos; tomósele á Génova, Corvetto; á Florencia, Corsini; á Turin, Saint Mar-san; á Roma, Bartolucci; á la Holanda, Appelius.

Cuando el extranjeró, atraído por la hermosura de sus columnas jaspeadas, de sus cuadros y de sus artesonados, ve en las salas del muelle de Orsay (1) á algunos personajes llenos de bordados y plumajes, decidir sobre la formacion de causa de un guardabosques, ó sobre la limpia de un simple arroyo, se pregunta si es ese aquel consejo de estado cuyo nombre resonaba en toda Europa, y cuyos códigos inmortales rigen todavía muchos reinos desprendidos de la Francia.

No, el actual consejo de estado, mezquina *juzgaduría* , competencia disputada, guarida de prebendas, establecimiento sin forma y sin importancia, no es ya aquella poderosa corporacion que, bajo Napoleon, preparaba los decretos, reglamentaba las provincias, vigilaba á los ministros, organizaba las provincias reunidas, interpretaba las leyes y gobernaba el imperio.

En el gran salon de las Tullerías contiguo á la capilla, fué donde se elaboraron nuestros códigos, cuya concepcion es tan magnífica, cuyo órden tan sencillo, y cuya claridad tan rigorosa, que han sobrevivido á las fastuosas glorias del imperio y serán mas duraderas que el bronce. Ahí fué donde se organizó aquella vigorosa administracion de lo interior, á cuyas

(1) El actual consejo de estado ocupa un magnífico palacio recién acabado de construir, situado en el muelle (quai) d' Orsay, en frente del Louvre, á la orilla izquierda del Sena.—N. del T.

ruedas, por no caerse, se agarran todavía nuestros raquíticos hombres de estado.

El consejo de estado era el centro del gobierno, la palabra de la Francia, la antorcha de las leyes, y el alma del emperador.

Sus oidores, con el nombre de intendentes, avezaban al freno á los países subyugados. Sus ministros de estado, con el nombre de presidentes de seccion, inspeccionaban los actos de los ministros con cartera. Sus consejeros en servicio ordinario, con el nombre de oradores del gobierno, sostenian las discusiones de las leyes en el tribunado, en el senado y en el cuerpo legislativo. Sus consejeros en servicio extraordinario, con el nombre de directores generales, administraban las rentas de aduanas, del patrimonio, de los derechos reunidos (1), de los puentes y calzadas, de la amortizacion, de los bosques y del tesoro, establecian impuestos sobre las provincias de la Iliria, de Holanda y de España, dictaban nuestros códigos á Turin, á Roma, á Nápoles, á Hamburgo, é iban á montar á la francesa principados, ducados y reinos.

Aquellas reliquias del borrascoso partido convencional que llevaban la república en el fondo de sus recuerdos, cedian de mal grado á la atraccion del emperador. Napoleon los habia deslumbrado con sus victorias y como absorbido con su fuerza. Sus ánimos, cansados de las tormentas de la libertad, aspiraban á esplayarse en el seno de un reposo lleno de esplendor y de grandeza. El consejo de estado reproducia á sus ojos las animadas luchas de la tribuna, en aquellas graves sesiones en que no carecian de movimiento los debates, ni de independencia y autoridad la palabra. Allí era donde, á la voz de Napoleon, parecia que se habian concentrado de comun acuerdo todas las notabilidades civiles y militares de la revolucion. Allí brillaban Cambaceres, el mas didáctico de los legisladores y el mas hábil de los presidentes; Tronchet, el primer magistrado de nuestra edad; Merlin, el mas sábio jurisconsulto de

(1) *Droits réunis*. Llámase así cierta contribucion de puertas sobre los líquidos.—N. del T.

Europa; Treilhard, el mas robusto dialéctico del consejo; Portalis, célebre por su elocuencia; Segur, por las galas de su ingenio; Zanguiacomi, por la decisiva concision de su palabra; Réal, por la originalidad de sus réplicas; Foureroy, por su lucidez; Defermon, por su experiencia; Pelet de la Lozère, por su talento clarísimo; Dudon, por su erudicion administrativa; Chauvelin, felicísimo en sus salidas; Fréville, economista liberal; Portal, hacendista exacto; Henrion de Pansey, jurisconsulto eminente; Cuvier, vasta y universal inteligencia; Mounier, tan cáustico; Pasquier, tan flúido; Boulay, tan sesudo; Thi-beauveau, tan firme y tan independiente; Fievée, tan sùtil; Molé, tan grave; Bérenger, tan conciso, tan incisivo, tan ingenioso; Berlier, tan profundo y tan abundante; Degérando, tan versado en la ciencia del derecho administrativo; Andréossi, en el arte del ingeniero, y Saint-Cyr en la estrategia militar; Regnauld de Saint-Jean-d'Angely, orador brillante, publicista consumado, trabajador infatigable; Bernadotte, hoy rey de Suecia, y Jourdan el vencedor de Fleurus.

Napoleon, que devoraba los hombres y las cosas, no queria mas que obreros que trabajasen bajo su direccion, aprisa y bien. Regnauld de Saint-Jean-d'Angel, y de temperamento robusto, de ingenio vivo, de elocucion elegante y fácil, hábil redactor de proyectos de leyes y de preámbulos, aprendia y expresaba en pocas horas todos los pensamientos de su maestro.

Los consejeros de origen plebeyo se distinguian de los de origen noble; entre ambos formaban como dos rios corriendo en el mismo cauce, sin mezclar sus aguas. Los primeros afectaban la sencillez de los convencionales, y parecia que se les despegaba el traje de córte que los otros llevaban con gracia. Estos eran mas finos en sus modales y en su lenguaje; aquellos mas ásperos y, en el comercio familiar, cínicos á veces.

Pero, cosa notable! entre los mas hábiles del consejo ninguno era noble. Ni los Portalis, los Treilhard, los Tronchet, los Boulay, los Maleville lo eran; ni los Regnauld de Saint-Jean-d'Angely, los Defermon, los Mounier, los Berlier, los Henrion, los Cuvier, los Zanguiacomi, los Réal, los Régnier, los Allent, los Merlin tampoco: todos estos hombres superiores se elevaron

del estado llano por la fuerza de su carácter y de su talento, y esto explica históricamente como el dominio de los negocios públicos ha venido á caer en manos de la clase media.

Y no solo fundó Napoleon, asistido por sus consejeros, monumentos eternos de legislacion, sino que legó tambien á sus sucesores una multitud de hombres de estado ilustres, que luego han sido ministros, como los señores Portal, Gouvion de Saint Cyr, Pasquier, Portalis, Broglie, Molé, Beugnot, Pelet de la Lozère, Simeon, Saint-Cricq y Chabrol.

Tampoco olvidemos á tres personajes que llevaron á los consejos de estado de la restauracion las grandes tradiciones del consejo imperial, y la ordenada economía de sus debates: hablo de los señores Bérenger, Cuvier y Allent.

Bérenger, mas listo que sólido, sutil á fuerza de ingenio, empleado por casualidad, pero de la oposicion por hábito, por carácter y casi por temperamento; valeroso defensor de los intereses nacionales, nutrido de ideas y de costumbres republicanas, consejero de estado por su mérito, par de Francia solamente por haber sido consejero de estado; sepultado, perdido en los trabajos secundarios y en los oscuros honores de una comision; y sin embargo, nacido para pelear en la tribuna del país, para pelear en ella perpétuamente, y labrarse por este camino una celebridad.

Jamás he hallado en nuestros círculos parlamentarios orador mas penetrante ni luchador mas atrevido. Por agotada que estuviese una tésis, siempre hallaba en ella un aspecto nuevo; por sólida que pareciese una argumentacion, él sabia con algun rebote hacerla cojear; no dudaba en ciertas ocasiones sino para asegurar mas, ó no aseguraba sino para dudar mas. Sembraba con tanta maña bajo los piés de su adversario los artificios y las trampas, que era muy difícil no caer en ellos: su dialéctica en efecto estaba llena de mil facetas, de ambages imprevistos y de redes de mil mallas: era como un surco que él se abria en el campo de la discusion mas árida ó mas oscura, y que siempre dejaba en pos de sí un luminoso rastro.

Cuvier gustaba de los negocios por los negocios mismos,

y si no hubiera sido naturalista, hubiera sido procurador. Siempre el primero en los juzgados, hojeaba los expedientes con una especie de pasión: veíasele más asiduo á las audiencias judiciales del consejo de estado, que á las sesiones del instituto. Su inteligencia se elevaba á los más sublimes descubrimientos de la ciencia, y se rebajaba á las fórmulas vulgares y estereotipadas de una aceptación de legado ó de una autorización de molinos y de fraguas. Grande juntamente y sutil; hábil en anudar los rotos hilos de las antiguas edades; en descender á las profundidades de la tierra, y en recomponer, con el esfuerzo creador de su genio, las generaciones extinguidas de los enormes animales antediluvianos, y en sondear, con la misma penetración, las estrechas y capciosas circunvoluciones de un procedimiento; admirable en lo pequeño y en lo grande, en la exposición administrativa de los intereses reales y vivos, y en la anatomía de la naturaleza muerta; investigando en todo la razón de las cosas con la paciencia de la observación y las luces del análisis.

En todas las grandes épocas de la historia se ha visto siempre al genio que organiza los imperios, encontrar como por adivinación al genio que sirve y que obedece; parece que, por una especie de instinto simpático, ambos se acercan uno á otro para confundirse. Así Napoleón, en los últimos momentos de su reinado, descubrió á Allent. Bajo sus auspicios, Allent trazó el plan de campaña al rededor de París, y sin la caída del emperador, hubiera ascendido rápidamente á los supremos honores del ejército. La paz y la restauración le clavaron en los bancos del consejo de estado.

Versado en la literatura antigua, nacional y extranjera, ingeniero militar y civil, estratégico, artista, administrador, hacendista y aun jurisconsulto, era un hombre de una erudición inmensa y de un mérito prodigioso.

Tan versado en la práctica cuanto sábio en la teoría; capaz de abarcar el conjunto y de percibir al mismo tiempo todos los pormenores de las cosas, Allent era apto para todo, y hubiera sido tan buen ministro de gracia y justicia como de hacienda, de lo interior como de la guerra. Era el alma y la an-

torcha de todas las comisiones, y su talento gubernamental igualaba en capacidad, y superaba en universalidad al de todos los ministros de la restauracion y del tiempo presente.

Lo súbito y oportuno de sus arbitrios eran cosas proverbiales en el consejo; y cuando él opinaba, la asamblea, por lo comun, se adheria á su dictámen.

Trabajado por una dolorosa enfermedad, generalmente no oia mas que el principio ó el fin de un informe; pero era tan viva su penetracion y tan vasto su saber, que con la simple lectura de los autos comprendia el negocio y redactaba la resolucion sobre la marcha, con tanta concision como claridad, verdaderos prodigios que nos dejaban pasmados.

No solo descubria á primera vista todo el horizonte de una tésis, sino que la atacaba con espada en mano con ímpetu y fuego: la dividia, la despojaba de su fraseología y de sus incidentes, y no dejaba aparecer mas que el punto culminante, objeto del litigio.

Siempre la fortuna le fué contraria: lo mismo á los ejércitos de la república, que á los consejos del imperio, y á la tribuna, llegó algunos años demasiado tarde.

Hombre de una modestia singular y de un desinterés romano; que no veia en las cosas mas que los deberes á ellas anejos; que huia de los honores que iban á solicitarle; sencillo en sus costumbres y en sus modales como los hombres superiores, y á quien no faltó mas que querer ser para ser, y otro teatro para dejar una nombradía; hombre extraordinario á quien yo quisiera hacer revivir en estas líneas, si un hombre como él pudiera morir; hombre irreparable para el consejo de estado, querido de todos sus amigos, y digno de ser llorado por cuantos aman todavía el saber y la virtud.

Pero estoy impaciente por llegar al que los domina y los eclipsa á todos, á Napoleon. Donde quiera que se muestra esta gran figura, ¿cabe por ventura ninguna otra?

Cuando el general Bonaparte fué á ocupar en el consejo de estado su sillón de primer cónsul, todavía era el mismo hombre que apareció en los campos de batalla de Italia; pálido, de rostro pronunciado, proeminente ceja, ojo meditabundo y hun-

dido en su órbita; ya llevaba en su frente, como en el fondo de su alma, los destinos de legislador, de monarca y de conquistador.

Abriase la sesion, y Bonaparte preguntaba los asuntos del órden del dia. Muchas veces, mientras se enumeraban, caia él sin advertirlo en una profunda meditacion, y perseguia su idea como un ardiente cazador persigue su presa; hablábase á sí mismo, en alta voz, con exclamaciones, con sonidos cortados é interrumpidos, y á veces con lágrimas. Luego se lanzaba rápidamente sobre la cuestion, para alejarse de ella un momento despues, y volver á ella en seguida.

En el consejo de estado era donde urdia los hilos de centralizacion gubernamental y administrativa, y donde, teniéndolos todos reunidos en su mano, sentia la menor sacudida de su centro y de sus extremidades: allí era donde los extendia sobre toda la nacion, izando en ellos, como en una altura fortificada, el pabellon de su poderosa unidad.

Napoleon amaba á su consejo de estado, y estaba en él como en su casa, á sus anchas; allí hablaba confidencialmente, como se habla á hermanos, á amigos; allí reposaba de sus grandezas oficiales; allí exhalaba sus resentimientos; allí revelaba, como impelido por una fuerza superior, el estado de su alma, y claramente podia leerse en una sonrisa de sus labios, en una arruga de su frente, el secreto de sus profundos desig-nios.

El órden del dia no era para él el que estaba ya consignado; sino lo que premeditaba en la hirviente agitacion de sus ideas, ya las tuviese preparadas con anticipacion, ya se le ocurriesen de repente. Por eso se le veia tan á menudo salirse bruscamente de la cuestion, dejar los caminos trillados, y acometer toda especie de asuntos. Trataba de todo, de la paz, de la guerra, de sus sistemas administrativos ó filosóficos, de su diplomacia, de su política. Descendia familiarmente hasta las mas insignificantes menudencias de etiqueta sobre las ceremonias de la consagracion, sobre la metrópoli arzobispal donde habia de verificarse la coronacion, sobre el emblema imperial que habia de adoptarse, el gallo, el águila ó el elefante.

Admitía en el seno del consejo de estado diputaciones de la universidad, del instituto, del comercio. Concedía la palabra é instaba á que se pidiese. Resumía las cuestiones, y le agradaba sobre todo proponerlas; esto cuadraba mas á su carácter impaciente.

Dictaba sus resoluciones con tal verbosidad y rapidez, que apenas podia la pluma seguirle. Siempre que se le ocurría encargar un proyecto de ley, un informe, un considerando, un discurso bien razonado, bien meditado, bien profundo y luminoso para el senado ó para el cuerpo legislativo, lo habia de hacer á la misma víspera de necesitarlo, ó en el mismo dia, ó solo algunas horas antes.

Cuando la redaccion que le presentaban no le convenia, solia encargarse él mismo de corregirla. No gustaba ni de reglamentos prolijos y redundantes, ni de largos preámbulos de decretos. Temia que la opinion tomase la cosa al revés de lo que se queria. Así que, todos los decretos imperiales ajustados al genio de Napoleon, participan de su laconismo imperioso, de sus prontas y violentas decisiones, de su aire listo y militar.

Fingia algunas veces dejarse penetrar, para penetrar mejor á los demás, y para internarse mas en los pliegues recónditos de sus intenciones. Lo que no conseguia con la fuerza, lo alcanzaba con la astucia. Lo mismo hicieron siempre casi todos los hombres nacidos para gobernar los imperios: Anibal, Sila, Cromwell, Federico, Richelieu. «Yo soy leon, decia Bonaparte, pero tambien sé volverme zorro.» Esta expresion revela la doble faz de su genio.

Acercábase mas á lo íntimo de los corazones por la via disimulada de una plática amistosa, que por medio de las excitaciones premeditadas de un debate, porque entonces no hallaba los ánimos prevenidos con la desconfianza. El origen y la explicacion de los negocios mas importantes de su reinado, no deben buscarse sino en las conversaciones familiares de su consejo de estado.

Desgraciadamente, la prensa de entonces no tenia voz. Los actores de aquellos dramas íntimos no se han curado de ser sus historiadores. Un secretario que escribia sentado al lado

de Napoleon no podia jamás atreverse, sin su mandato expreso, á anotar en un acta sus arrebatos, sus iras, sus momentos de ternura, sus paradas, sus exclamaciones confidenciales, y sus digresiones oratorias. Así es que aquellas minutas son un seco y frio esqueleto falto de nervio, de colorido, de animacion y de vida.

Hoy dia solo los recuerdos pueden servir para reconstruir las opiniones de aquel varon extraordinario sobre varios asuntos de constitucion, de política, de religion, de legislacion, de gobierno, de administracion y de policia.

Cuando, siendo ya cónsul perpétuo, ascendia por caminos tortuosos hácia el imperio, se le vió proponer en consejo de estado la cuestion de sucesion, absolutamente como si fuera un republicano neto.

«La herencia de la corona, decia con afectacion, es absurda, «porque la herencia deriva del derecho civil. La herencia supone propiedad; su origen fué asegurar la trasmision. Ahora «bien ¿cómo conciliar la herencia de la corona con el principio «de la soberanía del pueblo?»

Y en verdad ¿cómo conciliarla? Pero nadie se atrevió á decirle: es cierto, mi general; no puede ser.

En tales ocasiones, los papeles mas solemnes que se representaban en consejo de estado, y cuyas frases dejaba traslucir por defuera, valiéndose de las indiscreciones oficiosas de la policia, habian sido ya arreglados y ensayados cien veces á telon corrido entre él y sus autores.

Algunas veces solo dejaba traspirar su secreto gota á gota; decia una palabrita suelta, ó se expresaba con una simple mirada, y era preciso adivinarle y obrar en el sentido de aquella mirada ó de aquella palabra.

En todas las cosas era de una destreza singular, y sabia convertir en pro de su ambicion las alternativas de temor ó de esperanza con que agitaba los corazones.

No era cruel por naturaleza ni por carácter; mas no tenia una alta filosofia ni una gran moralidad.

Fuerza, es decir, sin embargo en disculpa suya, que halló cómplices eficaces y serviciales entre aquellos hombres que

las oleadas de la revolucion habian pulido y redondeado, revolcándolos sobre las arenas de la ribera, y que en la espuma de la ajena fortuna subian á los mas altos honores. Consagraronse en verdad á Napoleon, pero siempre con la condicion de no quedar ellos olvidados. El senado, metido en carril y tentado en su codicia, estipuló descaradamente la herencia de sus títulos, sueldos y funciones. El tribunal y el cuerpo legislativo solicitaron como sirvientes el aumento de sus salarios. La bajeza de los criados excedió á la usurpacion del dueño. Los estados-mayores, las prefecturas, las administraciones, las municipalidades, las academias, las magistraturas y la misma prensa, se precipitaron en la servidumbre con rivalidad y emulacion vergonzosa. Impelieron á Napoleon, lleváronle entre mil brazos al imperio, y la corrupcion de la gangrena se extendió de tal manera por todo el cuerpo de la nacion oficial, que aun no ha podido salir este de su degradacion, y que el virtuoso Pablo Luis Courier, en su noble indignacion, no ha sabido darnos otro nombre que el de pueblo de lacayos.

Digamos sin embargo para ser justos, que entonces mismo, en medio del general silencio, no dejaron algunas voces mas enérgicas, algunos pocos ciudadanos, algunos tribunos, de levantarse contra el César.

Carnot, cuya rara temperancia se escandalizaba con el lujo y las galas de una córte, fué uno de ellos. Carnot, que con la espada de los republicanos venció á los ejércitos coligados de Europa; que con dolor violento veia á la libertad sucumbir y espirar; que, para no hacer traicion á sus convicciones, quiso sepultar en la soledad y en el retiro las esperanzas de una brillante fortuna, y que despues, en los dias de luto y de ruina del imperio, habia de presentarse lleno de patriotismo á ofrecer su brazo, no al emperador, sino al representante armado de la independencian nacional.

Acompañábanle:

Lanjuinais, breton de los antiguos tiempos, que tascaba impaciente el freno y respingaba bajo el peso de la dictadura, protestando contra ella con las vigorosas exhalaciones de su alma ardiente.

Daunou, enemigo no menor de la tiranía; mente sólida y recta; elegante sin afeites, erudito sin pedantería, elocuente sin gritos y aspavientos, inaccesible á la seducción, inflexible contra las amenazas, filósofo amable y tolerante, sencillo en sus costumbres, profundo y abstraído en sus estudios, ciudadano al par de los mejores ciudadanos de Grecia y de Roma, sábio al modo de los sábios de la grave y modesta antigüedad.

Benjamin Constant, jóven á la sazón, lleno de imaginación y de fuego, destinado á llevar adelante, en los espléndidos salones de madama de Stael, la oposición del talento contra el ingenio, del exámen contra el entusiasmo, del derecho contra la usurpación, de la paz contra la guerra, de la libertad contra el despotismo, y de la justicia eterna contra las extravagancias de la arbitrariedad.

Algunos otros, menos notables, lanzaban clamores mal reprimidos y tascaban rabiosos el freno de la servidumbre imperial; pero la gran masa de la nación enmudecía.

Así por temperamento como por sistema, profesaba Napoleón las máximas del poder absoluto. Así por instinto como por necesidad, quería un gobierno fuerte, y leyes severas y obedecidas. Despreciaba al populacho; idolatraba al ejército como la más completa significación de la nacionalidad, como la fórmula más homogénea del poder, como el instrumento más activo, más dócil, más compacto del gobierno.

Pero no gustaba de la prensa, de los abogados, ni de los salones de París; porque en verdad, la prensa, los salones de París y los abogados, han sido y serán siempre en sumo grado impertinentes para el despotismo. Conocía, y no dejaba de decirlo, que las constituciones imperiales no ofrecían la menor garantía de duración, y que un cabo con unos cuantos soldados podría, como por poco llega después á demostrárselo Mallet (1), apoderarse del trono cayendo sobre él de golpe en

(1) El autor hace sin duda referencia en este pasaje á la tentativa que en la noche del 23 al 24 de octubre de 1812 hizo el célebre general republicano Carlos Francisco Mallet, para despojar á Napoleón del trono durante su permanencia en

ocasion oportuna. No confiaba sino en sí mismo; por eso fortificaba su trono á expensas de la libertad.

Además raro contraste! ese mismo hombre que decia que á los funcionarios se les habia de conducir por medio del temor, del interés ó de la vanidad, no tenia fe íntima mas que en el desinterés y virtud de ellos! Ese hombre que solo queria esclavos, se indignaba de la bajeza de los esclavos! El que desdeñaba la opinion, temia sobre todas las cosas á la opinion! Fundaba para una eternidad, y apenas creia que llegase á ser vitalicio su poder! Por último, aquel mismo que tanto despreciaba á los hombres, deliraba por las glorias que los hombres distribuyen!

Quería que el cuerpo legislativo no fuese tan débil que le sirviese mal, tan rico de patrimonio que pudiera mostrarse independiente, ni tan pobre que anduviese siempre con él exigente y pedigüeño.

Como hombre de genio, no temia á los hombres superiores. Consideraba á todos los talentos notables como cosa suya, como destinados á su uso. Tendia sobre ellos su mano; sacábalos de entre el vulgo, y se los atraia con aquella especie de fascinacion magnética que le era peculiar, y á la cual el mismo Carnot, Benjamin Constant, Macdonald, Lecourbe, y otros muchos no pudieron resistir.

Napoleon tenia en materia civil ideas mucho mas ámplias que los jurisconsultos de la Basoche (1) y del Chatelet (2). To-

Rusia. Evadiéndose en la noche referida de un hospital del arrabal de Saint-Antoine, donde se hallaba arrestado por sus opiniones y proyectos revolucionarios, intentó un golpe de mano definitivo, y secundado por una parte de la guarnicion de París, se apoderó del ministro y del prefecto de policia, sublevó la poblacion, y puso de un pistoletazo fuera de combate al general Hullia que mandaba la plaza. Cuando el éxito de la conspiracion parecia ya seguro, fué Mallet prendido y desarmado por el coronel Laborde, quien en recompensa de aquel eminente servicio, recibió luego de Napoleon el titulo de baron.—*N. del T.*

(1) Jurisdiccion y tribunal de los pasantes que tenian los procuradores en el parlamento de París --*Id.*

(2) El Châtelet era el tribunal mas antiguo de París, de jurisdiccion real ordinaria que comprendia en sus cuatro principales secciones la prebostia, el vizcondato, la bailía y la senescalia. A fines del siglo pasado componian el Châtelet el fiscal general del parlamento de París, un preboste, seis lugartenientes civiles, criminales y de policia, sesenta y cuatro consejeros, un juez auditor, cuatro fiscales civiles, un promotor fiscal, ocho sustitutos, y un caballero de honor. Tenia además una vastísima dependencia de escribanos cartularios, notarios, guarda-

das sus observaciones eran profundas, y dejaban asombrados á los legistas por su originalidad y exactitud.

Trabajó él mismo en el código que lleva su nombre; muchas de sus disposiciones emanan de él exclusivamente. «Donde está la bandera, decia, allí está la Francia.»

Cuando se trató la cuestion de la deportacion tuvo movimientos oratorios llenos de sensibilidad. «Si no ha de ser lícito á la mujer de un deportado acompañar á su marido, mejor es matar al reo. Entonces podrá al menos la infeliz viuda alzarle una tumba en su huerto, para regarla con lágrimas «todos los dias.»

Él fué quien fijó la edad nubil, quien dispuso que en el acto de la celebracion del matrimonio jurase la mujer obediencia al marido; y añadió en tono festivo: «Conviene mucho que la «palabra obediencia quede consignada, sobre todo para París, «donde las mujeres se creen autorizadas para hacer todo lo «que se les antoja.»

Todos los conquistadores y fundadores de imperios han pensado con preferencia en la educacion de sus súbditos, ya por instinto, ya por prevision.

Quería Napoleon que no tuviese un cualquiera la libertad de abrir una tienda ó despacho de enseñanza, como se abre un almacen de paños; que la unidad despótica del gobierno se infiltrase en los liceos (1); que una corporacion de jesuitas seculares diese educacion moral y política al pueblo, enseñándole á mirar en todo al emperador como su providencia; que los piés de aquel gran cuerpo estuviesen en los bancos del colegio y su cabeza en el senado; que empezase desde la

sellos, procuradores, alguaciles, ujieres de á pié y á caballo, pregoneros y trompeteros, etc.—*N. del T.*

(1) Habiéndose generalizado tanto en España esas reuniones de diversion y galanteo, fundadas con el pretexto de proteger y fomentar las artes y la bella literatura, con el nombre de liceos; es ya necesario advertir al lector español, que los liceos de que habla el autor, no son esas asociaciones susodichas que habrá visto en Madrid, en las ciudades de provincia, y hasta en pueblos de último orden, y donde se representa y se canta, y se toca y se baila, y hasta se juega al billar y se fuma. Los verdaderos Liceos son una especie de públicas academias, donde á imitacion del que fundó Aristóteles cerca de Atenas, se reúnen los profesores y gente estudiosa para enseñar, ó disertar sobre filosofía ó literatura.—*Id.*

cuna la enseñanza de la religion napoleónica; que al pueblo se le cebase la memoria con la historia de las antiguas Galias; que los profesores, al tomar la borla, se desposasen con la universidad como se desposaban los frailes con la iglesia.

En la muerte, que arrebatava cada año en París de quince á veinte mil personas, no veia él mas que «una hermosa batalla.»

Solo apreciaba el fanatismo militar. «Es necesario, decia, «para dejarse matar.»

Solo en algunos arranques y humoradas le gustaba agitar cuestiones religiosas.

Enojábase contra los eclesiásticos que querian reservarse la accion sobre la inteligencia, y reducirle á él á la mera accion sobre el cuerpo. «Quédanse con el alma, y me dejan el cadáver!»

Consideraba la religion como institucion política, lo mismo que todas las demás cosas. «La religion enseña á descubrir en «el cielo una idea de igualdad que impide que el rico sea asesinado por el pobre.»

Quería convertir á todos los misioneros en otros tantos agentes diplomáticos, para llevar á cabo sus lejanos designios.

Decia: «En el culto, todo debe ser gratuito y para el pueblo. «La obligacion de pagar á la puerta del templo, y de pagar «las sillas, es cosa repugnante. No se debe privar á los pobres, «solo por ser pobres, de lo que les consuela en su miseria.»

Sin remordimiento y sin gran deliberacion sacrificaba á la razon de estado los intereses particulares. No obstante, en muchos casos manifestó grande y delicada solicitud en favor del derecho privado.

Quejábase de no ser mas que una rúbrica para la firma de los decretos imperiales, y organizó por su propia idea la bella institucion de la comision de lo contencioso. Cosa singular! queria justicia en la arbitrariedad!

«¿Quién creará, decia, que mi mueblista pretende hacerme «pagar cien mil francos de un mal trono y seis sillones?» Pues esa fué en realidad la única causa de la competencia del consejo de estado en los suministros de la lista civil.

Hé aquí algunas de sus máximas en materia de impuestos:

«Mas vale dejar el dinero en manos de los ciudadanos, que meterle y guardarle bajo tierra.

«Para tomar es preciso saber dar.

«Seiscientos millones de renta deben bastar á la Francia en tiempo de paz.

«No se debe cargar al burro por todas partes.

«Plaza y agua deben tenerse de balde; basta con pagar la sal!»

Hé aquí otro axioma suyo de inmoral moralidad: «A los hombres de dinero es preciso obligarles con dinero.»

En todas ocasiones se mostró benigno con los emigrados; les restituyó sus bienes no enajenados, y su política se inclinaba á concederles una indemnizacion.

Por favorecer al pueblo quiso bajar los precios de las localidades en los teatros.

Solia decir muchas veces: «No hay por lo general cosa mas tiránica que un gobierno que tenga la pretension de ser paternal.»

Tales eran sus palabras y máximas de cónsul. Cuando llegó al imperio ya fué mas dueño de sus secretos, mas cuidadoso de sus destinos, cuyo fin hubiérase dicho que presagiaba, y mas reservado en sus momentos de expansion.

Pero donde con mas frecuencia mostraba el corazon en los labios, donde mas comunmente buscaban un eco sus pensamientos, era en el seno del consejo de estado, al cual le ligaba un antiguo afecto.

Apenas se descalzaba Napoleon de sus espuelas al volver de cualquiera de sus grandes batallas, oíase á la entrada del consejo rumor de armas, y un triple redoble de tambor. Abríanse las puertas de par en par, y un ujier decia en alta voz: «Señores, el emperador!» Napoleon se adelantaba con paso firme y militar hácia su sillón, saludaba, tomaba asiento, y se cubria la cabeza, mientras que sus oficiales, y á veces varios príncipes extranjeros, cuadrados á su espalda y con el sombrero quitado, permanecian en profundo silencio.

Era yo entonces muy jóven, y confieso que no podia contemplar sin emocion aquella frente calva, sobre la cual pare-

cia reflejarse desde la alta techumbre toda la gloria de Austerlitz (1).

Asistí á la famosa sesion que tuvo lugar al dia siguiente de su vuelta de la batalla de Hanau.

Rendido y destrozado aun de las fatigas del viaje, pálido y pensativo, hizonos el emperador pasar á su gabinete. Allí, de pié y sin la menor preparacion, interpeló enérgicamente á Jaubert, gobernador del banco de Francia, por haber cometido, segun él decia, la imprudencia de hacer con demasiada precipitacion el descuento de los billetes. Explicó Napoleon los estatutos del banco, y desentrañó su mecanismo con toda la precision y claridad de un censor ó de un regente. Chocábame naturalmente oír á un militar discurrir sobre la organizacion de los bancos, y sobre la teoría del descuento. Jaubert, hombre de natural tímido y sencillo, balbuceó algunas disculpas que apenas pudimos oír. Volviéronse á abrir las puertas del salon principal; todos se sentaron, y celebróse el consejo.

Primeramente hizo el emperador una larga pausa. Veíase claramente que estaba absorto en sus pensamientos; tenia sin advertirlo la cabeza inclinada sobre el pecho, y con un cortaplumas se puso á acuchillar maquinalmente plumas, tapete y papel. Por último, como saliendo de un sueño exclamó: «Esos bávaros! esos bávaros! he pasado por encima de sus cuerpos; he muerto á Wrède (2)! la invasion se propaga rápidamente, el tiempo urge; ea, señores ¿qué piensan VV. hacer? ¿Qué tienen VV. que decirme?»

—«Señor, respondió Regnauld de Saint-Jean d'Angély, contad con el valor de los holandeses.

—«Los holandeses! no es sangre, sino agua teñida la que corre por sus venas.

—«Ved, sin embargo, señor, que llegan felicitaciones de to-

(1) Ocupaba el techo de la sala del consejo el cuadro de la batalla de Austerlitz pintado por Gérard.

(2) Así lo creía. El príncipe Carlos Felipe de Wrède que mandaba las tropas bávaras, habia sido en efecto gravemente herido en la sangrienta batalla de Hanau, y aun los diarios franceses llegaron á anunciar su muerte; pero al año siguiente (en 1814) volvió á tomar el mando de las tropas, é hizo la campaña de Francia.—N. del T.

«das partes, y que todas las corporaciones del imperio os pro-
«testan fidelidad y sumision.

—«¿Qué dice V., Regnaud? acaso no sé yo cómo se fa-
«brican esas felicitaciones, y qué significan? creo yo en ellas
«por ventura? Dinero, hombres es lo que se necesita, y no
«frases; y VV. señores, son ciudadanos eminentes, padres de
«familia, padres del estado; á VV. corresponde reanimar el
«espíritu público con la elocuencia de sus exhortaciones; alien-
«dan, pues, á precaver la vergüenza y las miserias de la in-
«vasion que amenaza al imperio.»

Palabras tardías! el imperio se iba desmoronando por horas, y cuando están marcados los tiempos, es preciso que los gobiernos y los pueblos, á pesar de su poder y de sus talentos, sean arrastrados hácia la tumba por la fatalidad del destino, que, bien considerado, no es mas que el encadenamiento lógico de sus errores.

Napoleon acabó tan completamente porque en él solo se contenía toda su gloria, toda su dinastía, todo su imperio: ¿Quién no se hubiera humillado ante una superioridad tan natural? ¿Quién no ha experimentado, al acercársele, el encanto de su seducción omnipotente? En la obediencia que se le prestaba no habia servilismo, porque era voluntaria; mezclábase á ella la inclinacion, y aun algunas veces la pasion que inspiraba su persona. No habia nunca saciedad en contemplar aquella frente espaciosa y pensadora que encerraba los destinos del porvenir. No era posible clavar mucho tiempo la mirada en aquella mirada irresistible que le penetraba y escudriñaba á uno sus pensamientos hasta en el fondo mismo del alma. Todos los demás hombres, emperadores, reyes, generales, ministros, parecian á su presencia seres de una raza inferior y comun. Habia cierto imperio en su voz, y á veces cierta dulzura, una especie de insinuacion italiana, que penetraba hasta las fibras. Con una mezcla inconcebible de gracia y de fortaleza, de sencillez y de gala, de candor y de dignidad, de astucia y de franqueza; conseguia dominar los ánimos mas rebeldes, y arrastrar en pos de su consejo á los mas prevenidos en contra suya. Puede en verdad decirse que tanto conquistó con la lengua como con las armas.

Habia en su genio pompa oriental y precision matemática á un mismo tiempo.

Su elocuencia, que no era para él una flor de estudio, sino un instrumento de mando, se amoldaba á todas las épocas y circunstancias. Con los soldados, que son hombres del pueblo, hablaba el lenguaje del pueblo que gusta de grandes figuras, de recuerdos y de emociones; trazaba con sus mariscales sus planes de campaña; con sus ministros y secretarios, componia y redactaba notas diplomáticas, y artículos para el *Monitor*. Pasaba sin el menor esfuerzo, de la elevada discusion de las leyes civiles y políticas, á los mas minuciosos requisitos de un decreto de vestuario de la marina, ó de un reglamento sobre el oficio de panadero. Presidia sin descansar, y una despues de otra, á la junta de trabajos públicos, á la de la guerra, y á los consejos de administracion. Disertaba sobre literatura y ciencias con los miembros del instituto. Con los auxiliares de oficina revisaba y corregia los cuadros intrincados de la estadística y de los cálculos. En el consejo, confeccionaba leyes con Tronchet, Treilhard, Merlin, Bérenger, Cambacères y Portalis.

Cuando cansados y rendidos los consejeros de estado, se dejaban vencer por el sueño, él se divertía maliciosamente en prolongar la sesion hasta la noche. Nunca tenia hambre, necesidades, ni fatiga. Diríase que su indomable voluntad le hacia dueño de su constitucion como de todas las demás cosas.

Se recreaba con los consejeros de estado en enzarzarlos á unos contra otros; lisonjeábalos en cierto modo para que entrasen en disputas, ya porque sus polémicas le representasen la imágen de la guerra, ya porque se propusiera hacer brotar la verdad del choque de la discusion. El mismo se batia algunas veces con Theilhard, lógico adusto, intrépido atleta, que no perdonaba á su adversario imperial: y decia en sus conversaciones familiares que le costaba mas vencer á Theilhard que ganar una batalla.

Su argumentacion era animada, rápida, interesante; sin trabazon, sin método, pero llena de naturalidad, de genio y de inspiracion. Cuando discutia lanzaba torbellinos de humo y llamaradas.

Habia nacido Napoleon aun mas para gobernar que para conquistar, mas para fundar estados que para derruirlos. Veamos sino ¿qué ha quedado en lo exterior de tantas victorias regadas con nuestra sangre? No hemos dejado en tierras extrañas, y eso en algunos lugares tan solo, mas que las vívidas incrustaciones de nuestros códigos, de nuestro jurado y de nuestra organizacion judicial. En lo interior ¿qué seria de nuestra justicia civil, criminal y mercantil, sin la unidad de nuestra legislacion, sin la concordancia de nuestra jurisprudencia y la institucion del tribunal de casacion? ¿Qué serian las garantías, la conformidad y la responsabilidad de la administracion, sin la unidad de la division territorial, de las prefecturas, del ministerio y consejo de estado? ¿Quién, sin la unidad del impuesto, de la contabilidad por partida doble y del tribunal de cuentas, pondria coto á las esquilmas, vejaciones y dilapidaciones fiscales? Desde el imperio de Napoleon, marchamos por los carriles que nos abrió su carro administrativo, y á pesar de tantos sacudimientos políticos no han salido aun fuera de aquellos surcos sus poderosas y volantes ruedas. Napoleon en el consejo de Estado, era la centralizacion encarnada, la centralizacion en consubstancialidad con el imperio, la supremacia del mando, la tenacidad de una voluntad única, y la vida continúa de una misma accion. Con la centralizacion de la Francia, nuestra nacion pesará siempre en la balanza europea con el poder homogéneo de treinta y tres millones de habitantes. Con la centralizacion de la Europa, la civilizacion del mundo marchará y prosperará como dispuso Dios que prosperara, y Napoleon será mas admirado de la posteridad por sus glorias de precursor del porvenir, de político, de legislador y de organizador, que por sus timbres de asolador de naciones, de guerrero, de conquistador y de triunfador.

CAPÍTULO VI.

De cuatro géneros de elocuencia comparados.

I.

DE LA ELOCUCIÓN ACADÉMICA.

Cada género de elocuencia tiene su tiempo, su lugar, su fisonomía, su proceder y su manera.

La elocuencia académica se entona y pavonea delante de los espejos de sus salones. Mírase en ellos como una coqueta, y se contempla de piés á cabeza.

Entra en el palacio del Instituto saludando é inclinándose respetuosamente; acaricia con halagüeña mirada la vanidad ajena, para que tributen incienso á la suya propia; mas bien que andar, se desliza sobre el encerado piso del vestuario; lleva erguida la cabeza para aspirar mejor el incienso que ella misma exhala, y el oído alerta para recoger los dichos lisonjeros con que le retribuyen sus encomios; no es aficionada al mucho ruido, al mucho andar, al mucho hablar, ni á muchas ideas; mécese blandamente en un término medio de conveniencias estudiadas, de delicadezas impalpables y de sutiles alusiones.

Todos los inmortales que reciben el honor de ser admitidos á su banquete, reciben su invitación en billetitos satinados y perfumados. Como dama de fino trato, se adelanta á dar á sus convidados la mano así que los anuncian; indícales con discreto gesto el sillón que han de ocupar, y en lenguaje de los dioses regala con toda especie de dulzuras los oídos de cada uno de aquellos grandes hombres. El gran tono, durante el festín, está en no mascar con fuerza, en no chocar las copas,

en no embriagarse con Champaña sino con adulaciones, y en no desquitarse del fastidio de los cumplimientos y de las apoteosis dando pisotones por debajo de la mesa á los que están al lado. Al fin del banquete, la elocuencia académica se levanta; echa en honor de los inmortales un brindis, tan delicado y ligero que se evapora antes de percibirse su eco. Despues tañe la lira de oro, de donde se desprenden algunas notas indecisas, y se corona por último de rosas blancas, nacidas al calor del carbon de piedra en las estufas del Instituto.

II.

DE LA ELOCUCION PARLAMENTARIA.

La elocucion parlamentaria no lleva, como su hermana, guantes de ámbar ni coturnos de terciopelo. No dirigen siempre sus ojos lánguidas miradas, ni dilatan sus labios tiernas sonrisas. Casi puede decirse que á veces es algo brutal en su lenguaje, y que lleva zapatos de herradura (1), y algo despeinada la melena, y algo desaseada toda su persona. Pero por fortuna se mantiene siempre á cierta distancia de las tribunas públicas, y es preciso decir que los espectadores no se paran en pelillos. Además, el termómetro, la cuestura (2) y los caloríferos, condensan allí todo el auditorio en una temperatura muy grata sobre cero, y se está al abrigo de la tramontana y de la inclemencia del tiempo. En cuanto á las demás injurias, su circulacion no está permitida, para evitar, creo yo, que la gente se ponga á tirarse de los pelos, y lluevan las puñadas en medio del salon, y en medio de las narices; por lo visto no se quiere que se diviertan con exceso las tribunas. Basta, pues, con prohibir que se nombre á las personas, y que se las eche mano ase-

(1) Alusion al sólido calzado de Dupin, tema favorito de todos los periodistas satíricos.—*N. del T.*

(2) En la cámara francesa hay diputados *cuestores*, nombrados por turno para desempeñar todas las incumbencias de orden y policia interior del congreso.—*Id.*

diándoles en sus bancos. Pero no está prohibido atacar sus intenciones, con tal que se tenga buen cuidado en decir que se respetan las intenciones. Asimismo, tampoco está prohibido interpelar con ademanes y miradas á los diputados á quienes no es lícito designar nominalmente, siempre y cuando uno diga que su intención no es de manera alguna aludir sino á los de afuera, no habiendo nadie fuera; y no á los de adentro, donde están todos sus adversarios. Esto es lo que se llama en lenguaje parlamentario el noble decoro de las precauciones oratorias. Tenga V., pues, la bondad de ser cortés por ese estilo; esas costumbres son la verdad pura!

III.

DE LA ELOCUCION DE LOS CLUBS.

La elocuencia en traje de clubista (1) tiene tambien su especie particular de oradores, su jergonza y su temperatura. Generalmente en los clubs se suda el quilo y no se ve gota. Si tanto le cuesta á uno obtener el uso de la palabra, en cambio puede tener el gusto de ver que todos hablan á la vez. El orden de las ideas no suele ser lo que mas embaraza á los oradores de club, porque allí es muy raro que se tenga mas de una sola idea. Tocante á las opiniones, hay libertad completa de profesar la que se quiera, con tal que sea la de los mandones. Allí no se va á discutir, sino á gritar, y cada cual á su vez puede ejercitar sus pulmones, soplando en la embocadura de una misma trompeta. El mas grande orador de un club es siempre el que presenta, segun el espíritu de la reunion, la proposicion mas enérgica, casi diríamos la

(1) Nos vemos precisados á introducir las palabras *club* y *clubista* de contrabando, atendida la reconocida insuficiencia del diccionario de la Academia, que es la ruinosa aduana de nuestra lengua. La palabra *club*, de uso ya general, no se puede traducir por *tertulia*, por *junta*, por *sociedad secreta*, ni por nada mas que club; tampoco al clubista se le puede llamar *juntero*.—N. del T.

mas extravagante. Si alguien se permite aventurar una correccion, ya se le mira de mal ojo; si insiste, se le denuncia como perturbador; si pide la palabra, excita la indignacion por su audacia, se estremecen todos los clubistas de santa cólera, claman traicion, y los catecúmenos le plantan á la puerta de su pequeño santuario: y dé las gracias de que no se le haya declarado fuera de la ley, y de encontrarse sano y salvo en el arroyo, cara á cara con un corchete.

La elocuencia de los clubs es muy abrasadora, muy descabellada, muy delirante, muy gritadora, muy fanfarrona, muy zahareña, muy descompuesta, muy intolerante, muy clamadora, y muy poco elocuente. Tiene sin disputa su mérito, pero creo que lo oculta; tambien tiene sus modelos, mas yo los ignoro.

IV.

DE LA ELOCUCION AL RASO.

Viva la elocucion al raso, la elocucion de O'Connell, y vamos á ella!

La elocucion al raso no conviene á todos los lugares ni á todas las estaciones. No á todos los lugares, porque si bien en América, en Holanda, en Bélgica y en Alemania, podrian cien mil hombres reunidos estar escuchando con paciencia á un orador; en España, en Italia, y en Francia, al cabo de un cuarto de hora, tal vez se armaria un motin y empezarian los tiros y las cuchilladas. Tampoco á todas las estaciones, porque para oir á un orador no se está muy bien debajo de un paraguas ni de una sombrilla, de cara al viento, con los piés en el barro, ó expuesta la cabeza á una insolacion, por no poder pasar por otro punto.

Por lo demás, parece que la diosa de la elocucion no es necia é impertinente, y que sabe prestarse de grado á las circunstancias. Unas veces se encarama á un tonel; otras se

muestra á la multitud por el ventanillo de un figon; otras se empina en la zaga de un coche simon; ora se embadurna la cara con heces de vino; ora asalta los *hustings* (1) con acompañamiento de silbatos, y tronchos de berza, y manzanas cocidas; ora se arremanga hasta los hombros, y embriagada de gritos, de injurias y de aguardiente, solo se retira de la refriega con el mandil rasgado, rota una costilla, y con heridas manando sangre! No es esta ciertamente la parte mas lisonjera de su destino.

Pues si la elocuencia al raso tiene sus saturnales, tambien tiene grandes y gloriosos espectáculos. Vedla adelantarse majestuosamente, precedida de banderas donde resplandece su nombre estampado de azul y oro. Paséanla sobre una carroza lirada por cuatro arrogantes corceles, y va hendiendo las oleadas de un pueblo que la admira y cubre su carrera de aromas y flores, haciendo con estrepitosas aclamaciones retemblar el firmamento.

Una voz aflautada, un pecho angosto, una baja estatura, gestos filosóficos y ojos humildes mirando al suelo, no sirven para la elocuencia al raso. El pueblo no comprende la elocuencia y el genio, sino acompañados de los emblemas de la fuerza; respeta con gusto lo que ama; solo cede al que le empuja; solo se dobla bajo aquello que le agobia; no comprende sino lo que oye bien; no clava los ojos sino en lo que percibe de léjos; no entrega su corazon sino al que le conmueve; no se inspira sino de lo que él inspira; no hace bien sino lo que le enseñan, y el colmo del arte está en que el orador haga creer al pueblo que él es una mera bocina de sus opiniones, de sus preocupaciones, de sus pasiones y de sus intereses.

Es pues casi indispensable que el orador popular sea de aventajada estatura, tenga robusta voz, varonil presencia, y ojos llenos de fuego. Es preciso que sepa mezclarse tan bien con los que le escuchan, que parezca no poder estar separado de ellos; que su cabeza descuelle sobre las oleadas de la multitud, y que con una señal las alborote, y las apacigüe con una mirada;

(1) Reuniones populares para las elecciones en la Gran Bretaña.—N. del T.

que domine como absoluto todas aquellas almas, de las cuales aparenta ser esclavo; que interpele á su auditorio, que le estime; que le ciña con la dorada cadena de su elocuencia, y que no le deje tiempo para reflexionar, descansar, ni distraerse; que penetre en el fondo de sus entrañas y revuelva en ellas todos sus grandes sentimientos de libertad, de igualdad, de humanidad, de compasion, de virtud, que dormitan en el corazon de todos los hombres; que delante de todos aquellos rostros admirados, de aquellas bocas entreabiertas, de aquellos ojos fijos y centellantes, evoque las grandes imágenes de la gloria, de la religion y de la patria; que nos extravie en risueñas praderas; que nos envíe los ecos lejanos del caramillo pastoril, ó que salpique con terrrones de sal sus alusiones festivas; que apostrofe enérgicamente á las turbas, y espere su respuesta! y finalmente, que alternando en estilos y tonos, poético y pintoresco unas veces, y otras jovial é irónico, nos haga percibir ya el murmurio inmenso de la ciudad, ya los solemnes bramidos de la tormenta. Un hombre ha aparecido dotado de esta mágia y de este poder: ese hombre es O'Connell (1).

CAPÍTULO VII.

De la elocuencia oficial

La córte de Francia (no hablo de la de ahora) fué siempre la mas culta y galante de Europa. En ella reinaba el monarca sobre los hombres, y las mujeres reinaban sobre el monarca. Odette era la reina de Carlos VI, Inés Sorel la de Carlos VII, la Féronniere lo era de Francisco I, Gabriela de Enrique IV, la Montespan de Luis XIV, la Parabére del Regente, y la Pompadour de Luis XV. La córte imitaba al monarca, la capital imitaba á la córte, y las provincias á la capital. Los caballeros

(1) Véase el retrato de O'Connell.

complimentaban á las damas; los poetas complimentaban á los grandes señores; los graves predicadores complimentaban desde el púlpito á los cadáveres de los príncipes, cubiertos con sus sudarios de terciopelo y oro. Voltaire debió la mitad de su gloria á la delicadeza caballeresca y gentil de sus lisonjas. En aquellos tiempos gastaban su vida los elegantes en buscar fórmulas para agradar, en saludar con gracia, en escribirse y hablarse pulidamente.

Todo aquel pueblo de empalagosos aduladores fué despues á estrellarse la frente contra los ángulos, harto pronunciados en verdad, de la revolucion; pero como una nacion no pierde nunca su índole, el cumplimiento engendró la manifestacion (*Adresse*) (1) que salió por cierto tan suave, tan flexible, tan variada, tan afeminada, tan universal, tan embustera, tan ridícula como su padre el cumplimiento mismo.

La manifestacion es un arbusto peculiar del clima de Francia; aquí prospera, se desarrolla, brota ramas en todas direcciones, y hojas de todos colores.

Imposible seria enumerar las resmas de papel que, de cincuenta años á esta parte, han gemido bajo el peso de las felicitaciones. ¿Qué francés hay, de los que saben leer y escribir, cuya firma no se halle al pié de alguna exposicion? Nacimientos de príncipes, advenimiento al trono de una dinastía, sea cual fuere; muertes de reyes naturales ó violentas, asesinato ó tentativa de asesinato, casamientos y bautizos de hijos ó hijas de reyes, victorias ó derrotas, todo es bueno para los hacedores de exposiciones; el argumento les importa poco.

(1) En esta parte del texto hay una expresion (*Adresse*) que es como la clave fundamental de todo este capítulo, y cuya unidad no nos permite conservar en todos los casos el rigorismo de nuestra lengua, perdiendo por consiguiente mucha parte de la energia enfática que dicha unidad da al original francés. En este la palabra *Adresse* significa absolutamente cualquiera alocucion, y el uso admite que se aplique con igual propiedad á las diferentes especies de arengas que nosotros designamos con las diferentes voces: Discurso de la corona, contestacion al mismo, exposicion, felicitacion, arenga, representacion, y en suma toda *Manifestacion* verbal ó escrita, en cualquier sentido que sea. Como entre nosotros el uso no permite esta latitud, conservando la traduccion única de *Manifestacion* por *Adresse*, hubiéramos despojado á este hermoso capítulo del brillante colorido local que caracteriza y distingue de todos los demás á cada uno de sus párrafos. Entre dos inconvenientes hemos optado por el menor.—N. del T.

Se firma por seducción, se firma por miedo, se firma por cálculo; pero siempre se firma.

En las escribanías de todos los tribunales, y en los archivos de todas las alcaldías y prefecturas (1), hay moldes de felicitaciones para toda casta de gobiernos legítimos ó ilegítimos. Los modelos se despachan desde París, á fin de enseñar á los empleados cómo deben formular su adhesion, y, en dia fijo, las autoridades acuden á la catedral para cantar en ella un *Te Deum* en honor de la república, del imperio, ó de la monarquía, salvados por la gracia del Todopoderoso; porque es sabido que el Todopoderoso desde lo alto de las esferas estrelladas, tiene la bondad de tomar á su cargo las revoluciones y contrarrevoluciones de la tierra, y derramar sus bendiciones sobre todos los gobiernos, cualesquiera sean, con tal que queden triunfantes.

Si la guardia real de Carlos X hubiera revolcado en el lodo y la sangre á los héroes de las barricadas, es indudable que hubiera caido sobre las gradas del trono una lluvia de felicitaciones; pero se hubiera dado al augusto monarca el parabien por haber puesto á París en estado de sitio, y por haber hecho fusilar á Laffitte, á Lafayette, á Benjamin Constant, á Casimiro Perier y á una buena parte de los 221 (2), en calidad de traidores á la patria. El cabildo de Nuestra Señora (3), con la mitra en la cabeza y vestido con sus mas ricas sobrepellices, hubieraregonado su victoria con gran repiqueteo de campanas: los ministros de entonces le hubieran congratulado del triunfo alcanzado por la razon sobre el desórden, y por las leyes sobre la anarquía, y la frase habitual de nuestros ministros del *aunque* y del *porque* (4) se hubiera visto de esta suer-

(1) Corresponden á nuestros gobiernos políticos.—*N. del T.*

(2) Este fué el número de los diputados que protestaron contra las ordenanzas de Carlos X, y verdaderamente hicieron y *explotaron* en su provecho la revolucion de julio: de aquí proviene la odiosidad que ha querido derramar sobre esta denominacion general (los 221) el partido republicano en Francia. El número 40 de la *Némesis* de Barthelemy es una amarga sátira contra ellos: se titula la *Justicia del pueblo*. Se publicó á 12 de junio de 1831.—*Id.*

(3) La catedral de París.—*Id.*

(4) Alusion al ridículo debate que hubo en las cámaras y en la prensa, en Francia, despues de la revolucion de julio, sobre si Luis Felipe ocupaba el tro-

te usurpada con anticipacion. ¡Lástima hubiera sido por cierto!

Los consejos municipales, los consejos generales (1), los juzgados de comercio, los prefectos, los tribunales, los jefes del ejército, los diputados y los pares hubieran suplicado al hercúleo monarca que aplastase con su pié á la hidra de la prensa, y no gobernase en lo sucesivo mas que con buenos decretos ó con leyes excepcionales, que son peores todavía.

Todo esto hubiera pasado al pié de la letra, como lo vamos refiriendo.

Regla general: el cielo está siempre por el que vence (2); esta es la moral de las felicitaciones.

Tan luego como uno de nuestros ocho ó diez gobiernos (digo ocho ó diez, como podria decir veinticinco) ha tenido la dicha de libertarse de una trama, de un atentado, de una asonada, de una insurreccion, de una conjuracion, de una revolucion, de una máquina infernal, de un cohete, de una puñalada ó de un pistoletazo: ¡Dios ha salvado á la Francia! exclaman.

De modo que Dios salvó á la Francia cuando la república mató á la monarquía; Dios salvó á la Francia cuando la restauracion mató al imperio; Dios salvó á la Francia cuando la revolucion de julio mató á la restauracion. ¿Es posible burlarse de la Francia hasta este punto? ¿Es posible burlarse hasta este punto de Dios?

Las frases que producen efecto, el amor, el profundo respeto, la lealtad incontrastable á las repúblicas, unas é indivisibles, á las constituciones del imperio, á las cartas otorgadas, á

no *aunque era Borbon ó porque era Borbon*. Mr. Dupin fué quien dió origen á esta cuestion con su célebre frase *quoique Bourbon*.—*N. del T.*

(1) Los primeros corresponden á nuestros ayuntamientos; de los segundos no hay en España institucion análoga. Hay uno en cada departamento, y vienen á ser como los *consejos de estado* del prefecto. Los individuos de estos consejos son de nombramiento real; los de aquellos, ó sean los concejales, son electivos.—*Id.*

(2) Lo mismo viene á decir nuestra coplilla popular:

Vinieron los sarracenos
y nos echaron á palos,
que Dios protege á los malos
cuando son mas que los buenos.

Tomadas al pié de la letra, ambas expresiones son impías; pero una y otra se entienden igualmente *de burlas*.—*Id.*

los acuerdos adicionales (1) y á las augustas dinastías, como tambien el celo sin límites, hacen grandísimo papel en las felicitaciones. El género felicitacion lo exige absolutamente; ni aun hay felicitacion sin estas palabras sacramentales.

Por su parte, los veinticinco gobiernos felicitados se visten todos con los mismos ropajes, y calzan los mismos coturnos en el mismo vestuario, y salen ante los mismos espectadores á las mismas tablas. Ora se atavian como un pontífice del Ser Supremo, ora como un presidente del directorio, ya como un cónsul de la república, ya como un padre del pueblo. Este pone la mano sobre su corazon diciendo, que no ha vivido mas que para la prosperidad de la Francia; aquel que no aspira, como Cincinato, mas que al reposo del campo; que el trono es una carga muy pesada, y que las execrables facciones no le dejan dormir. Bonaparte anunciaba que estaba pronto á abdicar el consulado, mientras meditaba ser emperador. Otro, alzados los ojos al cielo, hablará de su doloroso sacrificio, exhalará tres largos gemidos del fondo de su pecho, y se dejará archidotar. Hecho esto, se mezclan familiarmente unos con otros, se aprietan las manos, se prodigan las mas amables sonrisas, se enternecen, y de todos los ojos corren las lágrimas de la pública felicidad; pero ¡cuántas veces, restituidos á sus gabinetes, súbditos felicitadores y príncipes felicitados, se han echado á reír de la comedia que acababan de representar (2)!

Sin embargo, se vuelve á empezar. ¿No se representa por ventura en los *boulevards* cien veces seguidas la misma pieza? De otro modo, ¿qué seria de los actores, del teatro, de los mantos, de los bastidores, de los espectadores y del dinero?

En rigor, un presidente, un rey, un cónsul, un emperador podrian contentarse con reinar sin gobernar: pero no hablar, eso no! Habla un abogado, habla un diputado, habla un individuo de la universidad, habla todo bruto; y no habia de hablar el rey! Bueno fuera! la lengua se subleva á esta idea!

(1) Llamóse así, entre otros, el decreto restableciendo la censura que dió Carlos X, y al que por su sola autoridad dió fuerza de ley antes de sancionarlo las cámaras.—N. del T.

(2) Histórico.

Habia la carta de violar la naturaleza! Se ha arreglado, pues, la cosa de modo que el principal mandarin, sean cuales fueren su nombre, su dinastía y su gorra, encaje una vez al año, en público, su discurso de apertura al parlamento; faena que por lo comun desempeña con muchísimo salero, cubierto delante de los representantes del pueblo soberano, lo que no es acto sumamente cortés, y rodeado de militares con el sable al cinto, lo que acaso no es muy constitucional.

Los pronombres, *mis* vasallos, *mi* ejército, *mi* marina, *mi* gobierno, *mi* tesoro sobre todo, engalanan con sus graciosos posesivos la elocuencia de la corona. Si ocurre que se contradice incomparablemente de año en año, y de un discurso á otro, no hay que hacer de ello el menor caso, porque los que hablan por la misma boca, y ¡qué boca! ¡una boca real! son ministros diferentes en nombres, en fechas, en caracteres, en planes, en opiniones y en conducta. Todo pasa por aquella boca: hoy la paz, mañana la guerra, ahora dotaciones, luego infantazgos. Derecho comun y monopolio, religion y filosofía, libertad y censura, un discurso de la corona lo comporta todo y todo lo promete; salvo la disminucion de las contribuciones; lo que es en este punto, no hay que esperar variante alguna. ¡Discursos del primer año, dinero! ¡Del segundo año, mucho dinero! ¡Del tercer año, muchísimo dinero! y así sucesivamente, sin que se prevea el fin. Tal es el fondo propio, el fondo sólido y macizo, el fondo metálico de los discursos de la corona: lo demás son puramente adornos y atavíos, mas ó menos literarios.

Los discursos de las cámaras en contestacion al discurso de la corona, no son mas que justas parlamentarias delante de los embajadores de Europa, y de las agraciadas damas de la galería. Cada uno de los retóricos que sale á la palestra, se cree obligado á exhalar, á propósito de negocios extranjeros ó de asuntos interiores, todo lo que tiene allá en sus adentros; y como no ha hablado en seis meses, y tiene sed de hablar, y quiere hablar, y hablará y hablará, hace durar la diversion—harto lo sé yo, oyente,—lo mas que puede. Apenas el primero inscrito en la lista de aquellos justadores ha preparado su

trozo de elocuencia, agitado su lengua y sus brazos, y sudado copiosamente bajo su toga, pasa al vestuario, muda de traje, y se larga sin volver á pensar en lo que acaba de decir. Y luego empieza otro la misma operacion, y otro en seguida, y despues de este otro; de tal suerte, que los minutos, las horas y los dias se pierden en revolver, y enturbiar el agua de la mas clara cuestion. Hecho esto, y ya una vez vaciado el saco de las palabras, el presidente de la cámara pega en la vidriera, con cuatro obleas, el discurso de la corona, en el cual, acercándose, puede cada cual leer lo que sigue:

«Señores: tengo la satisfaccion de anunciaros una buena noticia, y puedo felicitar me cumplidamente con mis amados «y leales súbditos de que la hacienda de mi reino se halla en «el estado mas próspero; de que las rentas exceden con mucho «á los gastos; y de que, mediante un empréstito de algunos «centenares de millones, todo lo mas, podremos de aquí en «adelante, todos los años, hacer frente, con la mayor economía «posible, á todas las eventualidades.»

En seguida el presidente, cogiendo entre el índice y el pulgar el papel en que ha de escribirse la contestacion, calca sobre el vidrio el discurso de la corona, y lee á la cámara el párrafo primero, arreglado en estos términos:

«Señor: tenemos la satisfaccion de recibir la buena noticia «que nos da V. M., y nos felicitamos cumplidamente con V. M. «de que la hacienda de su reino se halle en el mejor estado; «de que las rentas excedan con mucho á los gastos, y de que, «mediante un empréstito de algunos centenares de millones, «todo lo mas, vuestros amados y leales súbditos puedan ayu- «daros, todos los años, á hacer frente, con la mayor economía «posible, á todas las eventualidades.»

A medida que van ocurriendo nuevos párrafos, se repite la misma ceremonia, no sin acompañamiento de comentarios, glosas, escolios, disputas y perifrasis; y solo cuando ya van perdidos quince dias de esta suerte, se echa de ver que, para llevar la obra á cabo, no se necesitaba arriba de un cuarto de hora (1).

(1) Véanse todos los discursos de la corona, todas las contestaciones á los mismos, y todas las discusiones de las cámaras.

Por lo demás, si el régimen parlamentario no tuviese, de vez en cuando, estas diversiones que ofrecer, ¿con qué habia de divertir al pueblo mas ingenioso (1) de la tierra?

No olvidemos, empero, y esto es mas sério, que las famosas contestaciones de Mirabeau y de Royer Collard derribaron, mediando cuarenta años entre una y otra, las monarquías de Luis XVI y de Carlos X. La cosa se hizo, es verdad, con la mas exquisita urbanidad y con indecibles miramientos; ¡tan cierto es que la forma nunca daña al fondo!

No se crea que esa manía gala, esa comezon de hablar que experimentan nuestros Faramundos de todas las razas, puede satisfacerse con un solo discurso de apertura; hasta se ha sostenido que si alguna vez hubo dos legislaturas en el mismo año, fué únicamente por suministrar á la corona dos solemnes ocasiones de hablar, y aun tambien que, si la carta de 1814 dividió el parlamento en dos cámaras, fué para que la corona tuviese el placer de dar respuestas á los dos discursos de los pares y de los diputados. Yo no podré decir á VV. qué hay de verdad en esto; sin embargo, no me sorprenderia que estuviese oculto en la carta un sentido tan profundo.

Sabido es que no hay cosa mas comun que las comidas, los bailes y las festejerías (2) de la córte. Pero ¡vivan sus solemnidades representativas donde no se consumen mas que palabras! Así como hay en el Calendario gregoriano ciertos dias festivos en que se puede alabar á Dios mas particularmente, del mismo modo hay en el calendario palaciego ciertos dias oficiales en que puede tomar sus anchas y atracarse para todo el año ese gran prurito de perorar.

En tales dias, todos los cuerpos constituidos se presentan delante del pio monarca, entre la misa y las vísperas, y desfilan en procesion. A medida que los va llamando el ujier de servicio, el decano de cada compañía saca de debajo de su manto un pebete de oro, quema en él algunos granos de in-

(1) *Le peuple le plus spirituel de la terre*, denominacion que modestamente se dan á sí propios los franceses.—N. del T.

(2) Ridículo neologismo, con el que hemos procurado traducir el no menos ridículo del texto *festoieries*.—Id.

cienso, saluda y se retira. Cuantas son las corporaciones, tantos son los discursos; cuantos son los discursos, tantas son las contestaciones. El taquígrafo recoge en una punta del manto real toda esta cosecha de elocuencia. ¡Estos son los grandes días de la monarquía!

El primer día del año sobre todo, qué gran día! Apenas da el toque de las doce, toda la nación oficial se calza, se peina, se compone, se repule, se prepara una cara propia de la circunstancia, repasa entre dientes alguna mentira, y con los piés helados y la cabeza descubierta asalta las escalinatas é inunda los átrios del palacio.

Un extranjero que asistiese á estas solemnes recepciones, donde se han arrastrado y ensuciado tantas casacas, tantas togas y tantas conciencias (1), creeria que la Francia es el país mas feliz, mas unido, mas floreciente y mejor gobernado de la tierra. En ellas los príncipes son siempre héroes y grandes reyes; no respiran, hasta que caen del trono, mas que para la felicidad y la gloria del pueblo francés. La hacienda que, en los presupuestos, sucumbe lúgubrementé bajo el peso de las cargas y de los gastos, no se presenta delante del monarca mas que en traje dominguero, y como un hombre que vive de sus rentas y no debe nada á nadie. Las facciones han quedado vencidas y desarmadas para siempre por la fuerza del gobierno en el año que trascurría, salvo á empezar de nuevo en el corriente año, para quedar nuevamente vencidas y desarmadas para siempre por la fuerza del mismo gobierno. El cuerpo diplomático protesta de su deseo de una paz inalterable, en el instante mismo en que está maniobrando sordamente para turbarla. ¿Tiene el monarca un hijo? se hacen votos por este ilustre guerrero. ¿Tiene dos, tres, cuatro? á todos

(1) No estamos seguros de haber interpretado bien aquí el pensamiento del autor. El texto dice: *tant d'habits, de robes et de consciences*. En la lengua francesa es muy comun que una misma palabra designe cosas muy distintas: así *habit*, que significa *traje ó vestido* en general, significa tambien *frac, casaca, ó vestido de hombre*:—*robe* es propiamente *vestido talar*, y lo mismo significa *vestido de mujer* que *toga ó balandran*. ¿El autor ha querido contraponer aquí *habit à robe* como trajes de hombre y de mujer en general? No es probable, porque en las solemnidades de que habla no suelen figurar las señoras. Lo regular es que haya querido designar á los *militares* y á los *togados*.—N. del T.

cuatro se les coloca, en sendos pedestales, en el templo de la Fama. ¿Qué no se ha dicho del héroe del Mediodía, del vencedor del Trocadero, del pacificador de España, del duque de Angulema en fin? Apenas se acuerda ya nadie de que haya existido ese Delfin (1) tan felicitado. ¡Para que se vea lo que es la gloria!

Y sin embargo todos los príncipes la quieren! á la cuenta esta es la necesidad de los corazones grandes, y todos los príncipes, como nadie ignora, tienen grandes corazones. Los príncipes de aquende Julio no han degenerado, bajo este concepto, de los príncipes de allende Julio, porque como ellos quieren gloria. Gloria necesita el duque de Nemours, gloria el príncipe de Joinville, gloria el duque de Aumale, gloria el mas pequeño, gloria tambien el chiquirritillo (2); y si los respetuosos órganos de las corporaciones del estado no se la concediesen en sus felicitaciones, la obtendrian á lo menos en las contestaciones, de la gratitud real y paternal; siempre, entendámonos, bajo el refrendo responsable de los ministros.

Y el segundo día del año, cuando el saco de las arengas está todavía lleno de la provision de la víspera, ¿no se ha de seguir vaciando? ¿No hay que pronunciar todavía discursos? Dios mio, Dios mio, ¿cuándo acabarán con todos sus discursos? Es preciso que el rey se esté de pié para oír al gran maestro de la universidad (3) que habla despues del presidente del tribunal, y al canciller del Instituto despues del presidente, y al prefecto despues del canciller, y al general despues del prefecto, y al arzobispo despues del general. Dios mio, Dios mio, ¿cuándo acabarán con todos sus discursos?

Las arengas oficiales se pronuncian todas en día y hora fijos; pero no hay día, hora, ni límites para las arengas espontáneas. Apenas una novedad de palacio, próspera ó adversa, verdadera ó falsa, cunde por la ciudad, se ve á una turba de

(1) Sabido es que este título (Delfin) era el que tenia en Francia, antes de la revolucion de julio, el príncipe heredero, que ahora se llama príncipe real.—*N. del T.*

(2) Este será sin duda el Conde de Paris, nieto del rey. El anterior será regularmente el duque de Montpensier, el último de sus hijos.—*Id.*

(3) Equivale á nuestro rector, solo que se considera mucho mas alta su dignidad.—*Id.*

oficiosos diputados, con el cabello erizado, echando llamas por los ojos, correr desalentados por los corredores del Palacio-Borbon, hablándose á sí mismos, y lanzando inarticulados gritos. Una manifestacion! pronto una manifestacion! ¿dónde están los cuestores? ¿donde está el presidente? ¡vamos á palacio! Y van, y bullen, y se sofocan, y cada cual, sin informarse apenas de lo que se trata, se agrega á la escolta para manifestar entusiasmo.

Ciertamente no me admira que todos esos dignos diputados, empleados en propiedad ó en perspectiva, se manifiesten tan celosos é impacientes; nada mas justo. Luego, dicen que representan la nacion, lo que admito tambien, hasta que haya prueba en contrario.

Fuerza es reconocer, además, que esas manifestaciones á galope producen siempre dos buenos efectos: primeramente prueban que los que las hacen tienen celo y aman á su rey, y luego que los que no los imitan son por lo menos facciosos, cuando no republicanos. Servirse á sí propio y perjudicar á sus adversarios es, convengamos en ello, obrar con bastante habilidad.

En estas graves y solemnes circunstancias, el *Monitor* cuida de decir que las cámaras han ido en masa á llevar á palacio la sentida y profunda expresion de su júbilo ó de su dolor, todo ello segun la naturaleza del asunto de que se trata. Si, por el contrario, las cámaras en masa, saliendo de su palacio, fuesen á dirigirse á la corona para pedirle el cambio de sus ministros, el *Monitor* no las llamaria entonces las cámaras leales, sino las cámaras sediciosas, y los centinelas, cruzando bayoneta delante de la puerta, les gritarian: ¡Alto ahí! ¡no se pasa!

Y se diria por supuesto que son unos cuantos individuos amotinados que deliberan donde no deben, y sobre lo que no entra en sus atribuciones, y que van á imponer á la corona sus apasionados y tiránicos caprichos; de modo que, cuando se va á elogiar, todo es bueno, todo es legal, y cuando se va á vituperar, todo es malo, todo es ilegal. ¿Qué sabemos? ¿Acaso sea esta tambien una de las consecuencias de la carla-verdad (1)?

(1) Alusion á aquella expresion, que luego ha dado margen á tantas recrimina-

Pero las manifestaciones que con mas complacencia consig-
na el *Monitor* en sus largas columnas, son las de la guardia
nacional y las de los consejos municipales; y la razon es esta.
Cuando las corporaciones del estado nombradas por el poder,
pagadas por el poder, ascendidas por el poder y condecoradas
por el poder, alaban al poder, dice la gente: claro está! ¿Qué
tiene eso de extraño? En vez de que cuando los que congratu-
lan son la guardia nacional y los consejos municipales, exclama:
¡Oh lisonjera espontaneidad de unos cuerpos independen-
dientes! No es esa voz el eco de un corazon sencillo, de un co-
razon penetrado? Ah! ese sí que es un júbilo verdadero! ó bien,
—Ah! ese sí que es un sincero dolor!

En cambio es preciso decir que si la guardia nacional quiere
enseñar los dientes, se le tapa la boca, y que, si insiste, se la
disuelve. Lo propio sucede con los consejos municipales, y de
esta suerte se establecen las compensaciones.

Los panegiristas oficiales tendrian gusto en que citase aquí
sus nombres, profesiones, frases y domicilios, y yo le tendria
tambien en hacerlo; pero la lista, en verdad, seria demasiado
larga.

Sin embargo, no puedo prescindir de pagar un justo tributo
de homenaje á los señores empleados asalariados por el go-
bierno. Reconozco con placer que siempre han sido fieles á es-
ta grande y hermosa máxima: El que paga debe recibir alaba-
nzas del pagado. Por lo tanto, aunque nuestro desventurado
país ha pasado, de cincuenta años á esta parte, por los siste-
mas mas opuestos entre sí, en el nombre, en la forma, en los
principios y en la práctica, jamás los empleados han dejado
de asegurar á cada uno de aquellos tristes gobiernos, que siem-
pre era el mejor de los gobiernos posibles, que labraba la feli-
cidad de la Francia, que debia levantar su maza y aniquilar
á los facciosos, y que si sucumbia, la patria, herida de un gol-
pe mortal, se hundiria con él en la sepultura. Nada tengo que

ciones, pronunciada por Luis Felipe en el Hotel de Ville (Casas Consistoriales) de
Paris despues de la revolucion: «En lo sucesivo la carta será una verdad.» Timon
y su partido se quejan de que no lo es ahora mas que en tiempo de los Bor-
bones; y en efecto, los estados de sitio y las durísimas leyes de setiembre no dejan
de darles alguna razon.—N. del T.

decir sobre esto, sino que los señores empleados harían muy bien en contentarse con asistir puntualmente á sus oficinas, á las diez de la mañana, para no salir de ellas hasta las cuatro de la tarde.

Por lo tocante á los señores jueces congratuladores, creo que hay en la carta un cierto artículo 48 que les manda administrar la justicia con alma y vida, sin levantar mano, y á todas las horas del día; y paréceme haber oído decir que anda por esos mundos de Dios una multitud de litigantes que tendrían tanto placer en ver á los señores jueces ponerse á juzgar sus pleitecillos, como irse á barrer, con la cola de su toga encarnada ó amarilla, las antecámaras de las Tullerías. Nadie seguramente duda del celo de los señores jueces por la persecucion y castigo de los crímenes, ni de su inalterable amor á la persona del príncipe, porque todos los príncipes legítimos ó ilegítimos, lo mismo los príncipes nacidos en el trono que los que han nacido lejos de él, han ido cargando sucesivamente con los sinceros y tradicionales homenajes del inalterable amor de los señores jueces. Ahí está la historia para condenar al que lo dude.

A mayor abundamiento, lo que conviene que sepan los ingleses, los españoles, los rusos, los prusianos, los austriacos, los badenses, los bávaros, los wurtembergueses, los hesenses, los mecklemburgenses (1), y lo que no es por cierto el lado menos ridículo de las arengas oficiales, es que el instituto de Francia, la universidad, el clero, la guardia nacional, el tribunal de casacion, el tribunal de cuentas, la audiencia, la cámara de los diputados, la de los pares, el tribunal de comercio, y todas las corporaciones posibles, no saben, al entrar en el palacio de las Tullerías, ni la primera sílaba de todas las lindezas que va á ensartar en su nombre el orador de cada corporacion. Verbi gracia, ese golilla con pieles y gorra (2) arrulla, en nombre de la magistratura, un idilio florido, absolutamente como

(1) Hemos formado por analogía estas terminaciones, sin la pretension de darlas por buenas, y solo por conservar fielmente el giro del texto original.—*N. del T.*

(2) *Fourré et toqué.* Algunos magistrados en Francia usan en sus trajes de ceremonia esclavinas ó vueltas de armiño, y gorras de diferentes hechuras.—*Id.*

hablaria Celadon á Amarilis. Ese corpulento coronel desenvaina su tizona oratoria, y taja y hiende en tercera y en cuarta, á nombre de los soldados, la hidra de la anarquía. Esotro gran maestro de la universidad, suelta en fabordon la campana de alarma, y cruza á palmetazos las piernas de los barbudos profesores que le acompañan. Aquel canciller de la academia francesa estropea la gramática, y este presidente de la cámara retuerce el pescuezo á la carta, como se lo retorceria á un pollo. Pero no se imaginen VV. que todas esas ilustres comitivas que se vuelven de las Tullerías á sus casas, refunfuñando entre dientes y para su golilla, guarden el menor resentimiento al orador porque ha hablado en su nombre sin consultarlos, ó porque ha hablado mal. Nada de eso! si refunfuñan es únicamente porque ha hablado solo, porque les pesá en el alma no haber podido hablar todos á la vez.

Verdaderamente diria cualquiera que los reyes constitucionales, las dos cámaras, las cinco clases del instituto, las aperturas de los tribunales, las oraciones fúnebres del púlpito, los juzgados criminales, los bautizos y casamientos de príncipes, los banquetes patrióticos, los comicios agrícolas, las revistas de la guardia nacional, los teatros y los entierros, no se han inventado expresamente, en nuestra hermosa Francia, mas que para los regocijos y solemnidades de la palabra. Un viento de parlanchinería sopla de los cuatro puntos del horizonte sobre nuestro sensible, olvidadizo y amabilísimo pueblo, y arrastra en su torbellino el derecho, la lógica y la verdad.

No, no hay en las cuatro partes del mundo pueblo mas cumplimentador que el mandarín galo, como no sea tal vez el chino. Si se le encajasen á un mono las mangas de una casaca real, al punto mismo veríamos á la turbamulta de los empleados titulados, bordados, dorados y llenos de cintajos (1) precipitarse, con los labios palpitantes de alabanzas, á los piés de S. M. el orangutan.

No, no hay bribon entronizado, príncipe imbécil, tirano legítimo, usurpador reinante, *septembrizador* (2) corta-cabezas

(1) *Enrubanés*, propiamente *encintados*.—N. del T.

(2) *Semptembreiseur*. Dióse este nombre á los asesinos impulsados por la Junta de

que, á su tiempo y en los buenos momentos, no haya sido alabado y ensalzado, para ser luego, á su tiempo tambien, traído y arrastrado de los catafalcos del panteon á las gemonías del muladar.

No, no hay país donde mas se haya abusado en prosa y en verso del panegírico, de la hipérbole y de la apoteosis. Quien oyera á los necios del instituto, creeria que todos los académicos son celebridades; quien oiga á las prostitutas de la ciudad y de la córte, creerá que todas las mancebas del rey son mujeres de extremada virtud; quien oiga á los cortesanos, creerá que todos los príncipes rubios ó pelinegros son un tanto cuanto superiores á Napoleon; quien oiga á los dependientes del Palacio Borbon, creerá que todos los diputados son unos intrépidos mártires de la libertad; quien oiga á los del Luxemburgo (1), que todos los pares de mostrador son unos grandes señores. Quien oiga á la gente de iglesia, creerá que cada prelado es un santo, de tal suerte que, segun ellos, todos tenemos la delectacion de vivir en un país de vírgenes, de genios, de héroes, de grandes hombres y de bienaventurados.

La peroracion va ganando terreno: me deslumbra los ojos, me atruena los oidos. ¿A dónde huir? ¿dónde esconderme?

Ea! ya me lleva ese sério magistrado en pos de su comitiva. Sube la escalinata del pabellon de Flora (2), y prosternándose delante de un chiquillo de tres años, le dice: «Señor, acabamos «de saber por vuestra niñera, con profundo sentimiento, que es- «ta noche habeis tenido un cólico. Ah príncipe! algun dia se- «reis el monarca mas grande de la tierra!» Oido lo cual, pregunta el niño, llorando, por qué no quieren volverle su caballito (3).

¿A dónde se precipitan esos jardineros políticos y campes-

salvacion pública (comité de salut publique) que durante los dias 2 y 3 de setiembre de 1793 invadió las cárceles de París, y cometió en ellas los mas sangrientos horrores. Luego se dió por extension el mismo apodo á todos los que, durante la revolucion, predicaron doctrinas de sangre y exterminio.—*N. del T.*

(1) En el palacio de este nombre celebra sus sesiones la cámara de los pares.—*Id.*

(2) El lado de las Tullerías que habitaba la duquesa viuda de Orleans con sus dos hijos, el conde de París y el duque de Chartres.—*Id.*

(3) Histórico.

tres de la sociedad de horticultura, con su tiesto de *dalias* en la mano? Van humildemente á ofrecer al rey sus felicitaciones congratulatorias y lacrimatorias. ¿Y qué responde el rey? El rey, confuso en vista de tan nuevo caso, y no es para menos, responde con admirable presencia de ánimo, que la alocucion de aquellos jardineros es el *mejor consuelo* que puede recibir. Confesemos que la salida no es de las mas infelices (1).

¿A dónde van esas doncellas con sus canastillos de rosas y laureles? Hincad la rodilla, profanos que hollais la tierra santa de los muertos! Escuchad esa fúnebre oracion en que os hablan de la vanidad de la vida y del menosprecio de las grandezas! Venid, hombres soberbios, que todavía teneis en algo la vana gloria; venid, acercaos todos, y leed esculpida en el mármol, en letras de oro, esta fúnebre inscripcion tan bella en su sencillez y que lo dice todo: Aquí yace un especiero (2).

¿Quién es ese otro abacero (3) á quien un centenar de electores con patente acaban de nombrar diputado de la Francia? Cómo? Tambien á este una arenga de felicitacion! y qué van á decirle? Acércase el magistrado municipal con su faja tricolor, y descubriéndose: «Merced á la recomendacion del excelentísimo señor ministro de policía, dice, cuyo proveedor sois á precio equitativo, acabamos de eleiros para representar á la Francia en general y al comercio de abacería de nuestra localidad en particular. Cuando se trate de los grandes intereses de la Francia, no perdais de vista, señor diputado, oh! no perdais jamás de vista el campanario de vuestro lugar. El campanario es la patria (4)!»

«Sí, amigos míos, mis amados electores, responde el proveedor del ministro, la patria es el campanario! Soy francés, pero soy abacero ante todo, y en las grandes como en las pequeñas ocasiones, sabré manifestarlo (5).»

(1) Histórico.

(2) Histórico.

(3) Acaso no estará de mas prevenir aquí que un especiero ó abacero (*Epicier*) en Francia se considera como el símbolo de la incapacidad, como el tipo mas acabado de un hombre prosáico, material y sándio. Es algo mas que el *bourgeois* y algo menos que el *jobard*.—*N. del T.*

(4) Esta expresion pierde necesariamente su chiste en la traduccion y, lo peor es, que no puede suplirse con otra igualmente expresiva.—*Id.*

(5) Véanse los discursos posteriores á las elecciones.

Los pares, que no pueden perorar con los electores en su interés recíproco, pues que el ministro solo es quien refrenda sus nombramientos, despues de un buen almuerzo, toma copiosamente su revancha en el género de la oracion fúnebre: no hay par difunto que, á pesar de la oscuridad de su vida entera, pueda lisonjearse de evitar las llagas de la oracion póstuma.

Y no crean VV. que el panegirista luxemburgués, para exhalar su dolor, vaya á buscar á su muerto bajo la piadosa sombra de los cipreses y de las sepulturas: su palabra necesita la luz del dia y de la gloria; y delante de la cámara de los pares, en plena asamblea, es donde soltará la voz á estas ó semejantes razones:

«Ilustrísimos y afligidísimos colegas, permitanme vuestras señorías que refiera delante de ellas la solemne y resplandeciente vida del conde Chopart, muy alto y muy noble par de Francia. Nació en una aldea, de un padre aldeano. Se crió al pecho ó con *biberon*, pero debo decir que en este punto no están muy conformes los historiadores, y aprendió á leer en la escuela. Luego fué, por espacio de veinte años, escribano, recaudador de contribuciones ó bolicario; despues de lo cual le nombraron diputado, y despues par de Francia; prestó juramento á Luis Felipe, despues de habérselo prestado á Carlos X; votó por M. Guizot, despues de haber votado por M. Thiers; en fin, se murió despues de haber vivido. Hombre estupendo, que la tierra te sea ligera (1).»

Ah! buena la iba á hacer! Sin mas ni mas se me olvidaban los discursos de apertura de tribunal (2), otra variante de la elocuencia oficial. Sé muy bien que todo hombre que se mete á escribir, y ¿quién con mas motivo que yo? tiene mil razones para no malquistarse con la gente de curia, y por mi parte protesto que profeso á su elocucion todos los respetos imaginables.

En las homilias de estos señores hay dos especies de lenguajes, uno para el público, otro para los iniciados.

(1) Véanse los elogios de los pares muertos.

(2) En francés *mercuriales*, voz que tambien significa otras varias cosas.—
N. del T.

Requisitorius hace á las mil maravillas este doble papel, y cuando despues de los *idus* de noviembre, llegan las grandes aperturas de la magistratura y del foro, Requisitorius se encasqueta intrépidamente su bonete hasta las orejas, y reman-gándose los brazos, comienza así su arenga en partida doble:

(*En alta voz*) «Abogados! individuos de esta ilustre orden, tan pura como la virtud, tan antigua como la sociedad, tan necesaria como la justicia, sin duda sois los mas desinteresados entre cuantos mortales pueden tener que habérselas con las viudas y los huérfanos.»

(*En voz baja*) «Eso no impide, como bien supondreis, oh abogados, que los mas encopetados curiales alleguen muy legítimamente hácia el fin de sus cansados dias, dos ó tres millones, á fuerza de no tomar nada, y por ello les doy el parabien, tanto mas cuanto bien quisiera yo, pobre sustituto, hallarme en su pellejo.»

(*En alta voz*) «Abogados! todos sois, nadie lo ignora, y sobre todo desde la revolucion de julio, todos sois inaccesibles al favor y á la ambicion. Os encerrais en vuestra profesion, y vuestra modestia esparce su perfume, como la violeta á la sombra de los altos bosques.»

(*En voz baja*) «Verdad es que se hallan muchas de esas violetas, formando ramilletitos en las escaleras de todo ministerio, y veo con placer que tienen embalsamados todos los salones del poder.»

(*En alta voz*) «Procuradores! á vosotros me dirijo ahora. ¡Procuradores! sed firmes, exactos, puntuales y vigilantes en la manutencion de las actuaciones, y no abultéis los procesos mas de lo que lo permite la capacidad de las carpetas.»

(*En voz baja*) «Cuando esto os recomiendo, procuradores, ya os hareis cargo de que mi objeto es únicamente encargaros que no esquileis muy á raiz de las carnes á vuestras ovejas; los tiempos están fatales, las plazas cuestan mucho, y no debéis echar en olvido el arte consumado de los antiguos procuradores que tan superiormente sabian cebar los procesillos.»

(*En alta voz*) «Y nosotros, magistrados, seamos tan íntegros, tan conciliadores, tan virtuosos como lo fueron nuestros

padres, que se quedaban en sus casas y se contentaban con juzgar como verdaderos *Dandins* (1).»

(*En voz baja*) «No necesito, doctos é inteligentes compañeros, suplicaros que no tomeis mis expresiones al pié de la letra, y en efecto ¿para qué serviría que el vapor hiciese girar las ruedas de los barcos, ó que las locomotoras nos arrebatasen por el espacio con la rapidez de la flecha, si no nos aprovechásemos de ello como todo el mundo para dejar nuestro pueblo y seguir el camino real de la plaza de Vendome? En la chancillería, en los salones del ministro, y solo allí, es donde podremos ostentar los raros méritos de que tan magníficamente nos han dotado la naturaleza y la ambicion. Allí, allí es donde los grandes servicios que hagamos nos conducirán á los grandes sueldos, y solo con grandes sueldos, mas que yo lo sabeis, doctos é inteligentes compañeros, pueden levantarse grandes casas!»

Nada diré de esos concejales con sus ropas domingueras, de esos prefectos bordados, de esas vírgenes pudibundas que se escurren por entre los gentiles-hombres, los lacayos, los cocheros y las nodrizas de los principillos, y que á riesgo de pe-recer bajo las ruedas del coche real, se prosternan en la adoracion y en el polvo. Ah! ¡Cuántos de esos coches reales he visto, tirados algun dia á fuerza de brazos y engalanados con infinitas flores, irse luego tristemente cubiertos de imprecaciones y de fango por los solitarios caminos del destierro (2)!

¡Nacion singular, que se pone á los piés de sus reyes, á menos que los mate, y que se titula soberana, á menos que ella misma se ciña al cuello la rienda, el bocado y los casca-beles!

Y V., se me dirá tal vez, y V., implacable censor ¿no tiene por dicha que confesar en su nombre ó en el de los suyos, ciertos pecados de elocuencia oficial que comete, á su modo, la oposicion extra-parlamentaria? Sin duda, y probablemente aludirán VV. á los banquetes patrióticos! ¿Y por qué no he de decir con la franqueza propia de un hombre que no es el cortesa-

(1) *Dandin* significa *tonto, mentecato*; pero aquí se toma en buena parte, en el sentido de *hombre de bien*.—N. del T.

(2) Viajes triunfales y tristes destierros de Napoleon, Carlos X y siguientes.

no de nadie, que ha habido ciertos banquetes ridículos, de los cuales una desenfundada parla desterraba la cordialidad y los buenos sentimientos, la verdad de los principios, la seguridad de las resoluciones, el decoro personal, el respeto á la lengua y el oportuno é inteligente discernimiento de las necesidades, de los intereses y deseos del país (1)?

Soy sin embargo bastante partidario de los banquetes patrióticos, con tal que no esté uno en ellos harto sofocado bajo los ardorosos rayos de la canícula, ni sobradamente azotado en el rostro por las lluvias y los vientos; con tal que los clarinetes toquen á compás; que le digan "á uno claramente con quién se halla, y le den siquiera una idea del objeto de que se va á tratar; que cada convidado, despues de comer, no se encarama tumultuariamente sobre un escabel, en medio de los jarros y de las botellas, para hacerme saber *de cómo* mucho antes de que el mundo fuese mundo, todos los hombres eran iguales y hermanos, y *de cómo* tambien, en tiempo del diluvio y aun despues, los ministros han estrujado á los labradores y á los trabajadores para construirse con su sustancia soberbios palacios de mármol, mantener mozas, caracolear en el bosque de Bolo-
nia (2), y saborear espumantes copas de Champaña. ¿Se les figurará acaso á esos señores que no estamos hartos de saber todas estas cosas, y que es necesario ir á echar brindis glotonos y vinosos? Por ejemplo:

A la templanza de los espartanos, cuyos reyes y éforos se hubieran chupado los dedos con las migajas de nuestros banquetes patrióticos;

A la miseria de los proletarios, que están ahí de planton á la puerta cubiertos de guñapos, y que no tienen la dicha de oír el retintín de vuestro dinero ni el de vuestros discursos;

Al trabajo, que estaba mucho mejor organizado, segun dicen, bajo el patriarcado de Noé, cuando el buen hombre salió del arca;

(1) Discursos y brindis de los banquetes patrióticos.

(2) Paseo habitual de la gente rica en París, por la razon de que hallándose á alguna distancia fuera de puertas no se puede frecuentar como no sea yendo á él por piés ajenos.—N. del T.

A *Bruto y á Casio*, asesinos de César, aristócratas muy prendados de su patriciado, usureros y prestamistas á tanto por semana, amos y azotadores de esclavos, y que no se hubieran quitado los guantes para apretar la mano á los ganapanes de Roma;

A *la perseverancia política*, de la cual nos ofrecen los mas interesantes ejemplos todos los empleados que han atravesado la monarquía de Luis XVI, la república, el directorio, el consulado, el imperio, la restauracion, los cien dias, la Carolejada y la Filípida (1);

A *la rotundidad de los presupuestos*, que acabarán por reventar de una indigestion de oro;

A *la gloria de la Francia*, que brilla con tan vivo esplendor desde las arenas de Alejandría hasta las playas de Buenos-Aires (2);

A *el establecimiento de nuevas religiones* que, para no chocar demasiado con las preocupaciones del pueblo, podrán tal vez permitirle que adore á Dios, con tal sin embargo que para entonces haya todavía un Dios!

A *la institucion de nuevas sociedades*, en las que no habrá pobres, porque todos serán ricos; en las que no habrá criados, porque todos serán amos, y en las que no habrá código penal, cárceles, ni cadalsos, porque en ellas todos los hombres serán inocentes y virtuosos;

A *la formacion de nuevas constituciones*, y tan buenas, que vivirán cada una mas de diez y siete años, trece dias, veintidos minutos, cuatro segundos, y que no devorarán, por término medio, mas de cincuenta y tres ministros por barba;

A *los nuevos electores*, tan desinteresados y poco exigentes, que cada uno de ellos no pedirá al diputado de su eleccion arriba de un camino real, un camino de hierro, un rio, tres puentes, cuatro juzgados de paz y seis estancos.

No omitamos, al concluir, una observacion esencial y de la

(1) Es decir, los reinados de Carlos X y de Luis Felipe.—*N. del T.*

(2) Alusion á lo muy desairada que, en concepto de la oposicion, quedó la Francia en la cuestion de Oriente, y al triste papel que está haciendo en las orillas del Rio de la Plata.—*Id.*

mayor importancia, cual es que, por lo comun, un patriota banquetista no va á banquetear mas que para la satisfaccion de los cinco sentidos perfectamente completos de que le ha dotado el Criador, y que no le basta beber y comer bien, sino que necesita ver y palpar y oir al héroe de la fiesta, porque, ¿dónde deja de haber un héroe? y si el susodicho héroe, por dolerle la garganta ó el dedo gordo de un pié, dejase de perorar, los banquetistas, frustrados en su esperanza, no dejarian de decir que, si tal supieran, no hubieran pagado su escote de tres francos y cincuenta céntimos; que no merecia la pena de incomodarse para no ver siquiera las narices de su héroe, ni tocarle la mano, ni oir una palabra de su boca; que les han robado su dinero, y que no volverán á caer en el garlito.

Decididamente, la Francia es el país de las peroratas. Peroratas ha habido en que se le ha dicho al pueblo: ¡Afligete y llora! como si el dolor nacional se encargase en la administracion de pompas fúnebres, con los paños recamados de lágrimas de plata y los caballos empenachados! Peroratas ha habido en que se le ha dicho á Dios: Acabamos de exterminar á sablazos ó á cañonazos á una infinidad de hombres. ¡Oh Santo de los santos! escucha nuestros votos! Estas peroratas son impías. Otras en que se ha dicho al parlamento: Corta con la espada la cabeza de nuestros enemigos;—estas son atroces. Otras en que se ha dicho al poder: Bien veis nuestra profunda adhesion;—estas son interesadas. Otras en que se le ha dicho á un príncipe: Sois mas que un mortal;—estas son serviles. Otras en que se ha dicho á princesas: Sois mas blancas que la azucena del valle, y vuestro aliento tiene el perfume de las rosas;—estas no son mas que ridículas (1).

Pero lo mas ridículo todavía, es querer, en una perorata, persuadir á un monarca sensato toda casta de cosas nuevas y sorprendentes, que de seguro él seria el último en maliciarse; por ejemplo, que cura los lamparones ó el cólera morbo (2); que es digno de ser miembro del instituto (3); que

(1) Véanse los millones de peroratas por el estilo.

(2) Histórico.

(3) Histórico.

dora las mieses y que, como el rocío del cielo, hace brotar la yerba y las selas de los prados (1); si es guerrero, que tiene gloria; si es pacífico, que tiene genio; si es pródigo, que la economía es un vicio; si es avaro, que la mezquindad es una virtud; si es soltero, que la nacion no le sobrevivirá; si tiene hijos, que su dinastía se perpetuará hasta la consumacion de los siglos; si está enfermo, que nunca su salud ha estado mas floreciente; y si está á punto de espirar, que es inmortal.

Detestables aduladores, raza pestilente, vosotros con vuestras peroratas, vuestros cumplimientos y vuestra mentida fraseología, perdereis á cuantos gobiernos débiles y locuaces sirvais!

Sí; si los hombres graves de Europa se burlan de nuestros discursistas, así grandes como pequeños; si la muchedumbre de las perífrasis, de las locuciones viciosas, de las redundancias, de los *ques* sobrantes (2) en las arengas ministeriales y responsables de la corona, aterra la imaginacion; si todas esas vulgaridades, esa insulsa y empalagosa retórica han sucedido á las respuestas llenas de profundidad y nervio de Napoleon y de Luis XIV; si su lectura es la mas indigesta, la mas verbosa, la mas estoposa, la mas pastosa, la mas fastidiosa, la mas monótona, la mas insoportable de todas las lecturas; si los cajetines de la imprenta, si los cilindros de las prensas de vapor, si las tablas de los estantes se doblegan y se quiebran bajo el peso de su volumen, no es culpa, sábelo Dios, de los emperadores y de los reyes mas ó menos constitucionales, sino de la atronadora charla, de las exigencias, de la importunidad de la nacion oficial y cumplimentera.

Antes, por el contrario, me admira que unos principes, ora legítimos, ora usurpadores, cuyo oficio ni cuyo talento son seguramente los de ser oradores, estén dotados de una fluidez de elocucion bastante espontánea y de una paciencia bastante maravillosa, para luchar contra el torrente de tantas felicita-

(1) Histórico.

(2) S. M. el rey de los franceses pasaba por abusar singularmente en sus discursos oficiales de los pronombres relativos *que* y *qui*, lo que es en francés un defecto gramatical, ó una infraccion de la regla que llaman del *que retranché*.—N. del T.

ciones: me admira, me admira mucho que se pueda repetir á todo yente y viniente las mismas frases, con las mismas unción y humildad con que se rezaría el *Padre Nuestro*; que pueda un hombre estarse sobre el mismo pié, sin bambolearse, horas enteras; que pueda menear mecánicamente, todo un día, las dos ligaduras de sus mandíbulas, sin descoyuntarse; que pueda, sin cerrar los ojos, sin caerse de sueño, ver pasar por delante de sí tantos disfraces, tantas caras estucadas, tantas espaldas de medio punto, tantas corvelas; pero hay gracias de estado. Por fortuna la Providencia vela por la Francia y sus gobiernos monárquicos, republicanos, directoriales, imperiales, nacionales y antinacionales, y es de esperar que despues de haber triunfado de tantas conjuraciones, sabrán al fin triunfar de tantas peroratas!

Cuando los héroes de julio quemaron su último cartucho, todos se consultaron unos á otros con angustia y se preguntaron: Ea! ¿qué vamos á poner en lugar de esto? Quién osará sacrificarse y quién nos echará discursos? El duque de Burdeos apenas sabe leer de corrido; el duque de Reichstad (1) nos arengaría en gringo de Bohemia; necesitamos un hombre que sepa oirnos y pueda respondernos. Franceses, ingratos franceses! habeis hallado al que sabe oiros y responderos, al que habla en todas ocasiones, al que habla sobre todo, al que habla tanto y mas y mejor que cualquiera de vuestros abogados; pero os prevengo que acabareis por agotar una abundancia de palabras tan extraordinaria, y por no sacar ya de aquel gatzate seco ni una sola palabra, y ni siquiera sospechais lo que podría sucederos á la primera revolucion, de que Dios nos libre!

Ofrézcase entonces el trono á quien quiera que sea, con la condicion de pronunciar y escuchar tantos discursos; anúnciese ese trono á son de tamboril, propóngase, ¡cosa tentadora! con veinte, con treinta millones de presupuesto de casa real, al trapero de la esquina ó al rey de Prusia, á un escarolero ó al emperador de todas las Rusias, y no hallareis uno solo, lo juro, ni uno solo que quiera aceptar, y vereis como el trono se

(1) El hijo único, de Napoleon.—N. del T.

queda vacante, y como es preciso sacarle á pública subasta y adjudicarle con rebaja.

CAPÍTULO VIII.

De la elocuencia militar.

La elocuencia militar de los antiguos no es mas que una ficcion de sus poetas é historiadores.

Arengar á los soldados, no en el circo ni desde una tribuna, sino á vista del enemigo, como dicen que sus generales lo hicieron, debia ser magnífico, no lo niego; pero lo conceptuo lisa y llanamente imposible.

Aquellas célebres palabras de Leónidas á Jerjes: «Ven á tomarlas (1),» las de Epaminondas al espirar: «Dejo dos hijas inmortales, Leuctra y Mantinea (2),» y las de César: «Vine, ví, vencí (3),» pueden muy bien haber sido pronunciadas, puesto que no son sino meras palabras; pero hay mucha diferencia entre unas cuantas sílabas y una arenga de varias páginas; la misma que entre la verdad y la mentira.

Y es bien claro: porque si en la misma cámara de diputados, donde la disposicion acústica favorece la repercusion de los sonidos, de cuatrocientos individuos hay lo menos ciento que no perciben nunca con claridad las mas sonoras alocuciones de los mas ejercitados oradores, ¿cómo es posible que los generales antiguos lograran hacerse oír de toda una línea de cien mil combatientes en el terreno irregular de un campo de batalla, y en medio de las lluvias y los vientos que se llevan

(1) Fué la contestacion que dió al rey de Persia cuando le pidió sus armas al penetrar con su innumerable ejército en el paso de las Termópilas.—*N. del T.*

(2) Los pueblos de Mundi ó Mantinea y Leuctra, situados el primero en la Arcadia, y el segundo en Beocia, cerca de Platea, son inmortales en la historia por dos sangrientas victorias del tebano Epaminondas contra los lacedemonios.—*Id.*

(3) Estas palabras perpetuadas como frase sacramental para expresar la rapidez de un triunfo militar, fueron las que usó César para pintar la prontitud con que habia vencido y derrotado á Farnaces, rey del Ponto.—*Id.*

y cortan las palabras sin que lleguen á seis pasos del orador? Y además, ¿no puede uno ser gran general y grande orador, y tener un órgano débil y poco sonoro? Por lo comun, todos aquellos ejércitos monstruosos no eran mas que un aglomeramiento de bárbaros advenedizos de todos países, sometidos á la vara férrea de un caudillo y dueño, sin saber leer ni escribir, sin entenderse los unos á los otros, aunque siempre en perfecta inteligencia cuando se trataba de cometer violencias, asesinatos y rapiñas. Pero la ilusion es siempre favorable á los cuentos del tiempo viejo; prestamos entera fe á los historiadores que hacen hablar á Alejandro, á Escipion y á Anibal, como si Anibal, Escipion y Alejandro hubieran sido unos ensartadores de frases repulidas, que, en lo mas crudo de la refriega, pusieran todo su cuidado en no descomponer en una sola coma la simetría gramatical, y la cadencia y tiempo de un supino ó de un gerundio. Pero esas ficciones de discursos datan de muy antiguo.

Los griegos eran excelentes parladores; por eso salieron todos los héroes del viejo Homero tan dados á las arengas como á las batallas. Ni él ni Virgilio se contentaron con hacer hablar por los codos á los hombres de por acá, sino que á mayor abundamiento quisieron que hablasen los dioses del Olimpo. A imitacion suya, pone el Tasso palabras afiligranadas y llenas de agudeza en boca de Reinaldos, de Soliman y de Godofre, los cuales, como buenos paladines, se vanagloriaban de no entender una jota del alfabeto galo ó turco. Milton hizo todavía mas: quiso que los alados serafines del cielo y los ángeles de las tinieblas pronunciasen discursos, y muy patéticos por cierto, para excitar á las milicias divinas é infernales á pelear valerosamente las unas contra las otras, sin matarse por supuesto, dado que las almas sin cuerpo no pueden morir.

Las desmesuradas arengas de Quinto-Curcio son trozos de retórica que á aquel historiador se le antojó poner en boca de su Alejandro, convertido en charlatan.

Polibio, Tucídides, Salustio, Plutarco, visten á los héroes griegos y romanos con las libreas de su estilo. No es Germá-

nico, sino Tácito puro y neto el que figura en los *Anales* (1). Tito-Livio se eterniza con sus arengas, y este armonioso parlador de los salones de Mecenas no echa de ver que los generales de la antigua Roma no le hubieran llegado á entender siquiera. Fuera de ver y aun de oír, á los gentiles-hombres de Tarquino balbuciendo, en medio de inextinguibles carcajadas, la jerga del dialecto toscano en la refinada córte de Augusto! Sería poco mas ó menos, como si madama de Sévigné (2) pretendiese hacerse entender de los záfios servidores del rey Childeberto (3).

Villemain, el mas elegante de nuestras notabilidades literarias, no hubiera pulido, redondeado y aguzado mas su estilo, encerrado en su despacho, que el adusto Coriolano al pié de los muros de la naciente Roma, ó que el feroz Arminio (4) en los pantanos de la Germania.

Gálvaco (5), verbigracia, era una especie de salvaje desmenado, barbudo y velludo de piés á cabeza; lanzaba de su áspera garganta gritos inarticulados, y blandía un enorme charote; no entendía de elipsis ni de ablativos absolutos, y es mas que probable que no tuvo tiempo de terminar sus estudios de filosofía en la universidad de Oxford. Pues sin embargo! Tácito hace de él un verdadero dómine, una especie de secretario perpétuo de la academia francesa; todo el discurso que le cuelga está perfectamente peinado y barnizado: nada le falta, su exordio, su disposicion, sus pruebas, su peroracion, y además su lógica, su vehemencia, su colorido. Y añádase á esto una admirable pintura de las costumbres, con todo el estilo de los grandes maestros. Ciceron se hubiera mordido las uñas de envidia!

(1) Nadie ignora que los *anales* de Tácito comprenden la Historia de los cuatro emperadores Tiberio, Claudio, Neron y Calígula, hijo de Germánico. De estas cuatro historias solo se conserva íntegra la de Tiberio, que fué el que persiguió al valiente y justo Germánico y le dió muerte por envidia de sus glorias.—*N. del T.*

(2) Célebre escritora del siglo XVII, autora de unas *Cartas* traducidas en todas las lenguas de Europa. Pocas obras posee la literatura francesa de estilo mas culto, refinado é ingenioso.—*Id.*

(3) Rey franco del VI siglo, hijo de Clodoveo.—*Id.*

(4) Caudillo bárbaro derrotado por Germánico.—*Id.*

(5) Gálvaco era un caudillo breton del tiempo de los romanos.—*Id.*

Todos esos historiadores consumieron su juventud devanándose los sesos y sudando el quilo en las disputas de la escuela. Sus trabajadas arengas huelen todas á aceite. Parece que los retratos y discursos andaban muy en boga en aquellos tiempos; y claro está que para agradar al público de entonces no tenian los historiadores mas remedio que pintarle discursos y retratos.

Por último, los griegos y romanos, gente de grande imaginacion, fueron siempre muy aficionados á las ficciones, tanto en religion como en gobierno, en poesía, en legislacion, en todo. Si hemos de juzgar de la verdad de las cosas y acciones que Salustio, Tito Livio, Quinto-Curcio y Tácito nos refieren, por la exactitud de las arengas que nos encajan, creo que no hay mucho que escoger entre todas aquellas historias.

Lo que mas patentiza la inverosimilitud de dichas arengas, lo que indudablemente la demuestra, es la cualidad de improvisadas que quisieron darles. Pues, en efecto, nadie nos dice que fuesen dictadas á un secretario, ni que este estuviese al lado del general para extenderlas. Nadie las grababa con el estilo en tablas enceradas; no se fijaban en las empalizadas del campamento; no eran leídas en las veladas á la lumbre del vivac, ni aprendidas de memoria para recitárselas unos á otros.

En nuestros dias las arengas militares no se improvisan. No se podrian percibir entre el triquitraque de los fusiles y bayonetas, el manoteo y los relinchos de los caballos, el ruido de las toses, de los estornudos y moqueteos, de las conversaciones, de los cuchicheos y de las pisadas de los soldados.

Imposible le seria al general reunir en un terreno bastante concentrado la infantería, la caballería, los estados-mayores, la artillería con sus trenes, los bagajes y el cuerpo de ingenieros. Tampoco podria hacerse llevar á brazo sobre un pavés ó en una tribuna; además de ser ridículo pareceria demasiado estudiado. El general, pues, habla mas á la imaginacion del soldado que á su oido; le anima antes del combate, le da el parabien despues de la victoria. Las arengas se insertan en la órden del dia, y esta se pega y se lee en las paredes, en los árboles, en las estacadas del campamento, y se repite y se co-

menta en las veladas del vivac, y se multiplica cuanto se quiere por medio de la imprenta.

En nuestras alocuciones militares hay posibilidad, verdad y resultado. Pero en vano, repito, indagará uno qué significaba la improvisacion en los ejércitos de la antigüedad, y qué efecto podrian producir, qué alcance podian tener esas palabras desperdiciadas al viento, disipándose, sin que hiriesen el oido, á los piés del mismo orador. Considero, pues, todas esas largas alocuciones de los antiguos capitanes como un mero ornato histórico, como una ficcion, una fábula, una mentira.

César es tal vez el único á quien no comprende esta crítica, porque César no era solamente un guerrero; era tambien uno de los aristócratas mas cultos de Roma en los tiempos de su gran literatura. Reunia César todos los talentos y todas las cualidades: era elegante y enérgico, humano y valeroso, prudente y decidido, vehemente y astuto, vasto en sus planes, osado en la ejecucion, pagado de su origen patricio, y familiar con sus soldados que le adoraban. Gran general, grande escritor, y grande orador á un mismo tiempo; él mismo nos refiere en los comentarios que escribió sus campañas y sus discursos. Mas siendo César, como todos los hombres de ingenio, sensible á las lisonjas de la gloria literaria, no hay mucho que fiar, y yo por mi parte no me fiaria en manera alguna en que no haya corregido, limado, amplificado y refundido, y aun quizás preparado de antemano, aunque no fuese mas que por gusto, en los ocios de su tienda, muchas de aquellas famosas arengas de su supuesta improvisacion. Despues de la victoria, no dejaba de ocuparle la posteridad.

Pero sea de esto lo que fuere, no tengo yo dificultad en reconocer á César como el primer orador militar de los tiempos antiguos. Ni aun creo que haya quien esta opinion controvier-ta. Sienta tan bien la elocuencia á los vencedores y dueños del mundo!

En los tiempos modernos, San Luis, Felipe-Augusto, Francisco I, Bayardo y du Guesclin, han pronunciado frases de marcial bravura. Las alocuciones de Enrique IV sobre todo, son breves, penetrantes, llenas de alma, llenas de imaginacion.

Pero todos esos reyes, todos esos capitanes, solo aparecen en medio de un círculo de caballeros y gallardos paladines. De un caballero recibió Francisco I las armas en el campo de batalla. Caballeros eran los que de él recibieron como un sentido adios aquel dicho célebre: «Todo se ha perdido, menos el honor.» La misma palabra honor es una palabra de caballero. A caballeros fué á quienes Luis XII respondió en Aignadel: «¡Los que tengan miedo guarézcanse detrás de mí (1)!» A un caballero, á Crillon, fué á quien escribió Enrique IV: «¡Valiente Crillon (2), ya puedes ahorcarte; sin tí nos hemos batido en Arques!» A dos caballeros tambien, á los principes de Condé y de Nemours, gritaba el mismo Enrique: «¡Vive Dios! ¡adelante, caballeros! Yo os probaré que soy el primogénito!» A caballeros se dirige cuando arrebatado por su bridon pronuncia estas palabras: «¡Seguid mi penacho blanco, siempre le reconocereis en el camino de la victoria!» Pero ¿no están estos sentimientos y estos dichos, impregnados, por decirlo así, de feudalismo? ¿No se creeria que aquellos paladines coronados tenian en mas ser caballeros que reyes? Tales eran las costumbres y el espíritu de la época, y, justo es confesarlo, aquellos principes valian mas que las instituciones.

Bajo las leyes de la antigua Francia, habia cuerpos de tropas valientes y disciplinadas. No habia aun entonces ejército nacional. La grande elocuencia militar nació con la libertad en las guerras de la revolucion; pero la mayor parte de los héroes que mandaban nuestros ejércitos tenian mas arrojo que letras. Sabian mejor vencer que hablar; y entonces ni aun siquiera se hablaba, que se cantaba. La *Marsellesa* ganó mas batallas que los mas bellos discursos. No se necesitaban marciales exhortaciones para precipitarse á la bayoneta sobre los cuadros austriacos. Cada ciudadano era un soldado, y para

(1) Aunque caballeros en la cuna, no lo eran ciertamente en el valor, pues la célebre respuesta de Luis XII á sus cortesanos en la batalla de Aignadel, no tuvo otro objeto que echarles en cara su cobardía, cuando, por ser deshonrosa la huida, aconsejaban al monarca que se retirase y no expusiese sus preciosos dias.

N. del T.

(2) Era un segundo Bayardo; llamábanle en su tiempo el *Caballero sin miedo y el valiente de los valientes*. Escribió extensamente la vida de este portento de valor y heroica lealtad Mlle. de Lussan.—*Id.*

rechazar al enemigo cada soldado tenia el corazon de un capitán. El mero órden del día de la convencion solia ser mas elocuente que las mismas alocuciones de los generales. A veces terminaba, entre las aclamaciones unánimes de la asamblea, con estas sencillas palabras: «El ejército de los Pirineos, el ejército del Rhin, el ejército del Sambre y Mosa, el ejército del Oeste, el ejército de Italia, han merecido bien de la patria.»

Los acentos varoniles y arrogantes de la elocuencia republicana se extinguieron bajo el imperio. Diríase que la energía moral de la nacion no existia ya sino en un solo cerebro, en el de Napoleon, y que, en cuanto á la generalidad de sus subalternos, se habia refugiado á la extremidad de sus brazos. Cesó el ímpetu, cesó la iniciativa; obedecian, y nada mas. Decia el uno: «En nombre de mi augusto soberano, S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la confederacion del Rhin, vengo á prescribiros, oficiales y soldados, que cada uno de vosotros cumpla con su deber.» Otro general, mas servil aun, escribia: «Soldados, en virtud de las órdenes de S. E. el mariscal del imperio, comandante del cuarto cuerpo del ejército, tendreis que correr á la victoria.»

¿Qué diremos de la elocuencia militar de los rusos, de los alemanes ó de los ingleses?

Recuérdese la grande y heróica pantomima de Suwarow: en cierta ocasion, para electrizar á los rusos que empezaban á desanimarse, hizo que sus granaderos abriesen una huesa, y tendiéndose en ella con todas sus cruces, su espada y sus charreteras, mandó que le enterraran vivo (1).

Por lo demás, los generales rusos tratan á sus soldados como

(1) El conde Alejandro Suwarow Rimniski es uno de los mas célebres capitanes de la pasada centuria. El hecho citado tuvo lugar en una marcha que hizo con la division rusa contra Masséna por entre los mas peligrosos desfiladeros de la Suiza. Los partes de este valiente general son citados por su marcial laconismo. En sus primeras guerras contra los búlgaros, habiendo entrado en la ciudad de Toutoukaj, dió á la emperatriz Catalina parte de su victoria con dos versos rusos cuyo sentido es este:

*Gloria á Dios! y gloria á vos!
tomóse la ciudad, en ella estoy.*

N. del T.

á esclavos embrutecidos. Amonéstanles á que en la refriega alcen el pensamiento á sus señores, y adoren la imágen del gran San Nicolás, y la espada del arcángel San Miguel. Sus proclamas son abundantes de palabras, desmazaladas y fanáticas.

La elocuencia de los archiduques de Austria y de los príncipes de Saboya no ha metido nunca ruido.

Los generales ingleses son sóbrios de palabras; sus partes casi siempre sencillos, concisos y dignos. Nunca son encomiadores ni coléricos: cuentan la verdad y van al hecho. Sus soldados son frios, inteligentes, disciplinados, intrépidos, menos sensibles á la gloria que al deber, y menos á las lisonjas hábilmente aderezadas que al bienestar material. No es fácil exaltar su imaginacion con figuras retóricas, reanimar su valor con arrebatos oratorios, ni conmover su corazon con acentos de sensibilidad. Mas tampoco se les podria decir sin que murmuraran: por ahora no hay zapatos, capotes, vino, cerveza, pan, ni carne; pero entretanto, amigos míos, podeis volar á la victoria! Las cámaras aristocráticas de la Gran Bretaña conceden á los generales y oficiales, en vez de acciones de gracias y de espadas de honor, crecidas pensiones. Es un pueblo aquel donde todo, hasta la misma gloria, se reduce á metálico.

Los partes ingleses, no lo niego, son quizá demasiado secos; pero por mi gusto los prefiero á los partes españoles, que son todavía mas ampulosos que los nuestros de Africa, y donde á la menor escaramuza se da el nombre de batalla, y el de héroe al mas insignificante escaramuzador. Solo en aquel reino se ven marqueses de la Lealtad, príncipes de la Paz, y duques de la Victoria; dos duques á la vez de un mismo nombre en los dos bandos opuestos, de modo que en rigor no pueda haber jamás vencidos en ninguno de los dos, siendo ambos vencedores. Todos allí son inmortales: es inmortal Riego, es inmortal Zumalacárregui, Cabrera es inmortal, Espartero es inmortal, como es inmortal Don Quijote! Por fortuna todo ese heroísmo, con sus serenatas y laureles, y cruces de brillantes, y retratos, y cajas de tabaco y carrozas triunfales tiradas á

brazo , y ampulosas arengas , no tiene gran trascendencia ; y dicese que como en España hace calor , es preciso disimular alguna cosa á sus habitantes, y permitir que el ejército, los ayuntamientos y las córtes, puedan al menos desahogar su fogosa imaginacion.



SEGUNDA PARTE.

RETRATOS.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

MIRABEAU.

Cuando despues de haber surcado la inmensa extension de los mares, bogaba sereno Cristóbal Colon hácia el continente de América, empiezan de súbito á silbar los vientos, brilla el relámpago, brama el trueno, rómpense las jarcias, túrbase el piloto, y va la nave á perderse y sumergirse entre las olas.

Pero mientras los soldados y marineros oran arrodillados y pierden la esperanza, confiado Colon en sus altos destinos, coge el timon, gobierna la nave despreciando los mugidos de la tempestad y el horror de la profunda noche, y advirtiendo que la proa del buque tropieza en las costas del nuevo mundo, alza el grito exclamando: ¡tierra! ¡tierra!

Asimismo, cuando la revolucion, rotas las áncoras y desgarradas las velas, bogaba perdida en un mar lleno de sirtes y de tempestades, Mirabeau de pié en la proa del navío desafiaba á los rayos y centellas, y, tranquilizando á los pasajeros consternados, alzaba en medio de ellos su voz profética, y les señalaba con la mano la tierra prometida de la libertad.

Todo concurría á hacer de Mirabeau el altivo dominador de la tribuna, su organizacion excepcional, su vida, sus estudios

y sus luchas domésticas, la época extraordinaria en que apareció, el espíritu y la manera de las deliberaciones de la asamblea constituyente, y el conjunto verdaderamente maravilloso de sus facultades oratorias.

En una asamblea de doscientos legisladores (1) es preciso que el orador sea visto y oído de lejos, y Mirabeau lo era en efecto. Es preciso que las particularidades de la fisonomía desaparezcan en el conjunto, que el hombre interior se revele en sus facciones, y que la grandeza del alma se imprima en el semblante y en el discurso. Y Mirabeau tenía este conjunto, estas facciones, y esta alma; Mirabeau en la tribuna era el más bello de los oradores.

De orador tan cumplido es más difícil decir qué cualidades no poseía de las que le adornaban.

Era Mirabeau de una corpulencia maciza y cuadrada, de labios gruesos, frente ancha, huesuda y protuberante, cejas arqueadas, mirada de águila, mejillas llenas y algo caídas; tenía el rostro pecoso, acribado y lleno de manchas, la voz de trueno, una enorme cabellera, y un aspecto de león.

Nacido con un cuerpo de hierro, con un temperamento de fuego, sobrepujo á su raza en vicios y virtudes. Las pasiones se apoderaron de él casi desde la cuna, y devoraron toda su vida. Sus exuberantes facultades, no pudiendo extenderse por fuera, se reconcentraron en sí mismas. Como el volcán que condensa, amalgama, tritura y derrite las lavas antes de lanzarlas al espacio por su cráter inflamado, así hizo él en su mente una amalgama, un desmenuzamiento, un hervidero de todas las cosas; literatura griega y latina, lenguas extranjeras, matemáticas, filosofía, música, todo lo aprendió, todo lo retuvo, todo lo sabía. La esgrima, la natación, la equitación, el baile, la carrera, todos los ejercicios gimnásticos, en fin, le eran familiares.

Los males que pintaron los afortunados filósofos del siglo, él los experimentó. Miró de hito en hito y con arrogancia al despotismo paternal y ministerial, sin mostrarle nunca miedo y sin dejarse abatir por eso.

(1) La asamblea constituyente se componía de doscientos individuos.

Pobre, fugitivo, desterrado, proscrito, encarcelado, cada día, cada hora de su juventud, fué una falta, una borrasca, un estudio, un combate. Bajo los cerrojos de las torres y de las cárceles, con la pluma y la frente inclinada sobre sus libros, llenaba los vastos receptáculos de su memoria con los mas ricos y variados tesoros: templaba y retemplaba su alma en sus impetuosos asaltos contra la tiranía, como el acero que se sumerge en el agua enrojecido todavía al salir del horno.

Mientras que los demás jóvenes de la aristocracia disipaban sus dias en un ignorante y frívolo libertinaje, él luchaba valerosamente contra todos y contra todo. Su alma, robustecida mas que indignada con la injusticia y la arbitrariedad, oponia á los obstáculos un invencible teson; su ingenio aguzado por la desgracia, abundaba en arbitrios é invenciones. ¡Qué de estratagemas! ¡qué de recursos! ¡qué de osadía y sagacidad! ¿Cómo burlar las asechanzas de su padre, de la policía, de sus enemigos? ¿Cómo huir y por dónde? ¿cómo vivir solo? ¿cómo, sobre todo, vivir con una compañera? ¿cómo apelar nuevamente de su sentencia capital? ¿cómo ablandar á su padre sin separarse de su querida? ¿cómo no separarse de ella para reunirse con su mujer? ¿cómo separarse de ella sin envilecerla, sin matarla? ¿cómo hacer cara á tantas necesidades renacientes? ¿cómo bastar á tantas situaciones perplejas, á tantas exigencias, á tantas delicadezas, á tantos peligros? ¿cómo defender tesis tan contrarias sin infringir la lógica y sin faltar á la moral? Mirabeau se duplica, se centuplica; se defiende y ataca; ruega y amenaza; escribe y habla, habla en su propia causa, como un abogado, sin ser abogado; mejor que un abogado, como solo Mirabeau podia hablar.

¡Defensa inmoral sin duda! situacion falsa y sofisticada; dias sin reposo, noches sin sueño; vida borrascosa sembrada de escollos y de naufragios; esfuerzos siempre tirantes, alguna vez felices, muchas frustrados: pero en un solo corazon ¡qué estudios del corazon humano! y en aquella cabeza ¡qué trabajo mental! ¡qué fecundacion! ¡qué concepciones! ¡Cómo sabia doblegarse, cimbrarse, levantar la cabeza, humillarse, tomar todos los tonos, ora pintase á Sofia en caractéres de fuego los

tormentos de su corazon , ora escribiese mas adelante á los marseleses sobre la carestía de los cereales, una carta, diminuto dechado de sensatez popular, de cálculo riguroso y de sencillez!

Por do quiera, por todas partes se revela ya Mirabeau: en sus cartas, en sus alegatos, en sus memorias, en sus obras sobre las prisiones arbitrarias, sobre la libertad de imprenta, sobre los privilegios de los nobles, sobre la desigualdad de las distinciones, sobre materias de hacienda y sobre la situacion de Europa. Enemigo de todos los abusos, vehemente polemista, osado reformador; mas notable, en verdad por la elevacion, osadía y originalidad de los pensamientos, por la verdad de las observaciones y por el vigor del raciocinio, que por las galas de la forma; verboso, difuso, incorrecto, desigual, pero seductor y pintoresco en su estilo; estilo hablado mas bien que escrito, como acostumbran los oradores.

¡Con qué varonil elocuencia apostrofa al rey de Prusia!

«Si haceis lo que el hijo de vuestro esclavo habrá hecho diez veces al dia mejor que vos, los cortesanos dirán que habeis hecho una cosa extraordinaria; si obedecéis á vuestras pasiones, os dirán que haceis bien; si prodigáis los sudores de vuestros vasallos como el agua de los rios, dirán que haceis bien; si arrendais el aire, dirán que haceis bien; si os vengais, vos tan poderoso, dirán que haceis bien; lo dijeron cuando Alejandro embriagado, desgarró de una puñalada el pecho de su amigo: lo dijeron cuando Neron asesiné á su madre!»

¿No es esto un dechado de discursos? ¡y qué elocuencia!

¿Y no se descubre igualmente el orador entero en su carta de accion de gracias al estado llano de Marsella? «Oh Marsella, ciudad antigua, ciudad soberbia, asilo de la libertad! ¡Ojalá que la generacion que se prepara para el reino derrame sobre tí todos sus beneficios! ya no me queda mas voz para decírte lo que siento, ni lo que pienso, pero me queda un corazon; y este corazon es inagotable para hacer votos por tí!»

Por otra parte, ¿no es maravilloso verle, en tiempos tan atra-sados, asentar ya, en nombre de los comunes, delante de los

estados de Provenza, las bases del sufragio universal y de la delegacion de poderes?

«Cuando una nacion es demasiado numerosa para reunirse en una sola asamblea, forma muchas, y los individuos de cada asamblea particular dan á uno solo el derecho de votar por ellos.

«Todo representante es, por consiguiente, un elegido. La coleccion de los representantes es la nacion, y todos los que no son representantes han debido ser electores por el mero hecho de estar representados.

«No debe existir individuo alguno en la nacion que no sea elector ó elegido, representante ó representado.»

¿No diria cualquiera que Mirabeau descubrió ya, ó mas bien creó, por un esfuerzo de su genio precursor, la forma, las definiciones y los términos del lenguaje político?

Resumamos, porque su vida tiene muchas fases; resumamos á Mirabeau en esta época.

Mirabeau habia vivido dura y estudiosamente en las cárceles, experimentado los rigores y las privaciones del destierro, escrito sobre la política, formulado códigos, defendido sus propias causas, redactado memorias, predicado á la multitud, roto abiertamente con los de su clase, frecuentado á los ministros, visitado la Inglaterra, estudiado la Suiza, habitado la Holanda, observado la Prusia. Sucesivamente hombre de estudio y de placeres, militar, prisionero de estado, víctima de la tiranía, literato, hombre de negocios, diplomático, cortesano, hombre del pueblo; habia meditado, sufrido, comparado, juzgado, legislado, impreso, perorado. Su educacion parlamentaria estaba ya hecha cuando todavía no estaba abierto el parlamento; ya hablaba corrientemente la lengua política cuando los demás no hacian mas que tartamudear, la hablaba mejor que los abogados del foro, que los predicadores del púlpito. Era orador antes de parecerlo, antes tal vez de saberlo él mismo; pronto iba á ser el gobernador no menos que el orador de la asamblea constituyente, el príncipe de la tribuna moderna, el dios de la elocuencia, y para decirlo todo, la mas alta personificacion de la revolucion de 1789.

La revolucion de 1789 ha sido el suceso mas grande de los tiempos modernos. Los filósofos con sus escritos, los parlamentos con sus resistencias, la córte con sus locas prodigalidades, el clero con el exceso de sus riquezas, el pueblo con su miseria, la hacienda con sus bancarrotas, la legislacion con sus abusos, la civilizacion con sus progresos, la Inglaterra y los Estados-Unidos con su ejemplo; todo anunciaba una catástrofe.

La decrépita sociedad de nuestros padres cruja juntamente por la cúspide y por los cimientos; á medida que se iba descubriendo alguna porcion del edificio para repararla, se echaba de ver que estaba carcomida por la polilla y minada por el tiempo; así fué que, tan luego como el pico del *demoledor* hubo desprendido algunas piedras, sobrevino en las paredes un sacudimiento general, y se desmoronó la sociedad.

Agitábanse confusamente los pueblos en medio de los escombros, cuando se convocaron los estados generales; alzóse un largo clamor para pedir que no hubiese mas pisos sobrepuestos unos á otros, grandes habitaciones para una ó algunas personas, ni pequeñas habitaciones para una multitud de hombres; que el edificio no perteneciese á un solo propietario, sino á todos los habitantes de la ciudad política, y que sus delegados estuviesen encargados de proveer á la reconstruccion, á la seguridad y á la comodidad de la nueva casa social.

Mirabeau se adelanta en la carrera como un gigante, y la Provenza tiembla bajo sus pisadas. Noble, conduce al combate al estado llano contra la nobleza de Francia, que insensatamente le habia expulsado de sus filas, con el vano pretexto de que no poseia propiedad ni feudo. Mirabeau se irrita, y comparándose á Graco proscripto por el senado de Roma, deja al órden estas formidables palabras de despedida: «En todos los países, en todas las épocas, los grandes han perseguido implacablemente á los amigos del pueblo, y si, no sé por qué combinacion de la fortuna, se ha elevado alguno de ellos en su seno, á ese sobre todo es al que han herido, ansiosos de inspirar terror con la eleccion de la víctima.

«Así pereció el último de los Gracos á manos de los patrios; pero, herido del golpe mortal, arrojó un puñado de polvo

al cielo, invocando á los dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mario; Mario, menos grande por haber exterminado á los cimbrios que por haber derribado en Roma la aristocracia de la nobleza!»

No existe en toda la antigüedad un arranque mas oratorio; todo este trozo, además, es de alta elocuencia y termina con esta hermosa profecía :

«Los privilegios acabarán, pero el pueblo es eterno.»

Esta altanera respuesta anonadó á sus adversarios, y Mirabeau se lanzó con toda su alma en las sendas de la democracia.

Una vez en este terreno, le amoldó, le holló bajo sus pies, se extendió, se afirmó y luchó en él, como el atleta del pueblo, contra los órdenes del clero y de la nobleza, con todo el poderío de su lógica, y con toda la energía de su indomable voluntad.

Créese vulgarmente que la fúeza de Mirabeau consistia en la anchura de su robusto pecho (1) y en los espesos mechones de su crin de leon; que de una coleada barria á sus adversarios; que se desplomaba sobre ellos con los bramidos y el furor de un torrente; que los aterraba con su mirada; que los anonadaba con los estampidos de su voz, semejante al trueno: esto es alabarle por las dotes exteriores del porte, del órgano y del ademan, como se alabaria á un gladiador del circo ó á un cómico, no como se debe alabar á un grande orador.

Sin duda Mirabeau debió mucho, cuando empezó su carrera oratoria, al prestigio de su nombre, porque ya era dueño de la asamblea por la reputacion de su elocuencia, antes de serlo por su elocuencia misma.

Sin duda Mirabeau debió mucho á aquella voz penetrante, flexible y sonora que llenaba fácilmente el oido de mil doscientas personas, á aquellos soberbios acentos que dan interés á

(1) El texto dice: *Dans les fanons de son poitrail*, literalmente en las barbas ó *ba-* llenas de su pecho de caballo. Nuestra lengua es demasiado severa para admitir una metáfora tan atrevida. Claro está que esas *barbas ó bollenas* se toman aquí por un signo de robustez, y que la voz *poitrail* (pecho de caballo) está puesta para encarecer la anchura del pecho de Mirabeau. Queda pues exactamente vertida la idea, si no la expresion del autor.—N. del T.

una causa, á aquellos impetuosos ademanes que lanzaban á sus desparovidos adversarios provocaciones sin respuesta.

Sin duda Mirabeau debió mucho á la inferioridad de sus émulos, porque delante de él las demás reputaciones se eclipsaban, ó mas bien no se agrupaban como satélites al rededor de aquel astro mas que para hacerle brillar con mas vivo esplendor. El abate Maury no era mas que un elegante retórico; Cazalés, mas que un hablador flúido; Sieyes, mas que un metafísico taciturno; Thouret, mas que un jurisconsulto; Barnave, mas que una esperanza.

Pero lo que estableció su incomparable dominio sobre la asamblea, fué primeramente la predisposicion entusiasta de la asamblea misma, la armonía y la cooperacion de sus asombrosas facultades, la fecundidad de su trabajo, la inmensidad de sus estudios y de sus conocimientos; la grandeza y extension de sus miras políticas, la solidez de su dialéctica, la meditacion y profundidad de sus discursos, la vehemencia de sus improvisaciones, y la incisiva vivacidad de sus réplicas.

¡Cuánto distan de nosotros aquellos tiempos!... El pueblo de París entero se mezclaba ansioso en las discusiones del poder legislativo: cien mil ciudadanos llenaban las Tullerías, la plaza de Vendome, las calles adyacentes, y corrian de mano en mano los boletines copiados, esparcidos, tirados por entre el gentío, sobre las vicisitudes de cada momento del debate: entonces habia vida pública. La nacion, los ciudadanos, la asamblea, estaban todos esperando grandes sucesos, llenos todos de aquella eléctrica y vaga emocion, tan favorable á los espectáculos de la tribuna y á los triunfos de la elocuencia.

Nosotros, que vivimos en una época sin fe y sin principios, devorados como lo estamos de piés á cabeza por la lepra del materialismo político; nosotros, asambleas de hombrecillos que nos inflamamos como una montaña para no parir mas que un raton; nosotros, corredores de negocios, de carteras ministeriales, de cintajos, de charreteras, de recaudaciones y de togas; nosotros, hombres de la alza y baja, del tres y cinco por ciento, del empréstito de Haiti ó napolitano; nosotros, hombres de córte, de policia, de pandillas, de todas espe-

cies de épocas, de todas especies de sistemas, de todas especies de prensas, de todas especies de opiniones; nosotros, diputados de una parroquia ó de una cofradía, diputados de un puerto, de un camino, de un canal, de un viñedo; diputados de la caña de azúcar ó de la remolacha; diputados de la hornaguera ó de los betunes; diputados del carbon, de la sal, del hierro, del lino; diputados de la raza vacuna, caballar, asnal; diputados de todo, excepto de la Francia. Nosotros no comprendemos jamás hasta qué punto llegaban las convicciones y la sinceridad, la sencillez de corazón, la virtud, el desinterés y la verdadera grandeza de aquella famosa asamblea constituyente.

Sí, cualquiera hubiera dicho que no existían ya en aquella asamblea ni en aquella nación de nuestros padres, hombres provecos que habían atravesado los malos días del despotismo ni ancianos que se acordaban de lo pasado; todo era en ellas abnegación, raptos de patriotismo, anhelos de libertad, aspiraciones sin fin á un porvenir mejor; era aquello como un hermoso sol que brilla en la mañana de la primavera, que calienta la naturaleza embotada por el frío y dora todos los objetos con su pura y templada claridad. La nación jóven y llena de gratas ilusiones, creía oír voces que la llamaban á los mas altos destinos; se estremecía, lloraba, se sonreía como una madre en el parto de su hijo primogénito: era aquello la revolución en la cuna.

Nuestras cámaras actuales son otras tantas iglesias pequeñas donde cada uno coloca su imágen sobre el altar, se canta el *Magnificat*, y se adora á sí mismo.

Nuestros oradores actuales no son por lo comun mas que jefes sin soldados; no representan mas que opiniones borradas, partidos agotados y moribundos, fracciones de fracciones, cuando no simples unidades: no meten mas ruido que el ruido de su voz; no ejercen presión sobre el exterior.

Mirabeau, por el contrario, representaba y conducía á su época. Todavía cree uno verle en la borrascosa noche de lo pasado, de pié sobre la montaña, como otro Moisés, en medio del rayo y de los relámpagos, llevando en brazos las tablas de la ley, y coronada la frente con una aureola de fuego, hasta

que vaya á perderse y sumergirse en la sombra que sube y le envuelve.

A la voz de Mirabeau se reunen los estados generales, á la luz de su antorcha van á marchar. El órden de la nobleza se separa violentamente y se insurrecciona. Mirabeau atempera con su longanimidad las impaciencias del estado llano. Lisonjea, adula, honra á la minoría del clero para atraerle á sus filas, y presta al rey sus propios pensamientos para intimidar á la nobleza.

Luego, cuando ha tranquilizado poco á poco á los tímidos plebeyos de los comunes, asombrados al principio de la temeridad de su empresa, los deslumbra de repente con el título de representantes del pueblo: ya no son una fraccion de la asamblea, ni aun la mas grande, sino toda la asamblea: los órdenes del clero y la nobleza deben absorberse como débiles rayos de luz en el resplandor de la majestad nacional.

«¿Para qué necesito, dice, demostrar que la division de los órdenes, que la opinion y la deliberacion por órden, serian una invencion verdaderamente sublime para fijar constitucionalmente el egoismo en el sacerdocio, el orgullo en el patriciado, la bajeza en el pueblo, la confusion entre todos los intereses, la corrupcion en todas las clases de que se compone la gran familia, la codicia en todas las almas, la insignificancia en la nacion, la tutela del príncipe y el despotismo de los ministros?»

No le bastaba á Mirabeau haber, por medio de una hábil maniobra, separado y roto la union de los dos órdenes disidentes, haber consagrado la permanencia de la insurreccion á favor de la inviolabilidad personal de los insurgentes, y haber en fin hecho decretar la unidad, la indivisibilidad y la soberanía de la asamblea constituyente; sino que necesitaba hallar para aquella soberanía un ejercicio y una sancion.

La córte, con la insensata, arbitraria y pródiga creacion de los impuestos, y la nobleza y el clero, con su negativa de cooperacion, habian elevado hasta lo sumo la deuda del estado y precipitado la ruina de la hacienda. El mal llevaba en sí el remedio, remedio todavía mas político que económico, remedio

que no podia curar á la nacion, sino en cuanto ella se lo aplicase á sí misma con sus propias manos.

Este remedio era la votacion prévia del impuesto por el pueblo. Ahora bien, la asamblea constituyente representaba al pueblo; luego negando el impuesto, podia atar las manos al gobierno, como se desmonta el resorte de un reloj, como se quita el eje de un coche. Negando el impuesto, como lo proponia Mirabeau, mejor que con la famosa expresion de Sieyes *el estado llano es todo*, la revolucion no estaba ya por hacer, estaba hecha.

Nuestros padres fundieron sus obras en bronce, nosotros calcamos las nuestras sobre vidrio: ellos buscaban cuerda-mente las cosas semejantes entre sí, nosotros amalgamamos como unos insensatos las contrarias: ellos inventaban, nosotros copiamos: ellos eran arquitectos, nosotros no somos mas que peones de albañil.

Desde Mirabeau acá, no hemos hecho mas que retrogradar en la ciencia política; y si alguno lo dudase, lea su *Declaracion de los derechos del hombre*.

Esta contenia:

La igualdad y la libertad de todos los hombres por derecho de nacimiento; el establecimiento, la modificacion y la revision periódica de la constitucion por el pueblo; la ley como expresion de la voluntad general; la delegacion del poder legislativo á representantes frecuentemente renovados, legal y libremente elegidos, siempre existentes, anualmente reunidos, in- violables.

La infalibilidad del rey y la responsabilidad de los ministros.

La libertad de los otros por límite de la libertad de cada uno.

La libertad de la persona, y por garantía, la publicidad de la sustanciacion, del careo y de la sentencia, la anterioridad y la gradacion de las penas.

La libertad del pensamiento por medio de la palabra, de la escritura ó de la impresion, salvo la represion de sus abusos.

La libertad de los cultos, salvo la policia.

La libertad de las asociaciones políticas, salvo la vigilancia municipal.

La libertad de la locomocion en el interior y en el exterior.

La libertad de la propiedad, del comercio y de la industria.

La expropiacion por causa de utilidad pública, mediante una justa indemnizacion.

El voto prévio, la igualdad proporcional, la moralidad, la justicia y la moderacion del impuesto.

El establecimiento de una contabilidad regular, la economía en los gastos, la modicidad de las retribuciones y la abolicion de los abusos consistentes en acumular empleos en una persona (*cumuls*), y en dar otros no sujetos á trabajos ni obligaciones (*sinécures*).

La opcion de todos los ciudadanos á los empleos civiles, eclesiásticos y militares.

La subordinacion de las tropas á la autoridad civil.

La resistencia á la opresion.

La *Declaracion de los derechos* era un magnífico prólogo de la constitucion, así como los antiguos colocaban un peristilo delante de los templos de los dioses; era una decoracion política llena de grandeza y majestad, un resúmen de las doctrinas de los filósofos y de los publicistas del siglo XVIII, una imitacion de la constitucion americana. El ingenio francés gusta de generalizarse y, en la flotante anarquía de las opiniones, se necesitaba un medio de rehacerse, una base para la discusion. El prefacio de la constitucion de 1793, y las cartas de 1814 y de 1830 no son, en muchos conceptos, mas que la reproduccion, ora democratizada, ora aristocratizada, de la *Declaracion de los derechos del Hombre* de Mirabeau.

Los discursos de Mirabeau no han sido casi mas que el elocuente comentario de su *Declaracion de los derechos*. Aquel atrevido innovador no se contentaba con descubrir playas desconocidas y plantar en ellas algunos jalones; en ellas construía tapias y ciudades, y bajo los escombros de tantas constituciones como se han desmoronado unas sobre otras, todavía se encuentran hoy los cimientos de granito que las sustentaban.

En su inmensa carrera sembraba con profusion todas las

grandes y sagradas máximas del gobierno representativo; la soberanía del pueblo, la delegacion de los deberes, la negativa eventual de cooperacion, la independencia, la responsabilidad y el refrendo de los ministros, la iniciativa de la acusacion y la igualdad del impuesto.

Habla con tanta diversidad como facundia por la libertad de la prensa, de los cultos, del individuo, de la locomocion; por la amovilidad de los empleos, la constitucion de los ayuntamientos y de los tribunales, el establecimiento de la guardia nacional y del jurado, la *vitalidad* (1) de la asignacion de la casa real y su reduccion á un millon de renta (2), la exencion del impuesto para las clases necesitadas, la unidad monetaria y el cálculo decimal, la libertad de las asociaciones pacificas, el secreto de la correspondencia, la renovacion periódica y frecuente del cuerpo legislativo, el voto anual de las tropas, la responsabilidad pecuniaria de los recaudadores de contribuciones y la responsabilidad penal de los comunes, los pasaportes de los diputados, la venta de los bienes nacionales, la comprobacion de los poderes parlamentarios por el parlamento, el empleo de la fuerza armada á requerimiento y en presencia de los concejales elegidos por el pueblo, las casas de correccion paternal, la ley marcial, la igualdad de las sucesiones, la presencia legal y la interpelacion facultativa de los ministros en el seno de la asamblea, la denominacion de los parlamentos, una educacion civica.

Habla contra los mandatos imperativos, contra la dualidad de las cámaras, contra la inmutabilidad de los bienes del clero, contra la iniciativa directa y personal del rey, contra la permanencia de los distritos, contra la lotería.

Suspense, atónito, aterrado se queda uno ante las obras gi-

(1) *Viagerité*, de *viager*, vitalicio. Aquella voz, como la que empleamos para traducirla, nuevas una y otra en ambas lenguas, son de las que los gramáticos denominan *fácilmente formables*.—N. del T.

(2) Es decir un millon de francos, ó sean cuatro millones de reales. Cuarenta y ocho percibia anualmente el rey de los franceses, amen de otros ocho millones (de reales tambien) que importaba la asignacion del *príncipe real*, conde de París, siendo de advertir que la familia de Orleans era además, por su propio patrimonio, la mas rica de Europa, y probablemente del mundo.—*Id.*

gantescas llevadas á cabo por Mirabeau durante los dos años de su vida parlamentaria. Grandes discursos, apóstrofes, réplicas, proposiciones, representaciones, cartas á sus comitentes, polémicas de la prensa, informes, sesiones de la mañana, sesiones de la tarde, conferencias de las comisiones, de todo hace y en todo está. Nada hay para él demasiado grande ni demasiado pequeño; nada demasiado complejo, nada demasiado sencillo. Sobre sus hombros sustenta un mundo de trabajos, y parece que en su carrera de Hércules no experimenta cansancio ni hastío.

En el proceso de Aix, anonadó á Portalis con su elocuencia. El público salió de la sala loco de admiracion.

Multiplícabase á la vez en su propia persona y en todos los que se le allegaban; los ocupaba, los cansaba, los rendia á todos juntamente, amigos, electores, redactores, secretarios: conversaba, peroraba, escuchaba, dictaba, leía, compilaba, escribía, declamaba, estaba en correspondencia con toda la Francia. Digería los trabajos de los demás y se los asimilaba como su propia sustancia: recibía notas al pié de la tribuna, en la tribuna misma, y las ensartaba, sin interrumpirse, en el hilo de su discurso. Retocaba las arengas é informes para los que habia dado el marco, el plan, la idea; los ablandaba con su vara, los coloraba con su expresion, los robustecia con su pensamiento. Aquel sublime plagiario, aquel gran maestro empleaba á sus ayudantes y á sus discípulos en sacar el mármol de la cantera y en preparar su obra, como el estatuario que, cuando está á medio desbastar el pedazo de mármol, se acerca, coge cincel, le infunde respiracion y vida, y de él hace brotar un héroe ó un dios.

Mirabeau poseia una perfecta inteligencia del mecanismo y de los derechos de una asamblea deliberante: sabia hasta dónde puede llegar y dónde debe pararse; sus fórmulas disciplinarias se han trasmitido á nuestros reglamentos, sus máximas á nuestras leyes, y sus consejos á nuestra política; sus palabras formaban sentencia. Presidia y hablaba con grave dignidad, y respondia á las diputaciones con una riqueza de elocuencia y una facilidad de expresion tales, que

puede decirse que la asamblea constituyente nunca estuvo mejor representada que en la persona de Mirabeau, en la silla del presidente y en la tribuna del orador.

Y él, ¡qué grande idea se formaba de la representación nacional! él, Mirabeau, cuando decía: « Toda diputación amengua mi valor. » Con estos santos temores subió á la tribuna.

Mirabeau premeditaba la mayor parte de sus discursos. Su comparación de los Gracos, su alusión á la roca Tarpeya, su apóstrofe al abate Sieyès, sus famosas arengas sobre la constitución, sobre el derecho de paz y de guerra, sobre el *veto* de la corona, sobre los bienes del clero, sobre la lotería, sobre las minas, sobre la bancarrota, sobre el papel moneda, sobre la esclavitud, sobre la instrucción pública, sobre las sucesiones, donde brillan y se ostentan los tesoros de su saber y la profunda elaboración de su pensamiento, son trozos escritos.

Su método oratorio es el de los grandes maestros de la antigüedad, junto con una admirable fuerza de ademán y una vehemencia de dicción que tal vez nunca tuvieron ellos. Es fuerte, porque no se hace violencia; es natural, porque carece de afectación; es elocuente, porque es sencillo; no imita á los demás, porque le basta ser él mismo; no recarga sus discursos con un bagaje de epítetos, porque le retrasaría; no aventura digresiones, porque temería extraviarse.

Sus exordios son ora rápidos, ora majestuosos, según lo comporta la materia. Narra los hechos con claridad; expone la cuestión con seguridad; su frase rotunda y sonora es bastante parecida á la frase hablada de Cicerón; desarrolla con solemne lentitud las ondas de su discurso; no acumula sus enumeraciones como ornatos, sino como pruebas; no busca la armonía de las palabras, sino la hilación de las ideas; no agota en un asunto la hez, sino la flor. Si quiere deslumbrar, las imágenes le brotan al paso; si quiere conmover, abunda en arranques de corazón, en persuasiones delicadas, en arrebatos oratorios que no se atropellan, sino que se sostienen; que no se confunden, sino que se suceden, se engendran

unos de otros y brotan con grato desórden de aquella hermosa y rica naturaleza.

Pero apenas entabla el debate, apenas entra en el fondo de la cuestion, es sustancioso, nervudo, tan lógico como Demóstenes; avanza en órden cerrado, impenetrable; examina sus pruebas, dispone su plan de ataque y las forma en batalla.

Cubierto con las armas de la dialéctica, da el toque de arremetida, embiste á sus adversarios, les coge, los hiere en el rostro y no los suelta hasta que, puesta la rodilla sobre su garganta, les ha obligado á confesarse vencidos; si huyen, los persigue, los bate por detrás como por delante, y los acosa, los hostiga y los hace volver irresistiblemente al imperioso círculo que les ha trazado; bien así como aquellos marinos que, en el puente de una estrecha nave cogida al abordaje, ponen á un enemigo sin esperanza entre su espada y el océano.

¡Cuánto no debian sus palabras sorprender por su novedad y conmover la fibra popular, cuando trazaba esta pintura de una constitucion legal!

«Con harta frecuencia no se oponen mas que las bayonetas á las convulsiones de la opresion ó de la miseria; pero las bayonetas nunca restablecen mas que la paz del terror y el silencio del despotismo. Ah! el pueblo no es un furioso rebaño á quien sea preciso amarrar! Sereno siempre y mesurado, cuando es verdaderamente libre, no es violento y fogoso mas que bajo los gobiernos en que se le envilece para tener derecho de despreciarle. Cuando se considera todo lo que debe resultar para la felicidad de veinticinco millones de hombres (1), de una constitucion legal sustituida á los caprichos ministeriales, de la cooperacion de todas las voluntades, de todas las luces para la mejora de nuestras leyes; de la reforma de los abusos; de la disminucion de los impuestos; de la economía en el ramo de hacienda; de la moderacion en los castigos; de la regla en los tribunales; de la abolicion de una infinidad de servidumbres que coartan la industria y mutilan las facultades humanas; en

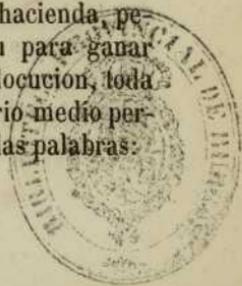
(1) En este número se evaluaba entonces la poblacion de Francia; hoy se calcula en treinta y dos millones.—*N. del T.*

una palabra, de ese gran sistema de libertad que, cimentándose en las bases de las municipalidades restituidas á elecciones libres, se eleva gradualmente hasta las administraciones provinciales, y recibe su perfeccion de la reunion anual de los estados generales; cuando se considera todo lo que debe resultar de la restauracion de este vasto imperio, se conoce que el mayor de los crímenes, el mas negro atentado contra la humanidad, seria oponerse al alto destino de nuestra nacion y repeleerla al fondo del abismo, para tenerla allí oprimida bajo el peso de todas sus cadenas.»

¡Con qué tino, con qué sagacidad de observacion enumera las dificultades de la administracion civil y militar de Bailly y de Lafayette, cuando propone que se les voten acciones de gracias!

«¡Qué administracion! que época esta en que es preciso temerlo y arrostrarlo todo! en que el tumulto renacé del tumulto, en que se produce una asonada por los medios que se toman para evitarla; en que siempre se necesita mesura, y en que la mesura parece equívoca, tímida, pusilánime; en que se necesita desplegar mucha fuerza, y en que la fuerza parece tiránica; en que acosan mil consejos á la autoridad, que de sí misma debe tomarlos; en que es forzoso temer hasta á ciudadanos cuyas intenciones son puras, pero á quienes la desconfianza, la inquietud y la exageracion hacen tan formidables como conspiradores; en que hay, hasta en ocasiones apremiantes, que ceder por prudencia, que conducir el desórden para contenerle, que encargarse de un empleo glorioso, es verdad, pero rodeado de crueles cuidados; en que es preciso además, en medio de tan grandes dificultades, mostrar una frente impávida, estar siempre sereno, poner órden hasta en los mas pequeños objetos, no ofender á nadie, curar todas las envidias, servir sin descanso y procurar contentar como si no se sirviese!»

En el momento en que M. Necker, ministro de hacienda, pedía á la asamblea un voto de confianza, Mirabeau para ganar aquella votacion desplegó toda la ironía de su elocucion, toda la fuerza de su dialéctica, y cuando vió al auditorio medio persuadido, lanzó contra la bancarrota estas tremendas palabras:



«Oh! si declaraciones menos solemnes no garantizasen nuestro respeto á la fe pública, nuestro horror á la infame palabra de bancarrota, diria á los que se familiarizan tal vez con la idea de faltar á los empeños nacionales, por temor al exceso de los sacrificios, por terror del impuesto..... ¿Qué es la bancarrota sino el mas cruel, el mas infame, el mas desastroso de los impuestos? Amigos, escuchad una palabra, una sola!

«Dos siglos de rapiñas y saqueos han abierto la sima en que está á punto de hundirse el reino. Es preciso colmar esa espantosa sima..... Pues bien! aquí teneis la lista de los propietarios franceses. Elegid entre los mas ricos á fin de sacrificar menos ciudadanos; elegid! pues ¿no es preciso que perezca un corto número para salvar á la masa del pueblo? Sí! esos dos mil notables poseen con qué colmar el *déficit*. Restableced el orden en vuestra hacienda, la paz y la prosperidad en el reino. Herid, inmolad sin compasion á esas tristes víctimas; precipitadlas en el abismo..... y se cegará..... Retrocedeis horrorizados..... hombres inconsecuentes! hombres pusilánimes.... ¡Cómo! ¿no veis que decretando la bancarrota, ó lo que es mas odioso todavía, haciéndola inevitable sin decretarla, os manchais con un acto mil veces mas criminal? porque, en fin, ese horrible sacrificio haria á lo menos desaparecer el *déficit*. Acaso creéis que, porque no pagueis, dejareis de deber? ¡Creéis que los millares, los millones de hombres que perderán en un instante, por la terrible explosion ó por sus rechazos, todo lo que formaba el consuelo de su vida, y acaso el único medio de sustentarla, os dejarán pacíficamente gozar de vuestro crimen! Contempladores estoicos de los incalculables males que vomitará sobre la Francia esa catástrofe; impasibles egoistas que creéis que esas convulsiones de la desesperacion y de la miseria pasarán como tantas otras, y tanto mas rápidamente cuanto que serán mas violentas, ¿estais bien seguros de que tantos hombres sin pan os dejarán tranquilamente saborear los manjares cuyo número y delicadeza no habreis querido disminuir....? No, pereceréis, y en la conflagracion universal que no temeis provocar, la pérdida de vuestro honor no salvará uno solo de vuestros detestables goces! Votad, pues

ese subsidio extraordinario, y plegue al cielo que sea suficiente. Votadle, porque los primeros interesados en el sacrificio que os pide el gobierno sois vosotros mismos! Votadle, porque las circunstancias públicas no consienten ninguna demora, y porque seriais reos de toda dilacion. Guardaos de pedir tiempo; la desgracia nunca le da. Y qué! á propósito de una ridícula peticion del Palais-Royal, de una risible insurreccion que nunca tuvo importancia mas que en las imaginaciones débiles ó en los perversos designios de algunos hombres de mala fe, oísteis no há mucho estos insensatos clamores: *Catilina está á las puertas de Roma, y deliberais!* Y ciertamente no habia en torno vuestro Catilina, peligros, facciones, ni Roma. Pero hoy la bancarrota, la inmunda bancarrota está ahí; amenaza consumiros á vosotros, á vuestras propiedades, á vuestro honor..... Y deliberais!»

De igual modo hablaba Demóstenes.

Mirabeau discurrendo era admirable; pero ¿qué no era Mirabeau improvisando? Su vehemencia natural, cuyos arranques comprimía en sus arengas meditadas, rebotaba en sus improvisaciones; una especie de irritabilidad nerviosa daba entonces á toda su persona la animacion y la vida. Un tempestuoso aliento henchia su pecho; su rostro de león se rugaba y se crispaba; sus ojos vibraban llamas, rugía, se precipitaba, sacudia su densa crin toda blanqueada con espuma, y tomaba posesion de la tribuna con la suprema autoridad de un amo ó de un rey.

¡Cuán hermoso espectáculo era verle, de cuando en cuando, realizarse y crecer delante de las dificultades! ¡cómo ostentaba el orgullo de su frente dominadora! ¡No parecia el orador antiguo que, con todas las potencias desencadenadas de su palabra, agitaba y reprimia en el foro las irritadas oleadas de la muchedumbre? Entonces dejaba á un lado las notas mesuradas de su declamacion habitualmente grave y solemne; prorumpia en interrumpidos gritos, en voces tonantes, en irresistibles y terribles acentos; cubria de carne y de colorido los argumentos huesosos de su dialéctica; apasionaba á la asamblea, porque se apasionaba él; arrastraba, porque él tambien se sentia

arrastrado. Y sin embargo, ¡tan grande era su fuerza! se precipitaba sin extraviarse, se apoderaba de los demás con el soberano imperio de su elocuencia sin cesar de regirla.

Sus improvisaciones, sea porque se agotase pronto, sea mas bien por instinto de su arte, eran breves: sabia que las emociones pierden parte de su efecto con su duracion; que no se debe dar al entusiasmo de los amigos tiempo para entibiarse, ni á las objeciones de los rivales tiempo para aducirse; que pronto causa risa el rayo que truena en el aire sin caer, y que se debe derribar rápidamente al adversario, como la bala de cañon que mata de un solo golpe.

Decíase que la asamblea no debia iniciar la acusacion de los ministros.

Al punto replica Mirabeau: «Olvidais que el pueblo, á quien oponéis el límite de los tres poderes, es la fuente de todos los poderes, y que solo él puede delegarlos! Olvidais que á quien estais disputando la inspeccion de los administradores es al soberano! Olvidais, en fin, que nosotros, los representantes del soberano; nosotros, ante quienes están suspendidos todos los poderes, incluso los del mismo jefe de la nacion, si no camina de acuerdo con nosotros; olvidais que nosotros no aspiramos á nombrar ó á destituir á los ministros en virtud de nuestros decretos, sino solo á manifestar la opinion de nuestros comitentes sobre tal ó cual ministro! ¡Cómo, cómo nos negariais ese simple derecho de declaracion, vosotros que nos concedéis el de acusarlos, perseguirlos, y crear el tribunal que debe castigar á esos fautores de iniquidad, cuyas obras, ¡palpable contradiccion! nos proponeis que contemplemos con religioso silencio! ¿No veis por ventura cuanto mejor que vosotros trato yo á los gobernantes, cuanto mas moderado soy que vosotros? Ningun intervalo admitís entre un adusto silencio y una denuncia sanguinaria. Callarse ó castigar, obedecer ó herir, tal es vuestro sistema! Pues yo aviso antes de denunciar, yo recuso antes de afrentar!»

Por inspiracion usaba de aquellas bellas figuras que trasportan súbitamente á los hombres, las cosas y los sitios á la escena, y que los hacen oír, hablar y obrar como si estuvieran presentes.

La asamblea iba á empeñarse imprudentemente en contiendas religiosas.

Mirabeau, para atajar la discusion, se levanta y dice: «Recordad que desde aquí, desde esta misma tribuna donde hablo, estoy viendo la ventana del palacio en que unos facciosos, uniendo intereses temporales á los mas sagrados intereses de la religion, hicieron dispararse de manos de un rey de los franceses (1) el fatal arcabuz que dió la señal de la matanza de los hugonotes!»

Disponíase una diputacion de la asamblea á presentar al rey la peticion, tres veces rechazada, de que disolviese las tropas que rodeaban la capital. El ardiente Mirabeau no pudo contenerse, y exclamó dirigiéndose á los de la comision:

«Decid al rey, decidle que las hordas extranjeras de las cuales recibimos nuestra investidura, fueron visitadas ayer por los príncipes y princesas, y los favoritos y las favoritas, y que recibieron sus agasajos, sus exhortaciones y sus presentes! Decidle que los satélites extranjeros, abitos de oro y de vino, han estado toda la noche prediciendo con sus impías canciones la servidumbre de la Francia, y que sus votos brutales invocaban la destruccion de la asamblea nacional! Decidle que en su palacio mismo han danzado los cortesanos al compás de ese coro de salvajes, y que igual á esa fué la escena precursora de la negra jornada de San Bartolomé!»

En su bello discurso sobre el derecho de paz y de guerra, á vuelta de alguna confusion de ideas, llegó Mirabeau á resolver la dificultad por medio de la responsabilidad de los ministros y la negativa de subsidios de parte del poder legislativo. Mas apenas pronunció aquellas últimas palabras: «No volvais á temer que un rey rebelde, abdicando voluntariamente su cetro, se exponga á correr de la victoria al cadalso.»

Violentos murmullos le interrumpieron. Espréménil pidió que se le llamase al órden por haber atacado la inviolabilidad del rey!

(1) Cérlos IX en la horrible noche del 24 de agosto de 1572 dia de san Bartolomé, por lo que se dió á aquella matanza el nombre de la *Saint Barthélemy*.—N. del T.

«Todos habeis oido, replicó Mirabeau al instante, mi suposicion de que un rey déspota y rebelde se presentase con un ejército de franceses á conquistar el puesto de los tiranos. Pues bien, un rey que tal hiciese dejaria de ser rey.»

Y resonaron aplausos.

Mirabeau continuó: «Solo la voz de la necesidad puede dar el toque de alarma cuando fuere llegado el momento de cumplir el imprescriptible deber de la resistencia; deber siempre imperioso cuando la constitucion es violada, y siempre triunfante cuando la resistencia es justa y verdaderamente nacional.»

¿No son estas palabras la pintura profética y viva de la revolucion de julio?

Poco despues, en aquella misma improvisacion, puso Mirabeau en evidencia al abate Sieyes con una imprecacion célebre.

«No quiero ocultar, dijo, mi profundo sentimiento al ver que el mismo hombre que asentó las bases de la constitucion, ese mismo que reveló al mundo los verdaderos principios del gobierno representativo, se condena á un silencio que deploro y juzgo culpable; que el abate Sieyes en fin.... y perdone si me veo precisado á nombrarle.... no se presente aquí á poner en su propia constitucion uno de los mas grandes resortes del órden social. Duélome tanto mas de ello, cuanto que, rendido de una tarea muy superior á mis fuerzas intelectuales, é interrumpido sin cesar en el recogimiento y la meditacion que son las primeras potencias del hombre, no habia yo fijado mientes en esta cuestion, acostumbrado á confiar en aquel gran pensador para la conclusion de mi obra. En nombre de la amistad con que me honra, en nombre del amor patrio, de ese sentimiento tanto mas enérgico y sagrado, le he instado, le he rogado, le he conjurado en balde á que nos haga partícipes de sus ideas, y que no deje en la constitucion ese vacío. Os denuncio su repulsa! y á mi vez os conjuro á que os apodereis de su consejo, que no debe permanecer secreto, y á que arranqueis del desaliento á un hombre cuya inaccion y silencio no puedo menos de considerar como una verdadera calamidad pública!»

Ningun orador francés alcanzó jamás sobre una asamblea, sobre los ministros y sobre la opinion, el poder incomparable de Mirabeau. Trataba con el rey á lo rey; así cuando la asamblea llena de emocion se dispone á volar al encuentro del príncipe, levántase Mirabeau y reprime su ímpetu con un mero gesto. «Sea un triste respeto el primer recibimiento hecho á un monarca en un momento de dolor. El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes.»

Dije que lo que ha elevado á Mirabeau, fuera de toda comparacion, sobre todos los demás oradores, es la profundidad y la extension de sus ideas, la solidez de su dialéctica, la vehemencia de sus improvisaciones; pero mas que nada la inaudita fortuna de sus réplicas.

En efecto, los oyentes y principalmente los rivales de los oradores, están siempre prevenidos contra todo discurso preparado. Como saben que el orador tendió de antemano sus redes para sorprenderlos, ellos tambien se disponen de antemano para evitarlas. A medida que él va hablando, van ellos buscando, adivinando, coordinando y disponiendo, con mas ó menos orden y acierto, los argumentos que el orador ha debido emplear, sus hechos, sus pruebas, sus insinuaciones y aun algunas veces sus mismas figuras y sus mas felices giros. Tienen contra él perfectamente preparadas sus objeciones; tapan las barras de su visera y las junturas de su coraza por donde aquel pudiera introducirles su lanza, y cuando el orador salta la barrera y se lanza al palenque se encuentra frente á frente con un enemigo armado de piés á cabeza, que le corta la carrera y le disputa valiente la victoria.

Pero una réplica oratoria afortunada pasma y fascina á los mismos adversarios: produce el efecto de toda cosa inesperada; es como una peripecia llena de novedad que corta el nudo del drama y que le precipita; es como un relámpago que brilla entre las tinieblas de la noche; como una flecha que se clava en el escudo del enemigo, y que este arranca al momento y vuelve á disparar hiriendo el pecho del primero que la lanzó.

La réplica pone en conmocion á las masas indecisas y flotantes de una asamblea. Cae como el águila que desde la

alta cavidad de la roca se precipita sobre su presa, y la arrebatada palpitante entre sus garras antes que pueda lanzar un solo grito.

Con el sacudimiento que su novedad produce, dispierta á los diputados perezosos, linfáticos y flojos que se entregan al sueño; enternece repentinamente los ánimos; hace gritar ¡a las armas!; arranca exclamaciones de cólera; provoca risas inextinguibles; obliga al contrario, caudillo ó soldado, á retirarse cabizbajo á ocultar su vergüenza y su sonrojo en las filas de los suyos, donde solo es recibido con lástima y con burlas; resuelve la cuestion con una sola palabra; pinta un acontecimiento; descubre un carácter; bosqueja una situacion; resume un debate; absuelve ó condena á un partido; forma ó destruye una repulacion; glorifica, humilla, confunde, ensalza, desenreda, anuda, salva, mata, atrae y suspende mágicamente como con una cadena de oro á una asamblea entera de los labios de un solo hombre; reconcentra á la vez toda su atencion en un solo punto, engendra por un momento la unanimidad, y puede decidir de repente una derrota ó una victoria parlamentaria.

Mirabeau no retrocedia jamás ante ninguna objecion, ni ante adversario alguno. Volvíase con fiereza contra las amenazas de sus enemigos, y remachaba á mazadas el pedazo de lanza que pretendian que arrancase.

Arrostraba en la tribuna las preocupaciones, las inculpaciones sordas y las irritadas impaciencias de la asamblea. Inmóvil como una roca, se cruzaba de brazos y esperaba que se restableciese el silencio.

Replicaba sin pararse, sin descanso, á todos y sobre todo, con una rapidez de accion y una oportunidad sorprendentes.

Pintaba á los hombres y las cosas con una manera y con palabras que solo á él eran peculiares.

Daba á la Francia antigua la enérgica denominacion de «agregacion *inconstituída* de pueblos desunidos.»

Decia en su lenguaje monárquico:

«El monarca es el representante perpétuo del pueblo, y los diputados son sus representantes temporales.»

Como miembro del directorio de París, se expresaba así ante el rey:

«Un árbol corpulento cubre con su sombra una vasta superficie; sus profundas raíces se extienden muy léjos y se entrelazan con rocas eternas. Para derribarle es preciso trastornar la tierra. Tal es, señor, la imágen de la monarquía constitucional.»

Atacado por M. de Faucigny que quería precipitarse sobre el centro izquierdo con sable en mano, y á quien pedían se llamase al órden, formuló la amonestacion en estos nobles términos:

«La asamblea, satisfecha de las muestras de arrepentimiento que habeis dado, os levanta la pena en que incurristeis.»

¡Qué animacion, qué oportunidad, qué nobleza en todas sus réplicas! qué vigor! qué ingeniosa y caballeresca ironía!

Gastábase una vez mas tiempo del preciso en deliberar sobre las pretensiones de la república de Génova á la isla de Córcega:

Dijo Mirabeau: «No creo, señores, que una liga entre Ragusa, Luca, San Marino y algunas otras potencias igualmente formidables, deba inquietaros; tampoco me parece muy temible la república de Génova, cuyos ejércitos fueron dispersados por doce hombres y doce mujeres en las costas del mar en Córcega. Por mi parte pido un plazo extremadamente indefinido.»

Proponia Cazalès, como remedio á los males públicos, que se revistiese al rey de un poder ejecutivo ilimitado.

«M. de Cazalès, dijo Mirabeau, se sale de la cuestion, pues lo que está discutiendo es si debe ó no concederse al rey la dictadura.»

E insistiendo el abate Maury en que Cazalès estaba en su derecho expresándose de aquella manera.

«No pretendo yo, replicó Mirabeau, que el preopinante estuviese fuera de su derecho; digo tan solo que estaba fuera de la cuestion. Se ha pedido la dictadura; la dictadura para una nacion de veinticinco millones de almas; la dictadura de uno solo para un país ocupado en la tarea de su propia constitucion, para un país cuyos representantes están reunidos!»

Y decia á los optimistas de la asamblea que dormitaban:

«Nos dormimos, sí; ¿no se duerme tambien al pié del Vesubio?»

Y al abate Maury que le reprochaba por suscitar en favor suyo al populacho:

«No me rebajaré á repeler la inculpacion que se me acaba de dirigir, á no ser que la misma asamblea la levante hasta mí mandándome responder á ella. En tal caso creeré haber dicho bastante para justificacion y gloria mia con solo nombrar á mi acusador y nombrarme yo.»

A su hermano el vizconde de Mirabeau que habia tratado cierta proposicion con jocosó desenfado:

«Siempre me ha parecido que hacer las cosas con alegre desembarazo es prueba de buen talento; pero no puedo menos de vituperar al preopinante por su intempestiva jovialidad en circunstancias como estas, que solo requieren reflexiones tristes y pensamientos sombríos.»

A una logomáquia en la redaccion de la constitucion:

«Advierto que no dejaria de ser conveniente que una asamblea nacional de Francia hablase en francés, y que escribiera tambien en francés las leyes que propone.»

A los que reclamaban la inamovilidad de las antiguas fundaciones del clero:

«Si cada uno de los que han vivido hubieran tenido su tumba, fuerza seria demoler aquellos monumentos para encontrar tierras de labor, y remover las cenizas de los muertos para dar de comer á los vivos.»

A un diputado que proponia el aplazamiento de una proposicion de mas ámplia informacion, relativa á unos infelices sentenciados:

«Si os hubieran de ahorcar, ¿propondriais que se aplazase un exámen que pudiera libertaros?»

A Espréménil, que abogaba con calor por los decretos imperativos:

«Si el sistema de M. Espréménil prevaleciese, no tendria necesidad de venir en persona; podria contentarse con enviarnos su opinion por escrito, y nos veríamos privados del placer de escucharle.»

A los que pretendian que la peticion hecha al rey de la exoneracion de los ministros habia perdido á la Inglaterra:

«La Inglaterra se ha perdido! Dios eterno! qué noticia tan siniestra! ¿Y en cual de sus latitudes se ha perdido? ¿Puede saberse qué terremoto, qué convulsion de la naturaleza ha sumergido á esa famosa isla, á esa tierra clásica de los amigos de la libertad?... Pero no: ya nos habeis tranquilizado... La Inglaterra está curándose en un glorioso silencio las llagas que ella misma se abrió en medio de su ardiente fiebre. La Inglaterra florece todavía para leccion eterna del mundo!»

A Regnauld de Saint-Jean-d' Angély, que se irritaba contra la proposicion de establecer una sola cámara:

«He temido siempre indignar á la razon, pero nunca á los hombres.»

Al manifiesto de la municipalidad de Rennes, que declaraba traidores y enemigos de la patria á todos los que aprobaban el veto real:

«Si la asamblea delibera mucho tiempo sobre semejante materia, será como un gigante que se pone en puntillas para parecer grande. Melun, Chaillot, Viroflay, tienen el mismo derecho que Rennes para decir absurdos; lo mismo que Rennes, pueden ellos calificar de infames y traidores á la patria á todos los que no participen de sus opiniones. La asamblea nacional no tenia tiempo que consagrar á la enseñanza de las municipalidades que profesan máximas disparatadas.»

A la comision de constitucion que se oponia á que hubiera debate sobre cierta enmienda:

«Las comisiones son seguramente la flor y nata del universo; pero la asamblea nacional no ha declarado todavía que fuese su intencion concederles el privilegio exclusivo de debatir é ilustrar las cuestiones.»

Un diputado queria conservar en las sanciones reales las palabras: *A todos los presentes y venideros, salud!*

Y dijo Mirabeau: «¡Ojalá pasase la moda de las saluciones!»

A otro que pretendia que se siguiera usando siempre el título de *rey de Francia y de Navarra*:

«¿No sería tal vez oportuno añadir *y de otros lugares?*»

A un individuo que sostenía que los diputados debían gozar de los mismos privilegios de inviolabilidad que los embajadores, por cuanto vienen á ser también como representantes de *sus naciones* respectivas:

«Hasta ahora ignoraba yo que en esta asamblea hubiese embajadores de Dourdan y embajadores del país de Gex. Creo más bien que aquí solo somos representantes de la nación francesa, y no de *las naciones* de la Francia.»

A los que atacaban la calificación de *pueblo francés*:

«Yo la adopto, yo la sostengo, yo la proclamo, por la razón misma por que se combate. Sí, señores, porque el nombre del pueblo no es aun bastante respetado en Francia; porque está oscurecido, cubierto con el orin de las preocupaciones; porque nos representa una idea que alarma al orgullo y repugna á la vanidad; porque se pronuncia con menosprecio en los salones de la aristocracia; por eso mismo, señores, quiero yo, y debemos todos nosotros imponernos la obligación, no solo de rehabilitarle, sino de ennoblecerle y hacerle de hoy más respetable á los ministros, y caro á todos los corazones.»

A un folleto lanzado contra él, esparcido por los bancos de la asamblea, y del cual solamente leyó el título al subir á la tribuna:

«Sé lo bastante; solo me sacarán de aquí ó triunfante ó hecho girones.»

A un libelo de Marat que le calificaba de negro y de tunante digno del patíbulo:

«Háblase de negros en ese libelo de un hombre ébrio. Claro está, pues, que no es al Chatelet de París, sino al Chatelet del Senegal á quien toca conocer de esa extravagancia. Solo á mí se me nombra en él; pasemos al órden del día.»

A uno que daba cuenta de una carta hallada á un supuesto agente de Mirabeau, y en la cual se decía: Riqueti el mayor es un malvado.

«Páreceme, señor informante, que me adulais. Tuvisteis la bondad de comunicarme ese documento, y creo haber leído en él: Riqueti el mayor es un *infame* malvado. Conviene mostrar

con sus verdaderos colores el retrato fiel que mi agente hace de mí. Continúad leyendo.»

Y en otra ocasion:

«He visto en mi familia cincuenta y cuatro cartas-órdenes (1) reales. Sí, señores, cincuenta y cuatro, y de estas me han correspondido á mí diez y siete nada menos. Ya veis que no he dejado de ser tratado como primogénito de Normandía.»

Cuando á propósito de los emigrados dijo:

«La popularidad que yo he ambicionado y que he conseguido no es una débil caña. Quiero que sus raíces ahonden la tierra y se aseguren en la indestructible base de la razon y de la libertad. Juro, si aprobais semejante ley de emigracion, no obedecerla jamás!»

Interrumpido por los gritos de la izquierda, volvióse hácia Lameth, Robespierre, Duport y sus colegas, y con inexplicable desden y arrogancia impuso silencio á aquellas treinta voces.

Y las treinta voces enmudecieron.

A los que se negaban á reconocer en la asamblea los legítimos poderes de una Convencion nacional:

«Nuestra Convencion nacional es tan superior á toda imitacion como á toda autoridad; solo ante sí misma es responsable, y solo la posteridad puede juzgarla. Todos sabeis, señores, la respuesta de aquel célebre romano que para librar á su patria de una gran conspiracion habia traspasado los poderes que las leyes le conferian: Jura, le dijo con intencion aviesa un tribuno, que has respetado las leyes. Juro, contestó aquel grande hombre, que he salvado á la república!—Pues asimismo, señores.... yo juro que habeis salvado á la patria!»

Los dos partidos opuestos le acusaban á un mismo tiempo de conspirador:

(1) Estas cartas-órdenes, llamadas en Francia *lettres de cachet*, tenian varios objetos, pero el mas comun era el de mandar ir preso ó desterrado al individuo contra quien se dirigian. Reducianse á un pliego cerrado y sellado que contenia el nombre de la persona á quien se imponia la órden, la órden real, la firma del rey, y el refrendo de un ministro. A veces la simple delacion de un mal intencionado que abusaba de la buena fe del monarca, bastaba para conseguir de este una carta-órden; y se imponia la mas estrecha responsabilidad al alguacil encargado de su cumplimiento. A estas cartas-órdenes, de las que se hizo grande abuso, aludia seguramente Mirabeau.—N. del T.

«Tan pronto conspirador faccioso, como conspirador contrarrevolucionario! respondió; permitid, señores, que pida la división.»

Mirabeau sostuvo con teson la prerogativa del Veto real, y al punto cambió para él el aura popular. El favor se trocó en enojo, hubo contra él motines, denuncias, y por último acusaciones de alta traición.

«A mí también, replicó entonces á Barnave en un arranque oratorio que electrizó á la asamblea entera, á mí también quisieron no ha muchos dias llevarme en triunfo, y ahora se pregona por las calles: *La gran conspiracion del conde de Mirabeau!* No necesitaba yo esta leccion para saber que no hay mas que un paso del Capitolio á la roca Tarpeya!»

Finalmente, ¿qué cosa hay en la historia y en los arrebatos de la elocuencia antigua, mas libre, mas altiva, mas heroica, mas insolente, mas inesperada, mas victoriosa, mas conturbadora, mas aterradora, mas contundente que la réplica de Mirabeau al gran maestro de ceremonias de palacio? Apenas M. de Brézé intimó á la asamblea en nombre del rey la orden de disolverse, levántase Mirabeau, y lanzando fuego sus miradas, con la frente erguida y con imponente gesto, le dice:

«Los diputados de Francia han resuelto deliberar: vos, que para la asamblea nacional no sois órgano legítimo del rey; vos que no teneis aquí asiento, voz, ni voto, id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que solo nos arrancará de este lugar la fuerza de las bayonetas!»

Y M. de Brézé, como herido de un rayo, sin atreverse á volver la espalda, se retiró cabizbajo del salon. La monarquía retrocedía ante la revolucion.

No descenderé á la vida privada de Mirabeau, la cual fué mas bien para él un obstáculo que un apoyo, y un borron mas bien que un timbre. No me propongo contar anécdotas, ni ser biógrafo de escándalos. Soy pintor, y solo quiero representar en cada uno de mis personajes al hombre político, y sobre todo al hombre orador.

Además, no es costumbre ser muy severo con los oradores de la oposicion, tales como Mirabeau, Shéridan y otros que

han florecido en nuestros dias, en atencion á que su esfera es el simple discurso. Júzgase con mayor severidad á los hombres del poder, y con razon, porque su esfera es de obras y acciones. De Mazarino se decia que era relajado; de Turgot, que era un ministro escrupuloso; de Robespierre, que era incorruptible; y de Luis XVI, que era un hombre de bien. Los pueblos necesitan juzgar á los que los gobiernan; y este sentimiento honra á la moralidad de la especie humana.

Mirabeau se arrepinti6 muchas veces de aquellos desórdenes de imaginacion y de temperamento que mancillaron su juventud; y aun supo repararlos noblemente, confesándolos en la misma tribuna. Era su alma como su frente, que no consentia disfraz.

Añadiré que sus discursos, sus proposiciones, sus manifestaciones, sus enmiendas respiran, como hombre público, la mas pura moralidad.

Solia decir: «Mas importa dar á los hombres buenos hábitos y costumbres, que leyes y tribunales.»

¡Cosa extraña! él fué quien por sentimiento religioso hizo que se conservase el encabezamiento de: «Luis, por la gracia de Dios rey de los franceses.»

Salido de los calabozos de Vincennes, amaba la libertad con fanatismo, con idolatría. Tributaba un respeto profundo, elevado, delicado, á los derechos y á la miseria del pueblo. Quería que en la sociedad se estableciera un órden de cosas tal, que encontrasen en todas partes los ancianos un asilo, y los mendigos pan y trabajo.

En sus vicios tenia mas parte el temperamento que el corazon; era extremado en sus pasiones, altanero en sus arrepentimientos; no sufría yugo alguno, ni pensaba en el dia siguiente, á lo literato, ni se acordaba de las injurias, como toda alma grande; era pobre, estaba agobiado de necesidades, ávido de representacion, henchido de caballerosidad, y blasonaba de gran señor y de tribuno; en fin, seducia y hasta fascinaba á sus mismos enemigos.

Su alma era un foco inagotable de sensibilidad, de donde emanaban las repentinas centellas de su elocuencia. Vivo, osa-

do, natural, festivo, humano, generoso hasta el exceso; expansivo hasta rayar en la familiaridad, y franco hasta rayar en indiscreto; de comprension rápida, rebosando oportunidad é ingenio, dotado de vastísima memoria, de gusto exquisito, de talento y conocimientos, y de prodigiosa facilidad para el trabajo; tal era Mirabeau.

Mirabeau habia meditado detenidamente la estrategia militar. Valiente de suyo, y corriendo por sus venas sangre heróica, su temperamento de hierro, su grande prevision, sus vastas facultades, su presencia de ánimo y su invencible firmeza en los peligros, le hubieran indudablemente conducido muy presto á los primeros honores de la guerra. Hubiera sido tan buen general como arengador.

Hombre casi completo, y único en su clase, fué Mirabeau el mayor orador y el mayor político de su época. Hubiera sido el mayor ministro, pues habia nacido para los negocios, procedia con unidad y acierto en los sistemas, era sufrido en los pormenores; conocia á los hombres, veia el porvenir, era fecundo en expedientes, de finos modales, de voluntad enérgica; tenia el instinto del mando, ponía su confianza en el país y gozaba de universal nombradía.

Mirabeau y Napoleon, cada uno de ellos relativamente al tiempo en que figuró y á la esfera de su accion, son los dos que mas contribuyeron á organizar la Francia moderna; porque el uno constituyó la revolucion y el otro el imperio.

Mirabeau, finalmente, fué el hombre de su época que, si hubiese querido, hubiera podido destruir mas y reedificar mas; igualmente idóneo para ambas cosas, tanto por el poder de su genio como por la perseverancia de su voluntad.

No se crea por eso que Mirabeau tratase de reconstruir lo que una vez habia demolido. Sabia que no se erigen edificios nuevos con la ruina y escombros de los antiguos.

«A un cuerpo gangrenoso, decia, no se le debe vendar llaga por llaga y úlcera por úlcera; es preciso inventar en él una sangre nueva.»

Pero no es al hombre antiguo á quien se regenera con una sangre nueva, es un hombre nuevo, es otro hombre.

A pesar de eso, soñaba con la alianza, tan deseada después y tan en vano, de la libertad y de la monarquía. Quería la monarquía con todas las condiciones de su poder y de su duración, y, por una extraña inconsecuencia, sus máximas eran republicanas y sus medios revolucionarios.

Sea que no se apercibiese de esta contradicción, ó bien que se lisonjeara de triunfar de ella, proponíase, y estaba resuelto á poner en planta su amalgama, su fusión, su quimera, en el parlamento y fuera de él.

Decía en la asamblea constituyente, con su estilo pintoresco: «No somos salvajes que hayan venido en cueros de las orillas del Orinoco para formar una sociedad. Somos una nación envejecida: demasiado envejecida. Tenemos un gobierno preexistente, un rey preexistente, preocupaciones preexistentes. Es menester, en cuanto sea posible, poner estas cosas en consonancia con la revolución, y salvar lo brusco y repentino del paso.»

Trató de reparar con su veto el navio real que iba zozobrando; no advirtió que con la realidad del veto y con un rey hereditario, la soberanía del pueblo no es mas que un nombre y una mera sombra, y que con la ficción del veto y con una constitución popular, la soberanía del monarca no es tampoco mas que una sombra y un mero nombre. Porqué es absolutamente indispensable que la soberanía resida en alguna parte, y siendo por su naturaleza una é indivisible, no puede descansar á la vez en dos cabezas diferentes. Es, pues, preciso elegir; porque dos voluntades iguales é independientes no constituyen la armonía, sino la guerra; y la guerra es el combate, y el combate es la muerte de uno de los combatientes.

El veto absoluto del príncipe implica que el príncipe gobierna; porque es gobernar plenamente hacer lo que se quiere, y dejar de hacer lo que no se quiere.

El veto suspensivo del príncipe implica que este reina, pero que no gobierna; porque, en definitiva, no es gobernar tener que hacer lo que no se quiere.

El veto del príncipe, en una monarquía parlamentaria, no es mas que el veto de los ministros. Pero los ministros respon-

sables son los servidores del parlamento, porque de él salen, á él vuelven, por él funcionan y para él gobiernan. ¿Cuál es, pues, el medio de que ellos ó sus sucesores no cedan al fin á sus exigencias?

Toda esta doctrina se reduce hoy día á unos cuantos puntos muy claros, y son los siguientes:

La denegacion del impuesto pone de hecho todo el poder en manos del que deniega. El veto suspensivo es, si se quiere, una segunda cámara, y nada mas. La disolucion del cuerpo legislativo es la apelacion de los ministros al pueblo. Por último, la fuerza opuesta del veto subsistente es una revolucion.

Hé aquí lo que en nuestros tiempos sucede.

Mirabeau tuvo algunos presentimientos de esta especie de monarquía, ya fuese por su presciencia del porvenir, ya por inspiracion de su propia ambicion. Pero entonces lo preciso ante todo era constituir el ministerio en sus relaciones con el parlamento; léjos de hacerlo así, los ministros, no pudiendo presentarse en persona y ocupar su banco enfrente de los diputados, ni exponer, analizar, interrogar, explicarse, ni defenderse verbalmente, empezaron escaseando, y acabaron por cortar casi de todo punto su correspondencia por mensaje con la asamblea. El poder ejecutivo que, sobre todo en Francia, debe siempre llamar la atencion, mantenerse siempre en primer término, estar siempre visible, fué desapareciendo y ocultándose, hasta ponerse á los piés de la legislatura. Los ministros, ausentes, impotentes, sin vida, sin brillo, sin iniciativa, sin movimiento propio, y aun sin fuerza prestada, abandonaron la victoria á las disputas de los partidos. Los que debieron ser siempre los guardias de la persona de los reyes constitucionales, en vez de custodiar al monarca se parapetaron con él. Dejaron al rey luchar solo y á pecho descubierto, sin mas auxilio que las intrigas y los rencores de sus criados, contra una asamblea rival que le fué poco á poco despedazando, y que acabó por devorarle del todo.

Mas como el gobierno no puede menos de existir en alguna parte, pasó á la asamblea constituyente, y la junta de infor-

mes y pesquisas dió origen despues á las formidables juntas de la convencion.

Sin duda alguna, los envidiosos de la reputacion del gran Mirabeau se propusieron excluirle del ministerio; pero, independientemente de esta causa particular, la asamblea constituyente, tanto por necesidad como por la ley de su posicion, por la fatalidad instintiva de su objeto, por la lógica invencible de sus principios, y en fin, por la ciega resistencia de los cortesanos, no podia menos de querer para ella sola la permanencia, la unidad y la omnipotencia. La razon providencial de una revolucion no es la razon de una sociedad normal.

Mirabeau, vencido por las desconfianzas de la asamblea contra la autoridad real en la cuestion del veto, volvió á la carga en la cuestion de los ministros; pero á pesar de los inauditos esfuerzos de su ingenio, de su elocuencia y de su dialéctica, sucumbió á la violencia de la misma preocupacion. En vano solicitó, ora que concediese la asamblea un banco á los consejeros de la corona, ora la compatibilidad de la diputacion con el ministerio; sus enemigos, so pretexto de independencia con la asamblea, y de noble abnegacion consigo mismos, hicieron que se desechase la proposicion. Fué aquella falta grande, irreparable. Exceptuando á la misma constitucion, la cual, por suponerse que precede al monarca y á sus agentes, no podia ser objeto de un debate ministerial, todo, hasta la legislacion, es en una revolucion medida de urgencia, de policia, de reglamento, de administracion. ¿Cómo, pues, excluir al gobierno de las materias de gobierno? ¿Cómo privarse del conocimiento de los hechos, de los obstáculos, de los incidentes de cada momento? ¿Cómo separar la fuerza que aplica de la fuerza que manda, y cuyas relaciones y unidad constituyen la sociedad política? ¿Cómo relegar al ministerio en los corredores y antecambios del poder, cuando debia tener en la asamblea el principal asiento, y usar de la réplica verbal, de la iniciativa y de la integridad de la ejecucion? ¿Cómo imponer una responsabilidad formal y justa á ministros que no podian discutir, ni saber siquiera qué se discutia? ¿Cómo privar á los ministros de la diputacion, cuando entre

todos los funcionarios á ellos solos era á quienes debía consentirse; ó dejarles á lo menos la entrada libre en la asamblea como ministros, así como la facultad contradictoria del debate?

Resolvió entonces Mirabeau buscar fuera del parlamento un apoyo, y fuerzas contra el parlamento mismo. Pero ¿por qué razon, y hé aquí que ocurre el punto verdaderamente dificultoso; por qué Mirabeau se detuvo de pronto en la pendiente de la revolucion? ¿Por ventura llegó á espantarse del ruido la violencia de su carrera? ¿Proponíase solamente salvar á la libertad de sus extravíos sujetando con un freno su espumante boca? Se apoderarian quizá de él, sin saberlo, sus preocupaciones de educacion, familia é hidalguía? ¿Haría con la córte algun secreto pacto de corrupcion? ¿Querria una monarquía templada, purgada de todo feudalismo y favoritismo, un rey con dos cámaras, una verdadera trinidad constitucional? ¿O bien, cansado y hastiado de las emociones del orador, deseaba aquel hombre de tan grandes pasiones saborear otras emociones diferentes en el ministerio? ¿Tendria tal vez la ambicion, con el nombre de una monarquía nominal é impotente, de gobernar la asamblea y la Francia entera?

La posteridad será quien dé, ó quien tal vez no pueda dar la solucion de este problema que es para nosotros irresoluble.

Menos dudoso en verdad es que Mirabeau se proponia impulsar á sus colegas á cometer excesos, y aun quizá crímenes, para castigarlos luego por haberlos cometido. Perdicion satánica y digna de Maquiavelo, inmoralidad política que toda alma noble y recta no mirará nunca con bastante indignacion y sonrojo, y que á modo de una negra mancha afrenta la gloria de aquel grande hombre.

Arrimado Mirabeau, como un segundo Hércules, contra las rocas del torrente revolucionario, esforzóse tardíamente en contener las consecuencias que por todas partes brotaban impetuosamente de su principio. Tenia aquella especie de fe supersticiosa en su estrella que tienen todos los grandes hombres. Imaginábase que la flecha que una vez fué disparada al viento con sus rápidas alas puede detenerse en el espacio antes de llegar á su objeto. Quería ofrecerse él solo é intrépi-

do como blanco á los tiros de sus enemigos; y preparábase ya con una nueva excitacion enérgica á volver á empezar su lucha de gigante, cuando de repente sus fuerzas se consumieron y se despedazaron, como la monarquía cuyo luto arrastró á la tumba (1).

A tan sorprendente noticia se consternó París y acudió el pueblo; con lágrimas y lamentos va á rodear á Mirabeau moribundo, á Mirabeau difunto. Contempla con atónita mirada el cadáver de su tribuno, tendido á sus piés; le toca, busca en él restos de calor; delirante, desesperado, quiere abrirse sus propias venas y, para reanimar aquella vida, darle parte de la suya; quiere estrechar aquellas manos heladas que tantas veces fulminaron el rayo popular. Uncese á su carro y conduce sus funerales al panteon con la pompa y la apoteosis de un rey.

Ah! no habia de volver á resonar mas la voz del tribuno cuyos estampidos se prolongaban, como los estampidos del trueno, de columna en columna por los suntuosos peristilos de la revolucion: la voz del político que proclamó los principios de la constitucion francesa: la voz del orador que, en la remota antigüedad hubiera conmovido y trastornado con su poder inconcebible, naciones, ciudades, reinos. ¡Oh popularidad voltaria! Aquellas mismas estátuas erigidas en su honor, se vieron luego cubiertas en nombre de la patria con negro crespon, como los rostros de los parricidas! Aquel mis-

(1) Al saberse que Mirabeau estaba en peligro de muerte, se suspendió la legislatura, los festejos cesaron, llenáronse las calles de turbas y se estremeció París. Muchos hombres del pueblo solicitaron que se les abriesen las venas, para que con su sangre se hiciese á Mirabeau la operacion de la trasfusión; otros se entregaban públicamente á actos de desesperacion; tal era la exaltacion de los ánimos.

Herido súbitamente de una dolencia desconocida, vió con gran serenidad de alma acercarse su último momento. Conservó hasta el fin la idea de su poder y de su renombre; y al morir dijo á su criado: «Sosten esta cabeza, que es la mas fuerte de Francia.» «¿Qué epitafios pondrán en mi tumba?» decia otras veces.

La asamblea constituyente, seguida de inmenso gentío, llevó en triunfo su cadáver al panteon, al resplandor de mil hachas. Mas adelante, en 1793, se mandó por un decreto cubrir con un velo la estátua de Mirabeau hasta que fuese rehabilitada su memoria. Despues, una noche, dos agentes de policía metieron sus restos en un saco y fueron á sepultarlos al cementerio de Clamart, que solo sirve hoy dia para enterrar á los ajusticiados, entre cuyos huesos permanecen mezclados y confundidos los huesos de aquel grande orador.

mo pueblo mudable y entusiasta que habia querido entregar su sangre para trasfundirla en las heladas venas de Mirabeau, que le habia conducido triunfante en sus propios brazos á las bóvedas del panteon, maldijo luego á su tribuno infamando su memoria! Y aquel mismo panteon, donde su glorioso cadáver quedó confiado para siempre á la custodia de la patria agradecida, le vomitó luego de su seno como despojo de horror y de afrenta!

Y él, que al borde de su abrasado lecho soñaba con la posteridad y la gloria, que solicitaba de todos sus acongojados amigos epitafios para su tumba, ¡cuál no hubiera sido su estremecimiento si le hubieran dicho que una noche, á la luz de una tea, precipitarian sus restos en la fosa comun de los criminales! ¿Dónde están ahora los fastosos epitafios que esperaba? Dónde encontrar, y cómo reconocer hoy la cabeza de aquel gran Riqueti en medio de tantos despojos sangrientos y de tantas cabezas mutiladas por la cuchilla de los verdugos? ¡Oh vanidad de nuestros sueños! oh miseria de las humanas grandezas!

CONVENCION.

DANTON.

La Convencion se abrió bajo los sombríos auspicios de la muerte con la guillotina al lado y el tribunal revolucionario en perspectiva.

Los constituyentes habian sido hombres de teoría. Los convencionales fueron hombres de accion.

¡Qué tiempos! ¡qué dramas! ¡qué escenas tan borrascosas y terribles!

La Montaña (1) y la Gironda (2) avanzaban una contra otra, como dos ejércitos enemigos en un campo de batalla; se median con los ojos y se lanzaban provocaciones á muerte; mientras que el Pantano (*Marais*) (3), combatido de vientos contrarios, se inclinaba, como un cuerpo flotante, ya á un lado, ya á otro, y se dejaba llevar á las resultas de sus sobresaltos y zozobras.

Parecia que una espada, suspendida por un hilo invisible, oscilaba sobre la cabeza del presidente, de cada orador, de cada diputado. La palidez cubria todos los rostros; la venganza hervia en el fondo de los corazones; la imaginacion se llenaba de cadáveres y de funerales; un temblor de muerte circulaba

(1) Lado de los jacobinos ó exaltados.

(2) Lado de los federalistas ó constitucionales.

(3) Lado de los moderantistas.

en todos los discursos; no se hablaba confusa y como involuntariamente mas que de crímenes, de conjuraciones, de traiciones, de complicidad y de patibulos.

Marat se sacaba del pecho una pistola, y apoyándosela en la frente: «Una palabra mas, decia, y me hago saltar la tapa de los sesos.» Nadie en derredor suyo retrocedía ni se horrorizaba. Tan natural parecia entonces matarse ó ser matado!

David (1) en pié sobre su banco, clamaba como un energúmeno: «Pido que me asesineis!»

Los convencionales se lanzaban á la tribuna echando llamas por los ojos, levantando el puño, jadeantes, para acusar ó para defenderse; por testimonio de su inocencia ofrecían su cabeza; pedían la de los demás; para todos los crímenes, sin distincion, no invocaban mas pena que la capital. Solo faltaba en la asamblea el verdugo, que no estaba léjos.

Por un momento pareció que la victoria se declaraba á favor de la Gironda: es imposible formarse una idea de la violencia de las injurias, desprecios, ademanes y miradas que asaltaron entonces á Marat. Todos huían de él con horror, como si nada hubiera habido en él de hombre, ni la figura, ni la palabra, ni aun el nombre.

Al principio, cuando Robespierre subía á la tribuna, se proferían los gritos: Afuera el ambicioso! afuera el dictador!

Robespierre se doblegó, pero pronto volvió á levantar la cabeza con nueva audacia, y cada dia agrandaba aquella nube preñada de rayos y tempestades, de cuyas entrañas debían brotar la muerte de Luis XVI, el suplicio de los girondinos, el levantamiento de la Vendée, la ley de sospechosos, la ereccion del tribunal revolucionario, la permanencia de la guillotina, la demagogia de los clubs, el atestamiento de las cárceles, las delaciones y el terror.

Guillotinado Vergniaud y Danton, la Convencion se quedó sombría y estupefacta: hasta entonces habia delirado y tenido calentura: luego tuvo calofríos, abatióse y quedó quebrantada. Todavía se hablaba en ella, pero ya no se discu-

(1) El célebre pintor que restauró la escuela clásica en Francia.—N. del T.

tia. Robespierre, Saint-Just, Couthon, Collot-d'Herbois, Billaud-Varenes, iban á ella á leer sus informes en el horror del silencio: nadie osaba respirar, ni mirar á los demás, ni sobre todo contradecirles. Los mas tímidos se disfrazaban con un fingido entusiasmo; los mas osados tartamudeaban las excusas del miedo. La iniciativa habia pasado al club de los jacobinos; la fuerza armada al ayuntamiento, y la alta direccion de la policía á Robespierre. La minoría triunfante oprimia á la mayoría del gobierno en la junta de Salvacion pública. La Convencion, mutilada por las sentencias de muerte del tribunal revolucionario, no movia los brazos ni los labios, como si se hubiese parado su vida, y se le hubiese de pronto cuajado la sangre en las venas; solo le quedaban los movimientos automáticos de una máquina para expedir decretos.

Robespierre, generalmente tan hábil, se perdió por el desden con que la trataba; cuarenta dias, y cuarenta dias de entonces eran un siglo, pasó sin hacerle el honor de asistir á ella. No comprendió que en una nacion como la nuestra una asamblea legislativa, sea cual fuere, tendrá siempre un poder enorme, aun cuando se diga que dormita; que la multitud se apega, sea por deber, por interés, por debilidad, por hábito, á los signos exteriores y á la unidad del poder; que el gobierno no se conserva, en tiempos de revolucion, mas que con la condicion de ejercerse, de aparecer y de ser visto á todas horas en las manos que le empuñan; que es preciso no pararse nunca, no alejarse, no confiarse, no descansar, no dormir jamás. Robespierre se durmió, creyó que subyugaria siempre con su ascendiente á la Convencion y á las juntas; las acusó sin insurreccionarse; estalló antes de estar pronto; quiso asentar el pié en un terreno movedizo que por dias cambiaba y que ya no conocia; pero tropezó, y sus cómplices, por miedo de caer tambien con él, le empujaron al abismo.

Pero el vulgo, herida su imaginacion por la grandeza de los sucesos, supone siempre en los hombres de accion vastos pensamientos y remotas previsiones: quiere absolutamente hallar algo maravilloso en las causas, porque lo hay en los efectos, olvidando que, en Francia sobre todo, lo que rige es lo

imprevisto. Las revoluciones nacen de la sucesiva generacion de los hechos, á veces de una ocasion, casi siempre de la voluntad premeditada de un hombre, ó de un partido, ó de un sistema.

Hase creido igualmente ver una unidad y una fuerza admirables en la organizacion de la Convencion; pero es un error, y tanto que solo á la casualidad debió muchas veces su conservacion. Primeramente faltó poco para que la derribasen los girondinos el 31 de mayo; mas adelante, á no ser por un ardid de Saint-Just, Danton triunfaba de ella. Sin la cobardia y la imbecilidad de Henriot, Robespierre proscrito el 8 de Termidor, preso, pero libertado casi en el mismo instante, recobraba el dominio. A no ser por una carga de caballería á tiempo, el populacho, ébrio de sangre y de matanza, continuaba deliberando, el 1.º de Pradial, en el seno mismo de la asamblea legislativa, con algunos diputados insurrectos, despues de haber derribado las puertas de la sala, asesinado á Féraud y echando á la Convencion. En fin, á no ser por el héroe del 13 de Vendimiarrio (1), las secciones de París asesinaban á la representacion nacional en el recinto de sus sesiones.

La anarquía de accion y de voluntad trabajó tambien á los montañeses, como á los demás.

Hubo varias montañas; la montaña de Marat, que caminaba solo, pues que le repudiaban á la vez Danton y Robespierre; la montaña de Danton y de sus amigos Camilo Desmoulins, Legendre y Lacroix; la montaña de Robespierre, Couthon y Saint-Just; la montaña de Billaud-Varennes, Tallien, Barrère, Collot-d'Herbois; la montaña de Bourbotte y Goujon: todas sucesivamente se arrojaron á la cara lodo y sangre. Desgraciadamente esta es la historia de todos los partidos en casi todas las asambleas. En tiempo de paz, se injurian; en tiempo de revolucion, se matan.

No nos vengan, pues, á decir que la Convencion fué una asamblea perfectamente libre, ordenada, consecuente, directora, reina de hecho cuanto de derecho, y dueña absoluta y es-

(1) Bonaparte, entonces general. Esta fecha corresponde al 5 de octubre (1795).
N. del T.

pontánea de todos sus actos. La Convencion, desde su apertura hasta el suplicio de los girondinos, no fué mas que un palenque de muerte entre los dos partidos. Despues de los girondinos, obediencia casi silenciosa. En tiempo de Robespierre, terror y mudez. Despues de Robespierre, contra-terror, con raras intermitencias.

Decretar dignos de prision por unanimidad á los girondinos, por unanimidad á Danton, por unanimidad á Saint-Just; votar por unanimidad, el 8 de Termidor, la impresion del discurso de Robespierre, y al dia siguiente su muerte; ¿es esto razon, consecuencia, libertad? ¿Cosa extrañal La Convencion fué la mas soberana y la mas esclava de todas nuestras asambleas, la mas locuaz y la mas muda, la mas gesticuladora y la mas tétrica, la mas independiente por intervalos, y la mas dominada por continuidad, y precisamente porque fué en manos del gobierno revolucionario un instrumento poderoso, dependiente, pasivo, unitario, pudo este gobierno derribar resueltamente á sus enemigos de cerca y de léjos, é imponer á todos el silencio de la victoria ó del terror.

A decir verdad, la Convencion no fué mas que el primer escribano de la revolucion: las juntas de salvacion pública y de seguridad general, gobernaban solas. En el exterior, se apoyaban en los representantes del pueblo, en mision cerca del ejército; en el interior, en los distritos y las sociedades populares que estaban en correspondencia con ellas, en la convencion que decretaba sus medidas, y en el tribunal revolucionario que les daba, en caso de necesidad, su terrible sancion.

El gobierno deliberaba en comunidad sobre el informe de sus individuos; pero cada cual era independiente y poco menos que señor en su comision. Carnot dirigia exclusivamente el departamento de la guerra; Cambon manejaba la hacienda; Robespierre tenia la policia. Cada individuo del gobierno agregaba por consiguiente al poder individual de su direccion el poder colectivo de las juntas. La dictadura era completa.

A esta dictadura de las juntas, mucho mas que á la Convencion, debe atribuirse todo lo malo que se hizo entonces, como tambien todas las grandes cosas que se realizaron y todas las

victorias que se obtuvieron. ¡Qué hombres de hierro todos aquellos individuos de las juntas de salvacion pública y de seguridad general! ¡qué obstinacion de voluntad! qué precision de mando! qué prontitud de ejecucion! Guerra, marina, hacienda, subsistencias, policía, interior, exterior, legislacion, para todo bastaban: peroraban en el club de los jacobinos, deliberaban en las juntas, informaban en la convencion, trabajaban quince horas diarias, extendian los planes de ataques y de defensa, estaban en correspondencia con catorce ejércitos y organizaban la victoria.

Juntamente reyes, diputados y ministros, ordenadores y redactores, jefes y ejecutores, sustentaban el peso del gobierno en su conjunto y en sus partes. El poder rebosaba en sus manos: no tenia por extension mas que su voluntad, y por límites mas que el cadalso. Si osaban demasiado, los llamaban dictadores; si no osaban bastante, conjurados. Omnipotentes sobre todo, pero responsables de todo: responsables con su cabeza del triunfo como de la derrota.

La diputacion no era entonces un oficio de recreo ó de lucro. Para acudir á la asamblea, habia que atravesar plazas erizadas de cañones con la mecha encendida, y pasar por entre hileras de fusiles y de picas. Se entraba en la sala á lo rey, sin saber si se saldria de ella á lo proscrito. El presidente Boissy-d'Anglas torcia el rostro, sin pestañear, delante de la cabeza cortada del diputado Féraud, que un tropel de mujeres desgrefñadas y sangrientas tremolaban en la punta de una lanza (1): Lanjuinais continuaba su discurso, teniendo puesta en la

(1) El presidente Boissy-d' Anglas, dechado de valor, de constancia y de justicia era el principal objeto del odio del populacho desde que en la sesion de 20 de marzo de 1795 (30 de Vent. año 3.º), despues de una exposicion elocuentísima de los crímenes á que habia dado origen el sistema del terror, propuso la anulacion de los fallos de los tribunales revolucionarios desde el 22 de Pradial del año 2.º, la suspension de la venta de los bienes de los condenados, y finalmente una indemnizacion en favor de los herederos de aquellos cuyos bienes hubieran sido ya vendidos. Todas estas proposiciones, dictadas por la mas rigurosa justicia, fueron recibidas con frenético descontento por el pueblo; pero las sediciones, motines y tremendas amenazas de este se estrellaron siempre contra la heroica constancia de aquel hombre digno. El 12 de Germinal del año 3.º (1.º de abril de 1795), mientras Boissy ocupaba la tribuna con un informe sobre el antiguo sistema de las *subsistencias*, inmensas turbas, de ambos sexos y de todas edades, penetraron en la Convencion, llevando banderas hechas con harapos, y con desaforados gritos y rabio-

sien la pistola de un asesino (1): Robespierre, con una mandíbula rota, yacia tendido en el suelo en una sala inmediata á la Convencion (2): otros diputados se herian á sí propios de una puñalada á dos pasos de allí, en la sala del tribunal revolucionario: otros tomaban un veneno para libertarse del verdugo. Estos eran espectáculos ordinarios.

Entre partidos políticos que se diezman y se inmolan, la compasion y la esperanza están vedadas. Montañeses contra girondinos, ó montañeses contra montañeses, era preciso combatir: combatientes, era preciso vencer; vencidos, era preciso morir.

¿Fué Vergniaud federalista? ¿Conspiraba Danton contra la república? ¿Caminaba Robespierre á la dictadura? Esto es lo que todavía no han demostrado suficientemente, á mis ojos por lo menos, aquellas súbitas prisiones y procesos turbulentos, sin autos, sin pruebas, sin testimonios, sin defensas, sin carceos, sin formas, sin reglas, sin acusadores libres, sin tribunal imparcial, sin jurado formal. Ellos entre sí se acusaron, se infamaron, se diezmaron; pero no se juzgaron.

La historia imparcial dirá que hubo en aquellos tiempos hombres sucesivamente proscriptores y proscriptos, jueces y víctimas, mas fanatismo que ambicion, mas exaltacion que crueldad: dirá que debemos atribuir los excesos de aquellos

esos ademanes difundieron la consternacion entre los diputados, pidiendo *pan y la constitucion de 1793*. Solo Boissy permaneció imperturbable en medio de sus violentas amenazas; y cuando al toque de generala, que resonó en las calles de París, se hubo dispersado aquel bárbaro tumulto, continuó su informe sin dar la menor muestra de alteracion. El 4.º de Pradial del año 3.º (20 de mayo de 1795) volvió el populacho á invadir la asamblea. Vernier era presidente, y dejó su puesto atemorizado; correspondia á Boissy reemplazarle, y ocupando valerosamente su sillón, desempeñó sus funciones sin que amenguas en su constancia en ningun lenguaje de amenazas, ni el tremendo aspecto de la cabeza del desgraciado Féraud que le presentaron izada en una pica.—*N. del T.*

(1) En la célebre sesion de 8 de febrero, en la cual, rodeado de gente armada con puñales y pistolas, sostuvo con calor el decreto que mandaba la persecucion de los autores de los asesinatos de setiembre de 1792.—*Id.*

(2) Hallábase Robespierre en la municipalidad rodeado de sus partidarios, cuando fué sorprendido por la fuerza armada que capitaneaba Barras por orden de la Convencion. Refiérese que, habiendo intentado evadirse, un gendarme le disparó un pistoletazo que le rompió la mandíbula inferior. A pesar de eso fué conducido á la Convencion en unas angarillas, y depositado despues por mandato de la misma en una sala inmediata á la de la asamblea, donde el dolor de su horrible herida no le arrancó ni una sola queja.—*Id.*

tiempos mas bien á los vicios de las instituciones revolucionarias, que á los hombres que les servian de instrumentos; que un solo cuerpo que quiere á la vez constituir, legislar, deliberar, acusar, juzgar, administrar, vigilar, combatir, obrar, y que acumula de esta suerte todo el gobierno con todo el poder legislativo, se condena á soportar la anarquía ó el despotismo; que una Convencion, órgano único y legal de la universalidad del pueblo, no debe dejar que se establezca á su lado la dominacion de un club rival, tan poderoso como ella; ni permitir, so pretexto de un soñado respeto á la soberanía del pueblo, que unas autoridades ó unas corporaciones, cualesquiera que sean, vayan á sitiár su barra con proposiciones incendiarias y á desfilar triunfalmente delante de ella, armadas ó inermes; ni doblegar la majestad de la representacion nacional delante de un clubista, aullador de plazas públicas, que se retuerza y arroje espumarajos por la boca, enviado por no se sabe quién, y que no sabe lo que se dice; ni prorogar indefinidamente los poderes omnímodos de sus comisiones ejecutivas; ni, despojándose de su inviolabilidad parlamentaria, permitirles expedir decretos de prision contra sus individuos, ni lanzarlos ella contra ellos, sin oír su defensa; ni autorizar en todos los puntos de la república, sin organizarlas ni contenerlas, diez mil sociedades gárrulas, desordenadas y terroristas; ni dejar invadir las tribunas públicas y sus propios bancos por una caterva de hombres y mujeres desarrapados y siniestros que aplaudan, clamoreen, enseñen los puños y deliberen; ni convertir tumultuariamente en decretos, por aclamacion, sin debates prévios y sin intervalo, proposiciones de acusacion, de legislacion ó de policía, que su autor no haya leído mas que una vez, y que la asamblea no haya comprendido, ni siquiera escuchado; ni tolerar que se llame á los colegas del bando opuesto malvados y conspiradores, y que se hable sin cesar en la tribuna un lenguaje de muerte que conduce, mas aprisa de lo que se cree, á acciones de muerte; ni imaginarse que la soberanía del pueblo pueda fraccionarse y residir en la usurpacion improvisada de algunas autoridades, ó de unos cuantos individuos que se insurreccionan y se invisten á sí propios de la

palabra y de las insignias del mando supremo; ni aun siquiera, en fin, que una convencion pueda sustentar ella sola sobre sus hombros, por mas robustos que sean, el poderío enorme, universal, abrumador de treinta millones de hombres.

Pero la Convencion no se paró en estas anomalías de principios y de conducta. Creyóse llamada á cumplir una mision del destino, y la cumplió; fué hasta el fin, sin rodeos, sin temperamentos, sin miedo, sin compasion, sin remordimientos: sabia que atropellaba la regla ordinaria, y sobrepuso la razon de estado á la regla ordinaria; sabia que seria violenta, y fué violenta; que su memoria seria atacada, y sacrificó su memoria. Echó el velo de la dictadura sobre la estatua de la libertad; suspendió la constitucion de 1793; opuso el levantamiento en masa á la coalicion de los reyes, y la cuchilla de la guillotina á sus enemigos interiores. Empujó delante de sí, con furiosa y desesperada energía, el carro de la revolucion que habia armado de cortantes hoces, y pasó el rasero de la igualdad sobre las ciudades y los campos, las leyes y las instituciones, los hombres y las cosas.

Ah! debo decirlo; ese olor de sangre que exhalan los rastros de la Convencion, hasta el punto de hacerse notar al cabo de cincuenta años, me revuelve el estómago y me hace daño. Nosotros, amigos de la libertad, nunca hemos querido que exista esa abominable pena de muerte; no, no la querremos jamás, jamás!

¿Acaso, por mas grande que la concibamos, no deberia siempre estar limitada por la justicia la omnipotencia de un dictador ó de una asamblea? Ahora bien, las espantosas carnicerías de setiembre (1), los tribunales revolucionarios, el anta-

(1) Fueron decretadas por Danton, á la sazón ministro de Justicia, para difundir el terror entre el pueblo y amedrentar á los enemigos de la convencion que se dirigían sobre París. El día 2 de setiembre, á mediodía, se dió la orden de cerrar las puertas de la ciudad; á las dos disparó el cañon de alarma, sonó la campana de la municipalidad, y se tocó generala; de allí á dos horas empezaron á inundar las calles de París arroyos de sangre de las indefensas víctimas encerradas en las prisiones!... Reinó el terror en la capital, y se extendió á toda la Francia; por todas partes surgieron batallones de voluntarios, y en 20 del mismo mes ganó Kellermann la batalla de Valmy, poniendo á los extranjeros realistas en precipitada fuga.—N. del T.

gonismo de los clubs, las insurrecciones de los ayuntamientos, los motines, los cadalsos permanentes, las guillotinas ambulantes, los ahogamientos (1), las descargas á metralla, los casos de individuos puestos fuera de la ley, las persecuciones de meras opiniones, las prisiones de ancianos, de casadas y de doncellas, además de su crueldad y de su infamia, ¿para qué sirvieron? fué por eso mas fuerte, mas justo, mas respetado, mas querido, mas victorioso, mas estable el gobierno revolucionario? ¿ganaron algo con estas atrocidades la civilizacion, el progreso, la moralidad, la fraternidad? No se puede reinar con el terror mas que sobre pueblos viles ó crueles.

Pero al paso que apartamos los ojos con indignacion y horror de los cadalsos políticos, debemos ser justos, debemos reconocer para su honra inmortal, que la Convencion tuvo un profundo sentimiento de la libertad, un inmenso amor á la patria comun, y que fundó tres grandes cosas: la independendencia del territorio, la unidad del gobierno, y la igualdad de los ciudadanos (2).

Además, ¿quién lo creeria? hablar, aun al cabo de medio siglo, de la Convencion nacional, es querer escribir sobre un barril de pólvora, entre panegiristas entusiastas y furiosos destructores, prontos unos y otros á hacerle á uno saltar por los aires si no es exclusivamente de su opinion; y en verdad que no lo somos, mas que prendan fuego á la pólvora!

Así ¿quién puede impedirnos decir que lo que se ha escrito sobre la convencion tiene mas de novela que de historia? Todos los dias y en todos los partidos se sigue novelando sobre este punto. Encajamos á los hombres de 1793 nuestras opiniones, nuestras ideas, nuestros sistemas de hoy, nuestras preocupaciones, nuestras utopías y cierto modo de discurrir que ellos nunca tuvieron, y que, apresurémonos á confesarlo, tampoco teníamos nosotros hace diez años. La confusion de los pareceres reina aquí como en todo lo demás: así por ejemplo, unos

(1) *Les noyades*. En Nantes especialmente, el infame Carrier puso en boga este horrible modo de matar en masa, que, andando los tiempos, imitó en la Coruña el general D. Pedro Mendez Vigo.—*N. del T.*

(2) Doy gracias á la Convencion por haber salvado entonces la independendencia de la Francia. Discurso de Berryer. (*Monitor* del 17 de enero de 1839).

dicen resueltamente que Robespierre no era mas que el agente asalariado de los Borbones y de la Inglaterra; otros, que aspiraba desembozadamente á la dictadura; estos, que soñaba con el establecimiento de la igualdad absoluta; aquellos, que su único placer era bañarse en sangre como una hiena. Muchos dicen, con tono de profundidad, frunciendo las cejas y meneando la cabeza, que á Robespierre no le comprendieron, y partiendo de esta suposicion, sueltan la rienda á todas las hipótesis. Siendo esto así, licito me será á mí tambien hacer la mia, y si despues de haber leído y releído sus últimos discursos pronunciados en la Convencion, he penetrado bien su sentido, diré que me parece que Robespierre estaba á punto de atar las ruedas al carro del terror en las pendientes de la revolucion.

Pero podria muy bien engañarme lanzándome al vago campo de las suposiciones, y yo no soy publicista de capricho; no quiero hacer lo que aquellos comentadores que, en su adoracion de la antigüedad, prestan á Virgilio y á Homero artificios de estilo y melodías imitativas en que jamás pensaron Homero y Virgilio. Así, los publicistas de capricho han prestado á Robespierre y á Saint-Just, á *posteriori*, planes enteramente organizados de reforma y nivelacion democrática, que sus discursos no hacen sentir siquiera. No quieren ver que todos los corifeos de las revoluciones empiezan por trepar al asalto del gobierno existente; despues de lo cual, si sus adversarios se resisten, y mientras se resisten, los arrojan desde lo alto de la muralla al foso. Esos hombres no son mas que los agentes de una Providencia de quien se creen los motores; están encadenados por la sucesion de los hechos y por la lógica de los principios que los arrastra sin saberlo ellos, y que con harta frecuencia los conduce á donde no querrian ir y, sobre todo, á donde ignoran que van. Por lo demás ¡cosa increíble! Robespierre y Saint-Just veían la naturaleza como se ve en la escena y en las decoraciones del teatro de la Opera, al trasluz de una óptica pastoril con armoniosos coros de zagales y mayores: moralizaban especialmente sobre la libertad y sobre la igualdad, con menos elocuencia que Rousseau, pero con mas pedagogia. Como organizadores, no estaban mas ni

menos adelantados que los demás montañeses; no pensaban en mañana, como todos los jefes de partido en plena revolucion, demasiado atentos á deshacerse de sus enemigos y á defenderse á sí propios para pensar en otra cosa. En ellos, la accion absorbía el pensamiento, y lo presente absorbía el porvenir. La revolucion, semejante á un torrente, los arrastraba, los revolvía en sus olas; ahora bien, no se funda un edificio en la corriente, sino en la ribera.

Como quiera que sea, lo que no admite duda, y esto es lo que nos importa, es la prodigiosa sacudida que dió al mundo el coloso francés cuando, rompiendo las cadenas de la monarquía absoluta, se puso en pié, y desplegando toda su altura echó á andar con su fuerza y con su libertad.

Así como los metales mas heterogéneos se disuelven y se aglutinan en el crisol y á la lumbre de una ardiente fragua, así bajo el poderoso aliento de la convencion, las provincias de Francia, aun las mas extrañas unas á otras, se soldaron entre sí y no formaron mas que un solo y único cuerpo. Cada aldea, desde los Pirineos hasta el Rhin, desde el Océano hasta los Alpes; cada fraccion del territorio trabajado, removido hasta en sus últimas capas por los labradores revolucionarios, recibió y conservó en su seno las semillas de la libertad. El menosprecio de la muerte, la grandeza trágica de los sucesos, el entusiasmo de la gloria templaron aquellas almas de acero, aquellas robustas generaciones de nuestros padres. La Francia de entonces no era mas que un gran campamento, una fábrica de fusiles y de cañones, un arsenal de guerra, una inmensa plaza de armas. Las madres ofrecian sus hijos á la patria: los recién casados se arrancaban de los brazos de sus esposas: legiones de soldados salian como de debajo de la tierra. Descalzos, sin vestidos, sin pan, sin pólvora á veces, tomaban á la bayoneta las trincheras y las baterías del enemigo. ¡Qué capitanes! Joubert, amortajado en la bandera de Novi; Hoche, pacificador de la Vendée; Marceau, el héroe de Wisemburgo; Pichegru, el rápido invasor de la Holanda, y Moreau que luego (1).... pero entonces triunfaba en Nerwinde! Aquellos ge-

(1) Elegante reticencia, para no decir que mas adelante este famoso general,

nerales de la república iban á ser los gloriosos mariscales del imperio; Ney, Soult, Murat, Masséna, Lannes, Lefebvre, Davoust, Angereau, y sobre todos ellos Bonaparte, mas grande tal vez que Napoleon. Este jóven general de la Convencion, que dirigió las descargas de metralla contra la iglesia de San Roque (1), debia algun dia hacer temblar á la Europa al ruido de sus pisadas, y sentarse, coronado por el papa, en el trono de los Césares: aquellos soldados desarrapados debian dar con él la vuelta al mundo, acamparse al pié de las Pirámides, conquistar la Italia, y ceñidos con los laureles de Arcola, de Aboukir, de Marengo, de Austerlitz y de Jena, plantar sus triunfantes águilas en las torres de Viena, de Lisboa, de Roma, de Amsterdam, de Madrid, de Berlin, y de Moscou. Aquella nacion, cuya ruina y desmembramiento meditaban los extranjeros, debia en breve ser saludada por el grande emperador con el dictado de *la gran nacion*. En derredor de la revolucion marchaban, como para formarle un magnífico cortejo, hombres de genio, unos ilustres ya, otros á punto de serlo; en las ciencias Laplace, Lagrange, Biot, Carnot, Monge, Cuvier, Chaptal y Berthollet (2), Larrey, Pinel, Cabanis, Bichat, Dupuytren (3); en las bellas artes David, Gros, Girodet; en las letras Lebrun, Fontane, Bernardino de Saint-Pierre, los dos hermanos Chénier, Chateaubriand; en la política Talleyrand y Sieyes; en legislacion Cambaceres, Treilhard, Berlier, Zangiacomi, Daunou y Merlin; en la administracion Portalis, Defermon, Regnault de Saint-Jean-d'Angely, Allent, Regnier, Thibeaudeau, Fouché, Réal, Pastoret, Siméon, Boulay de la Meurthe.

La Convencion no reinó, pues, sobre una época vulgar y sobre generaciones sin virtud, sin genio y sin gloria; tuvo sus guerreros, sus sábios, sus artistas, sus jurisconsultos y sus hombres de estado: tambien tuvo sus oradores.

obcecado por su resentimiento contra Bonaparte, escuchó, hallándose desterrado en los Estados-Unidos, las proposiciones del emperador Alejandro de Rusia, y tomó las armas contra su patria en 1813. Un mes despues, en aquel mismo año, murió de resultas de una herida que recibió delante de Dresde.—*N. del T.*

(1) El 13 de Vendimiario arriba citado.—*Id.*

(2) Célebres en las matemáticas y en las ciencias naturales.—*Id.*

(3) Célebres en las ciencias médicas.—*Id.*

La elocuencia parlamentaria se inspira siempre de las pasiones y se tiñe con los colores de cada época.

La elocuencia convencional, fuerza es decirlo, solia ser antes una elocuencia de club, de juzgado criminal, de peticionarios, que la grande y sábia elocuencia de tribuna, que la elocuencia de Mirabeau.

En el concepto del arte, del estilo, de la ciencia, de la disposicion, de las pruebas, del método, no hay ningun orador montañés ó girondino que pueda igualarse con los príncipes de la tribuna moderna.

En el concepto de los preceptos oratorios, por el contrario, no tengo noticia de que ninguno de estos príncipes haya jamás, á pesar de los maravillosos esfuerzos de su palabra, arrancado un solo voto á la tenacidad industrial y limitada de nuestras prosaicas cámaras, al paso que Robespierre, Barrère, y sobre todo Danton, arrancaron frecuentemente á viva fuerza los decretos de la Convencion.

Eran ellos unas potencias, y nosotros unos excelentes tocadores de organillo; sonidos deliciosos, y en seguida, nada mas.

La elocuencia de entonces era desmedida, hinchada, robusta, gigantesca como la revolucion que defendia.

La nuestra se rebaja con frecuencia á las proporciones de esos don Quijotes provistos de largas zancas y de largos brazos, que sirven de muestras en nuestras posadas de lugar.

La suya olia á pólvora: la nuestra suele oler á estopa ó á remolacha.

La suya preconizaba los intereses liberales; la nuestra los intereses materiales.

La suya era violenta hasta la acusacion, cínica hasta la injuria; la nuestra es burlona, enredada, parlanchina, hipócrita.

La suya conducia á sus oradores á la pobreza, á las denuncias, al ostracismo, á la prision, al cadalso; la nuestra hace subir á sus héroes por floridas pendientes á las escalas de seda y oro de la opulencia y á los honores del ministerio.

Sea por dificultad de invencion, ó por sus precedentes, ó por educacion clásica, los republicanos de 1793 intentaron resucitar en sus trajes, sus ademanes y sus arengas, á Esparta,

Atenas y Roma. ¡Cosa singular! los mas furiosos demagogos admiraban sinceramente las leyes, las costumbres, los vestidos, el carácter, los discursos, la vida y la muerte de los mas soberbios é insolentes aristócratas de la antigüedad.

Se adoptaron el gorro griego, los peinados con trenzas y las largas clámides; se proscribieron las letras, único consuelo de las almas sensibles y delicadas; se condenó á muerte á los amigos mas queridos, con la desalmada paternidad del primero de los Brutos; se profesó á los reyes el encarnizado odio de Horacio Cocles; se aceptó con entusiasmo la muerte, hubo quien se abrió á sí propio las venas, quien se rasgó las entrañas, quien se abismó desesperadamente en su destino, como Decio, como Régulo, como los senadores de Tiberio y de Neron en Roma esclava; muchos juraron morir en sus bancos de representantes, como los antiguos romanos en sus sillas curules; se amenazó á los dictadores de las juntas y de la convencion con el puñal de Harmodio y con la roca Tarpeya; se afectó la frugalidad de Cincinato y de los espartanos; se escribió el nombre de los enemigos con tinta roja, en listas de proscripcion, en conmemoracion de Sila; se decretó la inmortalidad del alma, pensando en Caton moribundo. Se dijo, para dispensarse de usarlos, que el demócrata Jesus nunca habia usado calzones. Se puso á algunos, sin juicio prévio, fuera de la ley, así como los romanos vedaban á los proscriptos el agua y el fuego; se sofocó la voz de la naturaleza, se violó la justicia, se desencadenó la libertad, se exageró la virtud misma para mas asemejarse á ellos.

Esto en cuanto á la parte exterior del discurso que se alimenta de formas, giros é imágenes. Por lo tocante á la filosofía política, á la economía rentística, y á las definiciones de los derechos y deberes del hombre, las fuentes á donde se iba á beber eran la filosofía, la economía y las definiciones de Rousseau y de los enciclopedistas.

En el ayuntamiento (*La Commune*) de París, en el club de los jacobinos, en las sociedades populares, en las juntas del gobierno, en las órdenes del dia de los ejércitos, al frente de los batallones, en la barra de la asamblea, en las plazas públi-

cas, hasta al pié del cadalso, en todas partes, siempre se veían el mismo fondo de ideas, las mismas furias, la misma grandeza, las mismas figuras, las mismas exclamaciones, las mismas imitaciones, las mismas apologías, las mismas denominaciones, el mismo lenguaje.

En aquel drama revolucionario, en aquel espectáculo oratorio tan vivo, tan animado, tan estrepitoso, tan terrible, todo se mezcla, todo se agita, todo se confunde, los clubs, los diputados, los peticionarios, el pueblo, la barra, la silla de la presidencia y las tribunas.

Desde lo mas alto de la sala hasta las puertas, en los pasillos, dentro, fuera, todo hacia su papel, todo era accion, combate, gritos, aplausos, murmullos. Las secciones armadas, impelidas, guiadas por jefes invisibles y desconocidos, invadian la Convencion, atropellaban sus filas, señalaban con el dedo á los diputados sospechosos, y pedían que, allí en la misma sesion, cayesen bajo la espada de la ley:

«El pueblo se ha levantado! está en pié, y espera!»

¡Tiempos extraordinarios! contraste singular! Aquella asamblea que lanzaba impávida sus provocaciones de guerra á todos los reyes de Europa, retrocedía ante la amenaza y la injuria de unos cuantos denunciadores rabiosos, y llevaba la longanimidad, ó mas bien la pusilanimidad, hasta concederles los honores de la sesion.

A veces, las secciones iban á aguijonear la lentitud del mismo Robespierre, y no les parecia su constitucion bastante democrática.

«Vosotros los de la montaña, exclamaba su orador, dignos descamisados (1), ¿permanecereis siempre inmóviles en la cima de esa roca inmortal? ¿Hasta cuándo consentireis que los monopolistas beban en doradas copas la sangre mas pura del pueblo? Montañeses, levantaos, no termineis vuestra carrera con ignominia!»

La montaña se indignaba y devoraba el ultraje.

El ayuntamiento revolucionario de París, con el corregidor (*le maire*) al frente, admitido á la barra, decia:

(1) *Sans-culottes*, literalmente sin calzones ó descalzados.—N. del T.

«Montaña, para siempre célebre en los fastos de la historia, sé el Sinaí de los franceses! lanza entre rayos los eternos decretos de la justicia y de la voluntad del pueblo! agitaos y estremecedos á su voz! Montaña sagrada, sé el cráter cuyas ardientes lavas consuman á los malos!»

Y prosiguiendo la misma figura, el diputado Gaston respondia: «Paris, como el monte Etna, debe vomitar de su seno la aristocracia calcinada!»

Poco á poco se iban calentando las cabezas con la embriaguez de la palabra, y se exaltaban hasta el delirio: Legendre exclamaba: «Si se presenta un tirano morirá á mis manos. Lo juro por Bruto!»

Y Drouet: «Seamos bandoleros para la felicidad pública, seamos bandoleros!...»

Pero estos no son mas que accidentes de situacion y de carácter, y no se crea que todos los actores del drama revolucionario gesticulasen y manoteasen como maniáticos y extravagantes.

Muchos, nacidos en el pueblo ó muy cerca del pueblo, tuvieron un invencible amor á la igualdad, una originalidad propia de fisonomía y de lenguaje, una elocuencia robusta y pintoresca, una diccion vehemente, una aspereza de ataque, una intrepidez de defensa, un desinterés, una noble indignancia, un respeto á la soberanía nacional, una ternura filial para con la patria, una abnegacion de intereses personales y locales, un generoso y poderoso instinto de gloria, de grandeza y de unidad, que no se encuentran por cierto despues de ellos.

Allí, porque aquello era un campo de batalla, allí se acampaban en las filas de la Gironda:

Guadet, cuya elocuencia parlía del corazon, pero que solo por intervalos exhalaba algunas vislumbres de ella. El fué quien, mirando á Robespierre cara á cara, le dijo:

«Mientras corra por mis venas una gota de sangre, tengo mucho corazon, tengo un alma muy alliva para reconocer mas soberano que el pueblo.»

Louvet, escritor ingenioso y vehemente, orador vivaz y brillante, que rompió el fuego contra la montaña con mas arrojo que prudencia:

Lanjuinais, breton tozudo (1), inflexible en sus doctrinas, sábio publicista. No retrocedía ante ningun peligro, no aceptaba ningun sofisma. Débil de cuerpo, pero intrépido, luchaba con los montañeses voz contra voz, ademanes contra ademanes: asíase de la tribuna con las dos manos, se clavaba en ella. Un día en que reclamaban su dimision de diputado, poniéndole un cuchillo en la garganta y llenándole de injurias, dejó caer de sus labios con majestad estas hermosas palabras: «Sabad que la víctima adornada de flores y que arrastraban al altar, no recibía insultos del sacerdote que la inmolaba.»

Bazire, que pronunció una expresion sublime:

El proyecto de constitucion decia: «El pueblo francés no ajusta la paz con un enemigo que ocupa su territorio.»

Mercier: «Semejantes artículos se escriben ó se borran con la punta de la espada. ¿Por ventura habeis hecho pacto con la victoria?»

Bazire: «Le hemos hecho con la muerte!»

Camilo Desmoullins (2), dotado de una imaginacion demasiado ardiente, pero de un corazon sensible. Amaba la libertad con idolatría, y á sus amigos mas que á sí mismo. Se arrojó con aturdida temeridad al encuentro de la revolucion, quiso hacerla retroceder despues de lanzarla en sus sendas, y fué aplastado por las ruedas del carro que llevaba la fortuna de Robespierre (3).

Camilo tenia una fisonomía expresiva y ademan oratorio, pero una pronunciacion defectuosa le vedaba la tribuna, y la im-

(1) Los bretones tienen en Francia la misma reputacion de tenacidad que los aragoneses en España.—*N. del T.*

(2) Acaso no esté demás advertir aquí que, todos estos nombres propios y los siguientes van regidos por el verbo *se acampaban* que está nueve párrafos mas arriba. Si el lector no lo tuviera presente, hallaría defectuoso el régimen de estas oraciones, que no es sin embargo mas que *un poco ó un mucho atrevido*, como es costumbre en Timon. Nosotros respetamos este y otros *atrevimientos* por conservar á este célebre y magnífico escritor su colorido propio y altamente original.—*Id.*

(3) Ninguno se colocó mas generosamente bajo la cuchilla de la tiranía revolucionaria que Camilo Desmoullins, llevado del deseo del bien público. La causa principal de su perdicion, ó al menos lo que ofreció mas pábulo á las acusaciones que le dirigió el tribunal revolucionario, fué un periódico que publicaba con el título de *El Franciscano Viejo (Le Vieux Cordelier)* inculcando los principios de justicia, clemencia y humanidad.—*Id.*

petuosidad de su imaginacion no le permitia unir y coordinar sus ideas en un discurso sábio y mesurado. Era libelista mas bien que orador, libelista ingenioso, pero cínico. Apasionados, candorosos, pintorescos, pero con harta frecuencia sin lógica y sin buen gusto, sus folletos son ora sombríos, ora brillantes, siempre incoherentes como los sueños de un enfermo; á veces, y por intérvalos, están llenos de facundia irónica, de naturalidad y donaire. Al fin temió por los que temian; sufrió por los que sufrian; empleó los fuertes colores de Tácito para pintar á los tiranos del pueblo; torció y retorció en sus heridas el puñal de la ironía; ensayó el remordimiento, ensayó la compasion, pero era tarde. En vano se precipitó de cabeza de la orilla al torrente, á fin de contenerle y guiarle; las aguas corrian y la corriente le arrastró con ellas. Sepultáronle en los calabozos del tribunal revolucionario, y desde allí, próximo ya á subir al cadalso, dirigió á su jóven esposa, á su Lucilia tan querida, aquella patética carta cuyo fin arranca lágrimas: «¡Adios, Lucilia, mi querida Lucilia! siento huir delante de mí la ribera de la vida. Todavía veo á Lucilia, la veo! mis brazos cruzados te estrechan, mis manos atadas te ciñen, y mi cabeza segada descansa sobre ti. Voy á morir (1).»

Vergniaud, inteligencia flexible y vasta, patriota sincero, orador elegante, untuoso, metafórico, demasiado metafórico tal vez, de quien se han conservado estas palabras:

«La revolucion es como Saturno, que devora á sus hijos.»

Y esta comparacion, acaso demasiado amplificadas y parafástica, pero que fué entonces tan aplaudida: «Si nuestros

(1) Desmoulins se entregó en su última hora á los mas violentos excesos de la desesperacion; arrojaba espuma por la boca, y para atarle fué preciso arrojarle en tierra. Sus vestidos y su camisa quedaron hechos girones, y llegó al cadalso casi desnudo. Fué ajusticiado el dia 16 de Germinal, año 2.º (5 de abril de 1794); su tierna y desgraciada esposa, que durante su cautividad en el Luxemburgo, no dejó de ir una sola mañana á recibir sus adioses al pié de la ventana de su calabozo, no le sobrevivió muchos dias. Entregada en 14 de abril al mismo tribunal, mostró en su defensa, y sobre el cadalso, una admirable entereza. Habiéndola preguntado el presidente si era ella en efecto la que habia incitado á su marido á difundir los principios por los cuales acababa de ser condenado: «Sí, respondió ella, yo he sido, y esa es mi única vanagloria: ¡malvados! pronto os tocará á vosotros temblar; os espera la misma suerte que á vuestras víctimas.» Murió á la edad de 22 años.—N. del T.

principios se propagan con lentitud entre las naciones extranjeras, es porque empañan su esplendor sofismas anárquicos, tumultuosos movimientos, y sobre todo un sangriento crespón.

«Cuando los pueblos se prosternaron por primera vez delante del sol para llamarle padre de la naturaleza, ¿pensais que le cubrían las nubes destructoras que llevan en su seno las tempestades? ¡No! sin duda, espléndido y glorioso, seguía entonces su carrera por la inmensidad del espacio y derramaba sobre el universo la fecundidad y la luz.»

Y su respuesta á Robespierre:

«Si somos culpables y no nos enviáis ante el tribunal revolucionario, haceis traicion al pueblo. Si nos calumnian y no lo declarais, haceis traicion á la justicia.»

Y esta apóstrofe:

«Temed que en medio de vuestros triunfos no se asemeje la Francia á esos famosos monumentos del Egipto, que son afrenta del tiempo. El pasajero se maravilla de su grandeza; pero si trata de penetrar en ellos ¿qué encuentra? Cenizas inanimadas, y el silencio de las tumbas!»

Júntense todos los recuerdos oratorios, examínense bien, y se verá que, tanto en las asambleas legislativas como fuera de ellas, son siempre las imágenes las que mas impresion producen en la muchedumbre.

Por lo demás, era Vergniaud un orador de poco fondo, poco apremiante, poco concluyente en sus argumentaciones, poco apto para dominar á aquellas asambleas tempestuosas donde la petulancia del gesto, y la insolencia familiar del habla y de la expresion, son los acompañamientos obligados del discurso.

Como todos los demás girondinos, cometió el yerro imperdonable de cebarse mas en las personas que en las cosas, y de irritar y dar partidarios á la montaña con sus violencias. La posteridad será igualmente severa con aquellos dos partidos que convirtieron desde luego sus sesiones en una arena de gladiadores.

En frente de los girondinos, y en los bancos opuestos del anfiteatro, se sentaban los montañeses sus mortales enemigos.

Allí estaban: Barrère, el elegante narrador de las victorias

que Carnot organizaba; este improvisaba proposiciones, decretos, manifiestos, como Danton improvisaba discursos; era menos hiperbólico que aquel en sus imágenes, mas castizo, mas literal, mas fiel á las reglas de la gramática y al decoro é indolente de la lengua; osado y contenido á un mismo tiempo; impetuoso en las ocasiones, pero siempre previsor; siempre sabia de qué parte soplabá el viento y hácia donde iba á descargar la nube; diplomático astuto, diputado mas astuto todavía.

Marat, hombre de instintos feroces, de rostro innoble y deprimido, á quien Danton repudiaba, y á quien no se dignaba acercarse Robespierre; denunciador universal, que invocaba la *Santa guillotina* (1), azuzaba al pueblo al asesinato y pedia por pasatiempo doscientas mil víctimas, la cabeza del rey y un dictador. Hombre de quien no podría asegurarse si fué mas cruel que demente; por lo demás, trivial y chocarrero, sin continente, sin dignidad, sin mesura. Agitábase en su banco como un energúmeno, se levantaba sobresaltado, palmoteaba, reía á carcajadas, asediaba la tribuna, fruncia las cejas, y dejábase á vista de la convencion entera ceñir ridículamente la cabeza con una corona de hojas de roble. Repetía continuamente á la asamblea con mucho énfasis: «¡Os recuerdo el pudor, si es que le teneis!»

Decía de sus adversarios: «¡Qué camada! ¡oh cochinos! ¡oh fugados de Bicêtre!» Gritaba al orador: «Cállate, pajarraco!» ó bien. «Eres un infame! estás chocheando! eres un imbécil!»

Pero éranle devueltas sus lindezas, porque de todas partes le dirigian exclamaciones por este estilo: «Silencio, malvado!»

Era aborrecido sobre todo de la Gironda, y de la mayor parte de sus colegas, los cuales le llenaban de injurias, de improperios y desprecios, recibidos en honor de la verdad con gran calma, y aun con un descaro groseramente burlesco. Marat no era orador; no era siquiera un hablador adocenado; pero no le faltaba talento como polemista, y en algunas ocasiones mostró

(1) Con esta sola expresion pinta el autor admirablemente las contradicciones y aberraciones propias del delirio que produce la exaltacion revolucionaria. Los mismos ateos que negaban la santidad y el cielo, llegaron á santificar el último de los objetos materiales mas despreciables y horreundos.—N. del T.

suficiente perspicacia para reconocer á los ambiciosos bajo su máscara, y suficiente osadía para arrancársela.

Billaud-Vareennes, hombre duro, zahareño, atrabiliario, inexorable, mártir de la fe republicana, y que creyó inmolarse en Robespierre á un verdadero tirano.

Couthon, consejero de Robespierre, cuyo brazo era Saint-Just; paralítico de ambas piernas, y único hombre que no podía moverse en medio de todos aquellos hombres de acción continua; Couthon, que al oír el decreto que le condenaba á muerte, so pretexto de haberse querido elevar al puesto supremo, se contentó con responder irónicamente: «Yo habria aspirado á ser rey!»

Saint-Just, republicano por convicción, austero por temperamento, desinteresado por carácter, nivelador por sistema, tribuno en las juntas, intrépido en los campos de batalla. Su juventud, que rayaba en la adolescencia, era sazónada para todo gran designio: su capacidad correspondia á su situación; un fuego sombrío iluminaba su mirada: tenia la fisonomía melancólica, cierta inclinación á la soledad, dicción lenta y solemne, alma de hierro, voluntad determinada, y la vista siempre atenta á un objeto fijo. Elaboraba sus informes con estudiado dogmatismo; sembrábalos de retazos metafísicos entresacados de Hobbes y de Rousseau, y á la violentísima y activísima realidad de sus medios revolucionarios, agregaba una filosofía social impregnada de fantasía y de floridos ensueños.

Expresiones suyas: «El fuego de la libertad nos ha purificado, del mismo modo que el hervir de los metales arroja del crisol las heces impuras.»

Y aquella simple palabra: «Arriesgaos (1)!»

Y aquel otro dicho:

«La huella de la libertad y del genio no se borra en el universo. Después de los romanos quedó vacío el mundo, pero le llena su memoria.»

(1) Palabra que resume todo el sistema político de Saint-Just. En los casos más áridos, en la misma célebre sesión de los jacobinos de la noche del 8 de termidor, cuando Robespierre se mostró más desfallecido y flaco, aquella elocuente palabra no fué jamás pronunciada por aquel joven impetuoso sin encender los ánimos más decididos.—N. del T.

Su informe contra Danton está dispuesto, ordenado, y conducido en todas sus partes con un arte infinito, casi diría infernal. Empieza inculcando á Bazire, á Chabot, á Camilo Desmoulins y á los demás, y deja para el último á Danton. Cuando llega á él hace alto..... mide la extension de su cargo, y reúne todas sus fuerzas contra el gigante. Vuelve sobre sí, allega sus pruebas, las precipita, las estrecha, las acumula, las hacina como formando una hacha de armas, y, para apasionar al auditorio, apostrofa á Danton cual si se hallara presente, como lo haria un promotor fiscal en un juzgado criminal. Desarrolla la supuesta lista de sus traiciones, de sus conjuraciones, de sus crímenes. Descorre el velo de su vida privada, repite sus palabras, aun las confidenciales; le denuncia, le estigmatiza, se niega á oírle, no le escucha. Le juzga, le condena, le arrastra al cadalso, y le corta la cabeza con su discurso mejor que pudiera hacerlo con la afilada cuchilla de la guillotina. Pero no era muy lucido tu papel, Saint-Just; y además, esa convencion frenética que por unanimidad decretaba la formacion de causa de Danton, ¿obraba por ventura con libertad en aquel momento?

Robespierre, orador facundo, adiestrado en las arengas de los clubs y en las luchas de la tribuna; paciente, taciturno, disimulado, envidioso de la superioridad ajena y de carácter vano; dueño de la discusion y de sí mismo, que no dejaba mas desahogo á sus pasiones que el de las exclamaciones sordas; mayor de lo que le pintan sus enemigos, y menor de lo que sus amigos le representan; grande admirador y encomiador de sí propio, de sus servicios, de su desinterés, de su patriotismo, de su virtud, de su justicia; aficionado á reaparecer sin cesar en la escena despues de trabajosos rodeos y á recargar todos sus discursos con el peso fastidioso de su persona.

Robespierre escribía sus informes, recitaba sus arengas, solo improvisaba en sus réplicas.

Sabia trazar con talento el cuadro exterior del mundo político. Tenia, quizá mas que sus colegas, miras de estadista, y, ya fuese por un vago instinto de ambicion, ya por sistema, ya

por hastío de la anarquía, quería dotar de unidad y fuerza al poder ejecutivo.

Su estilo oratorio rebosaba recuerdos de la Grecia y de Roma, y los escolares que poblaban la asamblea escuchaban con la boca abierta sus leyendas del tiempo antiguo. ¿Quién se pondría hoy, sin provocar la risa, á hablar en la tribuna de los cretenses, de Lacedemonia, del dios Minos, del general Epaminondas, de los senadores romanos con sus largas togas, del buen Numa Pompilio y de la Ninfa Egeria?

Interpelado por Vergniaud que le decia: «A la conclusion! á la conclusion!...—Sí, le replicó, voy á concluir y va á ser contra vos! contra vos que....» etc. Y desenvolviendo la série de sus acusaciones, Robespierre animado se elevó en aquella ocasion hasta la elocuencia. Pero por lo general su fraseología era falsa y declamadora.

Decia, por ejemplo: «Los girondinos imploraban por do quiera las *serpientes* de la calumnia, el *demonio* de la guerra civil, la *hidra* del federalismo, y el *mónstruo* de la aristocracia.» Estas cuatro figuras, acumuladas en una misma frase, son ridículas y de mal gusto. Transportemos á Robespierre con semejantes frases y maneras á la tribuna de la cámara de diputados! Nadie le escucharia dos minutos, y las risas, peores aun que los silbidos, acabarían con él.

Robespierre se interrumpia de repente en medio de sus discursos para apostrofar al pueblo, como si le tuviera presente, haciendo en tales ocasiones grande abuso de la retórica. Se descolgaba tambien con prolijas reflexiones filosóficas sobre la virtud, reminiscencias visibles de Juan Jacobo Rousseau.

Valíase de prosopopeyas y otras figuras que, aunque puedan ocurrir en el calor de la accion oratoria, y pinten con mas viveza el pensamiento, siempre echan á perder una disertacion. Algunas veces sin embargo revestía sus imágenes de formas elegantes: «¿Se calumniará al astro que anima á la naturaleza por esas ligeras nubes que se deslizan sobre su refulgente disco?»

Bello es aquel otro pensamiento: «La razon del hombre se asemeja tambien al globo que habita; mientras una mitad aparece iluminada, la otra mitad está sumergida en las tinieblas.»

Pero nada menos oportuno en un informe que aquellas interminables alusiones á los hombres y á las cosas de la antigüedad. «¡Cobardes! Y osarán denunciaros los fundadores de la república! Los modernos Tarquinos se atreven á deciros que el senado de Roma era un tropel de bandoleros! tambien los esclavos de Porsena trataban á Escévola de insensato. Segun los manifiestos de Jerjes, Aristides saqueó los tesoros de la Grecia. Octavio y Antonio, con las manos llenas de rapiñas y teñidas con la sangre de los romanos, mandan que el orbe entero les tenga por únicos elementos, justos y virtuosos. Tiberio y Seyano no ven en Bruto y Casio mas que unos hombres sanguinarios, unos malvados.»

Los montañeses, exceptuando tal vez á Barrere y á Saint-Just, no sabian coordinar sus ideas con buena lógica, ni encastrarlas á su objeto y concluir. Los informes de Robespierre apenas pueden sujetarse al exámen; hay en ellos abundante ripio, confusion y ampulosidad.

Robespierre no atacaba á sus enemigos frente á frente; sus acometidas eran rebozadas y de mera insinuacion, y les dirigia amenazas, indirectas y palabras sueltas de siniestro concepto, por el estilo de las que Tiberio lanzaba á los que designaba como victimas en el senado romano.

Robespierre era deísta como Saint-Just. Ser deísta en aquellos tiempos y declararlo abiertamente, era casi ser religioso.

La víspera de su muerte, cuando, en todo su apogeo, se presentó en la Convencion denunciando á las juntas de salvacion pública y de seguridad general, se extendió largamente con complacencia afectada en recordar el papel de pontífice que habia representado en la festividad del Ser Supremo (1). El apóstrofe que termina este episodio no carece de animacion y colorido:

(1) Robespierre fué el fundador de la festividad dedicada al Ser Supremo, para cuya celebracion, así en Paris como en toda la república, se fijó el dia 20 del mes de Pradial. Tuvo esta lugar una sola vez en el año segundo de la república, esto es, en 1794; presidió Robespierre aquella extraña fiesta, marchando por la ciudad seguido de la Convencion, y llevando en sus manos un ramo de flores y de espigas, entre las aclamaciones del pueblo que veía en aquella ceremonia deísta el principio de una obra de regeneracion que aquel revolucionario no tuvo talento para llevar á cabo.—N. del T.

«Ciudadanos, habeis adherido á la causa de la revolucion á todos los corazones puros y generosos. La habeis mostrado al mundo con todo el brillo de su celestial belleza. ¡Oh día afortunado, día para siempre memorable, aquel en que el pueblo francés entero se levantó para tributar un homenaje digno al autor de la naturaleza! Oh tierna reunion de todos los objetos que pueden halagar las miradas y el corazon de los hombres! oh senectud honrada! oh ardor generoso de los hijos de la Patria! oh júbilo puro y sencillo de los ciudadanos mancebos! oh lágrimas deliciosas de las madres enternecidas! oh divino encanto de la inocencia y de la belleza! oh majestad de un pueblo grande, feliz por el solo sentimiento de su fuerza, de su gloria y de su virtud! Ser de los seres! el día en que el universo salió de tus manos omnipotentes ¿brilló por ventura á tus ojos con mas grato resplandor que aquel en que, quebrantando el yugo del crimen y del error, se presentó á tí digno de tus miradas y de sus destinos?»

En este trozo hay seguramente arte y estilo; pero ¡qué mal sentaba entre una denuncia de muerte y una insurreccion meditada! Las oraciones revolucionarias están llenas de estos contrastes.

Tomó por lo sério Robespierre su festividad y su restauracion del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma (1), y no perdonaba las irreverentes burlas de los demás individuos del gobierno. Dos cosas le repugnaban en ellos: primero su materialismo, y además el haber creído poderse pasar sin él por espacio de cuarenta días (2).

Cuando al principio se vió Robespierre convertido en blanco de las terribles acometidas de Vergniaud y de Louvet, inclinó la cabeza y dejó pasar la tormenta; mas cuando conoció que la Convencion diezmada cejaba, volvió á alzar la voz de

(1) En 28 del mes floreal (7 de mayo de 1794) tuvo Robespierre el valor de anunciar por boca de Barrère, á la asamblea de la Convencion, que profesaba abiertamente el ateísmo, el sistema de ideas religiosas que habia adoptado, cuyas bases principales eran la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.—*N. del T.*

(2) Los días en que Robespierre, excesivamente conñado en su prestigio, dejó de asistir á las reuniones de las juntas y del gobierno, al cabo de los cuales se vió abandonado, por el progreso rápido que habia hecho la revolucion. Dichos cuarenta días deben empezar á contarse desde el 24 de Pradial.—*Id.*

dueño. Pretendió que la asamblea discutiese, ó mas bien decretase sobre la marcha las leyes mas espinosas y mas duras, propuestas repentinamente por la junta de salvacion pública. La mayoría supeditada palidecia de cólera, y en los corazones germinaba la venganza. Merlin y Tallien, se turbaban: Bourdon devoraba su afrenta, y con labio balbuciente decia medroso: «Yo estimo á Couthon, estimo á la junta de salvacion pública, estimo á la inalterable montaña que ha salvado á la libertad!»

Aquella montaña, minada por su asiento, iba pronto á caer desmoronada.

¡Qué drama oratorio, qué interesante discurso en accion presenta la famosa sesion del 9 de termidor (1)!

Lanza Robespierre su terrible acusacion contra sus enemigos, y baja de la tribuna. Todo es al principio silencio y duda; álzase despues un murmullo que va cundiendo por todos los bancos. Luego empiezan todos á reunirse y agruparse; se miran, se recuentan, se consultan, se indignan, y por fin estallan. Robespierre se ve convertido en objeto de discusion: Robespierre está perdido. Saint-Just vuela á su socorro y denuncia á Tallien; apenas sus labios pronuncian este nombre, Tallien, pálido, anonadado, medio vivo, medio muerto, pide que se rasgue enteramente el velo que encubre á Robespierre.

Billaud-Varenes exclama: «La Convencion se encuentra entre dos degüellos; si se muestra débil perecerá... (*No! no perecerá!*—Y todos los diputados se levantan, y agitan sus sombreros, y juran salvar á la república.)

Billaud-Varenes: ¿Hay entre nosotros un solo ciudadano que quiera vivir bajo el yugo de un tirano? (Toda la asamblea: *No! no! mueran los tiranos!*)

(1) Aquí Timon resume en pocos renglones, con admirable nervio y colorido dramático, la célebre sesion de Termidor que duró dos dias enteros, y que decidió la desgracia de Robespierre. Este arte de concretar en pocas frases toda la sustancia de largas páginas históricas es una de las dotes que mas distinguen al ilustre escritor, y en ella no hay seguramente quien se le compare. Creemos deber advertir esto para fijar bien la atencion de nuestros lectores en el interesante periodo que el autor pinta, y para excitar en ellos el deseo de verificar la exactitud de nuestra observacion acerca del estilo de Timon, confrontando su nervudo aunque ligero bosquejo con la historia minuciosa de la época referida; porque nada da mejor sabor á un libro que narra que la fe en el narrador.—N. del T.

Robespierre se abalanza á la tribuna. (Muchas voces á un tiempo: *Fuera el tirano! fuera! fuera!*)

Tallien entonces: «Ayer presencié la sesion de los jacobinos, y me estremecí por la patria! vi formarse la tropa del nuevo Cromwell (1), y héme aquí armado de un puñal para atravesarle el corazon!» (*Vivas aclamaciones.*)

Robespierre, arrinconado contra las gradas de la tribuna, reclama la palabra, quiere usar de ella. (Su voz se pierde entre la repetida gritería de: *Fuera el tirano! fuera! fuera!*)

Robespierre insiste, Tallien le rechaza y prosigue su acusacion.

Entonces Robespierre dirige ansioso sus miradas hácia los mas exaltados montañeses. Los unos le vuelven la cabeza, los otros permanecen inmóviles. Implora á los del centro (2): «A vosotros me dirijo, hombres honrados y puros, y no á los malhechores.... (*Violenta interrupcion.*) Presidente de asesinos, te pido por última vez la palabra! (*No! no!*)

La algazara continúa; Robespierre agota en vano sus esfuerzos; la voz se le enronquece.

Garnier (3): «La sangre de Danton te está ahogando!»

Ese Danton, cuya sangre se le subia á Robespierre á la garganta y le ahogaba, ese Danton cuyo retrato voy á hacer ahora, ese Danton inferior á Mirabeau, llevaba de ventaja la cabeza entera á todos los demás convencionalistas.

Tenia, lo mismo que Mirabeau visto de cerca, el semblante atezado, facciones aplastadas, la frente rugosa, cierta deformidad repugnante en cada parte de por sí; pero, lo mismo que

(1) Alude á la sesion que tuvo Robespierre con los jacobinos en la noche del 8 de termidor. En vez de desplegar alguna actividad para conjurar la tormenta que sus poderosos enemigos precipitaron sobre su cabeza al siguiente dia, pasó aquella noche abatido, y absorto en sus tristes presentimientos, desperdiciando las ofertas de sus ardorosos partidarios. Henriot, que mandaba la fuerza armada, le prometió cercar con sus tropas la sala de la Convencion, desierta á aquellas horas, impedir su acceso, apoderarse del local ocupado por las juntas, prender de súbito en sus casas á los diputados cuya muerte conviniese decretar, y entregarlos al tribunal revolucionario, y proclamar á Robespierre dictador al amanecer el dia 9. Pero este se dejó arrastrar á su ruina por su irresolucion.—*N. del T.*

(2) Ocupaban á la sazón aquel lugar los que habian logrado libertarse de la malhadada muerte de los girondinos.—*Id.*

(3) Garnier de l'Aube.—*Id.*

Mirabeau, visto á cierta distancia y en una asamblea, llamaba la atencion y atraia las miradas por su fisonomía original, y por esa especie de belleza varonil que constituye la belleza del orador.

Tenia el uno las semblanzas del leon, y el otro las del alano: ambos á dos emblemas de la fuerza.

Nacido para la grande elocuencia, Danton, con su voz resonante, sus ademanes impetuosos y las colosales figuras de sus discursos, hubiera dominado en la antigüedad, desde lo alto de la tribuna rostrada, las borrascas de la muchedumbre.

Cómo orador del pueblo, tenia Danton las pasiones de este, comprendia su genio y hablaba su lenguaje. Era exaltado, pero sincero; no tenia hiel, pero tampoco tenia virtud; fué indiciado de rapacidad, aunque murió pobre; era cínico en sus costumbres y en su conversacion; sanguinario por sistema mas que por temperamento; cortó muchas cabezas, pero sin odio, como el verdugo, y sus manos maquiavélicas estaban ensangrentadas por los asesinatos de setiembre. Justificaba la crueldad de los medios con la magnitud del fin; política tan falsa como abominable!

Dos hombres, muy semejantes y muy diferentes á un mismo tiempo, dominaron alternativamente la revolucion: Danton y Robespierre.

Ambos fueron jefes de partido y dueños de la Convencion; apelaron ambos á medidas extremas; mostráronse ambos entendidos en los negocios interiores y exteriores; hombres de consejo y hombres de accion, inculcados ambos como traidores, tiranos y dictadores; ambos privados de defensa personal por no haber consentido en que se defendieran los demás; ambos acusados solemnemente, por unanimidad, por sus mismos cómplices; condenados ambos por el tribunal revolucionario que ellos establecieron; ambos declarados fuera de la ley, é inmolados ambos casi en la flor de su edad, Danton por Robespierre, y Robespierre por causa de Danton; ambos finalmente arrastrados al mismo suplicio, en el mismo carro, y al mismo cadalso.

Danton era intemperante, amante de los placeres, ávido de oro, menos para atesorar que para prodigarlo; Robespierre era sombrío, austero, económico, incorruptible.

Danton indolente por naturaleza y por hábito; Robespierre trabajador infatigable, hasta el punto de perder el sueño.

Danton desdeñaba á Robespierre; Robespierre despreciaba á Danton.

Danton era de carácter ligero hasta rayar en inconsecuente; Robespierre era atrabiliario, ensimismado, desconfiado hasta el punto de desear la proscripción.

Danton se preciaba de sus propios vicios y de los males que ocasionaba, y aun se vanagloriaba de crímenes que no había cometido; Robespierre barnizaba sus odios y venganzas con el color del bien público.

Robespierre era espiritualista; Danton, materialista; no se curaba de lo que pudiera ser de su alma despues de muerto, con tal que su nombre quedase, como él decia, «grabado en el panteon de la historia.»

Danton retrataba en su frente plegada y sus ardientes ojos el ímpetu y las pasiones tumultuosas de su alma; Robespierre disimulaba su cólera bajo la inmovilidad de sus facciones.

Danton imponia con su estatura atlética y con los estampidos sonoros de su voz de trueno; Robespierre dejaba yertos á los acusados con su palabra, y los aterraba con su mirada oblicua.

Danton se lanzaba como un leon sobre su presa; Robespierre se enroscaba en torno de ella como una serpiente.

Danton se retiraba despues del combate al fondo de su tienda, y se entregaba al sueño; Robespierre no creia jamás haber hecho bastante carnicería mientras le quedasen enemigos que destruir.

Danton se olvidaba de sí ante los peligros de la patria, y se comprometia por sus amigos; Robespierre no se olvidaba de su persona aunque sirviese á la libertad. Encomiábase á sí mismo; espejábbase en su orgullo.

Robespierre tenia mas talento que Danton; Danton mas genio que Robespierre.

Danton se dejaba llevar de la inspiracion del momento, se encendia con el fuego de su palabra y de su accion, y sembraba en sus discursos las hipérboles á manos llenas; Robespierre,

impasible, replegado en sí mismo, iba internándose con cautela en el debate, y calculaba el efecto de sus elaboradas proposiciones.

Danton procedía á saltos y sobresaltos, atropellando las ocasiones, vivo y petulante en sus exordios, presuntuoso hasta el exceso, acostumbrado á los triunfos de la palabra, y harto fiado en ellos, sin curarse de los escarmientos de la popularidad y de la ausencia.

Robespierre urdía con arte la trama de las redes en que habian de caer sus enemigos, tenia su amenaza suspensa sobre muchas cabezas á la vez, y solo al fin de su discurso la dejaba estallar como el rayo.

Danton terminaba con ruido, pero sin conclusion. Robespierre, menos brillante que él, pero más preciso, menos impetuoso, pero más diestro, nunca hacia vibrar en vano el aire, no hablaba por hablar, no perdía jamás de vista su objeto, y siempre terminaba con algun decreto de acusacion ya extendido en forma y sujeto á la aprobacion inmediata de la Convencion.

Creia Danton que no tenia más que presentarse para combatir, y combatir para triunfar; Robespierre buscaba en la efervescencia de los jacobinos y en la fuerza armada de la municipalidad (*la commune*), un espantajo contra las juntas y la misma Convencion.

Hubo en Danton menos parte de traicion que de relajacion, menos olvido de la revolucion que de sí mismo; y hubo en Robespierre más vanidad ofendida que ambicion de dictadura, más rencor que premeditada tiranía.

Danton pereció por excesiva confianza en sí mismo; Robespierre por excesivas sospechas de sus cómplices.

Danton pasó como un metéoro por el horizonte de la Convencion; Robespierre tuvo bajo su dependencia á la asamblea, á las juntas, á los clubs, gobernó sin ser ministro, reinó sin ser rey, y dejó á su época su terrible nombre.

La elocuencia parlamentaria en nuestras cámaras de monopolio y en nuestros gobiernos de resortes complicados, suele ser generalmente un conjunto de sones para el oído, un vano

ruido de frases, y nada mas; pero en aquella época, un dictador popular, un tribuno, un Danton, con solo el poder de la voluntad y la emision de su palabra, ponía en movimiento á seiscientos mil hombres, rechazaba al invasor extranjero allende nuestras fronteras, borraba categorías enteras de proscriptos; trastornaba en sus mismos fundamentos las provincias, é improvisaba ejércitos, tribunales, leyes y constituciones.

La elocuencia legislabá, gobernaba, triunfaba en la Convencion, en los clubs, en la plaza pública. Hoy vemos á la diputacion sirviendo de escabel para llegar al ministerio; y Danton abandonaba el ministerio para seguir representando al pueblo. Que un representante del pueblo era entonces mas que un ministro; éralo todo.

Danton se atrincheró en la Convencion, como en una fortaleza guarnecida de cañones, cuya mitad amenazase á sus mismos defensores, amenazando la otra mitad al enemigo. Rompió en ella el fuego por todas las troneras y nadie le disputó el mando; mas cuando la Convencion se dividió en dos campamentos rivales, le asaltó la duda. Con pasarse á la Gironda hubiera aniquilado á Robespierre; pero arrollado imprudentemente por los girondinos, y arrinconado por estos al pié de la montaña, subió á ella, y cayó á ojos cerrados en su destino. «¿Con que me acusas? dijo á Guadet, alzándose con toda su corpulencia; ¿lú me acusas á mí? ¡ah! no conoces mi fuerza!»

¡Grande en verdad era su fuerza! porque para levantar la Convencion tenia en su mano dos poderosas palancas, el terror y el entusiasmo.

Grande fué aquella fuerza de terror, cuando asentó sobre sus gigantescos pilares el tribunal revolucionario.

Grande fué aquella fuerza de entusiasmo, cuando restituendo la vida con su invencible aliento al ardor marcial de los franceses, que decae si continuamente no se le reanima, exclamaba: «¡Lo que necesitamos para vencer es audacia, audacia, y siempre audacia (1)!»

Y en otra ocasion: «El pueblo no tiene mas que sangre, y la

(1) En la sesion del 4.º de setiembre, que abrió el dique á los espantosos asesinatos de la revolucion.—N. del T.

prodiga. ¡Ea, miserables! prodigad vosotros vuestras riquezas. ¿Es posible? ¿teneis una nacion entera por palanca, la razon por punto de apoyo, y aun no habeis removido el mundo? Dejad vuestras sutiles querellas, yo solo veo al enemigo. Combatámosle, ¡qué importa que nos llamen bebedores de sangrel! ¡Qué me importa mi reputacion! ¡Sea la Francia libre, y perezca envilecido mi nombre!»

Era aquella una elocuencia monstruosa, pero original, arrebatada, penetrante, que brotaba como á turbiones del pecho del orador, que arrastraba á la asamblea y la arrancaba frenéticos aplausos.

Hé aquí tambien algunas figuras de su elocuencia.

«Una nacion en revolucion, es como el bronce que se funde y se regenera en el crisol. La estátua de la libertad no está aun vaciada, el metal está hirviendo!»

Y esta otra: «Marsella se ha declarado montaña de la república. Esa montaña engrosará; rodarán por ella los peñascos de la libertad, y sus enemigos serán pulverizados.»

Y aquel dicho tan exacto: «Cuando un pueblo despedaza la monarquía para llegar á la república, traspasa su objeto por la fuerza de proyeccion de que se revistió.»

Y aquella amenaza tan altanera: «Solo á cañonazos debemos anunciar la constitucion á nuestros enemigos.»

Tambien Danton pagó tributo al mal gusto de su época. Uno de sus mas célebres discursos terminaba de esta manera: «Me he hecho fuerte en la *ciudadela de la razon*; haré mi salida con el *cañon de la verdad*, y aniquilaré á mis acusadores.»

¡Eterno asunto de meditacion histórica! ¡Ah! por un lado ¡qué inmensa y gloriosa carrera no hubiera completado la libertad, si tantas confiscaciones, tantas proscripciones, tantos encarcelamientos, degüellos y torturas, tantos torrentes de sangre vertida, tantas cabezas cortadas, tantos verdugos y tantas víctimas, no nos hubieran vuelto á conducir violentamente por medio de la anarquía al despotismo! ¡Ah! y por otra parte ¡qué peligros de muerte, cuando la convencion misma se mostraba irresoluta, no hubiera corrido nuestra Francia, una é indivisible, amagada de descuartizamiento y reparticion de

miembros, si, en aquel momento fatal de vida ó muerte para los imperios, Danton hubiera desesperado de ella!

Lo que le perdió, lo que debia perder á Robespierre, fué menos haber querido gobernar, que no haber gobernado bastante.

Es preciso no hacerse el resentido con las revoluciones; no se las debe mirar pasar desde el ribazo de la orilla. Es menester embarcarse con ellas en el mismo buque, atravesar las mismas tempestades, vigilar de dia y de noche las conjuraciones, y no abandonar un solo instante el gobernalle.

Danton se adormeció al aura engañadora de la popularidad; el timon se desprendió de sus manos; cayó en el mar profundo, y el abismo se cerró sobre él.

Las revoluciones caminan aprisa, el pueblo olvida, las facciones devoran.

Ni la proteccion de los franciscanos (1), ni el prestigio de su nombre, ni el recuerdo de sus servicios, ni la mal comprimida rabia de la Convencion, ni las secretas simpatías del tribunal revolucionario, ni la lealtad de sus amigos, ni el poco fundamento de la acusacion, ni su amor á la libertad, ni su audacia, ni su elocuencia pudieron salvarle!

La cuchilla estaba alzada, y Robespierre aguardaba á su víctima.

Conducido á la muerte, pasa Danton por delante de la casa de Robespierre, y vuelto hácia ella exclama con voz de trueno: «Robespierre! yo te emplazo á comparecer antes de tres meses sobre el cadalso!» Sube la fatal grada, y detiéndose un punto abrazando por postrera vez á su amigo Camilo Desmoulins.

El verdugo los separa: «Miserable, le dice, no impedirás al menos que nuestras dos cabezas cortadas se den el ósculo de paz en ese cesto.» ¡Qué tiempos! ¡qué dichos (2)!

(1) Uno de los cuatro clubs que se formaron al principio de la revolucion. El de los franciscanos, que se denominó así por celebrar sus reuniones en un convento de aquel mismo nombre, fué fundado por Danton. — *N. del T.*

(2) Este retrato, y el de Mirabeau, constituyen indudablemente una de las partes mas preciosas del presente libro, así por la enérgica relacion de los hechos importantes de que aquellos dos hombres memorables fueron causa, como por la

suma dificultad que el autor ha tenido que vencer para desentrañar las verdaderas opiniones y carácter de ambos, y de los demás oradores que, en la asamblea constituyente y en la Convencion, se ven girar como satélites de los dos planetas de la revolución, luminoso el uno, y de sangriento brillo el otro. Tres meses de trabajo continuo há costado á Timon cada uno de estos retratos; no es extraño que tan acabados y artísticamente bellos le hayan parecido al pueblo entusiasta y curioso de la moderna Atenas.—N. del T.



IMPERIO.

NAPOLEON BONAPARTE.

Cuando la Providencia elige entre la multitud á los hombres extraordinarios predestinados por ella para cambiar la faz de los imperios, les comunica y les atribuye á un mismo tiempo el poder material y la poderosa inteligencia de la sociedad, y solo los presenta en la escena del mundo de tarde en tarde, y en circunstancias que parece haber ella misma preparado expresamente para su elevacion y para su caida.

Tales fueron Alejandro, César y Napoleon.

La Grecia estaba atestada de retóricos y de poetas, de corrupcion, de guerras civiles y de grandes hombres, cuando se abrió el mundo asiático con todas sus riquezas, con sus religiones ridículas y despreciadas, sus sátrapas enervados, sus poblaciones podridas antes de llegar á la madurez, sus gobiernos gastados y sus indefinidos limites, á la ambicion del jóven Alejandro.

El universo romano, trabajado por el hastío de una libertad tormentosa y por la necesidad absoluta de la unidad despues de las conquistas del Asia, de la España, de las Galias y de la Inglaterra, solo esperaba un dueño, y por eso se entregó á César con mas abnegacion todavia de la que César exigia de él. Las legiones de veteranos, acostumbradas á vencer bajo

su mando, no conocian mas que sus fascas y su nombre. Ni Roma aspiraba á otra cosa que á entregarle el cetro del mundo que sus débiles manos no podian ya sostener.

Napoleon á su vez, apodérase diestramente de las fuerzas vivas de la revolucion que, cansadas de hervir en el fondo de su cráter y de volver á caer sobre sí mismas, anhelaban esparcirse por fuera y desbordarse en conquistas. Napoleon es dueño porque quiere, y puede, y sabe serlo; las conciencias, las inteligencias, las libertades, todo lo absorbe el despotismo de su imperio. Muéstrase audaz porque le anima el genio, y tal vez su genio brilla por su misma audacia. Desprecia á los hombres porque los juzga; ama la gloria, porque todo lo demás es nada para llenar el vacío inmenso de su alma. Devora el tiempo, devora el espacio, porque le es preciso vivir y andar mas de prisa que á los demás hombres. Pesa con su mano el mundo, y le parece ligero, é inclinada la frente sobre el abismo, queda absorto meditando en la eternidad de su dinastía y en la monarquía universal.

Pero la Providencia, despues de encumbrar á los conquistadores á tanta altura, apaga con un soplo el brillo de su diadema, y los presenta en espectáculo al universo, para enseñarle que, á pesar de su gloria y de la sublimidad de su dominacion, no son mas que hombres, y que, como todos los hombres, están sujetos á caidas mortales y limitados por la nada.

Por eso muere Alejandro en la flor de su edad, saturado de triunfos y de placeres, en la embriaguez de un régio festin. Cae César al pié de la estatua de Pompeyo, herido por un puñal republicano, cuando iba á que el senado le coronase emperador perpétuo de Roma, despues de haber sometido á sus leyes toda la tierra. Napoleon, finalmente, no se para en la carrera de su ambicion sino cuando se ve postrado en una roca solitaria, cercada por todas partes por las olas del Océano.

Era Napoleon uno de esos hombres prodigiosos creados para gobernar pueblos é imperios, y penetrados de su destino. Tales hombres no pueden menos de reinar ó perecer.

Acaban apenas de ser soldados rasos, y ya se les ve mandar

como si fueran generales; son aun vasallos, y ya tienen el lenguaje de dueños.

No nació Napoleon como Alejandro en las gradas de un trono, ni como César en pañales de púrpura senatoria; pero mandó desde que empuñó la espada, y reinó desde que mandó. Siendo simple capitán, sitia y toma á Tolon; siendo general de brigada, organiza la jornada del 13 de vendimiario y salva á la Convencion; siendo generalísimo del ejército de Italia, trata como rey con reyes, príncipes y papa. Vencedor en Egipto, conduce aquella expedicion con la autoridad de un caudillo absoluto, vuelve de África sin recibir para ello órdenes, arriba á Fréjus, atraviesa la Francia en triunfo, hace temblar al Directorio, arrastra en pos de sí á los demás generales, dispersa los dos consejos, improvisa una nueva constitucion y toma las riendas del gobierno. Llega á emperador, y con obediencia muda déjense hollar por su planta el senado, el cuerpo legislativo, la administracion, el pueblo y la milicia.

De modo que puede decirse que Napoleon no fué jamás vasallo, y que, así como ni Alejandro ni César hubieran obedecido á la confederacion de los griegos y á las órdenes del senado romano, tampoco se hubiera doblegado jamás Napoleon bajo la férula de un rey ó de un parlamento.

Pretender que Alejandro, César y Napoleon no hubieran sido soberanos, cualquiera que fuese el tiempo y el lugar en que vivieran, es olvidar su naturaleza, su genio y su destino.

El hijo del Macedon, el discípulo de Aristóteles captó á los griegos imaginativos y á los bárbaros, tanto por su elocuencia como por sus triunfos. César dominó las legiones romanas con el ascendiente de su palabra. Napoleon tomó de repente sobre los generales veteranos de la república, sobre su ejército y sobre su nacion, el imperio irresistible de la victoria y del genio.

En las proclamas, boletines y órdenes del dia de Napoleon, se descubre, además de la virtud militar, el arte del orador y el concepto profundo y desenvuelto del político. Allí se ve que no era solamente un general que sabia hablar, ó un rey, ó un hombre de estado, sino que lo era todo á la vez. Napoleon fué un orador completo, porque era un hombre completo. De todo

habló, porque le fué lícito hablar de todo. ¡Qué fuerza, qué esplendor no reviste al genio cuando va unido al poder! ¡Qué autoridad no debían prestar á aquel arrasador de poblaciones, á aquel fundador de estados la majestad del mando supremo, la eminencia y la perpetuidad del generalato (1), el número inmenso de sus tropas, la fidelidad y amor de estas, el multiplicado esplendor de sus victorias, la novedad, la rapidez, la osadía y la magnitud extraordinaria de sus empresas!

Reunió Napoleon todas las condiciones de audacia personal, poder soberano, y talentos políticos y militares, en mas alto grado que ningun otro capitán de los tiempos modernos; y por esta razon fué tan superior é incomparable en todo con respecto á ellos.

Pero no confundamos sin embargo sus dichos militares con las arengas, de las que luego hablaremos.

Los dichos ó conceptos sublimes abundan en los fastos bélicos de todos los países y de todas las épocas.

«Vuelve vivo con tu escudo, ó muerto sobre él» decia una madre espartana á su hijo.

«Nuestros dardos formarán nubes que oscurecerán el sol. — Mejor, responde Leónidas á Jerjes, así peharemos á la sombra.»

Falta á César el pié y cae al desembarcar en la costa africana, y para disipar funestos presagios exclama: «¡Africa, ya eres mia!»

Enrique IV, en Coutras, desembarazándose de los suyos que le cercaban: «¡A un lado, caballeros! les dice; no me ocultéis, que quiero dejarme ver.»

Villars exclamaba moribundo: «Berwick acaba de ser partido en dos por una bala de cañon, y yo he de morir en mi cama! Siempre dije que Berwick seria mas afortunado!»

Y el general Larochejaquelein, que precipitándose en lo mas vivo de la refriega gritaba: «No quiero ser mas que un húsar, para tener el gusto de balirme.»

(1) Perdónenos la academia este indispensable neologismo, ya que la voz *generalato* ha de quedar de huelga con las reglas de las comunidades religiosas.—*N. del T.*

Y Kléber que decía á Bonaparte: «Mi general, sois grande como el mundo!»

Y aquellas hermosas palabras de Desaix: «Id á decir al primer cónsul que muero con el pesar de no haber hecho bastante por la posteridad.»

Y tantos otros dichos de generales, capitanes, soldados y hasta tambores:

«La guardia muere y no se rinde (1)!»

«A mí, Auvergne, son los enemigos!»

«Yo muero, pero ellos huyen (2)!»

«Todavía me queda una mano para tocar ataque (3).»

Y tantos otros.

De Napoleon se conserva tambien una multitud de dichos militares.

Al comisario de la Convencion nacional, en Tolon:

«Métase V. en su oficio de representante, y déjeme hacer el mio de artillero (4).»

A las tropas que retrocedian en el puente cañoneado de Arcola:

«Adelante! seguid á vuestro general!»

A sus soldados de Egipto:

«De lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os están contemplando (5).»

(1) Esta fué la heroica respuesta que dió el general Cambronne, comandante de la guardia veterana en Waterloo, á los que le intimaron la rendicion al perder Napoleon la batalla. — *N. del T.*

(2) Dicho del tambor de Arcola. — *Id.*

(3) Dicho de otro tambor francés que en una de las batallas de Italia perdió una mano de un balazo de cañon. — *Id.*

(4) Dicho comisario, llamado Barras, habia creído deberte hacer algunas observaciones sobre la posicion de una batería, que él habia dirigido como oficial de artillería que era á la sazón. — *Id.*

(5) Las tropas francesas llegaron á la llanura de las Pirámides á la sazón en que el sol despuntaba en el horizonte. Cuéntase que, al verse al frente de aquellos gigantescos monumentos de tan remota antigüedad, el ejército entero, en el cual ya fermentaban los grandes pensamientos que le comunicaba su general con sus proclamas, hizo alto espontáneamente, como para saludarlos, lleno de veneracion y respeto. En medio de aquella especie de sobrecogimiento semi religioso, pronunció Bonaparte aquel dicho tan celebrado, hijo del mas noble entusiasmo.

La mayor parte de estos dichos pierden su valor para el lector que no está muy familiarizado con el conocimiento de las circunstancias en que se pronunciaron, de los hechos que, por decirlo así, les sirven de escena; y aunque no qui-

A los plenipotenciarios de Leoben (1):

«La república francesa es como el sol. El que no la ve es ciego.»

Al ejército de Marengo:

«Soldados, acordaos de que mi costumbre es pernoctar en los campos de batalla (2).»

A los soldados de artillería, alborotados en Turin:

«Esa bandera que habeis abandonado, se suspenderá en el templo de Marte y se cubrirá con un fúnebre crespon. Vuestro cuerpo queda disuelto.»

Al oír el primer cañonazo de Friedland:

«Soldados, este es un día feliz, es el aniversario de Marengo!»

Al cuarto regimiento de línea:

«¿Qué habeis hecho de vuestra águila? Un regimiento que ha perdido su águila lo ha perdido todo.—Sí, pero aquí están estas dos banderas enemigas que hemos tomado.—Bien está, respondió sonriéndose, os devolveré vuestra águila!»

Al general Moreau, ofreciéndole un par de pistolas ricamente adornadas:

«Quería hacer grabar en ellas el nombre de todas vuestras victorias, pero ha faltado espacio para contenerlas.»

A un granadero sorprendido por el sueño, y en cuyo lugar se habia puesto de centinela:

«Despues de tantas fatigas, bien puede dormirse un valiente como tú.»

A un soldado que se disculpaba de haber, á pesar de la consigna, dejado penetrar en su tienda al general Joubert:

«Anda, que quien forzó el paso del Tirol, bien puede forzar una consigna (3).»

siéramos hacer la mas leve sombra de ofensa á la ilustracion de los lectores enterados de todos estos hechos y circunstancias, populares en Francia lo mismo que todos aquellos dichos, preferimos sin embargo que á los eruditos sean enojosas nuestras notas y las pasen por alto, á privar á los que no lo son de las aclaraciones necesarias para sacar de la lectura de Timon el debido agrado.—*N. del T.*

(1) En Leoben firmó Bonaparte en nombre de la república los preliminares de la paz con Austria.—*Id.*

(2) Así exclamó para contener á sus soldados que empezaban á retroceder ante las fuerzas de los austriacos.—*Id.*

(3) Joubert volvía entonces precisamente de acabar su famosa campaña del Ti-

A un general cortesano que solicitaba el baston de mariscal:
«No soy yo quien hace mariscales, sino la victoria.»

Al jóven comandante de la artillería rusa de Austerlitz, que le decia en su desesperacion: «Señor, mándeme fusilar V. M.! acabo de perder mis piezas.»

«Jóven, consuélase V.! se puede ser batido por mi ejército y conservar todavía títulos á la gloria.»

Al duque de Montebello, herido de muerte por una bala de cañon (1), y á quien estrecha en sus brazos y riega con sus lágrimas:

«Lannes! me conoces? soy Bonaparte! soy tu amigo!»

A su ejército, al abrir la campaña de Rusia:

«Soldados! la fatalidad arrastra á la Rusia; cúmplase su destino!»

Al ver al sol alzarse sin nubes, en la mañana de la batalla de la Moscowa.

«Ese es el sol de Austerlitz!»

A sus granaderos que al verle asestar los cañones en Montebello:

«Nada temais, amigos míos, todavía no se ha fundido la bala que ha de matarme.»

En Grenoble, de vuelta de la isla de Elba, delante de un regimiento que titubeaba, se apea de su caballo y descubriéndose el pecho:

«Si hay uno entre vosotros, uno solo que quiera matar á su general, á su emperador, puede hacerlo: aquí estoy!»

Pero donde sobre todo se revela Napoleon es en las arengas militares. Lo mismo que se improvisó general, se improvisó orador! Lo que principalmente admira en un hombre tan jóven, es la fecundidad, la flexibilidad y la penetracion de su genio: sabe lo que debe decir, lo que debe hacer, lo que debe ser con todos, en todas ocasiones. Nadie se lo ha enseñado, y sin embargo lo sabe. Con el Papa es respetuoso al mismo tiempo que le va

rol, que Carnot, en sus memorias, llama *campaña de gigantes*, para encarecer los inmensos esfuerzos de valor y constancia que costó al ejército frances, siempre empeñado en los peligrosos desfiladeros de aquellos inaccesibles montes, y rodeado por todas partes de enemigos numerosos y aguerridos.—N. del T.

(1) En la batalla de Essling contra los austriacos, el 22 de mayo de 1809.—Id.

tomando sus ciudades; con el príncipe Carlos, tiene la altivez de un igual y la cortesía de un caballero. Encomienda la disciplina, honra á los artistas y á los sábios, protege la religion, la propiedad, á las mujeres y á los ancianos: pone centinelas á la puerta de las iglesias, envía al mariscal Soult todos los domingos á misa con su estado mayor. En Egipto, usará el turbante si es preciso, y recitará versículos del Coran; ajusta contratas con los asentistas, restablece las comunicaciones, organiza contabilidades, instituye municipalidades civiles y gobiernos provisionales. Apenas ha conquistado un territorio, le administra; no trata en nombre del Directorio, sino en el de Bonaparte; no se presenta solo como generalísimo del ejército, sino como soberano. Los generales viejos tiemblan delante de aquel guerrero adolescente; no pueden sostener aquellas razones breves que les examinan, aquella mirada que les penetra, aquella voluntad que les subyuga: se sienten atraídos y contenidos á un mismo tiempo: se forman á un lado, admiran, callan, obedecen, y el resto del ejército con ellos.

Su manera de arengar no tiene semejante entre los modernos, ni en la antigüedad: habla como si estuviera, no en un collado ordinario, sino en la cumbre de una montaña: parece que tiene cien codos de alto. No se para en los enemigos con quienes va á combatir, ni en los sitios que atraviesa corriendo; pasa revista á la Europa y al mundo; su ejército no es un mero ejército, es el grande ejército (1): su nacion no es una mera nacion, es la gran nacion. Él tacha en el mapa los imperios; sella con el pomo de su espada los nuevos reinos que instituye; pronuncia sobre las dinastías, en medio del trueno y de los relámpagos, los fallos del destino.

El lenguaje figurado de Napoleon no gustaria hoy, y casi frisaría en lo ridículo; ya no estamos por las músicas guerreras, tenemos otras necesidades, otras ideas, acaso otras preocupaciones; pero entonces las imaginaciones estaban profundamente heridas, se acababa de salir de una revolucion que todo

(1) Así se llamó en efecto el que llevó Napoleon á Rusia (*la Grande Armée*).
N. del T.

lo habia destruido, todo lo habia renovado: se iba en busca de aventuras: se caminaba hácia lo desconocido.

Aquellos tiempos necesitaba Napoleon, como necesitaban á Napoleon aquellos tiempos.

Apenas ha relevado á Schérer y tomado el mando del ejército de Italia, se precipita sobre el enemigo y avasalla la victoria. ¡Qué facundia, qué aliento, qué confianza, qué tono de vencedor y de dueño en aquella proclama de un general de veintiseis años!

«Soldados, en quince dias habeis ganado seis victorias, tomado veintiuna banderas, cincuenta piezas de artillería, varias plazas fuertes, hecho mil quinientos prisioneros, muerto ó herido á mas de diez mil hombres. Sois iguales á los conquistadores de la Holanda y del Rhin. Privados de todo, habeis suplido á todo, habeis ganado batallas sin cañones, pasado rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, acampádoos sin aguardiente y muchas veces sin pan. Solo las falanges republicanas, solo los soldados de la libertad eran capaces de sufrir lo que vosotros habeis sufrido. ¡Gracias os sean dadas, soldados! La patria tiene derecho á esperar de vosotros grandes cosas. Todavía teneis batallas que dar, ciudades que tomar, rios que pasar. ¿Hay algunos entre vosotros cuyo valor se vaya enervando? ¿Hay quién prefiera volver á las estériles cumbres del Apenino y de los Alpes, y llevar con paciencia las injurias de esa soldadesca esclava? ¡No, no los hay entre los vencedores de Montenotte, de Millesimo, de Dego y de Mondovi!

«Amigos, yo os prometo esta gloriosa conquista, pero sed los libertadores de los pueblos, y no sus azotes!»

Este discurso electriza al ejército, y ya Napoleon no hizo mas que marchar de triunfo en triunfo en su inmortal campaña de Italia. Entra en Milan, y allí para sostener, para inflamar todavía mas el valor de sus soldados, les dice:

«Os habeis precipitado como un torrente desde lo alto de los Apeninos. Habeis libertado al Piamonte; Milan es vuestra. Vuestro pabellon ondea en toda la Lombardía. Habeis atravesado el Pó, el Tesino, el Adda, esos tan decantados baluartes

de la Italia. Vuestros padres, vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hermanas, vuestras amantes se regocijan de vuestros triunfos, y blasonan con orgullo de perteneceros. ¡Sí, soldados! mucho habeis hecho, pero ¿no os queda ya por ventura nada que hacer? ¿Os acusará la posteridad de haber hallado á Capua en la Lombardía? ¡Marchemos! todavía tenemos marchas forzadas que emprender, enemigos que domar, laureles que recoger, é injurias que vengar!

«Restablecer el Capitolio y las estatuas de sus héroes: despertar al pueblo romano entumecido por muchos siglos de esclavitud. Eso es lo que os resta hacer.

«Entonces volvereis á vuestros hogares, y vuestros conciudadanos dirán señalándoos con el dedo: ¡Era del ejército de Italia!»

Jamás se habia hablado á soldados franceses un lenguaje semejante: así es que los tenia verdaderamente enloquecidos, y que le hubieran seguido hasta el fin del mundo. Esto era lo que él revolvía ya en su mente, y este sueño de su imaginación, hacíalo él pasar al alma de sus soldados.

Y en efecto, véase cómo habla á sus compañeros de Italia, cuando, ya en alta mar, navegaba con rumbo á Malta, y les descubria en parte el secreto de la expedición de Egipto:

«Soldados, sois una de las alas del ejército de Inglaterra! Habeis hecho la guerra de montañas, de llanuras, de sitios; os falta hacer la guerra marítima. Las legiones romanas, á quienes algunas veces habeis imitado, pero sin haberlas igualado todavía, combatian á Cartago ora en este mar, ora en las llanuras de Zama, y nunca las abandonó la victoria, porque constantemente fueron valientes, sufridas, disciplinadas y firmes. Soldados! la Europa os contempla! Teneis grandes destinos que cumplir, batallas que dar, fatigas que vencer (1)!»

Y cuando, desde lo alto de los mástiles, descubre la escuadra las playas de Alejandría, Bonaparte, manifestando abiertamente sus designios:

(1) Este es el principio de la proclama que dirigió á sus tropas expedicionarias en Tolon el 30 de floreal, al hacerse á la vela; hasta entonces, el secreto de la expedición á Egipto permaneció constantemente impenetrable.—N. del T.

«Franceses, les dice, vais á acometer una conquista cuyos efectos en la civilizacion y el comercio del mundo son incalculables. La primera ciudad que vamos á encontrar fué edificada por Alejandro.»

A medida que se interna con su ejército por las arenas del Egipto, advierte que tiene que luchar con un pueblo fanático, ignorante y vengativo, que desconfia de los cristianos, pero que todavía detesta mas las tropelías, las esquilmas (1), el orgullo y la tiranía de los mamelucos; y para lisonjear sus odios y sus preocupaciones, les dirige una proclama enteramente del género turco:

«Cadís, Jeques, Imanes, Korbadgys, os dirán que vengo á destruir vuestra religion, pero no lo creais. Responded que he venido á restablecer vuestros derechos, y castigar á vuestros usurpadores, y que, mas que los mamelucos, respeto á Dios, á su profeta y al Coran.

«Decid al pueblo que todos los hombres son iguales delante de Dios: el saber, el talento y las virtudes, son lo único que establece entre ellos diferencias.

«Ahora bien, ¿hay una rica heredad? pertenece á los mamelucos. ¿Hay una hermosa esclava, un hermoso caballo, una hermosa casa? Todo esto pertenece á los mamelucos. Si el Egipto es suyo, decidles que enseñen los títulos de propiedad que les ha dado Dios! Pero Dios es justo y misericordioso para el pueblo. Todos los egipcios serán llamados á ocupar todos los destinos. Gobiernen los mas justos, los mas ilustrados y los mas virtuosos, y el pueblo será feliz.

«Teniais antiguamente grandes ciudades, grandes canales, un gran comercio. ¿Quién lo ha destruido todo, si no la avaricia, las injusticias y la tiranía de los mamelucos?»

«Cadís, Jeques, Imanes, Korbadgys, decid al pueblo que tambien nosotros somos verdaderos musulmanes. ¿No hemos destruido al Papa que decia que debía hacerse la guerra á los musulmanes? ¿No somos los amigos del Gran Señor?»

 *Les avances:* este nombre se da en Francia á ciertas extorsiones pecuniarias que padecen en toda la Turquía los mercaderes, pasajeros, y domiciliados de otro culto.—N. del T.

«Tres veces felices los que estén con nosotros! Prosperarán en su hacienda y en su condicion. ¡Felices los que permanezcan neutrales! tendrán tiempo para conocernos, y se pondrán de nuestro lado.

«Pero desventurados, tres veces desventurados los que se armen por los mamelucos y combatan contra nosotros! No habrá esperanza para ellos: todos perecerán!»

Después de la rebelion del Cairo, se aprovecha del terror y de la credulidad de los egipcios, para presentarse á sus ojos como un ser sobrenatural, como el enviado de Dios, como el hombre inevitable del destino.

«Jeques, Ulemas, sectarios de Mahoma, haced saber al pueblo que los que han sido *mis* enemigos no tendrán refugio en este mundo ni en el otro. ¿Hay algun hombre bastante ciego para no ver que el Destino mismo dirige *mis* operaciones?

«Haced saber al pueblo que desde que el mundo es mundo, estaba escrito que, despues de haber destruido á los enemigos del Islamismo, y hecho derribar las cruces, vendria *yo* del fondo del Occidente á cumplir la obligacion que me ha sido impuesta. Haced ver al pueblo que en el santo libro del Corán, en mas de veinte pasajes, está previsto lo que sucede, é igualmente explicado lo que sucederá.

«A cada uno de vosotros podria *yo* pedir cuenta de los secretos pensamientos de su corazon: porque *yo* lo sé todo, hasta lo que no habeis dicho á nadie; pero dia vendrá en que todos vean con evidencia que me guian órdenes superiores, y que todos los esfuerzos nada pueden contra *mi*.»

El 18 de brumario, rodeado de su brillante estado mayor, apostrofó al Directorio con la soberbia autoridad de un amo que pide cuentas á sus mayordomos, y como si ya fuera el soberano absoluto de Francia.

«Qué habeis hecho de aquella Francia que *yo* os dejé tan brillante? Os dejé la paz y encuentro la guerra; os dejé los millones de Italia, y por todas partes encuentro leyes despojadoras y la miseria (1)..... ¿Qué habeis hecho de cien mil fran-

(1) La repetición del pronombre *yo* en cada uno de estos períodos, necesaria en francés, sería en castellano un solemne galicismo. Por eso hemos debido supri-

ceses todos personalmente conocidos por mí, todos compañeros míos de gloria y de trabajos? Han muerto!»

La víspera de la famosa batalla de Austerlitz, inicia rápidamente á su ejército en las inspiraciones de su estrategia:

«Los rusos van á circunvalar mi derecha, y me presentarán el flanco.

«Soldados, yo mismo dirigiré todos vuestros batallones. Me quedaré lejos del fuego si, con vuestra acostumbrada bizarría, llevais el desórden y la confusion á las filas enemigas; pero si la victoria estuviese un momento indecisa, me veriais volar al encuentro de las primeras descargas. Aquí está empeñado el honor de la infantería francesa, la primera infantería del mundo. Esta victoria cerrará vuestra campaña: entonces la paz que ajustaré será digna de Francia, de vosotros, y de mí!»

¡Qué grandeza y qué orgullo respiran estas últimas palabras!

Su discurso despues de la batalla es un dechado de elocuencia militar; está contento de sus soldados, se mezcla con ellos, les recuerda aquellos á quienes han vencido, lo que han hecho, lo que se dirá de ellos; ni una palabra de los jefes; el emperador y los soldados, la Francia por perspectiva, la paz por recompensa, la gloria por recuerdo. ¡Qué principio y qué fin!

«Soldados, estoy contento de vosotros; habeis decorado vuestras águilas con una gloria inmarcesible. En menos de cuatro horas un ejército de cien mil hombres, mandado por los emperadores de Rusia y de Austria, ha quedado roto ó disperso; los que han evitado vuestras espadas se han ahogado en los lagos.

«Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales, mas de treinta mil prisioneros son el resultado de esta jornada eternamente célebre. Esa infantería, tan ponderada y superior en número, no ha podido resistir á vuestro empuje, y en adelante no teneis ya rivales que temer.

«Soldados, cuando el pueblo francés ciñó á mis sienes la

mirla, aunque el autor hace mérito de ella para manifestar la exclusiva *personalidad*, digámoslo así, de la alocucion de Napoleon, que viene á decir: Yo os dejé la paz..... yo os dejé los millones... etc.—N. del T.

corona imperial, confié en vosotros para conservarla siempre en el alto esplendor de gloria que era lo único que podia darle valor á mis ojos. Soldados, pronto os restituiré á Francia: allí sereis objeto de mis tiernos desvelos, y os bastará decir: *Yo estuve en la batalla de Austerlitz*, para que todos respondan: *Hé ahí un valiente!*»

El dia aniversario de esta batalla, recapitula con complacencia los numerosos despojos que han caido en manos de los franceses, é inflama su ardor contra los rusos al recuerdo de aquella victoria. La expresion: «Ellos y nosotros, ¿no somos los soldados de Austerlitz?» es un rasgo magistral.

«Soldados, hoy hace un año, á esta misma hora, estabais en el memorable campo de Austerlitz. Los batallones rusos huian desfavoridos: sus aliados ya no existen; sus plazas fuertes, sus capitales, sus almacenes, sus arsenales, doscientas ochenta banderas, setecientas piezas de artillería, cinco grandes plazas de guerra están en nuestro poder. El Oder, el Warta, los desiertos de la Polonia, los temporales, nada ha podido deteneros, todos han huido al acercaros vosotros. El águila francesa se mece sobre el Vístula: los valientes y desgraciados polacos creen volver á ver las legiones de Sobieski (1).

«Soldados, no depondremos las armas hasta que la paz general haya restituido á nuestro comercio su libertad y sus colonias. Hemos conquistado á orillas del Elba y del Oder, á Pondichery, nuestros establecimientos de las Indias, el cabo de Buena Esperanza, y las colonias españolas. ¡Quién daría á los rusos la esperanza de equilibrar los destinos! Ellos y nosotros ¿no somos los soldados de Austerlitz?»

Con estas palabras, que abrasan como el rayo próximo á estallar, abre la campaña de Prusia:

«Soldados, me hallo en medio de vosotros: sois la vanguardia del gran pueblo: no debeis volver á Francia sino por debajo de arcos triunfales. Y qué? por ventura no habriais arrostrado

(1) Juan Sobieski, uno de los mas grandes guerreros del siglo XVII. Derrotó á los turcos en la famosa batalla de Chotzin, donde les hizo perder 28,000 hombres, y despues de proclamado rey como libertador de la Polonia, volvió á derrotarlos en el memorable asedio de Viena, quitándoles un inmenso botin, y el gran estandarte de Mahoma que envió como presente al Papa.—*N. del T.*

las estaciones, los mares, los desiertos, vencido á la Europa muchas veces coligada contra nosotros, llevado nuestra gloria del Oriente al Occidente, mas que para volver hoy á nuestra patria como tráfugas, y para oír decir que el águila francesa ha huido despavorida á la vista de los ejércitos prusianos?

«Marchemos, pues, ya que nuestra moderacion no ha podido sacarlos de esa asombrosa embriaguez, y aprendan que si es fácil obtener un aumento de poderío con la amistad de un gran pueblo, su enemistad es mas terrible que las tempestades del Océano!»

A su entrada en Berlin, exalta y enorgullece á sus tropas con la rapidez de sus marchas y de sus triunfos: «Nosotros hemos atravesado en siete dias las selvas, los desfiladeros de la Franconia, el Saale y el Elba, que nuestros padres no hubieran traspuesto en siete años, y hemos dado en el intervalo cuatro acciones y una gran batalla. En Postdam, en Berlin, hemos precedido á la fama de nuestras victorias; hemos hecho sesenta mil prisioneros, cogido sesenta y cinco banderas, tomado seiscientas piezas de artillería, tres fortalezas, hecho prisioneros á mas de veinte generales, y sin embargo, mas de la mitad de vosotros se lastima de no haber disparado todavía un tiro. Todas las provincias de la monarquía prusiana hasta el Oder están en nuestro poder.»

En Eylau, honra la gloriosa muerte de sus valientes guerreros:

«Hemos marchado sobre el enemigo, le hemos acosado con nuestras espadas por espacio de ochenta leguas: le hemos arrebatado sesenta y cinco cañones, diez y seis banderas, y hemos exterminado, herido ó hecho prisioneros á mas de cuarenta y cinco mil hombres. Los valientes que, por nuestra parte, han quedado en el campo de batalla, han tenido una muerte gloriosa, la muerte de los verdaderos soldados!»

En Friedland, la misma enumeracion de victorias:

«En diez dias, hemos tomado ciento veinte cañones, siete estandartes, muerto, herido ó hecho prisioneros á sesenta mil rusos, arrebatado al ejército enemigo todos sus hospitales, todos sus almacenes, la plaza de Kœnisberga, los trescientos bu-

ques que se hallaban en el puerto cargados de toda especie de municiones, ciento sesenta mil fusiles que enviaba la Inglaterra para armar á nuestros enemigos. De las orillas del Vístula hemos llegado á las del Niemen con la rapidez del águila. En Austerlitz celebrasteis el aniversario de mi coronacion; este año habeis celebrado dignamente el aniversario de Marengo. Soldados del grande ejército francés, habeis sido dignos de vosotros y de mí!»

En 1809, en el momento de castigar al Austria por sus traiciones, confia al ejército sus grandes designios; le mezcla, le asocia á sus venganzas, su causa es la que va á defender. ¡Qué fuego militar en este discurso!

«Soldados, rodeado de vosotros me hallaba cuando vino el soberano de Austria á mi vivac de Moravia. Vosotros le oísteis implorar mi clemencia y jurarme una eterna amistad. Vencedores en tres guerras, el Austria se lo debió todo á nuestra generosidad. Tres veces ha sido perjura!... Nuestros pasados triunfos os son segura fianza de la victoria que nos espera. Marchemos, pues, y á nuestro aspecto conozca el enemigo á sus vencedores!»

Con el mismo ardor anima contra los ingleses al ejército expedicionario de Nápoles. ¿No parece que sus palabras marchan á paso redoblado?

«Soldados, marchad, precipitad en las olas, si es que osan esperaros, á los flacos batallones de los tiranos del mar! No tardeis en anunciarme que está vengada la santidad de los tratados, y que están aplacados, en fin, los manes de mis valientes guerreros asesinados en los puertos de Sicilia, á su regreso de Egipto, despues de haber escapado de todos los peligros de los naufragios, de los desiertos y de cien combates!»

Con el mismo objeto de debelar el poder de su implacable, de su eterna enemiga, arenga al ejército de Alemania á su vuelta, y abre ante sus miradas la conquista de la Iberia:

«Soldados, despues de haber triunfado á orillas del Danubio y del Vístula, habeis recorrido la Alemania á marchas forzadas. Hoy os hago atravesar la Francia sin daros un momento de respiro. Soldados! tengo necesidad de vosotros: la

horrible presencia del leopardo mancha los continentes de España y de Portugal, y quiero que huya desfavorido á vuestro aspecto. Llevemos nuestras águilas victoriosas hasta las columnas de Hércules: tambien allí tenemos ultrajes que vengar! Soldados! habeis eclipsado la fama de los ejércitos modernos; pero ¿habeis igualado la gloria de los ejércitos de Roma que, en una misma campaña, triunfaron en el Rhin y en el Eufrates, en Iliria y en el Tajo?»

En la mañana de la batalla de la Moscowa, ostenta á los ojos de los soldados la nueva cosecha de laureles que van á recoger, y los pone, consigo mismo, en presencia de sus recuerdos y de la posteridad:

«Ahí teneis la batalla que tanto habeis deseado! En lo sucesivo, la victoria depende de vosotros, y os es necesaria: ella os dará la abundancia, buenos cuarteles de invierno, un próximo regreso á la patria. Portaos como en Austerlitz, en Friedland, en Witepsk, en Smolenska, y haced que la mas remota posteridad cite con orgullo lo que hagais en este dia; que se diga de cada uno de vosotros: Estuvo en aquella gran batalla ante los muros de Moscou!»

Hemos llegado, con el sol, á la cumbre de la montaña. Preciso es ahora bajarla á la sombra; pero detengámonos un momento.

La gloria muere así que cesa de brillar; solo la libertad renace de sus cenizas. Cuanto mas se desparrama, mas se fecundiza; pero Napoleon no quiso echarse á los brazos de la libertad.—Tal vez, tal vez digo, poniéndose á la vanguardia de la democracia europea hubiera derribado, mas que con sus ejércitos, á todos los reyes de Europa. No quiso hacerlo; pero ¿podia hacerlo, él, tan déspota, mas déspota aun que los otros potentados? Demasiado moderno para los reyes, y demasiado antiguo ya para los pueblos, Napoleon tuvo en breve contra sí á los pueblos y á los reyes. Aterró á las dinastías, y las dinastías sublevaron las nacionalidades: ahora bien, se triunfa de un ejército, pero no se triunfa de una nacion, de muchas naciones: el genio y la victoria nada pueden al fin contra la independencia de los pueblos, contra el derecho y contra el

número: tal es la ley humana, ley de justicia y de moralidad, ley providencial. Napoleon por consiguiente debia perecer, y su caida estaba señalada, casi á hora fija.

En vano aquel altivo valor quiso robustecerse en las fuerzas vivas de la Francia, de donde su *yo*, ese *yo* árido y fatal, salia siempre á pesar suyo. Como un leon acosado en su caverna, y amenazado por todas partes por los chuzos de los cazadores, se apoyó en la nacion, y rugió á punto de hacer temblar al mundo. ¡Pero ya era tarde!

Triste, doloroso es ver cómo se va desmoronando á pedazos aquel imperio de púrpura y de oro; ver cómo cruje aquella vasta monarquía, en sus tablas mal ensambladas, desde Roma hasta la isla de Texel, desde los Alpes hasta Hamburgo; ver aquellas negociaciones veinte veces reanudadas, veinte veces rotas, aquellas desesperadas resistencias de un héroe, aquellas borrascas de su alma, aquellos vislumbres de victoria que brillan en la noche, aquellas inauditas traiciones, aquel abatimiento de los ánimos, aquellas secretas transacciones de avaricia y de vanidades ahitas, aquellas invencibles aspiraciones al reposo, aquel cansancio universal de la Francia quebrantada y rota.

Pasemos, pasemos pronto al patio de Fontainebleau para escuchar el último adiós de Napoleon á las fieles reliquias de su ejército, á aquellos soldados que no podian separarse de su general, y que lloraban en derredor de él. No hay en toda la antigüedad escena mas tierna y sublime.

«¡Soldados! vengo á despedirme de vosotros. Veinte años hace que estamos juntos; estoy contento de vosotros. Siempre os he hallado en el camino de la gloria. Todas las potencias de Europa se han armado contra *mi*; algunos de mis generales han hecho traicion á su deber y á la Francia. Ella misma ha querido otros destinos; con vosotros y con los valientes que me han permanecido leales, yo hubiera podido sostener la guerra civil; pero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles á vuestro nuevo rey, sed sumisos á vuestros nuevos jefes, y no abandonéis á nuestra amada patria. No compadezcáis mi suerte; seré feliz cuando sepa que lo sois vosotros. Yo hubiera podido mo-

rir; si he consentido en sobrevivir, ha sido para cooperar todavía á vuestra gloria. Yo escribiré las grandes cosas que juntos hemos hecho..... No puedo abrazaros á todos; pero abrazo á vuestro general. Venga V., general Petit, que quiero estrecharle contra mi corazón! Que me traigan el águila! quiero abrazarla también! Ah! plegue á Dios, águila querida, que tenga un eco en la posteridad este beso que te doy! Adios, hijos míos; mis votos os acompañarán siempre; conservad mi memoria!»

Parte, y desde el fondo de la isla de Elba organiza su fabulosa expedición. Todavía no ha puesto el pié en las playas del golfo Juan, cuando ya, desde lo alto de aquel frágil bajel que lleva á César y su fortuna, entrega á las olas, siembra en los vientos su proclama, evoca á los ojos de sus soldados las imágenes de cien victorias, y envía por delante á sus águilas, como mensajeras de su triunfante regreso.

«Soldados, en mi destierro he oído vuestra voz..... No hemos sido vencidos, sino vendidos; debemos olvidar que fuimos los señores de las naciones; pero no debemos tolerar que nadie se mezcle en nuestros asuntos. ¿Quién osará aspirar á ser señor en nuestra patria? Recobrad esas águilas que llevabais en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Montmirail! Los veteranos del ejército de Sambre y Mosa, del Rhin, de Italia, de Egipto, del Oeste, del grande ejército están humillados... Venid á alistaros bajo las banderas de vuestro caudillo..... La victoria marchará á paso de ataque... El águila, con sus colores nacionales, volará de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora!...»

Al día siguiente de su llegada á las Tullerías, y en el asombro de los ánimos que sigue á una noche de entusiasmo y de delirio, reúne á la guardia veterana (*la vieille garde*) al rededor de su estandarte: le presenta á sus valientes compañeros de la isla de Elba. ¿Qué gradación, qué arte, qué decoro, qué habilidad oratoria en esta improvisación!

«Soldados! estos son los oficiales del batallón que me ha acompañado en mi desgracia; todos son mis amigos; todos allí eran caros á mi corazón. Siempre que les veía, me represen-

taban los diferentes regimientos del ejército. En estos seiscientos valientes hay hombres de todos los regimientos; todos me recordaban aquellas grandes jornadas, cuya memoria me es tan grata, porque todos están cubiertos de honrosas cicatrices recibidas en aquellas memorables batallas. Amándoles, os amaba á vosotros todos, soldados del ejército francés..... Ellos os traen estas águilas, que os deben servir de signo de reunion; dándoselas á la guardia, se las doy á todo el ejército. La traicion y fatales circunstancias las habian cubierto de un fúnebre velo; pero, gracias al pueblo francés y á vosotros, vuelven á aparecer resplandecientes con toda su gloria. Jurad que se hallarán siempre y donde quiera que las llame el interés de la patria! Ah! nunca puedan sostener sus miradas los traidores, y los que quieran invadir nuestro territorio!»

Demasiado habria que decir para hacer apreciar todas las bellezas de situacion de este trozo.

Algunos dias despues, en el Campo de Marte (1), ya no habla de la gloria de los combates y del amor de sus compañeros; lisonjea, exalta, sublima delante del pueblo y del cuerpo legislativo el gran sentimiento de la soberania nacional.

«Emperador, cónsul, soldado, todo se lo debo al pueblo! En la prosperidad, en la adversidad, en el campo de batalla, en el consejo, en el trono, en el destierro, la Francia ha sido el objeto único y constante de mis pensamientos y de mis acciones. Como aquel antiguo rey de Atenas (2), me he sacrificado por mi pueblo, con la esperanza de ver realizarse la promesa dada de conservar á la Francia su integridad natural, su honor y sus derechos!....»

Mas adelante, ruega á las cámaras que olviden sus desavenencias ante la grandeza del peligro nacional, en un discurso del que no se han olvidado estas palabras:

«No imitemos el ejemplo del Bajo Imperio que, acosado por todas partes por los bárbaros, se atrajo la irrision de la posteridad, ocupándose en discusiones abstractas en el momento en

(1) Extensa llanura, á corta distancia de París, situada delante de la escuela militar, donde suelen pasarse las grandes revistas.—N. del T.

(2) Codro, último rey de Atenas.—Id.

que batía el ariete las puertas de la ciudad.... En los momentos árdusos es cuando las grandes naciones, como los grandes hombres, despliegan toda la energía de su carácter.»

Luego, cae de improviso en medio de su ejército, y le recuerda que no debe dejarse amedrentar por el gran número de sus enemigos; que tiene atroces injurias que vengar; que las naciones vecinas están impacientes por sacudir el yugo, y combatir, uniéndose con él, á los mismos enemigos.

«Ellos y nosotros ¿no somos ya por ventura los mismos hombres? ¡Soldados! en Jena, contra esos mismos prusianos, hoy tan arrogantes, erais uno contra dos, y en Montmirail, uno contra tres.

«Aquellos de vosotros que estuvieron prisioneros en poder de los ingleses, os hablen de sus pontones y de los horribles males que han padecido!

«Los sajones, los belgas, los hanoverianos, los soldados de la confederacion del Rhin, lamentan verse obligados á prestar el apoyo de sus brazos á unos príncipes enemigos de la justicia y de los derechos de los pueblos.»

Y, cuando todo concluyó, cuando acababa de herirle el rayo de Waterloo, ¡cuán patéticas fueron sus últimas palabras al ejército! ¡cómo se eclipsa! ¡cómo se sustrae á sí mismo! ya no se dirige á soldados, sino á patriotas, á ciudadanos, á hermanos. Ya no se califica, ya no se denomina su soberano, ni su general; ya no es el emperador, es Napoleon, es su compañero el que les dice adios, y se confunde con ellos.

«Soldados, yo seguiré vuestros pasos: aunque ausente, á la patria sobre todo era á quien serviais obedeciéndome, y si alguna parte he tenido en vuestro afecto, lo debo á mi ardiente amor á la Francia, nuestra madre comun. ¡Soldados! algunos esfuerzos mas, y la coalicion queda disuelta. ¡Napoleon os reconocerá en los golpes que vais á descargar!»

No habia remedio: el *Belerofonte* fondeaba ya en las aguas de la Bretaña. Napoleon fugitivo sube á bordo con aquella confianza, siempre un poco candorosa, de los héroes desgraciados. Desde el puente de aquel navío escribió al príncipe regente esta carta tan conocida, y de una sencillez tan noble:

«Serenísimo señor:

«Blanco de las facciones que dividen á mi pais, y de la enemistad de las mas grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera política, y vengo, como Temístocles, á sentarme al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes que reclamo de V. A. R., como del mas poderoso, del mas constante y del mas generoso de mis enemigos!»

Así debian obrar, así debian hablar los grandes ciudadanos de la antigüedad, cuando, proscritos y batidos por las tempestades de su patria, iban á pedir á los extranjeros la hospitalidad del destierro.

Algunas palabras mas, lectores! siempre cuesta trabajo separarse de los grandes hombres, vivos ó muertos, y quisiera haceros admirar á este hasta el fin.

En el seno de aquella isla, su triste prision, su imaginacion repelida hácia lo pasado, se trasladaba al Egipto y al Oriente, y se iluminaba con los espléndidos recuerdos de su juventud:

«Mejor hubiera hecho, se decia á sí mismo golpeándose la frente con la mano, mejor hubiera hecho en no dejar el Egipto. La Arabia espera á un hombre. Con los franceses en reserva, y los árabes y los egipcios como auxiliares, me hubiera posesionado de la India, y hoy seria emperador de todo el Oriente.»

En otra ocasion, insistiendo en esta grande idea, decia: «Tomado San Juan de Acre, el ejército francés volaba á Damasco y á Alepo: en un momento hubiera llegado al Eufrates; los cristianos de la Siria, los drusos, los armenios se les hubieran agregado. Las poblaciones iban á conmovirse.... Hubiera alcanzado á Constantinopla y las Indias, y cambiado la faz del mundo.»

Luego, como si la libertad, mas hermosa que el imperio del universo, hubiera hecho brillar ante sus ojos una nueva luz, exclamaba: «Las grandes y magnificas verdades de la revolucion francesa durarán siempre; á tal punto las hemos rodeado de esplendor, de monumentos y de prodigios! Con rios de gloria hemos lavado sus primeras manchas. Serán inmortales. Emanadas de la tribuna, cimentadas con la sangre de

las batallas, decoradas con los laureles de la victoria, saludadas con las aclamaciones de los pueblos, sancionadas por los tratados, ya no pueden retrogradar: viven en la Gran Bretaña, iluminan á la América, están nacionalizadas en Francia. Este es el trípode de donde brotará la luz del mundo.»

Y tambien volvía sin cesar á su memoria el recuerdo de su cuna natal, de aquella isla que hizo tan famosa.

«Ah! decia, qué recuerdos me ha dejado la Córcega! todavía creo disfrutar sus perspectivas, sus montañas. La piso con mis piés, la reconozco en el olor que exhala.»

Siempre, en aquel estado enfermizo, indeciso y vago entre la vigilia y el sueño, flotaban ante sus ojos imágenes de guerra.

«Ea, amigos míos, volved á Europa, id á ver á vuestras familias; yo veré á mis valientes en los Campos Elíseos. Sí, Kléber, Desaix, Bessières, Duroc, Ney, Murat, Masséna, Berthier, todos me saldrán al encuentro; al verme, todos enloquecerán de entusiasmo y de gloria. Hablaremos de nuestras guerras con los Escipiones, los Aníbal, los Césares, los Federicos, á menos que por allá, añadía donosamente, tengan miedo de ver á tantos guerreros juntos.»

En su delirio, se creía á la cabeza del ejército de Italia; oía tocar el tambor, y gritaba: «Steingel, Desaix, Masséna, id, corred, cargad, nuestros son!»

Unas veces hablaba en alta voz y solo, otras dictaba á sus secretarios, ora escribía en hojas sueltas todos los pensamientos que se escapaban á borbotones, en fragmentos, de su alma demasiado llena para contenerlos.

«Nuevo Prometeo, estoy clavado en una roca, donde un buitre me roe las entrañas. Sí, yo robé el fuego del cielo para dotar con él á la Francia. El fuego ha refluído hácia su foco, y aquí estoy! El amor á la gloria se parece á aquel puente que echó Satanás sobre el caos para pasar del infierno al cielo. La gloria junta lo pasado á lo venidero, separados por un abismo inmenso. Nada para mi hijo, nada mas que mi nombre!»

En los accesos de su melancolía, creíase, y decia que la Europa le repudiaba vivo y muerto. «Dénme sepultura bajo los sauces, junto á ese manantial cuya agua corre tan

mansa y cristalinal!» Mas no era ese el último deseo de su testamento, ni la última mirada que dirigia á su patria ausente, ni el último suspiro que exhaló aquella grande alma.

«Deseo, decia, que mis cenizas descansen á orillas del Sena, en medio de aquel pueblo á quien tanto he amado!»

Hé ahí la inscripcion, la inscripcion única que hubiera debido ponerse en las flotantes banderolas del buque que le trajo, en los pedestales de las columnas, y en los frontispicios de los arcos triunfales que se extendian á lo largo de la carrera, en los paños morados del carro fúnebre, en las ochenta y seis banderas de los departamentos, en el peristilo de los Inválidos, y en el mármol de su sepulcro (1).

Cuanto mas se hunda este sepulcro en las sombras del tiempo, mas gloria radiará á los ojos de la posteridad. Los hombres extraordinarios son como las montañas, y su imágen se nos representa tanto mas grande cuanto mas se aleja de nuestra vista, alzándose solitaria en los confines del horizonte.

Pero procuremos vencer la ilusion de esa óptica engañosa, y contemplemos á Napoleon como le contemplarán los sábios de la posteridad.

Como hombre de estado, tenia á un mismo tiempo mucho genio y mucha ambicion para consentir en deponer el gobierno supremo, y en reinar bajo un señor cualquiera, ya fuese rey, pueblo ó parlamento.

Como hombre de guerra, cayó del trono, no por haber querido restaurar la legitimidad, ni por haber sofocado la libertad, sino porque sucumbió en la guerra. No fué, no pudo ser

(1) La deposicion de las cenizas de Napoleon en la suntuosa iglesia del cuartel de Inválidos de París se verificó en enero de 1844. La escuadrilla encargada de la traslacion de aquellos restos, mandada por el príncipe de Joinville, abordó felizmente en la costa francesa de vuelta de Santa Elena, trayendo un ataúd perfectamente cerrado; pero no consta de positivo que desempeñase su cometido á satisfaccion del pueblo parisiense, quien, á pesar de la promesa que se le hizo de mostrarle el cadáver del hombre del siglo, no llegó á verlo, porque se perdió la llave del ataúd. Es fama que dicha promesa causó en la familia real de Francia, por aquellos dias, un tanto de inquietud y zozobra, pues dicen malas lenguas que los aviesos ingleses le barajaron al jóven príncipe marino aquel cadáver con el de un negrito, metiéndole á bordo este último con toda solemnidad y respeto. Tarea de gente maligna es quitar á todas las cosas el velo de la ilusion, y hacer incrédulos para todo notable acontecimiento!.... Pero lo cierto es que el pueblo parisiense no llegó á ver abierto el ataúd.—N. del T.

Monck ni Washington por una razon muy sencilla: porque era Napoleon.

Reinó como reinan todas las potencias del mundo, por la fuerza de su principio. Acabó como acaban todas las potencias del mundo, por la violencia y el abuso de su principio mismo.

Mas grande que Alejandro, que Carlomagno, que Pedro I y Federico, dejó, como ellos, su nombre á su siglo; fué, como ellos, legislador; como ellos, fundó un imperio. Su memoria es universal, y dura bajo las tiendas del árabe, y atraviesa con las canoas del salvaje los rios lejanos de la Oceanfa. El pueblo francés, que tan pronto olvida, solo ha conservado ese nombre entre todos los de una revolucion que trastornó el mundo. Los soldados, en los ocios del vivac, no hablan de otro capitan, y al pasar por nuestras ciudades solo en su imágen paran los ojos.

Cuando el pueblo hizo la revolucion de julio, la bandera empolvada que tremolaban aquellos soldados-obreros, caudillos improvisados de la insurreccion, era la bandera que coronó el águila francesa, la bandera de Austerlitz, de Jena y de Wagram, mas bien que la de Jemmapes y de Fleurus; era la bandera que ondeó izada en las torres de Lisboa, de Viena, de Berlin, de Roma, de Moscou, mas bien que la que flotó en la confederacion del campo de Marte; era la bandera de Waterloo acribillada á balazos; era la bandera que el emperador tenia abrazada en Fontainebleau al despedirse de su guardia veterana; era la bandera que en Santa Elena sombreaba la frente del héroe moribundo; era, en una palabra, para decirlo todo, la bandera de Napoleon!

¡Qué poder el de aquel hombre! El desvaneció la opinion popular que atribuia á la sangre de los reyes la soberania, la majestad y el poder. El rehabilitó en el pueblo el sentimiento de su propia estimacion, mostrándole á los reyes hijos de reyes, á los piés de un rey hijo del pueblo. Pues de tal manera les humilló comparándoles consigo, de tal modo oprimió con su grandeza á todos esos reyes y emperadores, que tomándolos uno á uno, y acercándolos á ese coloso, apenas se los distingue: tan oscuros y pequeños son!

Basta: que tambien llegan ya á mis oidos los acentos de

una voz mas severa, y temo que la historia á su vez extienda su acusacion contra aquel para quien la posteridad comienza, y diga:

Ese hombre derrocó la soberanía del pueblo; era emperador de la república francesa, y se hizo su déspota; arrojó el peso de su espada en la balanza de la ley; encarceló á la libertad individual en las prisiones de estado; sofocó la libertad de la prensa con la mordaza de la censura; violó la libertad del jurado; tuvo bajo sus plantas, en la abyeccion de la servidumbre, á los tribunales, al cuerpo legislativo y al senado; sometió á la talla generaciones enteras, y despobló campos y talleres; fundó en el *militarismo* títulos para una nueva nobleza que presto hubiera llegado á ser mas insoportable que la existente, porque no tendria la misma antigüedad ni el mismo prestigio; impuso contribuciones arbitrarias; quiso que no hubiese en todo el imperio mas que una sola voz, y que fuese la suya, y una sola ley, y que fuera su voluntad. Nuestra capital, nuestras ciudades, nuestros ejércitos, nuestra armada, nuestros palacios, nuestros museos, nuestros magistrados y nuestros conciudadanos, todo quedó á su disposicion, todo lo hizo suyo. Arrastró á la nacion á los campos de batalla, donde no hemos dejado mas recuerdo que la insolencia de nuestras victorias, nuestros cadáveres y nuestro oro. Finalmente, despues de haber sitiado las fortalezas de Cádiz; despues de haber tenido en sus manos las llaves de Lisboa, de Madrid, de Viena y de Berlin, de Nápoles y de Roma; despues de haber hecho retemblar el suelo de Moscu bajo el peso de sus cañones, dejó á la Francia menos grande de lo que era cuando se apoderó de ella, toda ensangrentada con sus heridas, desmantelada, abierta, empobrecida y humillada.

¡Ah! si admiré demasiado quizá á ese hombre extraordinario que hizo á mi país tanto bien y tanto daño, cuya memoria será eternamente glorificada en los talleres y en las cabañas, y cuyo nombre popular iba mezclado en mi imaginacion á todas las prosperidades y á todas las esperanzas de la patria; si la vanagloria de sus conquistas halagó con exceso mi corazon; si los resplandores de su gloria fascinaron demasiado mis mi-

radas juveniles; oh libertad, al momento que te conocí, al momento que tu puro brillo penetró hasta mi alma, á tí fué á quien yo seguí, á tí de quien no podrán ya nunca separarse mis brazos que te estrechan; á tí, oh libertad, única pasión de los corazones generosos, único tesoro digno de envidia! A tí, que prefieres á los hombres que desaparecen, los principios que jamás varían, y á los brutales empeños de la fuerza, las victorias de la inteligencia; á tí, que eres la madre del orden, aunque tus calumniadores quisieran cubrirte con el gorro encarnado de la anarquía; á tí, que consideras iguales á todos los ciudadanos, y como hermanos á todos los hombres; á tí, que no reconoces superioridad legal sino en magistrados responsables, ni superioridad moral sino en la virtud; á tí, ante cuyos ojos atraviesan en tormentosa carrera los imperios hereditarios, como esas nubes que oscurecen por un instante la diafanidad de un cielo sereno; á tí, que luces al través de las rejas del reo de estado; á tí, á quien medita el sábio, á quien el esclavo implora, por quien suspiran las tumbas; á tí, que como un artesano viajero completarás la vuelta de la Europa, trastornando las ciudades y los reinos por la sola fuerza y encanto de tu palabra; á tí, que verás en tu marcha triunfal caer bajo tus piés las barreras de las aduanas, los tribunales secretos, las prisiones de estado, los cadalsos, las aristocracias, las cartas cerradas, los ejércitos permanentes, la censura y los monopolios; á tí, que confederarás en una santa alianza naciones diversas en lenguas y costumbres, en nombre de un mismo interés, de su independencia, de su dignidad, de su civilización, de su felicidad y reposo; á tí, que desprecias vanas conquistas y mentidas grandezas, y que no bajaste del cielo á la tierra para subyugarla, sino para redimirla y embellecerla; á tí, á quien no se puede servir sino con desinterés, y á quien no se puede amar sino con delirio; á tí, que causas la primera palpitation del mancebo, y que eres la sublime invocacion del anciano; á tí, oh libertad, que despues de haber quebrantado sus hierros, guiarás á los últimos esclavos, entonando cánticos de gloria y con palmas en las manos, á los últimos funerales del despotismo!

RESTAURACION.

No pasó por cierto sin brillo aquella época de nuestra vida política en que la libertad, largo tiempo oprimida bajo la planta de un déspota, volvió á erguir su noble frente; en que la Francia despertó oyendo acentos desconocidos; en que la elocuencia de la tribuna desató su lengua enmudecida y habló; en que todos los intereses, todas las pasiones, todas las esperanzas parecieron haberse congregado en torno de ella para disputarse la posesion del presente y la dominacion del porvenir.

El imperio, herido de muerte en su cabeza, vivia aun en la memoria de los soldados veteranos. La Francia necesita siempre tener una pasion; la libertad reemplazó á la gloria. Los emigrados soñaban con Luis XV, los militares con Napoleón, y la juventud con la revolucion. El pueblo hervia al rededor del foro; no tenia entonces poca importancia un diputado! y qué importancia no tenia entonces un orador!

Hoy dia aun oimos hablar la misma lengua: el presidente ocupa aun el mismo sillón dorado: las mismas cariátides sostienen aun la tribuna; pero el pueblo no se agolpa ya, como entonces, en la escalinata y átrio del templo, ya no cree en los oráculos del gobierno representativo. Los tiempos están frios, la noche avanza, el sol descende á su ocaso; su pálida luz ya no alumbra al mundo.

Tres escuelas políticas se disputaban el campo de la restau-

racion: la escuela inglesa, la escuela legitimista, y la escuela liberal.

Serre era el orador de la escuela inglesa, de la cual era Royer-Collard el filósofo. Ambos profesaban como principio la soberanía de la razón, como medio la gerarquía de los poderes, y como fin la monarquía parlamentaria.

En torno de ellos iban: Camille-Jordan, que mojaba sus palabras en lágrimas; Pasquier, cuya argumentación flúida esquivaba el análisis y la refutación; Saint-Aulaire, que soltaba su frase con toda la gracia, el abandono y la osadía de un gran señor; Courvoisier, el más dispuesto é inagotable de los oradores, si Thiers no hubiera nacido; Simeon, profundo jurisconsulto; Kératry, el de los discursos indigestos; de Cazes, ministro elegante y de hermosa figura, cuya fraseología no carecía en verdad de abundancia y flexibilidad, ni su acción de energía y desembarazo; que obligado y arrastrado por las exigencias del momento, por los caprichos y la pusilanimidad palaciega, por el flujo y reflujó de mil enemistades, se entregó á la corriente de todos los vientos; que puso una mordaza á la libertad de la imprenta, y suspendió las reacciones del terror, y, dueño de su dueño y de la misma Francia, mezcló sus faltas con sus buenos servicios, y las debilidades del cortesano con la prudencia del hombre de estado; Lainé, estadista vaporoso, melancólico, distraído, cuya voz exhalaba los vagos sonidos del arpa de Osian; carácter indeciso, mano temblorosa y muelle que no supo tener las riendas del poder; pero orador grave, de palabras cadenciosas, que en algunas ocasiones habló con la elocuencia del corazón, y que, piadoso con los proscritos, se enternecía por sus miserias, y abrazaba, en nombre de ellos, con súplicas y llanto, las aras de la misericordia y de la compasión; finalmente, Beugnot, el hombre más astuto del reino de Francia y de Navarra, después de Semonville, que en astucias era inferior aun á Talleyrand.

La escuela legitimista se dividía en dos fracciones.

Componíase la una de hombres exaltados, que llevaban las cosas hasta lo absoluto, y de hombres más tratables, devotos de Dios en el cielo, y del rey en la tierra.

La otra se componia de hombres no menos creyentes, pero amaestrados por el ejercicio del poder, los cuales se amoldaban á la carta como á una necesidad superior, mas poderosa que ellos y que la monarquía que la aguantaba.

Lucía al frente de la primera falange Bourdonnaie, el que propuso las famosas categorías (1) é hizo expulsar á Manuel. Contrarrevolucionario del mismo temple que los antiguos convencionalistas; subyugado por la razon de estado, mas imperioso que diestro, sin que careciese en su lenguaje de elevacion y de vigor. Seguian á este:

Lalot, cuya fulminante elocuencia derribó al ministerio Richelieu; lleno de imágenes en su estilo, y de una facundia vehemente y pintoresca:

Dudon, tan profundamente versado en el estudio de la legislacion administrativa, cuya frente altiva no se doblegaba ante objecion ninguna, y que recibia á boca de jarro los disparos de metralla de la oposicion con toda la flema de un hijo de Albion:

Casteljamac, que se agitaba en su banco, daba puñetazos y pateaba, gritaba, arrojaba exclamaciones, é interrumpia á los diputados incrédulos que dudaban de su fe monárquica (2):

Bonald, orador un tanto nebuloso, filósofo creyente, y sin disputa uno de los mas grandes escritores de nuestra época:

Salaberry, realista fogosó, orador petulante, que salia con pistola en mano al encuentro de los liberales, y desparramaba

(1) El conde de la Bourdonnaie debe ser considerado como el mas fanático entre todos los fanáticos que componian la mayoría de la cámara baja francesa en 1815. El 11 de noviembre de dicho año leyó la proposicion de un proyecto de ley atribuido al abate Legris-Duval, proyecto que en el lenguaje de entonces convinieron en llamar *ley de amnistia*, y por el cual quedaba dividida la Francia en categorías de reos políticos, como á imitacion suya dividió luego el ejército el ministro de la guerra duque de Feltre. Apoyado dicho proyecto, pronunció Bourdonnaie un discurso, digno de aquella época sangrienta en que no resonaban en la tribuna de la Convencion mas que gritos de proscripcion y de muerte. Si se hubiera seguido su doctrina, las tres cuartas partes de la poblacion de Francia hubieran perecido como excluidas de aquella generosa amnistia; tan latas eran en su mente las categorías de los revolucionarios regicidas y herejes, dignos de la cuchilla y de la hoguera.—N. del T.

(2) El vizconde de Castelbajac, elegido en 1815 miembro de la cámara de diputados por el departamento de Gers, no encontró medio mas noble y significativo de desempeñar su mision, y demostrar su ardiente celo por la prosperidad de la Francia, que pedir se añadiese al infantazgo del Sr. duque de Berri la suma de cuatro millones anuales, desde el dia de su matrimonio.—N. del T.

sobre ellos desde lo alto de la tribuna las hirvientes imprecaciones de su cólera (1):

Marcellus, para quien el realismo no era solamente un principio, sino también una divinidad, y que se prosternaba ante su ídolo con el candoroso fervor de un peregrino y de un antiguo caballero (2).

Villèle se destacaba como una figura colosal sobre el fondo de este cuadro.

En torno de Villèle se agrupaban varios hombres de cualidades diferentes: Corbière, uno de los jurisconsultos más entendidos de una provincia donde son entendidos todos (3); gran rebuscador de antiguallas literarias; dialéctico apremiante y cáustico, que ponía alas á sus flechas para que llegaran más presto al objeto, y se clavaran con más fuerza en sus adversarios (4); Brebis, hábil escudriñador de presupuestos, mente despejada, conciencia recta; Peyronnet (5); notable por las sonoras vibraciones de su voz, por la habilidad ingeniosa de su dialéctica, y por la florida pompa de su lenguaje; Martignac, aquel melodioso orador que *tocaba la palabra* con tanta habili-

(1) El conde de Salaberry fué uno de los provocadores más frenéticos de la legislación sangrienta del 1815-16, que había de tener por resultado el aniquilamiento de todas las instituciones nacionales, y por consecuencia la vuelta al régimen feudal. Salaberry quería que la contra-revolución fuese *pronta y sangrienta*. En su *Historia del Imperio Otomano* abrazó con calor la defensa del despotismo oriental, y se esforzó en demostrar que la legislación del sable y del cordón es la más favorable al bienestar de la humanidad. Este principio explica naturalmente el celo con que votó en la cámara de 1815 por los tribunales prebostales sin apelación, y por todas las leyes excepcionales que tenían algún viso de tiranía oriental.—*N. del T.*

(2) También el conde de Marcellus fué nombrado en 1815 diputado por el departamento de la Gironda, por la facción ultra-realista que poco después inundó la Francia de lágrimas y de sangre. Era hombre honrado y probó; pero, fanático en religión y política, contempló impasible las trágicas escenas de Lyon, Grenoble, Nîmes y Montpellier.—*Id.*

(3) Rennes, en la Bretaña.—*Id.*

(4) Corbière, á pesar de sus luces y de su posición independiente, se adhirió á los principios reaccionarios de Bourdonnais, y propuso á la cámara que se añadieran nuevas excepciones contra los liberales á las ya numerosas establecidas en la famosa *ley de amnistía* de 1815; y, por una notable aberración de su claro entendimiento, profesaba al mismo tiempo el principio de que *«el objeto de las leyes penales debe ser la persecución de los crímenes, y no la de las personas»*; como si no fuera perseguir á clases enteras de individuos el establecer nuevas categorías de delitos políticos.—*Id.*

(5) Uno de los ministros proscriptos de Carlos X, de la justicia y del interior; antiguo abogado de Burdeos.—*Id.*

dad como Tulou (1) toca la flauta; Josse de Beauvoir y Cornet d'Incourt, cazadores armados á la ligera, destacados en los flancos de la falange ministerial para empeñar el combate y apuntar á los jefes á la cabeza, entre las malezas de la oposicion; Pardessus (2), talento claro, orador fecundo, profundo juriconsulto; Ravez, el águila del foro girondino, célebre por la gravedad de su presencia y por la bella entereza de su órgano, uno de esos hombres que, do quiera que se presentan y hablan imponen la atencion á sus oyentes; poderoso por su lógica, sábio en sus exposiciones, dueño de sus pasiones y de las ajenas, y que, á no haber sido presidente de la cámara, hubiera dominado como orador en el partido de la derecha.

La escuela liberal fué una escuela beligerante. Serre entró en campaña el primero, y despues de haber disparado unos cuantos tiros y vaciado su cartuchera, se atrincheró tras las eminencias del poder. Manuel mandaba el cuerpo de reserva de la oposicion, y el general Foy la vanguardia. Benjamin Constant combatía la censura, Laffitte el presupuesto, Bignon la diplomacia; Argenson lanzaba al viento, sin direccion fija, los primeros cohetes del radicalismo; Casimiro Périer, arrebatado de las filas por el ardor de sus brios, retaba al ministerio á combate singular; Corcelles, Estanislao Girardin, y Chauvelin, giraban y revoloteaban en torno de sus bancos, y le disparaban en sus acometidas, y aun en sus huidas, flechas penetrantes y envenenadas; y por última consecuencia de semejante sistema de guerra, despues de un combate de palabras, un combate de calles y plazas acabó con la monarquía.

(1) Tulou es el primer flauta del teatro de la *grande Opera* de Paris.—*N. del T.*

(2) Autor de un excelente tratado de *Derecho comercial* que goza de grande estimacion.—*Id.*

MANUEL.

El imperio francés giraba en torno de Napoleon, como la circunferencia gira al rededor de su eje. El solo dirigia los ejércitos á los campos de batalla; él solo, desde el fondo de su despacho, anudaba y desanudaba sus alianzas y tratados; él solo expedia órdenes á los prefectos de lo interior; él solo disertaba sobre política en los diarios sujetos á censura; él solo hablaba por conducto de sus comisarios en las mudas asambleas del cuerpo legislativo y del senado. De manera que puede decirse que en todo el imperio no habia mas general, mas diplomático, mas administrador, mas publicista, ni mas orador que Napoleon.

Así que, cuando la tribuna recobró su libertad, y volvieron á abrirse los diques de la elocuencia, los oradores parlamentarios solo se presentaban en la arena caminando á tientas, y á guisa de hombres olvidados del habla. Mostrábanse encogidos en sus movimientos, y al probar sus voces apenas emitian mas que sonidos apagados y triviales.

Pero apareció Manuel.

Manuel era de aventajada estatura, de rostro pálido y melancólico; tenia un acento provincial, pero sonoro, y gran sencillez de continente.

Preferia desenredar las dificultades á cortarlas. Circulaba con incomparable destreza al rededor de cada proposicion; la analizaba, la escudriñaba, la palpaba, la apretaba, por decir-

lo así, por sus flancos y cavidades para ver qué contenía, y lo manifestaba á la asamblea sin omisiones y sin énfasis. Jamás se excedió en gritos ni gesticulaciones como esos retóricos apopléticos que sudan á chorros y jadean, y que parece tienen los pulmones obstruidos, y que van á vomitar un caño de sangre con su última palabra. Era un hombre de razon elevada, natural y sin afectacion, siempre dueño de sí mismo, de elocucion fácil y brillante, hábil en el arte de exponer, de resumir y de concluir. Estas cualidades sedujeron á la cámara de los representantes.

No se crea que mientras zumban las tempestades políticas, pueda un orador demasiado vehemente llegar á dominar de lleno á las asambleas, porque incitará por lo comun á adoptar resoluciones temerarias, con lo que, si agrada á los hombres enérgicos, asusta á los tímidos, que componen siempre el mayor número. Como estos se imaginan ver entre las sombras, ya puñales que amagan á sus cabezas, ya celadas ocultas por donde pisan, ya negras traiciones próximas á envolverlos, prefieren oradores sinceros, en quienes puedan confiar y creer. Como padecen temblores de miembros, les gusta refugiarse y guarecerse al amparo de corazones enérgicos y serenos. Como sufren turbaciones de entendimiento, quieren que solo se les presenten cuestiones enteramente resueltas. Así lo hizo Manuel.

Cuando vió él, despues de la abdicacion de Napoleon, que el poder ejecutivo no sabia ya en nombre de quién mandar, que la guerra civil amenazaba estallar en medio de la guerra extranjera, que la misma cámara de los representantes se dividia en fracciones, y que, impelidos por mil vientos encontrados, iban todos á la ventura, inclinándose, quien á los Borbones, quien á la república, quien al duque de Orleans, quien al hijo del emperador; Manuel invocó el voto del ejército, la salvacion de la patria, y el texto de la constitucion en favor de Napoleon II (1).

(1) Sesion del 22 de junio de 1815, en la cual trató con superior talento las importantes cuestiones de la abdicacion de Napoleon y de la eleccion de su hijo.—*N. del T.*

La asamblea acogió su proposición con entusiasmo. Mostróse obligada por haberla sacado de su embarazosa perplejidad, y por haberla dado la unidad de que todas las asambleas han menester, sobre todo en los tiempos de crisis.

Fué Manuel nombrado para presentar el proyecto de constitución; misión peligrosa, cargo de pura confianza, testamento político que había de redactar para la posteridad en nombre de la cámara espirante. Dirigió su discusión con gran nobleza por entre las balas y la metralla que silbaban en sus oídos; llamó á las armas á los ciudadanos; y cuando todo se vió perdido, y el cañon prusiano tronaba ya sobre el puente de Jena, Manuel, intrépido y sereno, repelía desde la tribuna aquellas célebres palabras de Mirabeau: «Solo nos arrancará de este lugar el poder de las bayonetas.»

Manuel fué el mas importante y casi el único orador de la cámara de los representantes. La confianza de aquella cámara le hubiera colocado á la cabeza del gobierno, durante la menor edad de Napoleon II.

Entró en las cámaras de la Restauracion precedido de una reputacion colosal. Por lo general no suelen sostenerse los renombres excesivamente preconizados, y á la saciedad que causan acompaña muy de cerca el disgusto. Manuel además estaba interiormente trabajado por una enfermedad cruel que mas tarde le llevó á la tumba, y bajo el influjo de su dolencia perdieron sus privilegiadas facultades gran parte de su poder y de su brillo.

Después de haber sido ministerial, liberal y moderado durante los Cien dias, fué Manuel durante la Restauracion uno de los tribunos de la oposicion. Consagró á ella todas las prendas de su carácter y de su talento. Como era mas tenaz que impetuoso, sostenía en la retaguardia las últimas cargas del enemigo; como tenía mas vigor de raciocinio que vehemencia oratoria, argumentaba sobre cada tésis y volvía contra sus adversarios, con una vivacidad llena de exactitud, las mismas citas hechas por ellos. Aunque una discusión pareciese quedar enteramente cerrada, siempre encontraba él algun lado por donde volver á entrar en ella, y renovaba el combate

con una sutileza de dialéctica y una abundancia de elocucion extraordinarias.

Manuel fué el improvisador mas notable de la izquierda. Su diction era enteramente parlamentaria, sin estar recargada de ambicioso ornato; pero no incorrecta ni desmazalada, aunque tampoco seductora. Tal vez era demasiado prolijo y difuso, aunque no por eso dejaba de ser claro; pero retrocedia y se repetia como suelen todos los que con mucha facilidad discurren.

En materias de hacienda enunciaba algunas veces su opinion por escrito. Sus discursos están redactados con precision y pureza; pero sin grandes miras, sin profundidad y sin estilo. Manuel, á la manera de los improvisadores, se apropiaba con rapidez las ideas ajenas, y las reproducia con tino y ordenada discrecion; mas no era hombre de administracion, ni filósofo, ni hacendista, ni economista. Nutrido despues de su expulsion con serios estudios, fortalecido con la meditacion en el retiro del ostracismo, hubiera vuelto lleno de tesoros de ciencia á la escena legislativa.

En dos hombres cebaron sus encarnizadas antipatías los dos partidos encontrados; Serre se atrajo despues de su abjuracion las antipatías de la izquierda; Manuel se atrajo en todos tiempos las de la derecha.

Hallábanse á la sazón los partidos en un estado de hostilidad flagrante. La emigracion y la revolucion, la aristocracia y la democracia, la igualdad y el privilegio, se sentaban en la cámara frente á frente, se provocaban con las miradas, y se aborrecian con odio mortal. Apenas en cada sesion se oian mas que disertaciones sofisticas é interminables sobre las pasiones y los partidos; y aunque allí los labios declaraban sin cesar que se respetaban las intenciones de los adversarios, nada se recriminaba mas cordialmente que las intenciones. Hoy que la posteridad llegó para ellos, ya puede decirse la verdad á aquellos partidos: y no hay mas verdad sino que todos estaban representando una triste comedia. Los realistas querian un rey sin carta, y los liberales querian una carta sin rey: esto era lo único verdadero y formal en la esencia de aquellos debates

parlamentarios; todo lo demás no era sino mero accidente, mero adorno, pura charla. Por fin, despues de quince años de escenas mas ó menos bien hilvanadas, tanto actores como espectadores se cansaron de esperar, y no hubo mas remedio que dar fin á la farsa. Del rey sin carta salieron las ordenanzas, y de la carta sin rey la revolucion de julio.

Manuel se ceñia astutamente á la carta, como una culebra que se enrosca en torno de un árbol que no tiene mas que las verdes y florecientes apariencias de la vida, con un tronco herido de muerte en el corazon. La apretaba entre sus vueltas, la estrujaba, queria á viva fuerza sacar de ella lo que jamás contuvo.

Hoy dia, esas continuas llamadas al orden, con esos interminables discursos sobre el sentido claro ó turbio de la carta, esas recriminaciones de lesa majestad constitucional, esos esfuerzos de metafísica pura, no harian mas que cansar al auditorio.

Peró entonces, el gobierno representativo estaba en mantillas, y se queria saber por curiosidad si verdaderamente habia algo cierto en el fondo de todo aquello.

Los ministros aficionados á gozar de la realidad del poder, apresúranse siempre á alcanzarlo. La guerra que les hacia Manuel era una guerra de dilaciones, para ganar tiempo. Al principiar la discusion les incomodaba con sus ataques, y los renovaba al concluir; dirigia al presidente enmiendas improvisadas, y so pretexto de desarrollarlas volvia á entrar en la proposicion general ensanchando su campo. Una vez batido en sus enmiendas, se fortificaba con las sub-enmiendas, replegábase así de cien maneras, unas veces avanzando, cejando otras, defendiendo como un general experto el terreno á palmos, y cuando se veia próximo á ser cogido, prendia fuego á la mina, y se volaba con todas sus municiones.

Elecciones, prensa, presupuestos, leyes penales, peticiones, no hay principio de libertad ó de economía que no sostuviese, ni combate de la izquierda en que no tomara parte.

Fué Manuel el mas prudente de todos los de su partido. No se dejó extraviar por la imaginacion ni arrebatarse por el en-

tusiasmo, que es otro de los males que se padecen en Francia. Pesaba las cosas en su justo valor, y su prevision tenia tanto alcance y era tan exacta, que anunció que el artículo 14 de la carta engendraria una revolucion.

La condicion de los proletarios trabajadores fué objeto de su mas ardiente solicitud, y quizás aquella secreta simpatía que unia á las masas con su defensor, es la causa principal de que su nombre sea tan popular entre ellas. La anforcha de la democracia proyectaba á intervalos sobre su senda algunos de sus rayos, y á su luz le fué dado comprender y tocar todas las cuestiones del porvenir.

La derecha escuchaba á Manuel con impaciencia visible; colmábale de desprecios y de injurias. Cuando él hablaba, unas veces se encogia de hombros, otras le volvia la espalda; tan pronto prorumpia en murmullos que ahogaban su voz, como se lanzaba á él colérica por sobre los bancos, y le perseguia hasta el pié de la tribuna, con los mas emponzoñados sarcasmos y los epitetos mas afrentosos. Manuel, impassible en medio de las mas deshechas tempestades, conservaba la serenidad en el semblante y en el corazon: recibia el choque sin desconcertarse, se cruzaba de brazos, y esperaba que se restableciese el silencio para volver á tomar el hilo de su discurso.

Era hombre de una intrepidez calma y de un corazon patriótico y ardiente, con las maneras mas afables, las costumbres mas dulces, una honradez de principios instintiva, una abnegacion y una modestia singulares.

No diré mas de sus cualidades morales. Fué amigo de Laffitte y de Dupont de l'Eure: no es por cierto poco elogio.

Hay en todos los partidos mucha mas imaginacion de lo que se cree, pues son ávidos de vida y de arraigo, no solo en el presente y en el porvenir, mas tambien en lo pasado. Ellos rehacen y reforman la historia en su provecho y al tenor de sus pasiones; imponen á su capricho al primer ilustre difunto que se les antoja el cargo de representar su opinion, aun cuando aquel ilustre personaje no haya querido jamás, durante su vida, representarla, y aun cuando dicha opinion no tuviera entonces existencia, ni por consiguiente nombre. Pretenden los

republicanos que Manuel trabajó por la causa de ellos bajo la Restauracion; los doctrinarios de las Tullerías suponen que hoy seguiria aquel el camino que ellos siguen. Las dos son meras ilusiones. Manuel tenia, como tienen millones de franceses en este momento mismo, mas bien el sentimiento republicano que opiniones republicanas; con franqueza y libertad declaró que entre la república y Napoleon II preferia á Napoleon II. Decia que: «Los republicanos son cabezas que no ha madurado la experiencia.»

Y en otra ocasion: «Que la república puede seducir á almas nobles y elevadas; pero no conviene para un pueblo grande en el estado actual de nuestras sociedades.»

Y finalmente que: «El trono es la garantía de la libertad.»

Y que: «La libertad es inseparable del trono.»

Se pronunció además en favor de la prerogativa real sobre la institucion de las dos cámaras, la dignidad hereditaria de par, la dotacion del clero, y la garantía administrativa de los funcionarios.

Tampoco pertenecia Manuel al partido del Palais-Royal; en cierta ocasion trataron de beneficiar su popularidad en provecho de cierto personaje, y él apremiado soltó aquella exclamacion: «No me hablen VV. mas de ese hombre!»

Es opinion bastante comun que, si Manuel hubiera vivido mas, su profunda experiencia hubiera dirigido á los fundadores de la revolucion de julio, que él hubiera señalado los escollos hácia donde, merced á ciertos pilotos demasadamente confiados, arrumbaba la nave, y que hubiera imposibilitado á la prerogativa real de desbordarse y sumergir á la libertad.

Fuera de eso, las nobles acciones valen mas que los mejores consejos y que los mas bellos discursos. No, todos los consejos de Manuel no hubieran sido bastantes para contrarrestar la fatalidad de las cosas, y por lo que hace á sus discursos, pronto se olvidarán si ya no los desvaneció el olvido. Pero mientras el valor cívico, cien veces mas precioso que el valor guerrero, sea honrado entre nosotros, el nombre de Manuel no se borrará de la memoria de los franceses.

Corria el año de 1823; la impaciencia de la derecha estalló

de repente. Ya antes se había manifestado, cuando Manuel, dando salida á las quejas que rebotaban en su corazón, expresó claramente su repugnancia hácia los Borbones. Desde aquel instante, quedó inscrito su nombre en las listas de proscripción; sus enemigos, con el oído alerta y el brazo levantado, emboscados en el fondo de la tribuna, vigilaban y espían el efecto de cada palabra que salía de sus labios. La tormenta se mecía sobre su cabeza.

Apenas Manuel, en un nuevo discurso, bosquejó una apología indirecta y rebozada de la Convención, el conde de la Bourdonnaie se levantó bruscamente de su asiento, y reclamó que fuese expulsado como indigno el diputado de la Vendée.

La cámara castigó á Manuel por haber elogiado á la Convención, cuando ella la estaba imitando; enajenóse la opinión, lo que nunca dejará de ser un grave yerro; abusó de su poder, lo cual indica bajeza; dió un golpe de estado, de esos que pierden á las cámaras lo mismo que á los reyes, aun cuando salgan bien; violó la inviolabilidad de la tribuna; envolvió en la condena de una mera expresión toda la vida parlamentaria de Manuel; le formó causa de tendencia, é hirió de muerte á la palabra, así como acababa de asesinar á la prensa.

Lo mas raro en tan extraño proceso era ver á los diputados representantes del privilegio, arrogarse el derecho de representar á la Francia y de hablar en su nombre. ¡Pobre Francia! Todos te hacen hablar á su antojo, los de entonces y los de ahora. ¡Cuándo será que te resuelvas á hablar por tí misma para imponerles silencio!

No desmintió Manuel su grande entereza en aquellos debates. Apareció en ellos con la misma frente serena que tanto exasperaba á sus flacos y violentos enemigos. Defendióse con sencillez elocuente, y aun se conservan sus palabras:

«Declaro, dijo, que en ninguno reconozco aquí el derecho de acusarme y de juzgarme. En vano busco á mis jueces; no veo mas que acusadores. No espero, pues, de vosotros un acto de justicia, sino un acto de venganza, y me resigno. Respeto á las autoridades; pero mas respeto aun la ley que las ha constituido, y desde el momento en que usurpan, en mengua

de esa ley, derechos que no les fueron conferidos, no reconozco en ellas poder alguno.

«Siendo esto así, no sé si la sumision es un acto de prudencia; pero sé que habiendo derecho para resistir, la resistencia se convierte en un deber.

«Habiendo entrado en esta cámara por la voluntad de los que tuvieron derecho de traerme á ella, no debo salir de aquí sino por la violencia de los que pretendan arrogarse el derecho de expulsarme; y por si en esta resolucion amagaran á mi cabeza los mayores peligros, diré que el campo de la libertad ha sido algunas veces fecundado con sangre pura y generosa.»

Manuel cumplió su palabra.

Sostuvo hasta el fin sus derechos, cediendo solo á la violencia. Fué preciso que la ruda mano de un gendarme le asiera en su mismo banco, y que le arrancara brutalmente del lado de sus amigos indignados.

Las turbas populares que, acompañadas de otra turba inmensa, habian de presenciar mas adelante el triunfo de sus exequias, acompañaron al tribuno demócrata á su morada.

Mas, disipadas las turbas, la soledad y el silencio cercaron al ilustre orador. Los colegios electorales de entonces cometieron la bajeza de no atreverse á reelegirle ¡tan poco espíritu cívico hay en Francia! tan cierto es que los servicios patrióticos no encuentran en ella sino corazones ingratos! tan presto mueren aquí las reputaciones!

Y sin embargo ¡oh caprichosas mudanzas de la fortuna! cuando aquel gran ciudadano, ignominiosamente expulsado por haber hablado de la Convencion, salia de la cámara como un malhechor conducido entre dos gendarmes, ¡cuán léjos estaba de imaginarse que algun dia aquel mismo rey á quien no podia acatar, expulsado tambien, se embarcaria para ir á un destierro eterno! que el hijo de un convencionalista ocuparia el trono y el lecho de su señor; que los diputados que en nombre de los electores acababan de proscribir á otro diputado, se verian tambien proscritos por los mismos electores, y excluidos del templo de las leyes; y que en el frontispicio de otro templo, dedi-

cado á los grandes hombres por la patria agradecida, llegaría á esculpir el cincel inmortal de David enfrente de la de Napoleón, emblema del valor militar, la figura de Manuel, emblema del civil denuedo (1)!

Manuel soportó el ostracismo con dignidad, pero no sin alguna tristeza, no sin echar de menos alguna vez la tribuna.

«V. es literato, decia el orador á Benjamin Constant, V. tiene su pluma; pero á mí ¿qué me queda?»

Le quedaban sus exequias funerales, y el panteon!

(1) Manuel figura en pié en el hermoso frontispicio del panteon, obra de David.

SERRE.

Luis XVIII habia recuperado su trono, y la nave del desierto llevaba á Napoleon al peñasco de Santa Elena. Los ejércitos de Europa habian envainado el sable, y se acampaban tranquilos en nuestro territorio, por segunda vez manchado con su presencia; pero los partidos, comprimidos por el estupor de la invasion, iban á hallarse de nuevo cara á cara en el terreno parlamentario.

Un poco de ambicion, un poco de rencor, y otro poco de venganza componian el fondo de todos los partidos vencedores. ¿Cómo era posible que la cámara de 1815, toda realista, no fuese reaccionaria? ¿Cómo era posible que no hubiese lucha de la emigracion contra los restos del ejército imperial, de las provincias contra la corte, de los intereses antiguos contra los intereses nuevos, del espíritu de localidad contra el de centralizacion, de la propiedad contra la industria, del realismo contra el liberalismo, del altar y del trono contra la filosofia y la revolucion? Esta lucha era, infalible, inminente, y debia ser implacable.

La mayor parte de aquellos diputados de 1815 eran hombres de otra época. Plebeyos enriquecidos ó hidalgillos de provincia, retirados en sus ruinosos palacios ó en sus tertulias, no conocian á los hombres del imperio mas que por el odio que les profesaban, y los actos de aquel poder mas que por el de las contribuciones y por los cupos anuales de la quinta. Poseidos juntamente de los terrores de la revolucion y

de las preocupaciones de la emigracion, devotos, iliteratos, tozudos, hubieran deseado una religion dominante, un monarca sin constitucion, sin *pairia* (1) y sin córte, pero no sin instituciones provinciales.

El gobierno para el rey, la administracion de los departamentos para los ricachos y la nobleza, tal era su sueño: por lo demás, hombres de costumbres sencillas y honradas, sinceros en su fe legitimista y religiosa, independientes por los hábitos de su vida, por su caudal, por hidalga altivez, y que nada tenian de comun con el servil y rastrero ministerialismo de nuestro siglo de hornagueras.

Acalorada por sus pasiones, embriagada con un triunfo tan completo como inesperado, una cámara compuesta de este modo debia avanzar mucho en la borrascosa y sangrienta carrera de las reacciones políticas, mucho mas de lo que sin duda hubiera querido ella misma.

Apareció Serre, y puede decirse que apareció á tiempo. El nombre del rey rebosaba en todos los discursos, en todas las alocuciones, en todos los informes: el grito de VIVA EL REY! estallaba espontáneamente en la cámara haciéndola retemblar, menos como un grito de amor que como un grito de guerra. A este grito levantábase trémula la mayoría, rompiendo en aplausos, con los arrebatos y el vértigo del delirio: una ola mas, y el torrente de la reaccion salvando sus diques, se hubiera derramado con furor, ahogando á la Francia entera! Serre, sin titubear, se lanzó intrépido al torrente, y rompió su carrera.

Juntamente caudillo y soldado, ya en defensiva, ya en ofensiva, se multiplicaba, y él solo equivalia casi á un ejército. ¡Qué de inolvidables servicios no hizo á la causa de la libertad! ¡Con qué rayos de elocuencia tronó contra el restablecimiento de la confiscacion, contra las violencias de las juntas directoras, contra las extorsiones del fisco, contra la tiranía de los juzgados prebostales, contra la infernal y secreta orga-

(1) *Pairie*, es decir el cuerpo de los pares ó próceres del reino. Adoptamos esta voz de nuevo cuño porque continuamente la vemos usada en los periódicos, y porque realmente hace falta.—N. *d. l. T.*

nizacion de los espionajes, de las sonsacas y de los asesinatos! ¡Qué valor, y en qué peligros! ¡Qué elevada razon, y en medio de qué extravagancias!

La nobleza de provincia, ora fuese que conservara la celosa levadura de aquel espíritu de oposicion que, desde los tiempos feudales, la animó hereditariamente contra los de la córte, ora que quisiese concentrar las fuerzas de la aristocracia en las administraciones locales; pedia con empeño, so color popular, la eleccion en doble grado; Serre desbarató esta estratagema, é hizo aprobar la eleccion directa; y cuando en 1819 se volvió á la carga contra este sistema de eleccion, Serre le defendió con razones tan convincentes y con una elocuencia tan arrebatadora, que el entusiasmo de las tribunas estalló en aplausos.

Breve fué la carrera oratoria de Serre, pero cuán cumplida! ¡Qué energía de voluntad! qué fuerza de raciocinio! qué vigor, qué plenitud, qué variedad en sus discursos! qué multitud de combates! qué série de victorias! ¡Cómo vuela al socorro de los empleados, contra los clasificadores, los purificadores (1) y los delatores! ¡Cómo fulmina contra los oradores quebrados que, para anular ó disminuir la fianza de los acreedores de los atrasos, infamaban el origen y la causa de sus títulos! ¡Cómo hace sonrojarse á los denunciadores del ilustre Masséna! ¡Cómo arrostra la llamada al órden por haber impugnado la proposicion de hacer propietario al clero, consagrarle una dotacion de renta perpétua de 42 millones, de restituirle sus bienes no vendidos, de confiarle la instruccion pública en todos sus grados, igualmente que los registros civiles (2), y de rehacer á la par la constitucion de la iglesia y del estado! ¡Cómo procura conmover cuando no puede convencer! cómo se entenece su voz, cómo invoca la compasion cuando no se escucha la justicia (3)!

(1) El abominable sistema de *purificaciones* nos vino á los españoles de Francia, de donde siempre hemos tenido el arte de tomar muchísimo malo y poquísimo bueno. Excusado es decir que á las purificaciones políticas alude el texto.—*N. del T.*

(2) Es decir, los libros de asientos de casamientos, bautizos, defunciones, etc., que en Francia, desde el tiempo de la revolucion, corren á cargo de la administracion civil, con independencia absoluta de la eclesiástica.—*Id.*

(3) Alude á la tempestuosa legislatura de 1846, en que el partido ultra-realista intentó demoler la obra entera de la revolucion.—*Id.*

Siendo ministro, Serre continuó caminando por la senda del progreso. Su código de la prensa fué una obra muy liberal, obra entonces extremadamente difícil en cuanto á la elaboracion de la materia, obra completa en lo tocante á la definicion de los delitos, á los medios de proceder y á la articulacion de las penas. Guizot, sin tener la elocuencia ni la alta capacidad de Serre, le sostuvo, no obstante, con honor en aquella admirable discusion, y esta accion hermosa de su vida pasada le vale la absolucion de muchos errores. Jamás, desde el establecimiento del gobierno representativo, en debate alguno se elevó ningun ministro á tanta altura como Serre, que sucesivamente se mostró hombre de estado en las consideraciones políticas del asunto, dialéctico en la deduccion de las pruebas, jurisconsulto en la gradacion de las penalidades, orador en la refutacion de sus adversarios. Mas sensato que los fiscales de entonces, defendió contra sus preocupaciones la competencia del jurado en los delitos de imprenta; mas liberal que la misma oposicion, impugnó á Manuel, que queria extender la inviolabilidad hasta las opiniones escritas y no pronunciadas en la tribuna. ¡Qué de magníficas y elocuentes palabras salieron entonces de la boca de Serre! «Yo no vedo al diputado el derecho de ser escritor.» Y estas: «La libertad no es menos necesaria para el mejoramiento moral y religioso de los pueblos que para su mejoramiento político.»

En aquella discusion fué cuando, habiendo dicho Serre que todas las mayorías habian sido rectas:—«¿Y la Convencion tambien? exclamó Bourdonnaie.—«Sí, señor» respondió Serre, «y la Convencion tambien, si la Convencion no hubiera deliberado bajo puñales.»

¡Oh! cuánto se indignaria y se lastimaria Serre si tuviera la desgracia de vivir bajo nuestro régimen sin libertad porque carece de principios, sin popularidad porque carece de grandeza; si pudiera comparar la legislacion templada de la prensa bajo el gobierno del rey de 1819, rey por la gracia de Dios, con la violenta legislacion de setiembre bajo el gobierno del otro rey de 1844, rey por la gracia del pueblo; y si viera

al lado del juzgado, liberal justicia del país, á nuestra pobre y mezquina patria ministerial, fulminando sobre pobres y mezquinos procesos sus pobres y mezquinos fallos!

Quedar infamada la confiscacion, castigado el crimen, restablecida la justicia, sofocadas las delaciones, tranquilizados los acreedores del estado, rechazado el feudalismo, acrisoladas las elecciones, vengadas las peticiones, equilibrados los partidos, ilustrada la legislacion, libre la tribuna, consolidada la prensa: —tales fueron los trabajos y los resultados de la primera y brillante mitad de la vida parlamentaria de Serre, como diputado, como presidente de la cámara y como ministro.

Pero de repente, despues de haber sido el mas vigoroso campeon de la libertad, Serre se constituye fatalmente en siervo del poder: ataca lo que habia defendido, adora lo que ha quemado (1), señala la tempestad que avanza y sube, recoge las velas, lanza desde lo alto del palo mayor un grito de agonía, y se agarra á las peñas al borde del abismo á que arrastraba al trono la ley de elecciones. Sus fuerzas se agotan, y, para reanimarlas, parte y se aleja por un momento de la escena parlamentaria, mientras su colega Pasquier sostenia el embate de la oposicion, pero retrocediendo. Estaba el cielo sombrío, y la nube iba á reventar: llaman á toda prisa á Serre, acude, se precipita ciegamente á la pelea, muda el terreno del combate, trasporta la ofensiva con la victoria al campamento de los liberales, y salva á la monarquía.

No seamos injustos con nadie; la oposicion hacia su officio de oposicion: ¿por qué no habia de hacer Serre su officio de ministro? Los gobiernos, cuya base es grandiosa y nacional, son cuerpos malsanos á quienes mata infaliblemente una dosis demasiado fuerte de libertad. Serre era el consejero responsable, el médico político de una monarquía achacosa, y no podia matar á su enfermo; ahora bien, en mayor peligro, en mayor peligro de muerte ponía entonces á la di-

(1) Expresion proverbial, tomada de las palabras que dirigió San Remigio á Clodoveo cuando este rey de los francos, por su casamiento con Santa Clotilde, abrazó el cristianismo (496): «Dobla la cerviz y humildate, oh Sicambro! Adora lo que has quemado, y quema lo que has adorado.—*N. del T.*

nastía la ley de elecciones del 5 de febrero de 1817 que el mismo sufragio universal.

Pero nosotros los radicales queremos con harta frecuencia juzgar á nuestros adversarios desde nuestro punto de vista, y llevamos á mal, no tanto que no tengan estos nuestros principios, como que obren ó hablen con arreglo á los suyos; bien así como un ejército que se extrañara de que el enemigo á quien ataca le rechazase. Para juzgar con imparcialidad á Serre, es preciso ponerse, no en nuestro lugar, sino en el suyo. Serre era emigrado, realista, aristócrata y ministro. Cuando la reaccion del trono contra la libertad, defendió la libertad por liberalismo, y no por republicanismo: cuando hubo reaccion de la libertad contra el trono, defendió el trono por realismo, y no por servilismo; en ambos casos fué, pues, consecuente con su punto de partida. Serre no podia, por carácter, servir ni combatir muellemente á sus amigos y á sus enemigos: una vez arrimado al trono se resistió con animoso y desesperado vigor al empuje de los partidos, á la democracia de las elecciones, y á las amenazas de la prensa.

Pasquier tenia una elocucion hábil y cortés, y la mano ligera. Serre tenia una elocucion audaz, y la mano recia: no se escondia bajo artificios de lenguaje; iba derecho á sus adversarios, y les descargaba su maza sobre la cabeza. Presente me hallaba, y todavía creo verle, cuando volviéndose del lado de la oposicion, y mirándola de hito en hito, le decia: «Os he visto, os he penetrado, os he quitado la máscara.» La oposicion bramaba de cólera.

«Por mucho que hayais hecho por los intereses nuevos» decia tambien á los diputados de la extrema izquierda, «no habeis hecho mas que yo.» Y decia la verdad.

Los preámbulos de Serre valian tanto como sus discursos. ¡Qué toque de maestro consumado en esta pintura de la libertad de imprenta en América y en Inglaterra!

«Suponed una poblacion naturalmente calmosa y fria, diseminada en un vasto territorio, rodeada por el Océano y el desierto, absorbida por los trabajos del cultivo y del tráfico, independiente todavía de las necesidades del espíritu y de las

punzadas de la ambicion; dividid esa poblacion en pequeños estados, mas ó menos democráticos, débilmente constituidos, sin distincion ni categoría, y comprendereis que en ellos sea tolerable la licencia de los periódicos, y que hasta sea un útil resorte de democracia, un estimulante que arranque á los ciudadanos aislados de los afanes domésticos, para llamarlos á la discusion de los grandes intereses públicos.»

«Suponed por otra parte un reino donde el tiempo haya acumulado sobre la alta aristocracia una influencia, dignidades, riquezas y posesiones casi régias: se necesitará poner freno al orgullo de los grandes; será preciso recordarles lo que deben al trono y al pueblo, inculcarles diariamente que la influencia no puede conservarse sino como se ha adquirido, por medio del saber y del valor, del patriotismo y de los servicios. Los diarios y aun su licencia son admirables para esto. Si ahora añadís que esta alta aristocracia no se halla aislada en el estado; que debajo de ella descienden y se ensanchan escalones sucesivos; que están fuertemente unidos, indisolublemente soldados en una sola gerarquía; que todo se mueve por ella, gobierno, justicia civil y criminal, administracion, policía; nadie deberá admirarse de que una sociedad de esta suerte dispuesta, sobreviva á las agitaciones de la prensa periódica.»

Serre tenia un genio organizador. Los progresos disolventes del individualismo le aterraban; queria, á la manera de Napoleon, constituir clases, corporaciones, ciudades, contrapesos, un conjunto resistente de fuerzas políticas. No era aristócrata por preocupacion de casta, por tenacidad ó por orgullo; pero parecia dominado por la necesidad de una disciplina gerárquica, y de una clasificacion ascendente y descendente de las cámaras, y hasta de la misma sociedad. Afortunadamente las naciones no se dejan así amasar y modelar bajo el caprichoso dedo del legislador: la Francia tiene las costumbres de la igualdad; tanto por temperamento como por cordura, le repugnan las rispidas é intolerantes gerarquías de las condiciones y del poder.

Criado en la escuela de la filosofia alemana, Serre empleaba en la discusion de los negocios los procedimientos de

un método profundo, pero no hueco; ingenioso, pero no sutil: gustaba de remontarse al origen de las cosas, y era admirable en sus exposiciones históricas: comentaba sábiamente las anomalías de la legislación. Trataba todas las materias civiles, políticas, militares, fiscales, religiosas, con singular exactitud de miras y una gran seguridad de doctrina. Aduanas, presupuestos, empadronamientos, imprenta, libertad individual, peticiones, reglamento de la cámara, elecciones, quintas, pensiones, amortización, instrucción pública, consejo de estado, negocios extranjeros, sobre todas estas cuestiones hablaba, y no las dejaba sin dejar en pos de sí regueros de luz.

En el modo que tenía de establecer las divisiones de su discurso, en la firmeza de sus progresiones y en la sustanciosa y rica hilación de sus raciocinios, inmediatamente se reconocía la acción de un talento superior. Guizot tiene mucho de este método.

Serre era largo y flaco de cuerpo: tenía la frente alta y proeminente, el cabello liso, ojos vivos, el labio pendiente, y la fisonomía inquieta de un hombre apasionado. Titubeaba un poco al principiar á hablar, y se veía en la contracción de sus sienes que las ideas se aglomeraban lentamente, y se elaboraban con esfuerzo en su cerebro; pero poco á poco se iban clasificando, tomaban su dirección, y salían en un orden cerrado y maravilloso; doblegábase, palpitaba bajo su peso, y las difundía en magníficas imágenes y en expresiones pintorescas y creadas por él.

No consignaré aquí mas que algunos de aquellos dichos ó, mas bien, de aquellos pensamientos que se le escapaban con tan viva abundancia:

—«A medida que el pueblo desaprende á obedecer, desaprende el ministerio á gobernar.»

—«Una sociedad bien regida es el mas magnífico templo que puede levantarse al Eterno.»

—«Los tribunales extraordinarios prueban mal en Francia.»

—«Si los ministros abusasen de su poder, se sabría entonces descubrir las leyes de la responsabilidad y los caminos de la acusación.»

—«Alumnos de las escuelas, teneis que aprender la ciencia y la cordura, y salis garantes de la ciencia y la cordura, y quereis juzgar á vuestros maestros y á los superiores de vuestros maestros!»

—«Hemos visto á este gran pueblo amenazar ruina, y apoderarse de él las convulsiones de la agonía.»

—«Si despojada del musgo de los años, pudiera descubrirse ante nuestros ojos la raiz de todos los derechos, aparecerian puros de toda usurpacion, de toda mancha!»

—«Si la libertad es para los franceses una cuerda floja, la igualdad es una cuerda que zumba de puro tirante.»

—«La ley es la relacion de los seres entre sí. El derecho es la expresion de esas relaciones.»

—«La democracia corre como un rio caudaloso (1).»

Pero si por la súbita iluminacion del pensamiento, por el colorido, el nervio y la vehemencia del discurso, Serre fué el hombre mas elocuente de la Restauracion, alguna vez se dejó arrastrar, como todos los grandes oradores, de los descarríos de una elocucion violenta y arrebatada, como cuando pronunció su famoso *jamás* (2) que tanto se le ha vituperado, y de que bastante se ha arrepentido.

Serre fué, durante sus últimos años, el blanco de la oposicion; contra aquel elevado ingenio, contra aquella poderosa cabeza, para hablar como Benjamin Constant, dirigia esta sus tiros; asíale de la crin, lanzábale sus mas agudos dardos, hubiera querido poder arrancarle las uñas, y encerrarle en una jaula de hierro. Foy, Benjamin Constant, Manuel, Chauvelin, rondaban sin cesar al rededor de aquel soberbio enemigo, sin dejarle respirar un solo instante, y Casimiro Périer, que cuando llegó á ser ministro no podia sufrir que menease tan siquiera la cabeza, y que gritaba en tono imperioso á la cuadrilla de sus diputados serviles: «Ea, pronto! de pié, señores, de

(1) No fué Royer Collard quien pronunció este dicho, como todos en Francia suponen equivocadamente.—N. del T.

(2) El partido liberal se jactó en la tribuna de que pronto podrian volver á Francia los proscriptos políticos; dejándose Serre llevar de la vehemencia de su discurso, mas que de su pasion, exclamó: «Jamás!»—Id.

pié!» se arrebatava entonces contra Serre con extraordinarias violencias de ademan y de lenguaje.

Si me fuera lícito dejar suspendido mi pincel, y olvidar que no bosquejo aquí mas que un retrato oratorio, diria que Serre era hombre de bien, animoso, sincero, íntegro, modelo de todas las virtudes domésticas, demasiado sensible tal vez! La tribuna gasta y consume esas organizaciones nerviosas. El general Foy estaba enfermo del corazon, Casimiro Périer del hígado, y Serre del cerebro. Las repetidas excitaciones de la sensibilidad perfeccionan al orador, pero matan al hombre.

Luego que el partido de la corte se hubo servido de Serre para derribar la ley electoral y luego la prensa, se le quitaron los sellos (1) y la toga de canciller, y se le envió al brillante destierro de una embajada á meditar sobre la vanidad de los triunfos parlamentarios. Aquel hombre que habia presidido á la cámara, y que era el mas elocuente de sus oradores, no tuvo bastante crédito para hacerse reelegir mero diputado; los liberales le creyeron demasiado realista, y los realistas demasiado liberal: además, la mayor parte de los electores acomodados no gustan de las superioridades: el genio ofusca y, por una especie de instinto, las medianías se juntan. Para complacerles, para ser su hombre, es preciso ser todo para todos; no dañar ni servir demasiado; no nadar recto en la corriente, sino flotar como una espuma en la orilla de los partidos; hundirse la cabeza entre los hombros: acurrucarse en un rincon para no ver el sol que se pone, y saludar al que sale; vivir la vida animal de las comidas ministeriales y de los saraos de la córte. Sean VV. esto, y serán siempre diputados!

Serre recibió una cruel pesadumbre con su repudiacion electoral. Turbósele la cabeza, y vueltos los ojos á aquella tribuna de Francia que le era tan cara, y donde todavía resonaban los ecos de su elocuencia, espiró.

¡Oh vanidad de las reputaciones! ¿Quién se acuerda hoy de

(1) Es decir, el alto cargo de guardasellos, que suele ir anejo al de ministro de Gracia y Justicia.—N. del T.

VILLÈLE.

Villèle fué, bajo la Restauracion, el jefe de la derecha. Era hombre de presencia bastante vulgar, delgado, pequeño de cuerpo, de ojos penetrantes, de facciones irregulares, pero expresivas, de voz gangosa, pero acentuada: no era orador y era mas que un orador, porque tenia la habilidad de un político.

Los hombres de su partido desplegaban mas impetuosidad que prudencia: él los allanó al freno, y los disciplinó. No conocian absolutamente los hombres ni las cosas que venian á tratar desde el fondo de sus provincias, y él les enseñó á conocerlos. Soldados obedientes, marcharon bajo sus banderas, y se formaron en batallon cuadrado, impenetrable á las bayonetas de la oposicion.

Villèle no gastaba flores en su estilo, pompa en sus imágenes, vehemencia en su oracion, ni vigor en su dialéctica; pero era claro, lleno, firme, razonable, positivo: no se le escapaban, en el calor de la improvisacion, esas expresiones aventuradas de que se apodera el comentario, y que sirven de pasto habitual á las befas de la prensa.

Si la naturaleza le habia negado los dones, mas brillantes que sólidos, de la imaginacion y de la elocuencia, habiale dado en grado supremo, aquel sentido recto, aquella ojeada del hombre de estado que ve pronto y bien, que percibe lo falso, que dispone su réplica con vivacidad, al mismo tiempo que recibe el ataque sin alterarse, que no avanza demasiado por miedo de clavarse, y que tampoco retrocede demasiado por no caer en el precipicio, y que, seguro del terreno que

pisa, porque á cada paso le sondea, y de sus posiciones, porque las domina, se aprovecha de todas las faltas del enemigo, y decide la victoria mas aun por la estrategia que por el valor. No, no era hombre vulgar el que luchó sin miedo y sin flaqueza durante su largo ministerio contra Manuel, Foy, Laffite, Dupont de l'Eure, Chauvelin, Bignon y Benjamin Constant, y, lo que no era menos difícil, contra las exigencias de la corte y de sus propios amigos.

Cuando Casimiro Périer, como un fogoso atleta, giraba en derredor suyo, buscando con la espada las junturas de su coraza, Villèle resistía con su inmovilidad: luego, tomando la ofensiva, daba á cada objecion su respuesta, á cada hecho su carácter; á cada cifra su valor. A veces eludía un choque demasiado recio ó inesperado, con una presteza esencialmente meridional (1). Lógico, prefería convencer á conmover; moderado, mas le gustaba parlamentar que combatir. Las resoluciones violentas, los arbitrios desesperados le repugnaban, porque habia levantado la vestidura de la monarquía, y viendo la purulencia de sus llagas temia matarla con un remedio heróico.

Es una ventaja para un ministro no haber sido escritor, porque no está obligado á subir á la tribuna para explicar, comentar y recoser las teorías de su libro, cuyos fragmentos le tiran malignamente á la cabeza. Otra ventaja es para un ministro estar poco menos que absolutamente desprovisto de aquel ingenio sutil y delicado que no siempre es el grande ingenio, y no tener ninguna imaginacion, con tal que sea expedito en sus réplicas, y tenga un juicio resistente: así, con la prontitud de su réplica, Villèle volvia objecion por objecion, é iba, como una saeta, derecho al blanco. Con la resistencia de su juicio, impedía que se penetrase en los músculos y en las carnes de su argumentacion por ningun lado vulnerable. ¿Para qué le sirve además á un ministro, en nuestras frias y cavilosas asambleas, seducirlas con sus imágenes, arrebatarlas con su elocuencia,

(1) *Languedocienne*, del Languedoc, dice el texto. Los hijos del mediodía, ó sean los gascones, pasan en Francia por ser muy listos y traviosos, como nuestros andaluces y valencianos. — N. del T.

y jugar con ellas al peligroso juego de los epigramas? Imaginativo, se expondrá á inventar alguna figura hinchada ó grotesca, vehemente, á avanzar demasiado, para retractarse un momento despues; cáustico, á indisponerse con hombres á quienes tal vez está á punto de atraer á sí, y que, en Francia sobre todo, preferirian que los hiciesen pasar por facciosos á que les echasen encima la nota de tontos.

Molé, á pesar de sus afecciones de cortesano al gobierno personal, se ha sostenido en el poder mas de lo que se cree, merced al decoro de sus formas, á la exquisita urbanidad de su lenguaje, y á la destreza que tuvo en no chocar violentamente con las *susceptibilidades* de la izquierda; Guizot, por el contrario, por haber emponzoñado sus tiros con una hiel acre (1), irritó, ulceró los corazones de los patriotas rancios de la oposicion que todavía están manando sangre. Tambien Thiers, por haber insolentemente calificado la sandez y la nulidad de los centros (2), se ha hecho en ellos enemigos irreconciliables. Villèle nunca mordió á sus adversarios en la mejilla ni en parte alguna, hasta el punto de dejarles señal de sus dientes, y no los supeditaba sino con la sola fuerza de su lógica. Jamás se sabrá cuánta vanidad contiene el pecho del mas oscuro diputado, que con ella se engrie y pavonea. Guardaos, ministros franceses, guardaos bien de humillar á esos gallos de aldea, cuyo amor propio está despierto, y canta antes del alba!

Cierto que fué un problema parlamentario, un fenómeno único el de aquellos trescientos espartanos (3) regimentados y retenidos por tanto tiempo bajo la bandera del Agesilao ministerial. ¿Debióse este resultado á la fuerza del principio legitimista? ¿Al miedo que inspiraban los liberales? ¿A los cebos de la corrupcion? ¿A la destreza y sagacidad del pastor de aquel

(1) En los primeros tiempos que se siguieron á la revolucion de julio, Guizot, hoy tan mesurado, atacaba con violenta acrimonia al lado izquierdo, sobre el cual lanzaba miradas furibundas.—*Nota comunicada por el autor.*

(2) Thiers, despues de su primer ministerio, disparó á los hombres del centro este sarcasmo á quema-ropa: *Preñere la calidad á la cantidad.* ¿Qué efecto debió causarle al partido de *cantidad!*—*Id.*

(3) La mayoría bajo el ministerio de Villèle.—*N. del T.*

rebaño? Un poco de todo esto hay en la explicacion que puede darse de aquel hecho singular.

Pero ya los hombres de la extrema derecha que asestaban sus baterías en el sentido de las ordenanzas de julio (1), hallaban que Villèle no iba ni bastante aprisa, ni bastante lejos, y los de la izquierda crecian por momentos en audacia y en número. Villèle se sintió inundado por todas partes, y para volver á su cauce el torrente de la oposicion, intentó la disolucion de la cámara. ¿Hizo bien? ¿hizo mal? en otros países, para un gobierno, haber existido mucho tiempo, es una razon para subsistir: en Francia, para un gobierno, haber vivido mucho, es una razon para morir: deseamos mudar, no tanto para estar mejor como para estar de otro modo. Reyes, cámaras, ministros, ciudadanos, sistemas, todo en Francia vive de lo imprevisto y en lo imprevisto.

Los ultra realistas de la cámara y la prensa legitimista de la oposicion carecieron de prevision, y cometieron una enorme torpeza derribando á Villèle. Si hubiera continuado dirigiendo el timon del estado, hubiera bordeado con destreza entre los escollos, y acaso hubiera salvado á la monarquía del naufragio en que se fué á pique.

La superioridad de Villèle para el gobierno de lo grande y de lo pequeño era tan natural, y estaba tan bien reconocida, que siempre y en todo le valió el honor del primer puesto. Aunque mero plantador, manejó, por la eleccion instintiva y espontánea de los habitantes, la administracion de una colonia; aunque casi desconocido y, lo que es peor, moderado, fué luego llamado á la magistratura municipal de Tolosa; aunque hidalguillo de segundo orden, llegó á ser en la cámara aristocrática de 1815, y en medio de tantos nobles bastante principales, el jefe de la oposicion realista; en fin, aunque tenia consigo á Chateaubriand en el gabinete, llegó sin contradiccion á la presidencia del consejo de ministros.

Pero nunca brilló mas Villèle que cuando sometió á la discusion su famoso proyecto sobre la conversion de las rentas. Villèle

(1) Las que dieron ocasion á la revolucion de 1830, en que se modificaban la ley electoral y la de imprenta.—*N. del T.*

le, en aquella memorable campaña que duró diez días, hizo prodigios de valor parlamentario; tuvo cautiva en sus bancos á la cámara con la elevacion de sus miras y el nervio de su razon. Acometido de espaldas y de costado por los hombres de la oposicion, abandonado de los suyos cuya falange empezaba á romperse, mal servido por sus colegas, sostuvo él solo todo el esfuerzo del combate; hizo frente á Casimiro Périer, hizo frente á Humann, los dos leones de la ciencia económica que le acosaban con sus mordiscos y sus rugidos. Despues de las fatigas de cada dia, hallábase al siguiente mas firme y dispuesto; improvisaba, replicaba al instante con aquella imperturbable sangre fria que no se deja derrojar por ninguna objecion, con aquella perspicacia que ve de léjos las celadas y las evita, con aquella flexible dialéctica que se repliega para defenderse, y se desarrolla para atacar, con aquella facilidad de elocucion que no presta á la virilidad del pensamiento mas que lo que necesita para vestirla, y no para ocultarla.

En la refriega de las enmiendas redobló el choque: cada uno de los adversarios de Villèle le asió á brazo partido, pugnando por derribarle; pero él, soldado y capitán juntamente, parecia que se multiplicaba bajo sus golpes. Subió once veces á la tribuna en la misma sesion sin que sus fuerzas le abandonaran, y sin caer en un yerro de lógica, y vencedor por la fuerza siempre creciente de su argumentacion y por la verdad de sus principios, quedó dueño del campo de batalla.

Pero, ¡cosa triste! despues de haber triunfado en la cámara de diputados, sucumbió en la cámara de pares, en la excelente y mal comprendida causa de la conversion, cuya adopcion hubiera hecho bajar los intereses, abierto á la industria y al comercio una nueva fuente de riquezas, dado impulso á la agricultura sacándola de su esterilidad y degradacion, y mejorado la suerte de los trabajadores y de los proletarios; y la misma cámara que rechazaba aquella grande y benéfica medida, aplaudió á Villèle cuando defraudó las elecciones, paralizó la prensa, y puso una mordaza á la libertad!

Como quiera que sea, podemos hoy decir que Villèle puso verdaderamente la mano en la llaga al promover la cuestion de

las rentas, y que se adelantó á su época, dando pruebas de ser mejor hacendista que Casimiro Périer, y tan bueno como Laffite.

Sabia él que la buena contabilidad de la hacienda exige unidad en el conjunto y exactitud en los pormenores, é introdujo en ella un órden admirable.

Dotado de un genio maravilloso para todos los negocios, trataba los grandes con la decision propia del hombre de estado, y los pequeños con la escrupulosidad de un oficinista. Los comprendia á primera vista con una sola lectura, y como jugando. No menos perspicaz que Thiers, pero sí menos ligero, no se entregaba como él á brillantes digresiones por el solo placer de hablar de todo y bien; circunscribíase á la cuestion, juzgaba el punto litigioso, pasaba de aquel á otro, y sin la menor fatiga y confusion solventaba los casos mas diversos, mas áridos y complicados.

De todos los jefes de gabinete que ha devorado el régimen de nuestras dos cartas, solo ha habido dos que han metido ruido, y que dejarán tal vez algun rastro en la historia: Casimiro Périer y Villèle. Ambos antipáticos el uno al otro por sus opiniones, por su temperamento y sus facultades; ambos sentados al principio en los bancos de la oposicion, y despues en los ministeriales; el uno imperioso y colérico; el otro cortés y reservado. El uno solo subia á la tribuna para refutar al otro cuando la dejaba. El uno solo se servia de la figura animada y expresiva del apóstrofe; el otro procedia por la via lógica del raciocinio, sin alterarse y sin tropezar. El uno llevaba la aspereza hasta la grosería; el otro llevaba la finura hasta la astucia.

Pero eran ambos de lo mas selecto, aunque con diversas cualidades. Ambos eran naturalmente hábiles en el arte de mandar á los hombres, y de hacerse obedecer por ellos. Ambos sabian conducir á sus respectivas mayorías, el uno con el miedo, el otro con la seduccion. Ambos, finalmente, aunque adversarios, se hallaban identificados en un punto muy importante, pues, á diferencia de los demás ministros, comprendieron la verdad del sistema representativo, y gobernaron el país dejando reinar á sus señores.

EL GENERAL FOY.

Al principio de la Restauracion el público no entendia mucho las importaciones de la carta inglesa de 1814, con la ficcion metafísica de su trinidad, su doble cámara, la vana responsabilidad de sus ministros y el mentido equilibrio de sus poderes. Los doctrinarios solo se agitaban en el santuario de su iglesia (1). El odio á los extranjeros, cuyo insoportable yugo pesaba sobre nuestro territorio, y el odio á la vieja aristocracia que ajaba cuanto podia en su amor propio á la clase media, y dañaba los nuevos intereses de la revolucion; estos eran los sentimientos mas generales que dominaban en la nacion.

El general Foy llegó á la cámara con el corazon lleno de estos dos odios; y cuando sus labios, la vez primera que subió á la tribuna, dieron salida á aquellas palabras: «Hay un eco en toda la Francia cuando se pronuncian aquí los nombres de honor y de patria,» el orgullo nacional se sintió conmovido, y corrieron lágrimas de los ojos de todos los guerreros veteranos del imperio; parecióles haber oido una especie de clamor de guerra contra el extranjero! Lo mismo que hizo célebres las canciones de Béranger y los folletos de Pablo Luis Courier, hizo célebres los discursos de Foy; los tres tuvieron un senti-

(1) Alusion al dicho, muy repetido entonces, de que todos los doctrinarios, esto es, Royer-Collard, Guizot y un tercero, cabian perfectamente en un canapé. Dichos señores estaban á la sazón *de monos*, como suele decirse vulgarmente, con la Restauracion, sin desear por eso con mucho ardor la revolucion.—Nota comunicada por el autor.

miento exquisito, una rara y viva inteligencia del espíritu y necesidades de su época; los tres supieron hablar al pueblo el lenguaje del momento; porque el pueblo, según los tiempos, tiene para su uso más de un lenguaje.

Las nuevas generaciones se habían levantado sobre las ruinas de la ociosa nobleza por medio del trabajo agrícola, industrial, científico y militar. Por eso, cuando el general Foy azotaba con sus sarcasmos á los cortesanos y á los emigrados, toda la Francia aplaudía; porque Foy, lo mismo que Béranger y que Pablo Luis Courier, supo herir la fibra nacional que más vibraba entonces. Ella y su palabra eran unísonas.

Después de tantos oradores abogados, vaciados casi todos en el molde de un mismo estilo, tenía por fin la tribuna su orador militar. El brillo y fama de esta novedad, la curiosidad que naturalmente excitaba, y el prestigio de la virtud militar tan poderoso para los franceses, y que tanto influye en ellos sin saberlo, hacían al general Foy caro á la oposición, sin que por eso desagradase al partido de la emigración, á pesar de los ataques que le dirigía.

No era menester más para que el general Foy se viese rodeado, desde su aparición en la escena parlamentaria, de ese esplendoroso renombre que le acompañó hasta la tumba. Pero la posteridad no confirmará el juicio harto precipitado de sus contemporáneos. El águila de la tribuna bajo la Restauración fué Serre; Foy fué muy inferior á él. Y en efecto, ¿qué es un orador que no improvisa?

Los discursos del general Foy no pueden compararse en la energía del pensamiento, en lo que se llama imaginación de estilo, en el encadenamiento de los raciocinios, en vehemencia, en profundidad ni en sutileza, con los de Royer-Collard y Benjamin Constant. Pecan por los estudiados adornos de una falsa retórica, y no son sino meras ampliaciones de escolar en comparación de las famosas arengas de Grecia y de Roma. Además, esos discursos no salen de la reducida esfera de un constitucionalismo bastardo; podrá decirse que son tan liberales como su época, pero ciertamente no la aventajaron; véase en ellos el derecho de

masiadamente postergado al hecho; adhiérense fuertemente á la superficie de las cosas, á los casos presentes, á los casos acaecidos, pero no atienden bastante al porvenir; no aparecen suficientemente penetrados de lo que son y lo que valen las ficciones de esa representacion absurda, cuya existencia parecerá algun dia á la posteridad cosa de todo punto increíble, esas ficciones que cojean y se dislocan á cada paso, que no resisten á la prueba de la lógica, ni á la de los negocios. Los discursos de Foy se muestran heridos de esa incurable impotencia que entorpece á todos los oradores en nuestras legislaturas de monopolio; no hay en ellos genio.

¶ Pero la profundidad del concepto, lo atrevido de la teoría, lo cierto de los principios, lo bello de la forma, lo razonado del discurso, solo agradan á un corto número de inteligentes. El general Foy daba á sus oraciones esa especie de brillo mezclado de verdadero y falso, que deslumbra al vulgo de las asambleas. Hasta los hombres de talento, al ver pasar el tropel, arrebatados por sus mismas emociones, suelen mezclarse en él maquinalmente, haciendo cortejo al triunfador; pero, pasado aquel torbellino, llega la serena crítica, y dando su verdadero nombre al oro y al oropel, restablece tambien en su verdadero lugar á los hombres y á las cosas.

¶ ¡Quién lo creyera! los discursos del general Foy fueron impresos en vitela, con canto dorado, en número de diez mil ejemplares, y sus panegiristas los ensalzaron al par de las arengas de Ciceron y de Demóstenes; mas aun, á fuerza de suscripciones, y con dinero á montones, se le erigió un cenotafio de mármol, cual se pudiera haber erigido al mismo dios de la elocuencia; y hoy apenas darian sus mismos amigos para poner en su huesa una cruz de palo!

¶ Reunia el general Foy al exterior completo, al continente y á la accion del orador, una memoria prodigiosa, una voz sonora, ojos en que centelleaba el genio, y movimientos de cabeza caballerescos. Su frente protuberante y erguida con nobleza se encendia con el entusiasmo, y se arrugaba con la cólera. Sacudia el mármol de la tribuna, y habia en él algo de la sibila inspirada sobre su tripode; reluchaba en sus argumentaciones

con cierta especie de heroicidad, y echaba espumarajos por la boca sin contorsiones, y casi con gracia. Solia á veces alzarse repentinamente de su banco, y escalar la tribuna cual si marchase á la victoria; y lanzaba desde allí sus palabras con desenfado, como lanzaba Condé su baston de mando por encima de los reductos del enemigo.

El general Foy no improvisaba sus grandes discursos; porque pasados los cuarenta años, tan difícil es aprender el arte de la improvisacion como la natacion, la equitacion ó la música. La tribuna tiene, por decirlo así, su teclado como el piano. La lengua francesa, sobre todo, tan correcta, tan recargada de incisos, tan cortada con hablativos, tan reservada, tan afectada y gazmoña, necesita manejarse y ejercitarse desde temprana edad; por eso solo pueden hablarla sin preparacion los abogados y profesores, ó los parlanchines de tertulia, que aunque parecen hombres son en la lengua mujeres. Para suplir la insuficiencia de su educacion oratoria, el general Foy meditaba prolijamente sus arengas. Formulaba, distribuia en su vasta memoria su conjunto y sus proporciones; disponia sus exordios, clasificaba los hechos, planteaba sus tésis, y bosquejaba sus peroraciones. Con esta preparacion preliminar subia á la tribuna, y entonces dueño ya de su asunto, fecundado por el estudio y por la inspiracion, abandonábase á la corriente de sus ideas. Hervia su cabeza, inflamábase su discurso, se condensaba, crecia, y tomaba por fin completa forma y color. Sabia lo que iba á decir, mas no cómo iba á expresarlo; veia el objeto, mas no sabia por qué caminos llegaria á él; tenia las manos llenas de argumentos, de imágenes, de flores, y á medida que se le iban presentando íbalos excogiendo y entrelazando, para tejer el ramo de su elocuencia. No se advertia en esta la frialdad de la lectura, ni la monótona salmodia de la recitacion. Era aquel un procedimiento mixto, por medio del cual el orador, solitario é iluminado á un mismo tiempo, improvisador y escritor, se encadena á sí mismo sin sujetarse, olvida y recuerda, rompe el hilo de la oracion y lo anuda, para volver á romperlo y á anudarlo sin extraviarse jamás; mezcla las ocurrencias, los incidentes, lo pronto y pintoresco

de la inspiracion con la reflexion, el enlace y el pensamiento, y saca sus recursos y su poder, así de lo estudiado como de lo imprevisto, así de la precision rigurosa del arte como de las gracias de la naturaleza. No á todos fué dado ser orador de este modo, porque para ello se han menester memoria é invencion, originalidad y gusto, abandono y estudio: cualidades que por lo general se excluyen mútuamente.

El método del general Foy, que tal vez á él solo cuadraba, no carece de ventajas. Primeramente, las asambleas agradecen el trabajo que el orador se toma en su obsequio; en segundo lugar, como los limites del discurso están señalados de antemano, el orador no se pierde en el espacio sin fin de las divagaciones improvisadas. Lo contrario equivale á presentarse en pantuflas y chaqueta ante el colegio electoral, y á ir ensartando palabras unas tras otras hasta que ocurra alguna idea, como si los oyentes solo estuvieran reunidos para esperar á un orador cualquiera!

Hay en efecto oradores que se visten, por decirlo así, en la tribuna, que llegan á ella con abandono y negligencia, con ropa suelta y flotante, y despues empiezan á arreglarse y acicalarse, y vanse poco á poco disponiendo y calentando, y por fin se lanzan á escape tendido, y bufando, jadeando, lanzando fuego por los ojos, atraviesan en su impetuosa carrera lugares floridos ó desiertos, asperezas y llanuras, hasta que por fin dan consigo en tierra reventados y con un palmo de lengua fuera, apretándose con los puños los ijares. Entonces es preciso quitarles la brida, y mojarles las sienes y la boca con una esponja; vuelven en blanco los ojos, y se desmayan; y cuando, despues de haberles aflojado las cinchas recobran el sentido, si se les pregunta qué camino han llevado, lo mismo lo saben ellos, lector amigo, que tú y yo.

Las frases del general Foy que mas eco dejaron no eran sino palabras guardadas y preparadas, para encajarlas á la primera ocasion.

¡Con cuánto arte sabia sacar á plaza una situacion calculada, un efecto dramático, una figura sorprendente, un dicho afortunado! Con cuánta oportunidad, por ejemplo, supo inge-

rir en una discusion de presupuesto el retrato del mariscal Guvion Saint-Cyr, pintado de antemano, pero admirablemente pintado!

Pero si bien los grandes discursos del general Foy no carecen de defectos, á pesar de la perfecta exposicion del asunto, de la claridad de la elocucion y de la abundancia de los racionios; si bien se les puede tachar de ser demasiadamente acompasados, trabajados con exceso, y de oler un tanto á aceite, no puede en verdad decirse otro tanto de sus improvisaciones, que eran todas rápidas, y corrian, por decirlo así, á salto de liebre. ¡Qué naturalidad en ellas! ¡qué vívida y poderosa ironía! ¡qué réplicas tan admirablemente felices! Y adviértase que era lo mismo en todas ocasiones, á cada paso, en cada interrupcion, y que nunca empleó palabra que no fuese exacta y decisiva.

A los que le tachaban porque echaba de menos la escarapela tricolor:

«¡Ah! les dijo, no serian por cierto las sombras de Felipe-Augusto y de Enrique IV las que se indignarian en sus sepulcros, al ver las flores de lis de Bouvines y de Yvry en la bandera de Austerlitz.»

A los que le preguntaban: ¿Qué es la aristocracia?

«¿La aristocracia? contestó, voy á decíroslo. La aristocracia es la liga, la coalicion de los que quieren gastar sin producir, vivir sin trabajar, ocupar todos los destinos sin ser capaces de desempeñarlos, gozar de todos los honores sin haberlos merecido: ¡hé ahí la aristocracia!»

A los que clamaban porque se levantase la sesion:

«Que se levante, pedís, para no oír mas verdades! Haced bien, porque las verdades os hunden.»

A los agio-garduños (1) que le decian: Envíe V. á la bolsa las noticias extranjeras que sepa:

«No entiendo de juego de bolsa; yo solo juego á la alza del honor nacional!»

(1) *Loups-cerviers*; nombre dado por Dupin á los banqueros y agiotistas en uno de sus arranques parlamentarios.—Nota comunicada por el autor.

A los diputados que se lamentaban de que á la comision de censura se la habia dejado á media paga :

« Si eso es cierto, deseo por mi parte que se la trate como se trata hace dos años á los oficiales que están tambien á media paga, esto es, que no vuelva á echarse mano de ella para el servicio! »

A los ministros que defendian el lujo ridículo y las prebendas del ministerio de negocios extranjeros:

« Ya es tiempo de que nos hagan VV. conocer á sus diplomáticos que no han servido antes, ni despues, ni durante nuestra heroica revolucion; sepamos qué pensiones han concedido VV. á este para que escriba un libro, á aquél para que no lo escriba; veamos á esos médicos que nunca tienen enfermos que curar, á esos historiógrafos que no tienen historia que escribir, á esos paisistas que no tienen mas paisajes que pintar que el jardin del palacio de Wagram. »

A los ministros que se negaban á pagar sus pensiones á los condecorados con la legion de honor:

« Cuando celebren VV. su espléndido festin por la indemnidad (1), dejen caer de la mesa, sí, de su mesa, algunas migajas de pan para los pobres soldados veteranos y mutilados. »

A los mismos, cuando se guarecian con el nombre del príncipe :

« No cubran VV. con el manto real sus andrajos ministeriales. »

Hablando indirectamente de Serre, liberal apóstata:

« Hay en política posiciones tan sumamente degradadas que no tienen valor á los ojos de ningun partido. »

Y aludiendo directamente á Serre, como guarda-sellos:

« La única venganza, el único castigo que yo le impongo, es que al salir de este recinto dirija una mirada á las estátuas de Agnesseau y l'Hôpital (2)! »

Esta apóstrofe oratoria es de la mayor belleza.

(1) Hace referencia á la famosa indemnidad de millones, en favor de los emigrados, que el ministerio Villèle hizo aprobar por las cámaras.—N. del T.

(2) Dichas estátuas se hallan en efecto colocadas en la parte baja del peristilo de la cámara de diputados.

Época de grande ardimiento, comparada con la nuestra, y que no volverá á repetirse, fué la de aquella oposicion de quince años! Los carbonarios no habian aun desertado de sus conciliábulos y de sus lógias subterráneas para cebarse en las orgías del poder. ¿Los diputados de la izquierda no habian aun hecho traicion á su juramento, no habian prostituido indignamente á la democracia á vergonzosas concesiones, á honores infamantes y á miedos mujeriles (1)? Vivíase en la inocencia de las primeras ilusiones; teníase fe en la probidad de los hombres políticos; jamás le sucedía á uno palpar bajo la ropa de un colega una mano traidora ó una arma dispuesta á herirle. Entre todos los diputados de la oposicion no habia mas que una sola voz, y una sola alma, y un solo pensamiento. Todos vigilaban á cada cual, y cada cual á todos; hallábanse siempre en tren de guerra, con botas y espuelas, y siempre en la brecha, batidos por un lado, vencedores por otro, pero sin perder el ánimo jamás por su escaso número, y sin desconfiar de la libertad y del porvenir. Estaban sistemáticamente organizados, con sus jefes, sus centinelas avanzados, sus flanqueadores, su cuerpo de ejército, su plan de ataque y de defensa, su santo y seña. Tenia la Francia fijos en ellos los ojos y el corazon, y presenciaba sus combates, recibíéndolos con aplausos y palmas victoriosas. Preciso es repetirlo, honroso era entonces ser diputado; pero ¡cuánto mas todavía ser orador! mas en verdad que haber ganado batallas, porque se acababan de ganar á centenares, y los héroes pululaban en Francia. ¡Mas hoy dia es tan poca cosa ser diputado! y ser par es todavía menos, sí, mucho menos. Hemos visto á tanto titiritero pernear y brincar sobre el tablado de la representacion, que por mas que nuestros polichinelas se deshagan en ademanes, y se sacudan el polvo y hagan la mortecina, ya no pueden atraer al pueblo que, cansado de su mimica, los abandona para acudir á nuevos espectáculos.

El general Foy tomó su papel tan á pechos que no cesaba de estudiarlo de dia y de noche. Compulsaba asiduamente las me-

(1) Alusion general á las defecciones de la izquierda despues de la revolucion de julio. — N. del T.

morias y los informes, las ordenanzas, las leyes; dictaba, sacaba notas, analizaba su inmensa lectura, extraía la flor de cada asunto para elaborar en seguida su panal.

No se desdeñaba de internarse en el laberinto de las leyes de hacienda, con el hilo de la contabilidad en la mano. Hojeaba nuestro voluminoso presupuesto, recorría uno por uno todos sus capítulos, todos sus artículos, con toda la paciencia árida y minuciosa de un oficial de registro. Su sagacidad prodigiosa no pasaba nada por alto; tan atento á los pormenores de ejecución, como al espíritu de los reglamentos, investigaba el origen de los gastos, formaba las cuentas, comprobaba los guarismos, y descomponía todos los elementos de cada ramo. Intendencias, estados mayores, ingenieros, pagas, alistamientos, ranchos, acuartelamientos, pensiones, tropas, gendarmería, vestuarios, justicia militar, todo lo revisó, todo lo examinó, todo lo discutió. Enterábase de las leyes eclesiásticas, de las leyes civiles, de los mismos procedimientos. Ninguna de aquellas cuestiones tan árduas y heterogéneas, de empréstitos, rentas, amortización, aduanas, deuda consolidada, prensa, consejo de estado, instrucción pública, administración interior, negocios extranjeros, ninguna de ellas, repito, le era extraña. Era un hombre de hierro, uno de aquellos hombres de la escuela napoleónica que marchaban á la conquista de la libertad al mismo paso con que marcharon á la conquista del mundo, con la frente erguida, la mirada resuelta, sin temer los obstáculos y sin dudar de la victoria; de aquellos que sacrifican á su deber sus días, sus noches, su hacienda, su salud, su existencia que se agarran siempre como con grapas á la parte más dificultosa de cada negocio que nunca flaquean, y que viven y mueren por causa de su enérgica y firme voluntad!

Pero lo que principalmente descubre la gran capacidad del general Foy, es la lucha encarnizada y diaria que sostuvo para impedir el cambio de la ley electoral. De la ley electoral, sí porque en ella está sin disputa todo el gobierno, todo el estado, toda la constitución.

Y aun pudiera decirse que no hay para el país mas ley política que esta, ó si se quiere expresar la idea en otros tér-

minos, que en ella se contienen todas las demás leyes, puesto que es la ley matriz. La carta es la sociedad en estado de reposo. La ley electoral es la sociedad en acción, en estado militante. Dados los electores, conocido es el gobierno; con electores funcionarios, el gobierno será despótico; con electores propietarios de primera clase, el gobierno será oligárquico; con el sufragio universal, no podrá menos de ser democrático el gobierno.

El general Foy conocia por instinto que la ley electoral que exige propiedad, pone sin remedio el gobierno en manos de la gente de dinero, y mal de su grado estaba contribuyendo á que triunfase la innoble máxima de *cada cual en su casa y para sí, y todo para sí* (1). No sabemos por la historia que hayan llevado á cabo grandes cosas mas que el pueblo ó la aristocracia; la gente de dinero apenas se eleva á mas altura que sus hombros. Aunque le haya prestado servicios, mucho dudo que Foy se contentara con un régimen prosaico sin libertad y sin gloria.

Por lo demás, ¿en qué ha venido á parar tanta y tan bella charla legislativa sobre el voto sencillo y el doble voto? ¿Se ha visto por ventura en las asambleas de monopolio que la elocuencia, esa hija del cielo, haya jamás curado corazones corrompidos y fortalecido sesos menguados? ¿Por ventura gobernó la igualdad alguna vez el mundo? ¿No fué siempre el azar quien lo rigió? ¿Quién hubiera dicho, tres dias antes del 25 de julio, que un golpe de estado acabaria con la carta, y, tres dias despues, que una pedrada acabaria con la monarquía? La elocuencia, todo lo mas viene á ser como el tambor que da la señal de ataque, pero lo que decide la victoria son fusiles y cañones.

El corazon del general Foy era un corazon verdaderamente noble, un corazon donde rebotaban los grandes sentimientos del amor patrio y de la independendencia nacional, un corazon heróico amante de la gloria, pero no por él, no por la gloria misma, sino por su país; que así se le amaba en Austerlitz, así

(1) *Chacun chez soi et tout pour soi*; expresion de Dupin.—*N. del T.*

se le amaba en aquellos días tan puros de la república nacional.

El ejército, esa perla de nuestra corona nacional, jamás tuvo en las lides parlamentarias mas cumplido paladin. No es mucho en verdad que se escuche con respeto á esos hombres que al hablar de guerra pueden descubrir un pecho acribillado de heridas y un brazo lleno de cicatrices de balas enemigas!

Dícese que su vida privada era un verdadero dechado; una vida de soldado y de ciudadano, honrado, afectuoso en sus relaciones de familia, solícito con sus amigos, sencillo, estudioso, íntegro, natural, desinteresado y digno, como los grandes hombres de la antigüedad, de ser immortalizado por la pluma de un Plutarco.

Hay en los discursos del general Foy cierto atractivo, cierto velo de pudor, cierto perfume de virtud, y cierta gracia de corazón que hace amar al hombre en el orador. Cuando hablaba, se veía, y hasta se sentía que ponía en los labios el alma.

Yertos quedaron para siempre aquellos labios elocuentes! el fuego de la palabra consumió su vida! sí, porque la tribuna mata á los oradores que tienen conciencia. Huyen en ella la calma de los días y el reposo de las noches; vívese en ella una vida agitada y convulsiva; la acción de los órganos se suspende ó se precipita; el cabello blanquea, las manos se ponen temblorosas, el corazón se contrae, se dilata y se desgarrá.

Mal de mi grado, me veo en la precisión de tocar un punto de fisiología política que cien veces me he propuesto resolver.

Si Luis XVIII, después de su vuelta de Gante, hubiese ofrecido al general Foy el gobierno de una provincia, ¿lo hubiera este rehusado? Y si lo admitiera ¿en qué pararía toda aquella tormenta de elocuencia? Tal vez en puro viento! Cuántos liberales de esa especie, y aun mas ardientes todavía, no hemos visto en las cámaras de 1816, y fuera de ellas, que solo lo eran por casualidad; cuántos que fueron creados nobles por Napoleón, porque padecían el necio sonrojo de llevar en la frente la marca del pecado original de plebeyos; cuántos convertidos en

magistrados justicieros porque les habian quitado de su asiento los cojines flordelisados (1), y en generales porque hasta entonces no habian logrado mando alguno en el ejército, y en empleados del guardaropa porque se les habia despojado del grato privilegio de presentar la camisa limpia al monarca á la hora del tocador! La necesidad de agradar al amo fué siempre en Francia la dolencia endémica de los hombres mas honrados. Casi todos los amigos del general Foy, casi todos aquellos diputados por cuyas caras doloridas y marchitas parecen correr lágrimas en los bajo-relieves de su mausoleo, desertaron luego de la santa causa de la libertad que formó algun dia su gloria y nuestra esperanza! Todos aquellos Escévolas, aquellos Cincinatos, aquellos Brutos de la oposicion, exceptuando dos ó tres, se precipitaron á pecho descubierto en la servidumbre de un nuevo reinado. ¿Hubiera el general Foy abrazado como ellos las aras de ese nuevo ídolo? Habria quemado en ellas su porcion de incienso? Pésame decirlo, pero así lo creo; ningun orador de la izquierda hizo, bajo la Restauracion, mas profesiones de fe dinástica que el general Foy. Siempre que la ocasion se presentaba dirigia á la familia de los Borbones tales cumplimientos, protestas tan expresivas y la hacia agasajos y caricias tan tiernas y fervorosas, que algunos han llegado á dudar de que en 1830 se hubiese alistado en las filas del pueblo. ¿Qué explicacion hubiera dado, cuando llegara el caso, de aquellas palabras: «El que quiera mas que la carta, menos que la carta, ú otra cosa distinta de la carta, falta á sus juramentos?» Es claro: hubiera hecho lo que todos los demás hicieron! El reparo de quebrantar un juramento no le hubiera detenido, aun que decia que la fidelidad á la patria es el supremo juramento. Venga, pues, el gobierno que quiera, siempre puede uno permanecer fiel á la patria de ese modo.

Pero aun hay otras razones mas decisivas:

El general Foy era uno de los mas íntimos banderizos de Orleans. En la cámara de 1825 se dió á conocer como fautor y sostenedor de dotaciones. De buena gana hubiera él destrui-

(1) Los magistrados se sentaban en cojines flordelisados; emblema de la monarquía de Carlos X.—N. del T.

do los blasones históricos de la antigua nobleza, porque no pertenecía á ella; pero quizás se hubiera manifestado menos inexorable para esotra nobleza de nuevo cuño que con su ropa dominguera no sabe hoy dejar los salones de las Tullerías. Inclinábase á la pairía hereditaria, lo mismo que Casimiro Périer y casi todos los de la oposicion de los quince años. Como hombre de accion y de arrojo, se hubiera lanzado á la nueva corriente de 1830; pero habria dejado al pueblo en la orilla, y él se hubiera embarcado en la dorada nave que conducia la fortuna de otra dinastía. Para oponerse no fuera bastante tener un corazon noble, ni ser elocuente; seria preciso tener principios, y el general Foy carecia de ellos. Los mayores oradores del monopolio no suelen ser sino unos pobres hombres en política; visten con teatral atavío la púrpura de los baratillos constitucionales; repiten á son de trompa las palabras retumbantes de igualdad, libertad, patria, independenciam, economía y virtud; saben dónde deben colocar poco mas ó menos sus figuras retóricas, el apóstrofe, la metáfora, la prosopopeya; abren un palmo de boca para sacar una aprobacion unánime de esas aclamaciones oficiales y de cajon, prodigadas por turno á Luis XVI, á la Convencion, al Directorio, al Consulado, al Imperio, á la Restauracion, á todo lo demás; les enseñarán á VV. cómo hay que arreglarse para dorar las usurpaciones cometidas por la violencia y la astucia sobre los derechos de la nacion; pero de la primordialidad de estos derechos, de su soberanía, de su universalidad, de su imprescriptibilidad, de su inviolabilidad, de su carácter, de su extension, de su comunicacion, de su ejercicio y de sus garantías, no saben una jota. Esto no se aprende en las escuelas de retórica ni en las cámaras de privilegio; el libro del pueblo no ha estado nunca abierto ante sus ojos.

¡Cuántas veces le pesó á Napoleon la vida que pudo perder con brillo un dia! ¡Ah! cuánto envidiaba en la roca de Santa Elena la suerte del primer soldado muerto de un balazo en Waterloo! La fortuna, por el contrario, hundiendo al general Foy en la tumba en el apogeo de sus triunfos oratorios, no quiso defraudar á este en un ápice de su puro y claro renom-

bre. Si hubiera continuado viviendo, le viéramos hoy trocado en cortesano de Luis Felipe, ministro de la guerra, mariscal de Francia, condestable tal vez.

¡Bien hizo en morirse!



MARTIGNAC.

Perdió la tribuna este brillante orador, que solo por los últimos restos de su vida pertenece á la revolucion de julio.

Martignac fué ministro, diputado, y hombre de letras.

Como ministro, prestó á la libertad servicios de que le está agradecida, y preparó mas de lo que generalmente se cree, aunque sin saberlo y sin quererlo, la rápida y sorprendente revolucion de julio.

Corbière, al dejar el ministerio, dejó la libertad de la prensa encadenada, y las elecciones entregadas á la corrupcion. Martignac, sustituyendo á las inscripciones de oficio la comprobacion pública, reanimó la energía de los ciudadanos, y desterró los fraudes prefectoriales (1). Aboliendo la censura facultativa, restituyó la plenitud de su accion á la libertad de la prensa, y quitó á Polignac todo poder para entorpecerla. En efecto, purificadas las elecciones, se formó en la cámara una mayoría de diputados verdaderos repúblicos, esta mayoría sostuvo con sus atribuciones legislativas la libertad de la prensa, y la libertad de la prensa desconcertó la loca usurpacion de Polignac. Estas tres censecuencias van de por sí encadenadas, y

(1) Alusion á las leyes anteriores, llenas de fraudes y abusos, en cuya virtud la formacion de las listas electorales quedaba al arbitrio y capricho de los prefectos de los departamentos.—N. del T.

bajo este aspecto no erramos en decir que Martignac hizo un servicio inmenso á su nacion.

Compárese ahora el ministerio Martignac con el ministerio doctrinario (1). Aquel, partiendo del despotismo, caminaba, aunque á paso lento, hácia la libertad; este, partiendo de la libertad, corria precipitadamente hácia la corrupcion. El uno era ilustrado, insinuante, afectuoso en sus maneras, cortés en su lenguaje, conciliador en sus transacciones; el otro duro, altanero, atrabiliario, despreciador, imperioso. Martignac no hubiera ciertamente asalariado en las elecciones á viles folletistas para insultar la probidad é independencia de los candidatos de la oposicion. No hubiera disuelto la guardia nacional para castigarla por su patriotismo y moderacion; no hubiera, con la violencia de sus medidas excepcionales, declarado á consejos enteros fuera de la ley; no hubiera ultrajado con falsas denegaciones á municipalidades libres; no hubiera destituido brutalmente á diputados funcionarios (2); no hubiera sido capaz de mostrarse en su banco hecho un energúmeno revolviendo los ojos encarnizados, amenazando con el puño á sus antiguos amigos, y tratando á sus cólegas como á sus lacayos (3). No hubiera finalmente arrojado la nacionalidad de los pueblos bajo la cimitarra de la Santa Alianza, ni hecho atesorar en todos los corazones el rencor y el sentimiento de venganza contra los crimenes de su apostasía.

Puestos en paralelo uno y otro ministerio, resulta que el de Martignac fué de progreso, y el de los doctrinarios un ministerio retrógrado. El uno hizo revivir la opinion; el otro la sofocó. El uno emancipó al jurado y á la prensa; el otro las cargó de cadenas. El uno mitigó las penalidades corporales y pecuniarias de la legislacion; el otro inventó las torturas de San Miguel (4), y restableció la confiscacion con el

(1) Entiéndase del ministerio doctrinario de 21 de mayo, presidido por Périer.—*N. del T.*

(2) Alusion á la destitucion de Odilon Barrot y otros, como consejeros de estado.—*Nota comunicada por el autor.*

(3) Alusion á la vehemencia apasionada y enfermiza de Casimiro Périer en los últimos meses de su vida.—*Id.*

(4) Fortaleza situada cerca del mar en la baja Normandía, donde eran custodiados los reos de delitos políticos.—*N. del T.*

exceso de las multas. Purificó el uno las elecciones; las corrompió el otro. Expulsó el uno á los serviles de la cámara; el otro los repuso en ella. Con el uno se abrian todos los corazones á la esperanza; el otro con sus discursos, sus actos y sus leyes, ha colmado de dolor y de indignacion el alma de todos los buenos ciudadanos. Consolábanos aquel de lo perdido con la Restauracion; este nos hará maldecir de lo ganado en julio.

Considerado como orador, Martignac debe ocupar un lugar aparte en la galería parlamentaria. Cautivaba la atencion, mas bien que la dominaba: con qué arte sabia respetar la puntillosa vanidad de nuestras cámaras francesas! con qué ingeniosa flexibilidad penetraba en todos los rodeos de una cuestion! qué fluidez de diccion la suya! ¡qué mágia! que decorol ¡qué oportunidad!

La exposicion de los hechos tenia en su boca una claridad admirable. Analizaba los medios de sus adversarios con una fidelidad y un tino de expresion que hacian asomarse á los labios de estos la sonrisa de amor propio satisfecho. Mientras su animada mirada recorria la asamblea, modulaba en todos los tonos su voz de sirena, y su elocuencia tenia la dulzura y la armonía de una lira; y si, á tantas seducciones, si, á la galana energía de su elocucion, hubiese unido las formas vivas del apóstrofe y la vigorosa precision de las deducciones lógicas, hubiera sido el primero de nuestros oradores, hubiera sido la perfeccion misma.

Como literato, Martignac tenia aquella elegancia natural y aquel aticismo que faltan á casi todos nuestros oradores de la tribuna y del foro; pero carecia de aquella riqueza de imaginacion, de aquellos magníficos efectos de estilo, de aquella sábia composicion de artista, de aquellos pensamientos robustos ó sublimes, y de aquellas delicadezas de gusto que constituyen los diferentes géneros de nuestros grandes escritores.

Como hombre privado, la defensa espontánea, generosa, desinteresada de Polignac, su antagonista y su sucesor, honra mucho el carácter inofensivo y noble de Martignac. Las meditaciones de su defensa y las mil dramáticas peripecias de aquel

proceso (1) acabaron de destruir su salud ya muy quebrantada.

Era hombre de ameno y gracísimo trato, lleno de chispa, ardiente para los placeres, laborioso segun las ocasiones, y de una inteligencia superior en los negocios.

Tal fué, sin odio como sin lisonja, Martignac.

(1) El de los ministros de Carlos X, responsables de los decretos de julio.—
N. del T.

BENJAMIN CONSTANT.

Benjamin Constant fué el orador y el publicista de la escuela inglesa; marchita importacion de ultramar que nunca se aclimatará en Francia; trinidad incomprensible de personas desiguales por su poder, diversas por su origen, contrarias por su voluntad; constitucion singular donde se pretende hallar el elemento en la amalgama, la armonía en el antagonismo, la verdad en la ficcion, el movimiento en la resistencia y la vida en la muerte; division sistemática en gerarquías, en castas, en monopolios, en privilegios, de una sociedad que tiende sin cesar á la aglomeracion y á la unidad; obra antifrancesa y contraria á la naturaleza, que rechazan nuestros temperamentos, nuestras costumbres, nuestra lógica y nuestra igualdad, que pone cadenas en los piés del gobierno en vez de darle alas, que no le comunica fuerza por dentro, ni grandeza por fuera, y que parece eternamente condenada á perecer en las tempestades de la democracia, ó bajo el herrado tacon de algun soldado feliz.

Pero tal vez, despues de la accion enervante del despotismo sobre los corazones y sobre las inteligencias, la nacion débil y enfermiza no tenia fuerzas para soportar mas que un régimen de transicion; acaso la hubieran matado remedios demasiado heróicos.

Benjamin Constant era maravillosamente apto para hacer salir de aquel régimen mixto toda la justicia y libertad que al pa-

recer encerraba; hasta exageró las consecuencias de la carta de 1814, y tuvo bastante imaginación para descubrir en ella elementos de libertad, donde era mas claro que la luz que ni habia ni se habia querido que hubiese mas que elementos de poder.

Arrastrado, sin saberlo él mismo, por el espíritu de nuestra nación, explicaba por la regla de la igualdad esas instituciones inglesas que solo se inventaron en beneficio de la aristocracia. Esto es lo que se llama ingertar ficción sobre ficción, pero ¿qué importa de dónde viene el bien, con tal que se haga? Benjamin Constant puso en movimiento á la nación; enseñóla, antes de obrar, á pensar; formó la educación política de la clase media, no pudiendo formar la de las masas.

Benjamin Constant no tenia la facilidad de Manuel, la profundidad de Royer-Collard, la vehemencia de Casimiro Périer, la brillantez de Foy, la armonía de Lainé, las galas de Martignac, ni la robustez de Serre, pero fué el mas ingenioso y fecundo de los oradores de la izquierda.

Era de complexion ténue y delicada, cargado de espaldas, tenia las piernas muy delgadas y los brazos largos; su rubia y riza cabellera le caia sobre los hombros, y rodeaba con gracia su rostro expresivo. La lengua se le trababa entre los dientes, y le hacia hablar á lo mujer, con acento sibilante y un tanto tartajoso. Cuando recitaba, dejaba arrastrar su voz con monotonía; cuando improvisaba, se apoyaba con ambas manos en el mármol de la tribuna, y precipitaba el flujo de sus palabras. La naturaleza le habia rehusado todas esas dotes exteriores de la presencia, el ademan y el órgano de que tan pródiga ha sido con Berryer, pero las suplía á fuerza de ingenio y de trabajo.

Soldado infatigable de la prensa y de la tribuna, y armado de su espada de dos filos, ni un solo instante abandonó Benjamin Constant la brecha durante la guerra de los quince años. Apenas dejaba de hablar, escribia; y apenas cesaba de escribir, hablaba: sus artículos, sus cartas, sus folletos y sus discursos, compondrian mas de doce volúmenes.

Entonces, un diputado sumergido en la meditacion de las le-

yes, abismado en los presupuestos, consagraba sus dias y sus noches á los trabajos parlamentarios. En el dia la vida política no es mas que un accidente, un pasatiempo, una distraccion, si no es una gravosa carga.

Entonces, los grandes temas de la libertad religiosa, de la libertad de imprenta, de la libertad individual y de la libertad de las elecciones tenian el atractivo de la novedad: teniase fe en los apóstoles del culto político; las gentes se apiñaban con ansia en derredor de su púlpito; se recogian devotamente sus oráculos, se prorumpia en palmadas, se inclinaban las frentes delante de ellos á su entrada y salida de la cámara. En el dia, esos predicadores sin ovejas, predicarian en el desierto. Religion constitucional, ceremonias, sermones, oyentes, creencia, nada de esto existe ya; pero todo esto ha existido.

Con los discursos escritos de Foy, de Bignon, de Benjamin Constant, de Laffitte, de Dupont (de l'Eure), de Royer-Collard sobre todo, se formó la educacion de la Francia liberal: tal discurso escrito, que dentro produce poco efecto entre los diputados, produce mucho fuera en el público. Si estos discursos ejercen menos accion sobre la formacion de las leyes, tienen mas influjo en la de la opinion, y en suma ¿no es la opinion la que sanciona las leyes? ¿No vale mas tener millones de lectores que algunos centenares de oyentes? Pero en este punto ya hemos discurrido un medio cómodo y sencillísimo de decidir la cuestion tan controvertida de la superioridad relativa de la escritura y de la palabra: no leemos á los que discurren, ni escuchamos á los que improvisan.

Jamás orador ninguno manejó con mas habilidad que Benjamin Constant la lengua política. ¿De dónde proviene que aun hoy se podrian leer sin fatiga sus mas largos discursos? de que hay en ellos lo que hace vivir las producciones; hay estilo, un estilo lleno de seduccion. La mayor parte son unos dechados de viva y nerviosa dialéctica, á los cuales nada se ha parecido despues, y que hacen las delicias de los inteligentes. ¡Qué riqueza! ¡qué abundancia! ¡qué flexibilidad de tono! ¡qué variedad de temas! ¡qué suavidad de lenguaje! ¡qué arte tan maravilloso en la disposicion y rigurosa deduccion de los

raciocinios! ¡qué trama tan sutilmente tejida! ¡cómo se funden y armonizan en ella todos los colores! Del mismo modo bajo una piel trasparente y tersa se ve circular la sangre, azulear las venas, y aparecer ligeramente los músculos.

Acaso estos discursos están demasiado acabados, tienen demasiados perfiles, son demasiado ingeniosos para la tribuna. Cuando no se comprende en seguida lo que se lee, queda el recurso de volverlo á leer; cuando no se comprende en seguida lo que se escucha, no queda el recurso de hacerlo repetir. Las repeticiones son insoportables en la lectura, y necesarias en la tribuna, así como en el teatro solo los *ritornelos* se apoderan completamente del oído de los espectadores. Los oradores son como aquellas estatuas elevadas sobre un pórtico, que deben estar algo groseramente labradas para producir efecto desde lejos. Las cámaras no se parecen á los salones de la alta aristocracia; las flores del lenguaje son casi siempre para ellas flores sin perfume ni color: las antítesis se les escapan, y las argumentaciones demasiado vigorosamente enlazadas las causan: es preciso, para hacerse entender de ellas, repetirles la misma cosa tres ó cuatro veces seguidas: es preciso, para contentarlas, herir recio mas bien que herir con tino, y hablar á sus pasiones mas bien que á su inteligencia.

Menos que á Manuel, la derecha detestaba á Benjamin Constant, y la razón de esto es que, en las asambleas francesas, cualesquiera que sean, siempre hay cierta predilección por los hombres de talento. De nadie como de ellas puede decirse con el poeta (1):

Ya me he reido; desarmado estoy.

La preocupación de partido resiste á la elocuencia, á los hechos, á la lógica y aun al entusiasmo, pero no resiste á la risa.

Y no porque estuviesen muy á sus anchas en las primeras cámaras de la Restauración los oradores de la izquierda: la tribuna de aquellos tiempos era mas personal, mas acre, mas

(1) Lafontaine.—N. del T.

desvergonzada que la nuestra, por mucho que la echaran de personajes aquellos diputados de la mayoría.

Suscitábase una risa burlona si algunos diputados de la izquierda tenían la ocurrencia de calificar de *honorable* al general Lafayette. Nadie se andaba en miramientos para decir á los de la oposicion: «¡Sois facciosos!—¡Que se le quite la palabra!—¡Eso es una calumnia!—¡Rebeldel! ¡insurgente! ¡incendiario! ¡sedicioso!»

Veamos ahora otras amabilidades parlamentarias de aquella época: «¡Vámonos! ¡no le escuchemos!—¡Eso es predicar la anarquía!—¡Funesto colega!—¡V. deshonor la cámara! ¡no vale V. la pena de que se le escuche!—¡Es V. un infame (1)!»

Benjamin Constant replicaba con energía, y era preciso que el torrente amenazase del todo sumergirle para que se hiciese un poco á un lado y dejase pasar la avenida.

Flexible luchador, se replegaba de cien maneras con una elasticidad de cintura increíble, y nunca se confesaba vencido.

Siempre era dueño de su expresion como de su pensamiento. Si la derecha se sentia herida de alguna palabra un poco viva, sabia él hallar, sin romper el hilo de su discurso, el equivalente de aquella palabra, y si el equivalente ofendia tambien, le sustituia un tercer *circumcirca*. Aquella presencia de ánimo, aquel profundo conocimiento de los recursos de la lengua, aquella maravillosa degradacion de sinónimos atenuados, sorprendian agradablemente á sus mismos adversarios. Así por ejemplo, decia: «Quiero evitar á la corona» (murmullos); muda: «Al monarca» (murmullos tambien), y prosigue: «Al rey constitucional» (ya no hay murmullos).

Benjamin Constant era mucho mas cáustico que Manuel; pero empapaba en miel su aguijon, antes de clavarle. Todo lo decia, porque tenia el arte de decirlo todo.

Además, aunque muy liberal y muy de la oposicion, Benjamin Constant era de noble estirpe, y aquellas cámaras de nobles tenían en mucho la calidad de los sujetos.

¿Debo acaso añadir que estaba dotado en el mas alto punto

(1) Expresiones verídicas, consignadas por la historia, y sacadas textualmente del *Monitor oficial*.—Nota comunicada por el autor.

de aquella facultad de apropiacion que distingue á los literatos, y que es la facultad de las imaginaciones penetrantes y móviles? Apenas estas especies de ingenios se espejan en un asunto, se reflejan con visos de semejanza tales que llegan á engañar al vulgo. Solo tienen la superficie de la ciencia; suelen no poseer mas que su nomenclatura, y parece que poseen la sustancia y el fondo.

Todos sus discursos abundaban en expresiones vivas, ingeniosas y delicadas. En estos términos caracterizaba á la prensa:

«La prensa es la tribuna agrandada. La palabra es el vehículo de la inteligencia, y la inteligencia es la señora del mundo material.»

Así definía á la censura: «La censura es la calumnia en monopolio, ejercida por la bajeza en beneficio del poder.»

Hablando de los ministros decia: «Tan imposible es, en todo lo tocante á la arbitrariedad, calumniarlos como enternecerlos.»

Como afectase la derecha lamentarse de que se acabaria por no poder hallar empleados: «No temais, decia Benjamin Constant, desanimar á los aspirantes al poder; su valor es inagotable. Cuando vaca una prefectura, echan las gentes á huir para no verse condenadas á admitirla.»

Hablando de los diputados que defendian verbosamente destinos lucrativos é inútiles, decia: «Ni de dinero ni de palabras tienen economía.»

Todo esto tiene gracia, pero es mas propio del escritor que del orador.

Hé aquí una brillante imprecacion contra la lotería que dará una idea de las buenas y malas cualidades de su estilo.

«Si existiera, señores, en vuestras plazas públicas ó en algun oscuro escondrijo, un juego que acarrease infaliblemente la ruina de los jugadores; si el director de esta ilícita y falaz empresa os confesase que juega á golpe hecho, es decir, en oposicion con las leyes de la mas vulgar probidad; que para asegurar el logro de su indigna especulacion tiende celadas á la clase mas fácil de engañar y de corromper; si os dijera que

rodea al pobre de seducciones, que impulsa al inocente á los actos mas culpables, que recurre para obcecar á su presa á la impostura y á las mentiras, que sus mentiras é imposturas se cacarean públicamente por las calles, que sus absurdas é ilusorias promesas resuenan en los oídos de la credulidad y de la ignorancia, que ha organizado medios de clandestinidad y de tinieblas, á fin de que sus víctimas se precipiten al abismo *sin* que la razon pueda ilustrarlás, ni el temor del vituperio contenerlas, ni los clamores de los suyos preservarlas de la tentacion; si añadiese que para responder á sus pérdidas invitaciones, sin cesar renovadas, el criado roba á su amo, el marido despoja á su mujer, el padre á sus hijos, y que él, sentado tranquilamente en una caverna privilegiada, juntamente instigador, encubridor y cómplice, tiende la mano para recoger los productos del robo y los miserables óbolos arrancados á la subsistencia de las familias; si concluyese reconociendo que, todos los años, los desórdenes que ha provocado arrastran á sus víctimas de la miseria al crimen, y del crimen al presidio, al suicidio ó al cadalso ¿qué sentimientos experimentariais?»

Cuando Benjamin Constant se veía acosado por los interruptores, de cualquier cosa se hacia un arma, y tenia las ocurrencias mas felices y espontáneas. De todo sacaba partido, de una carta, de un hecho, de la menor circunstancia, de una analogía histórica, de una declaracion, de una exclamacion, de una palabra: como un buitre que acecha su presa, abiertas las garras, bastábale cerrarlas para asirla. Con el codo apoyado en la extremidad de su banco, el oído alerta, tendido el cuello, con la pluma en la mano, devoraba el debate, la tribuna y el orador.

Tenia una atencion tan absorbente y una facilidad tan grande de composicion, que, escuchando el discurso de un adversario, escribía de corrido su refutacion é inmediatamente subía á leerla en la tribuna. Método, orden, argumentacion, estilo, nada le faltaba, tan poderosamente sabia aislarse y abstraerse en medio del ruido, de la muchedumbre y de sus propias sensaciones!

Pero, fuerza es decirlo, todas esas delicadezas de estilo, esa exquisita elegancia, ese arte de las sinonimias llevado al extremo, quitan á la recitacion parlamentaria su vigor, su flexibilidad natural y hasta su gracia; es menester evitar que la tribuna recuerde demasiado la Academia, y que un orador no sea mas que un artista. A cada lugar su género, á cada personaje su carácter.

Hay dos clases de dialéctica, una penetrante y sutil, otra nervuda y rígida: una que resiste por el peso de los racionios, otra que se abre paso á favor de la aguda punta de sus tiros: una que va en línea recta á buscar la cuestion en la cuestion, y otra que gira en torno suyo, y penetra en ella por las junturas y los respiraderos: Benjamin Constant tenia esta última clase de dialéctica.

Hay dos clases de elocuencia: una que sale del fondo del alma como de un manantial, que arrastra su raudal con abundancia, que impele delante de sí, que abruma con su propia mole, y acosa y derriba y se traga á sus adversarios; otra que multiplica sus hilos en derredor de ellos, les atrae á sus redes, les fascina con la mirada, les enlaza, les coge como con liga, les retiene, y les mata á mordiscos. Benjamin Constant tenia esta última clase de elocuencia.

Deslumbraba mas que inflamaba; era mas diestro que vehementemente, mas persuasivo que convincente, mas delicado que pintoresco, mas sutil que profundo, mas flexible que robusto.

Si amaba el arte por política, tambien le amaba por sí mismo. Complaciase en los vistosos reflejos de estilo, en las oposiciones de palabras ó de pensamientos, y se divertia en sacar chispazos y vislumbres de las facetas de la antítesis. La oracion parlamentaria exige mas nervio, gravedad, sencillez y amplitud. Para ser orador es preciso no tener demasiado afan de parecerlo.

Benjamin Constant no era solamente un discursista parlamentario, sino tambien un gran publicista, y en este concepto particularmente tomó sobre sí la mision de proteger á los escritores.

Nadie mejor que él ha conocido y defendido los derechos de

la prensa, de ese poder mas fuerte que los ejércitos, las religiones, las cámaras y los reyes; mas rápido que los vientos, mas vasto que el espacio, tan inteligente como el pensamiento: ahora bien, lo que sobre todo caracterizaba á las cámaras de la Restauracion era su odio envidioso, instintivo y mortal á la prensa. ¿Tenian tal vez un secreto presentimiento de que la prensa iba á derribarlas?... Sí, la prensa las derribó; pero no sin que ellas mismas cooperasen mucho á este resultado. Además, en todos tiempos la tribuna ha tenido celos de la prensa: la tribuna ha procurado siempre humillarla con sarcasmos de taberna, y sofocarla bajo el peso de procesos inícuos y de penalidades monstruosas: verdadera rebelion del censo de contribucion contra el talento, último grito de rabia lanzado por el feudalismo territorial en las convulsiones de su agonía. Risa causa decirlo, pero la verdad es que el mas oscuro diputado del mas ignorado lugarejo de Francia, se cree muy superior á un periodista; ni siquiera se le pasa por las mientes que tal *perigordino* (4) que sube á la tribuna á chappurrar su patué, no seria concepuado digno de ser admitido entre las plegaderas y los escribientes de las antesalas de una redaccion, y que se temeria que estropease los nombres de los suscritores en las fajas del periódico.

Benjamin Constant se acordó siempre de que, antes de ser diputado, habia sido periodista, y que esta era la parte mas brillante de su gloria. En todas ocasiones y en todos los momentos reclamó con energía la reforma de la arbitrariedad prefectoral, la abolicion de toda jurisdiccion excepcional, la atribucion al jurado de los delitos contra los juzgados y tribunales, y la libertad de imprenta. En la actualidad solicitaria las mismas garantías, porque, para baldon de un gobierno nacido de las entrañas y de la sangre de la prensa, la prensa yace aherrojada todavía en las mismas cadenas que en tiempo de la Restauracion. Es preciso que mienta ó calle; es

(4) De la antigua provincia de Perigord. Los parisienses se rien altamente de la pronunciacion de los provincianos, y en particular de la de los del mediodía.—La voz *patué* (patois) que sigue luego no está en el diccionario de la Academia; pero nos atrevemos á usarla, como en otras ocasiones anteriores, apoyados en la respetable autoridad de Capmany.—N. del T.

preciso que se abstenga de discutir el principio del gobierno, ó que reciba en el rostro los puntapiés ó las escupiduras de un senado gótosos... La han maniatado, y esclavizada de esta suerte, la han colocado entre las ruinas de la confiscacion y las tumbas de fuego de Salazia; y para colmo de injurias, para postrer padecimiento, los zurcidores de todo este embolismo se desgañan gritando: Triunfo! triunfo! la prensa es libre.

Mas que ningun otro publicista, Benjamin Constant habia contribuido á sacar á la parte acaudalada de la clase media de la ignorancia política en que, desde 1830, ha vuelto á arrellanarse como en un blando almohadon: tambien le gustaba prodigar magníficos elogios á la juventud estudiosa de las escuelas. En la actualidad, la juventud estudiosa dormita con el resto de la nacion. Se le recarga la memoria en vez de formar su juicio: se enerva su tierna inteligencia por medio de la superfetacion de las lecciones y de los cursos: la empapan y la reempapan en las materialidades del eclecticismo: no se le enseña la religion, la moral, la lógica, la fraternidad, ni el amor patrio; pero tambien es justo decir, en cambio, que nunca la juventud estudiosa y elegante bailó mejor la cachucha.

En los países libres, los que quieren subyugar al pueblo, empiezan siempre por afeminar las inteligencias y por corromper los corazones, por sofocar el espíritu de asociacion, por oprimir á la prensa, y sobre todo por desterrar de la república de las letras los grandes sentimientos, los generosos instintos que producen las grandes acciones, y que, si no pueden restablecerla, asisten á lo menos á la libertad en su hora suprema con sus consuelos y su llanto.

Benjamin Constant prestaba continuos homenajes á la virtud, á la profunda sabiduria, á la legitimidad del rey Luis XVIII; llegó hasta el punto, á favor de una hábil fraseología, de imputar el nombramiento del convencional Fouché (1) á Luis XVIII, como un efecto de su magnanimidad, cuando no era mas que un efecto de su miedo. Igualmente el ge-

(1) Para el cargo de prefecto de policía.—*N del T.*

neral Foy, para justificar la absurda sustitucion de la efigie de Enrique IV á la de Napoleon en la cruz de la Legion de honor, decia que esto habia sido una bella y patética ficcion. La derecha y la izquierda no podian, como los antiguos augures, mirarse sin reirse, cuando la una hablaba de su amor á la carla, y la otra de su amor al rey. Pero ¿qué se ha de hacer? Preciso es que los oradores mientan ó se condenen á la mudéz: por eso Benjamin Constant aceptaba en Francia los hechos consumados, lo mismo que en Inglaterra adoptan los radicales á la reina, y nadie la saluda mas profundamente que O'Connell. Luego, cuando el rey, el príncipe, el director, el cónsul ó el emperador que ha recibido el juramento cae del poder, se cumple con decir que la culpa es suya; que él es verdaderamente el traidor y el perjuro, pues es el vencido; que ha faltado su palabra, y que estamos absueltos de la nuestra, y que, al fin y al cabo, no se alcanza por qué razon han de tener los vivos que enterrarse con los muertos. Si no hubiese habido, entre los partidos, convencion tácita sobre todos estos puntos ¿hubiera por ventura podido durar quince años la comedia restaurativa? Ninguno de los actores parlamentarios de la izquierda habria subido á las tablas, y hubiera sido preciso volver el dinero al público en la puerta.

El nombre del rey se repetia entonces á cada paso en todos los discursos; todo se referia al rey; el rey era la causa del efecto; hoy no es mas que el efecto de la causa. Era el principio del gobierno; hoy no es mas que la consecuencia del principio. Antes que todo era él; hoy es despues de todo.

Todas estas frases, rebozadas de respetos y de humildísimas saluciones, no han impedido al pueblo poner la mano en la persona inviolable y sagrada del monarca, y despacharle por mar á Holy-Rood. Desde entonces, se le ha dejado á cada partido la libertad, no de decir absolutamente la verdad, pero á lo menos de mentir: así si Berryer fuese á derretirse de ternura delante de Luis Felipe, como los mozos de cocina de Neuilly, todos se burlarian de él, y tendrian razon. La corrupcion ha penetrado hasta la médula parlamentaria, mas pro-

fundamente aun que en tiempo de la Restauracion; pero tenemos á lo menos la hipocresía liberal, y esto es algo.

Tampoco deben tomarse al pié de la letra ciertas fórmulas obsequiosas que solo prueban la exquisita urbanidad de nuestra lengua y de nuestras costumbres. Hombre de finísimo trato Benjamin Constant, llevaba á la tribuna los modales y la delicadeza de una sociedad ingeniosa y culta.

Su instruccion de legislador no era en verdad muy sólida. Como todos los publicistas de la restauracion, no estaba nada versado en el conocimiento de los intereses materiales y de los verdaderos principios de la economía industrial y agrícola. Habia tambien en su religiosidad y en su filosofía política algo vago, y como un reflejo de la incredulidad y del escepticismo del siglo XVIII. Benjamin Constant no tenia mas que la fe del entendimiento, y no la fe del corazon; no amaba la religion por el dogma sino por el sosiego de las inquietas exigencias de la conciencia; no queria el trono por su derecho, sino por su necesidad; no rechazaba los principios de la república, sino su forma. «La república, decia, es imposible en el estado actual de los ánimos, en el estado industrial, mercantil, militar y europeo de la Francia.» Para él esta era una cuestion de oportunidad, casi una cuestion de geografía.

Atacaba á Rousseau por haber sostenido el derecho divino, y él por su parte no admitia la soberanía del pueblo, sino una especie de soberanía de la justicia, muy parecida á la soberanía de la razon de los doctrinarios, y tan indefinible, tan incomprendible y tan inaplicable como ella. Por ventura, la soberanía del pueblo, como nosotros la entendemos, ¿no implica necesariamente la soberanía del derecho, de la justicia y de la razon? Apenas conozco una sola cuestion política ó social que no resuelva la soberanía del pueblo.

Políticamente hablando, la soberanía del pueblo es la luz que resplandecé en las tinieblas de las disputas humanas; solo á su claridad pueden caminar los lógicos; fuera de ella no hay mas que arbitrariedad, iniquidad, contradicciones, cáos. Por falta de este piloto tan seguro, tan infalible, el mayor publicista de la Restauracion fué á estrellarse de cabeza, como un

náufrago vulgar, en los escollos de la revolucion de julio: no comprendió que ningun poder puede prescribir ni prevalecer contra el eterno derecho que tienen las naciones de darse el gobierno que mas les cumple.

Su segundo error fué creer que podria impunemente ser empleado é independiente. En vez de quedarse en la playa con el pueblo, y de ver pasar el torrente doctrinario, paróse en medio de la corriente, y le arrastraron las aguas: su alta razon arrió bandera, y su imaginacion le dominó despóticamente. Ya le habia bastado á Napoleon una mirada para fascinarle. Acababa de caer bajo el hechizo de otro poder y, en el burlesco orgullo de su paternidad, estaba todo ufano, él, dos-centésimo-décimo-nono engendrador (1), de haber parido un ciudadano-rey. Su alegría rayaba en delirio; la subida de la leche le atacó el cerebro, y en sus momentos de exaltacion se le escapaban expresiones en tal extremo hiperbólicas que hubieran podido tomarse por otras tantas ironías, como por ejemplo: «Tenemos el ideal de un rey ciudadano (2).»

Verdad es que estos accesos no duraron mas que algunos dias, y luego que hubo dormido bien su embriaguez dinástica, fué recobrando poco á poco la plenitud de sus facultades. Siempre hay en el alma de los literatos un rinconcillo donde se agazapa el sentimiento democrático, y por muy borrado que esté por la corrupcion de los favores, de las dignidades y del oro, al cabo este sentimiento se abre paso por un lado ó por otro: entre todas las clases de la nacion, la de los literatos es, en resúmen, la mas independiente, porque es la que tiene mas talento, y porque el talento es la cosa mas independiente que hay en el mundo. Ahora bien, Benjamin Constant era literato, y cuando advirtió que le remachaban en ambas muñecas sus doradas esposas, (las sacudió; y si hace un esfuerzo mas, de seguro las rompe! Por lo demás, tenia una inmensa sed de popularidad, casi tanta como Lafayette, y preferia la cualidad

(1) Alusion al número de diputados que votaron la eleccion del rey ciudadano Luis Felipe I.—N. del T.

(2) La ironía estará aquí en el ridículo contraste que presenta ese supuesto idealismo con la sólida y positiva humanidad del personaje á quien se aplica. Su Majestad Luis Felipe era alto y muy grueso.—Id.

de periodista y de diputado á todo empleo público; y tenia razon, porque su fuerza y su gloria estaban en la prensa y en la tribuna.

Abrió por fin los ojos, y reconoció con Dupont de l'Eure, Laffitte, Lafayette, Salverte, Arago y toda la gloriosa falange de los patriotas, que la revolucion de julio no era una paz, sino una tregua. Benjamin Constant hubiera dejado en breve el botin por la pelea, y dimisionario ó destituido, no hubiera tardado en tocar de nuevo el clarin de la oposicion.

Pero ya se iban gastando los resortes de su vida: su noble cabeza se caía, y frecuentemente tenia que apoyarla en ambas manos, como para meditar sobre la vanidad de las revoluciones. Aquellos sueños de porvenir, aquellas hermosas ilusiones que, por espacio de quince años, habian pasado por delante de sus ojos, se iban desvaneciendo una tras otra; sentia que le cubrian la mente negras tristezas é invencibles melancolías. Arrastrábase sin fuerzas de su banco á la tribuna, y con sus labios apagados que ya no podian sonreír, despidióse de la libertad moribunda, y bajó con ella al sepulcro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

	Pág
Advertencia á la última edicion.	5
PROLOGO.—(CARTA AL PÚBLICO.)	9
DIVISION DE LA MATERIA.	15

PRIMERA PARTE.—PRECEPTOS.

LIBRO PRIMERO.

DE LA ELOCUCION DE LA TRIBUNA.

Cap. I.—De las causas que constituyen en cada país el género particular de la elocucion parlamentaria.	17
Cap. II.—De los diversos modos de discurrir.	23
Cap. III.—Del poder de la improvisacion. (Continuacion del mismo asunto).	26
Cap. IV.—De las profesiones que predisponen á la elocucion parlamentaria.	28
Cap. V.—Clasificaciones de los oradores segun sus especialidades é indoles.	31
Cap. VI.—Del taquígrafo.	39
Cap. VII.—De la reseña de la sesion.	43
Cap. VIII.—De la táctica general de la opinion de la mayoría y del ministerio.	52
Cap. IX.—De la táctica particular de los ministros de cada departamento.	58
Cap. X.—De la diction y del porte.	64
Cap. XI.—Aforismos de la elocucion parlamentaria.	66

LIBRO SEGUNDO.

DE LOS DEMÁS GÉNEROS DE ELOCUCION.

Cap. I.—De la elocucion de la prensa.	74
Cap. II.—(Continuacion del mismo asunto.) Didáctica del folleto, y ejemplos.	78

Cap. III.—De la elocuencia del púlpito.	110
Cap. IV.—De la elocuencia forense.	120
Cap. V.—De la elocuencia deliberativa.	139
Cap. VI.—De cuatro géneros de elocuencia comparados.	159
—I. De la elocuencia académica.	159
—II. De la elocuencia parlamentaria.	160
—III. De la elocuencia de los clubs.	161
—IV. De la elocuencia al raso.	162
Cap. VII.—De la elocuencia oficial.	164
Cap. VIII.—De la elocuencia militar.	188

SEGUNDA PARTE.—RETRATOS.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.—Mirabeau.	197
CONVENCION.—Danton.	235
IMPERIO.—Napoleon Bonaparte.	270
RESTAURACION.	297
Manuel.	302
Serre.	312
Villèle.	323
El general Foy.	329
Martignac.	343
Benjamin Constant.	347

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

LA MARAVILLA,

Sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE COMPONEN LA PRIMERA SÉRIE.

Cada tomo contiene unas 400 páginas en 4.^o, con 4 láminas en boj, y van encuadernados á la suiza, con mosaicos de oro y brillantes colores.

SECCION INSTRUCTIVA.

	Tomos.
LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, segun los mas novísimos descubrimientos, tratados, balances comerciales, censos é investigaciones, redactada en vista de las obras de Malte-Brun, Balbi, Miñano etc., refundida de la primera edición, comprendiendo la parte española hasta los pueblos de 4,000 habitantes, por D. M. de R.	2
COMPENDIO DE LOS LIBROS HISTÓRICOS DE LA SANTA BIBLIA, por el P. Fernando Scio de San Antonio, de las escuelas pías.	4
HISTORIA ANTIGUA, por J. G. Guillemín, rector de la academia departamental de la Zoreze; traducida por D. M. Angelon.	2
HISTORIA DE GRECIA, por Víctor Duruy, traducida de la segunda edición francesa, por Roberto Robert.	2
HISTORIA ROMANA hasta la invasion de los bárbaros, escrita en francés por V. Duruy. Traducción de D. J. F. Saenz Urraca.	2
HISTORIA DE LAS CRUZADAS, por Mr. Michaux y Mr. Poujoulat. Traducción de D. J. F. Saenz Urraca.	1
HISTORIA DE ITALIA, desde la invasion de los bárbaros hasta nuestros dias, por Julio Zeller, traducida por D. Juan Belza.	2
HISTORIA DE LOS FRANCESES, desde la época de los galos hasta la caída del Imperio, por M. Teófilo Lavaide, y desde la Restauracion hasta el nombramiento del presidente de la república (1848), por Pablo Lacroix, traducida por D. G. A. Larrosa y D. V. Gebhardt.	8
HISTORIA DE INGLATERRA, comprendiendo la de Escocia, Irlanda y las posesiones inglesas, con una detallada estadística de estos diferentes países, por J. A. Fleury. Traducida y continuada hasta nuestros dias por D. M. Angelon.	3
HISTORIA DE PORTUGAL Y DE SUS COLONIAS, escrita en francés por M. Augusto Bouchot, traducida y continuada hasta nuestros dias por D. Marcial Busquets.	1
LA RUSIA ANTIGUA Y MODERNA, por los SS. Carlos Romey y Alfredo Jacobs, traduccion de D. V. Gebhardt.	2
LA MORAL SOCIAL, ó deberes del Estado y de los ciudadanos en todo cuanto tiene relacion con la propiedad, la familia, la educacion, la libertad, la igualdad, la organizacion del poder, y la seguridad interior y exterior, por Adolfo Garnier; traducida por D. M. Angelon.	4

SECCION RECREATIVA.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.—Compuesto por

<i>Miguel de Cervantes Saavedra</i> , edicion ilustrada con las notas de Pellicer, Clemencin y otros, repartidas por el contexto.	2
TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, LA GITANILLA, Y RINCONE- NETE Y CORTADILLO.—Compuestos por <i>Miguel de Cervantes Saavedra</i> .	1
OBRAS SELECTAS, críticas, satíricas y jocosas de <i>D. Francisco de Quevedo y Villegas</i>	1
CANTOS DEL TROVADOR, coleccion de leyendas y tradiciones histó- ricas, por <i>D. José Zorrilla</i>	1
HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA.—Publicada en francés por <i>M. Le Sage</i> , (2. ^a edicion).	2
IVANHOE Ó EL CRUZADO, por <i>Sir Walter Scott</i> , traducido del inglés.	2
QUINTIN DURWARD, Ó EL ESCOCÉS EN LA CORTE DE LUIS XI, por <i>Sir Walter Scott</i>	4
ROB-ROY, por <i>Sir Walter Scott</i> , traducida por D. E. de C. V.	4
GUY-MANNERING, Ó EL ASTRÓLOGO, seguido de EL OFICIAL AVEN- TURERO, por <i>Sir Walter Scott</i> , traducidas por D. Pedro A. O'Crowley.	2
A BORDO Y EN TIERRA. AVENTURAS DEL CAPITAN MILES WALLING- FORD.—Novela marítima, por <i>Fenimore Cooper</i> , traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	1
LUCÍA HARDINGE, segunda parte de las AVENTURAS DEL CAPITAN MILES WALLINGFORD, por <i>Fenimore Cooper</i> , traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	1
LA BRUJA DEL MAR, por <i>Fenimore Cooper</i> , traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	1
EL CORSARIO ROJO, por <i>Fenimore Cooper</i> , traduccion de D. V. Ge- bbardt.	4
D'ARTAGNAN Y LOS TRES MOSQUETEROS, por <i>Alejandro Dumas</i>	2
VEINTE AÑOS DESPUES, continuacion de los TRES MOSQUETEROS, por <i>Alejandro Dumas</i>	2
EL VIZCONDE DE BRAGELONE, tercera y última parte de los TRES MOSQUETEROS, por <i>Alejandro Dumas</i>	6
LOS AMORES DE PARÍS, por <i>Pablo Feval</i>	2

SEGUNDA SERIE.

Cada tomo contiene de 300 á 450 páginas en 4.^o, con una lámina en acero.

SECCION INSTRUCTIVA: 21 TOMOS.

HISTORIA DE LA MONARQUÍA EN EUROPA, por F. Lacombe. El autor trata de sentar con la historia en la mano que la monarquía hereditaria, armonizando el derecho divino con el humano, ha sido, es y será el mas enérgico medio de progreso, y que fuera de ella solo se encuentran la anarquía y la degradacion.	4
PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLITICA, por G. Roscher. A la luz de la historia y de la filosofía define el autor la economía política, sin dejarse arrastrar por la seducion de las ideas concebidas <i>à priori</i> , y segun las relaciones eternas que resultan de la naturaleza de las cosas. Obra que al traducirla del aleman al francés anotó M. Wolowski.	4
HISTORIA MORAL DE LAS MUJERES. El culto de la familia, el sentimiento profundo de las satisfacciones que esta proporciona, y la in-	

dagacion concienzuda de los deberes que impone, han inspirado esta obra á M. Legouvé.	1
EL AMOR, base de la familia y de la sociedad, en los límites de la mas estricta moralidad, ha impulsado á escribir esta interesante obra á M. I. Michelet.	1
INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN LA EDUCACION, Ó TEORIA DE LA EDUCACION PÚBLICA Y PRIVADA, por M. Teodoro Barrau. Interesantísima obra premiada por la Academia de ciencias morales y políticas de Francia, para guia de los padres de familia.	1
LA TIERRA Y EL HOMBRE, ó compendio histórico de geología, geografía y etnografía generales para servir de introduccion á la historia universal, por Alfredo Maury.	2
HISTORIA GENERAL DE LAS RAZAS HUMANAS, Ó FILOSOFIA ETNOGRÁFICA, en la cual ha empleado toda su vida Eusebio de Salles.	1
DE LA VIDA Y DE LA INTELIGENCIA, por el célebre fisiologista P. Flourens.	1
EL LIBRO DE LOS ORADORES, por Timon.	2
HISTORIA DE LA LITERATURA GRIEGA, por M. Pierron.	2
HISTORIA DE LA LITERATURA ROMANA, por el mismo autor.	2

SECCION RECREATIVA: 29 TOMOS.

GENOVEVA, relaciones y diálogos populares, por A. de Lamartine.	1
EL PICAPEDRERO DE SAINT-POINT, relaciones populares por el mismo autor.	1
LOS COMPAÑEROS de Jehú, cuadro de las disensiones de la revolucion francesa, por Alejandro Dumas.	2
LOS PIRATAS DEL MISSISSIPI, descripcion de costumbres norte-americanas, por F. Gerstaecker.	1
ENRIQUE DE BRETAÑA EL EMPLAZADO, costumbres bretonas de la edad media, por Pablo Feval.	1
LA PAGANA, cuadro de costumbres francesas, norte-americanas y californicas, por Laurent-Pichat.	1
AVENTURAS DE UN MISÁNTRPO, una de las mas elevadas obras de J. Saintine.	1
LIONEL LINCOLN, brillante cuadro de los principales sucesos que produjeron la emancipacion de los Estados Unidos, por Fenimore Cooper.	2
LA ARAUCANA, por el <i>Homero hispano</i> D. Alonso de Ercilla, quien, como dice Espinel:	
.....en el heróico verso fué el primero que honró á su patria, y aun quizá el postrero.	2
EL REY DE LAS MONTAÑAS, descripcion de costumbres griegas, por E. About.	1
LA VIRGEN DEL LIBANO, interesante descripcion del Libano, por L. Enault.	1
MAGDALENA, obra premiada con una corona de oro por la Academia francesa, por Julio Sandeau.	1
EL FAROLERO, interesante descripcion de costumbres norte-americanas, por Miss Cummins.	2
DOÑA MERCEDES DE CASTILLA, interesantísima descripcion del sitio de Granada por los Reyes Católicos, y del descubrimiento del Nuevo mundo, por Fenimore Cooper.	1
SOLACES POÉTICOS por doña María Mendoza de Vives.	1
DEBE Y HABER. Con este modesto titulo ha escrito Gustavo Freytag un completo cuadro de costumbres alemanas y polacas, y una de las mas brillantes páginas dedicadas á la virtud.	3

	Tomos.
RECUERDOS DE UN MÉDICO, cuadro de costumbres inglesas por S. Warren.	4
LOS DOS CONVICTOS, por F. Gerstaecker.	2
FRUTOS DE OTOÑO, poesías escogidas de doña Josefa Massanés de Gonzalez.	4
MEMORIAS DE UN CAZADOR, completa descripción de costumbres rusas, por Ivan Tourghenief.	2

FUERA DE SECCION.

LA SAGRADA BIBLIA, completa edición y la mas económica de cuantas han visto la luz pública hasta el dia, sin exceptuar las tan ponderadas por su baratura que ha publicado la Sociedad bíblica de Londres: rigurosamente revisada por el Ilre. Dr. D. José Palau. 40 tomos casi en 4.º con 70 láminas en boj, encuadernados á la suiza con planchas de oro en el llano. Tambien las hay encuadernadas sin láminas.

HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA desde la predicacion de los Apóstoles hasta el pontificado de Gregorio XVI, obra escrita en francés por el abate Berault Bercastel, canónigo de Noyon, corregida y continuada desde el año 1719 hasta 1832 y adicionada con importantes documentos por el baron Henric; traducida de la última edición y aumentada en lo relativo á España segun el P. Florez y otros autores nacionales, bajo la direccion del R. P. Lr. Ramon Buldú; y revisada por el Ilre. Sr. Dr. D. José Palau. 41 tomos en 4.º encuadernados en pasta.

HISTORIA DE LOS SOBERANOS PONTÍFICES desde San Pedro hasta Pio IX, por Arnaud de Montor, ex-embajador de Francia en Roma; revisada por el R. P. Lr. Ramon Buldú, 9 tomos casi en 4.º encuadernados á la suiza con planchas de oro en los llanos.

THEOLOGIA MORALIS illustrissimi ac reverendissimi Domini Alphonsi de Ligorio olim episcopi sanctæ Agathæ Gothorum, editio omnium accuratior continens quidquid auctor in cæteris addidit, reformavit vel explicavit, cui accedit dissertatio P. Zachariæ, addito in calce tractatu bullæ S. Cruciatæ — Hemos aumentado esta edición con la Bula de la canonizacion, la dedicatoria de la obra hecha por el autor á Su Santidad Benedicto XIV, la consulta y decision de la Sagrada Penitenciaría, y con el tratado de la Bula de la Santa Cruzada. Consta de dos tomos de mas de mil páginas cada uno, como la recién publicada por el célebre impresor de Turín, Jacinto Marietti, que, prévia autorizacion, nos ha servido de original. En pasta.

EL HOMBRE APOSTÓLICO instruido para el confesionario, ó sea práctica ó instruccion de confesores; obra escrita en latin y traducida al castellano (con aprobacion del ordinario) por D. Raimundo Miguel, profesor de latinidad y humanidades en Burgos: en ella se comprenden los principios de la teología moral dispuesta por el mismo santo, de la cual es el Hombre apostólico un compendio. Esta obra, dedicada á Benedicto XIV, fué aprobada por este Papa. 3 tomos en 8.º mayor en pasta.

SELVA DE MATERIAS PREDICABLES para dar ejercicios á los sacerdotes, obra utilísima para lectura espiritual y para componer discursos con facilidad. Inútil es encarecer el mérito de esta obra, en la cual, aunque especialmente destinada al clero, hallarán tambien los seglares prácticas devotas para todos los actos de la vida cristiana y todas las situaciones sociales. Esta novísima edición ha sido aumentada con la 3.ª parte que faltaba á las ediciones anteriores y que forma su complemento. 3 tomos reunidos en uno en 8.º encuadernados en pasta.

TESORO DE INDULGENCIAS, ó sea coleccion de oraciones y obras piadosas para conseguir las muchísimas gracias espirituales concedidas por los Sumos Pontífices, formando en conjunto un devocionario completísimo:

obra traducida fielmente de la edición romana aprobada como única auténtica por la Sagrada Congregación de las Indulgencias, y aumentada por el traductor con algunas devociones y documentos muy importantes. Atendido el abuso que en punto á indulgencias se observa y la facilidad con que se anuncian en algunos devocionarios modernos sin insinuar siquiera al concesionario, decreto ni fecha, este Tesoro es de un interés inapreciable por su fidelidad minuciosa, y sobre todo por estar autorizado por la Sagrada Congregación de Indulgencias, conforme al decreto de la misma puesto al fin de la obra. Un tomo en 46.º de 608 páginas, en pasta sencilla y en taflete comun.

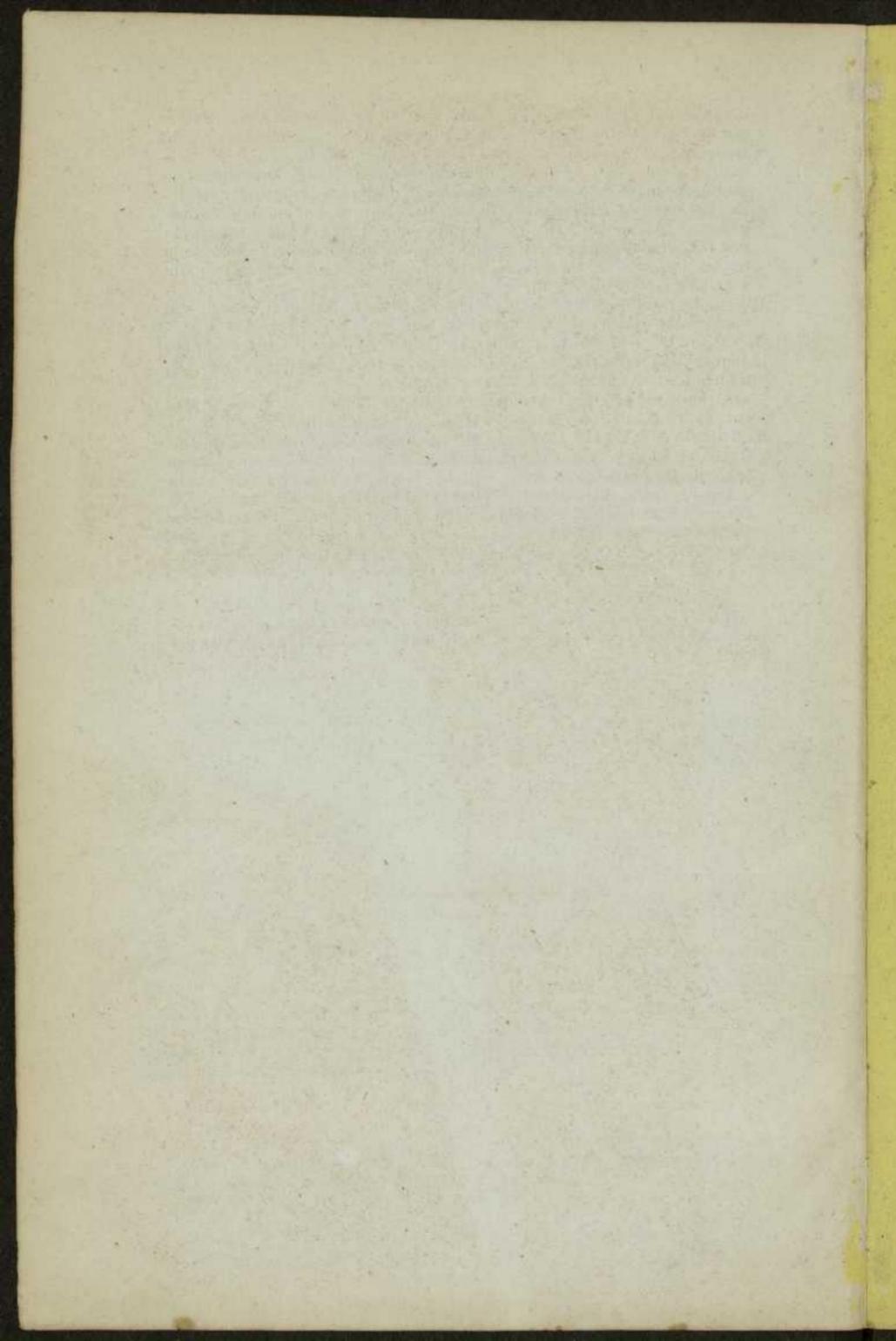
EJERCICIO COTIDIANO, novísima edición con 40 láminas finas en boj.—Un tomo en 42.º en pasta, y en taflete comun.

EL CONDE DE LAVERNIE. Interesantísima novela escrita en francés por Augusto Maquet, colaborador de *A. Dumas, padre*, en sus mejores novelas; traducida al español con todo esmero. Un tomo casi en folio de 622 páginas, riquísima edición, ilustrada con 10 lindas láminas en acero, tiradas en papel de China: en rústica y á la suiza con mucho lujo.

LA GUERRA DE ITALIA (1859), por M. Leal y Madrigal, compuesta de las siguientes partes: *Ojeada histórica de Italia desde la caída del imperio romano hasta nuestros días. La Guerra de Italia. Biografía de los personajes que en ella han figurado. Documentos*. Un tomo casi en folio de 600 páginas, con 2½ retratos, 20 de estos de doble tamaño, esmeradamente litografiados, y un precioso mapa iluminado: encuadernado á la suiza.

ATLAS GEOGRAFICO compuesto de 48 mapas iluminados, encuadernado á la suiza.

NOTA. Todas estas obras están al amparo de nuestra legislación: las religiosas han sido censuradas por la autoridad eclesiástica, y las novelas por la civil.



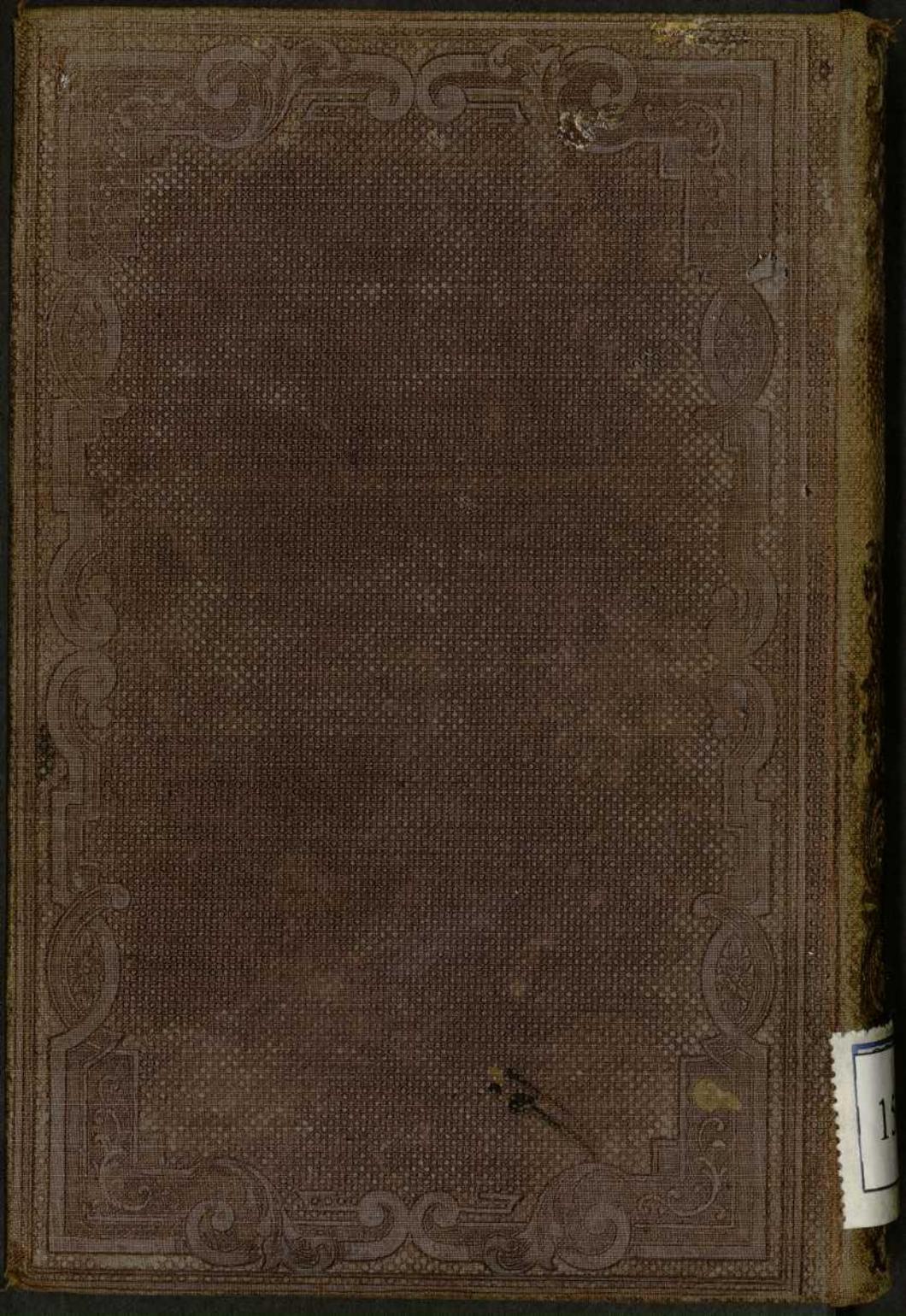
118

20

ESTANTE 12

Tabla 5.^a

N.º 26



15.182